
BÁRBARA MARUI
HOTARU
EL SECRETO DE LAS LUCIÉRNAGAS

BÁRBARA MARUI

HOTARU. EL SECRETO DE LAS LUCIÉRNAGAS



PLAZA JANÉS

Para Amparo, Manuela y Pedro.
La vida os debe una infancia

Para Andrés M.
El cielo te debe una respuesta

Nada de lo que sucede se olvida.
Incluso si ya no lo recuerdas.

HAYAO MIYAZAKI,
El viaje de Chihiro





FUYU[1]

5 de enero de 1997

Querida Hotaru:

Las últimas hojas de los árboles caen sobre el manto de nieve que ha dejado la noche. Miro por la ventana. Cada uno de los copos que veo precipitándose desde mi tejado me recuerda a ti, porque son igual de únicos y bellos que tú. El humo de las chimeneas elevándose por el cielo blanco me recuerda a ti, porque no hay contraste que me guste más que el de tu melena y tu piel entre mis brazos.

Vuelvo a mirar por la ventana. Las últimas hojas de los árboles ya han quedado completamente sepultadas por el manto de nieve que ha dejado la noche mientras te escribo. Todo me recuerda a ti, porque tú eres mi invierno.

Tú eres todas mis estaciones.

SEIYA

1

—Sei-chan,[2] *Sei-chan… —Una mano diminuta y regordeta se extiende hacia mí. Yo la miro. Dudo en si tomarla o no—. Sei-chan, por aquí. Por aquí —repite.*

Alargo el brazo y poso los dedos sobre su palma. Está blanda. Su tacto es muy agradable. Luego, tira de mí y comienzo a correr tras ella involuntariamente. Las piernas no reaccionan a ninguno de mis pensamientos, solo a sus pasos, ágiles y breves. Me miro los pies. Son tan pequeños como los suyos. Llevo unos pantalones cortos de color marrón como los que solía ponerme mi madre cuando era pequeño.

—¡Cuidado, Sei-chan!

Exclama, apartando algunas ramas que chocan contra su cabeza. Yo hago lo mismo. La imito en todo lo que hace como si fuese su reflejo, aunque todavía no le he visto la cara. Tan solo conozco su nuca, completamente blanca, con un par de mechones cortos que se escapan de sus dos coletas negras formando un acorde menor que ni siquiera sería capaz de reconocer. De todas las artes, la música siempre me ha rehuido a pesar de mis intentos por ser un maestro del piano, como mi padre.

De repente, se gira y clava sus ojos almendrados en los míos. Son grandes; dejan ver una pequeña parte del párpado móvil. Mi abuela

pensaría que es una mujer afortunada por haber nacido con «doble párpado». Ya no es una niña. Ahora tendrá unos dieciséis años. La melena le cae por los hombros mientras baila al ritmo de la brisa veraniega. Va y viene. Viene y va. La elegancia de ese movimiento me tiene absorto hasta el punto de perderme dentro de su magnetismo. Seguimos corriendo.

—Sei-kun[3]*—me susurra al oído y despierta algo en mi interior que no recuerdo haber experimentado en mi vida.*

Ya no tenemos la misma altura. Le saco un par de cabezas, aunque no puedo decir que ella sea una chica bajita. Me miro los pies de nuevo, son grandes, y las piernas son mucho más largas. Incluso mi indumentaria ha cambiado: visto el pantalón negro del uniforme de mi instituto; sin embargo, no entiendo por qué. Es verano y hace un calor sofocante. Debería llevar un atuendo más apropiado para la estación, como el yukata[4] *que luce ella tan grácilmente. Los tonos morados de la tela resaltan entre el verde de las hojas y los largos troncos de bambú, y los destellos dorados del sol que se cuelan por los pequeños claros del bosque.*

Me recreo en su rostro. Sus facciones son dulces, dejan ver un atractivo que madurará con los años hasta convertirla en una mujer bellísima. Su piel continúa siendo clara y rosada, como la flor del cerezo en su máximo esplendor antes de que el viento la abata. Sus pómulos están perfectamente esculpidos, sobresalen elegante y armoniosamente, sin perturbar ni un ápice la simetría de sus rasgos. Sus mejillas son rojas, al igual que sus labios, redondos y carnosos. Su boca se mueve a cámara lenta, aunque no dice nada. No oigo sus palabras, ni siquiera un murmullo de lo que pueda estar hablando, pero no soy capaz de dejar de mirarla.

—Sei-kun.

Vuelve a pronunciar mi nombre a escasos centímetros de mí. Tiene la barbilla levantada hacia la mía. Sus dedos juguetean con mi nuca mientras yo pierdo los míos entre su pelo. No soy capaz de responderle. Relajo los párpados y sonrío tímidamente al igual que ella. Los pájaros cantan a lo lejos mientras un viento cálido silba a contratiempo entre los múltiples tallos que nos rodean. La melodía de la naturaleza nos aísla del mundanal ruido de la civilización.

—Sei-kun.

—Ho-chan —digo justo antes de despertarme de forma súbita.

Comienzo a toser sin control mientras el parpadeo de las luces del tráfico se proyecta en la pared de mi dormitorio. Eso no debería ser así, ¿no? Vivo en un edificio muy alto y, según lo poco que recuerdo de mis lecciones de Física del instituto, a esta altura ni un mínimo reflejo podría colarse por mi ventana. No obstante, la noche hace que incluso lo más robótico y automático se confunda. Quizá el confundido sea yo y esos destellos no procedan ni de los coches ni de los semáforos ni de los neones, sino de mi propia imaginación o de la falta de oxígeno en sangre.

Enciendo la lámpara de mi mesita de noche y, justo después, abro el primer cajón. A tientas, busco mi inhalador. Aspiro, aguanto el aire y me calmo. Llevo repitiendo el mismo mecanismo desde los diez años, como una especie de ritual sagrado. A continuación, vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada y suspiro fijando la mirada en el techo.

Recuerdo mi primera crisis respiratoria. Fue tan fuerte que mi madre creyó que ese día velaría tanto por el cuerpo de su marido como por el de su hijo. Los médicos de aquella época dijeron que era una simple asma; sin embargo, no fue así. Yo podía correr sin dificultad, hacer cualquier esfuerzo, la estación de alergias no me afectaba… No obstante, sin darme tiempo a anticiparme, la tos y el ahogo me asaltaban en los momentos más inoportunos. No había ninguna pauta. Podía ser martes, jueves, abril o enero. Podían pasar meses o días. Años más tarde, el tiempo me dio la razón. Confirmó aquellos temores que nos atormentaban tanto a mi madre como a mí, por mucho que no nos atreviésemos a verbalizarlos: había heredado aquella enfermedad rara que provocó que una simple neumonía me dejase huérfano.

La noche ya ha acabado para mí a pesar de ser todavía de madrugada. Me levanto y voy al baño a darme una ducha que me despeje. Después, me preparo un café y me quedo mirando las agujas del reloj de la cocina, apoyado en la encimera, mientras espero a que la cafetera deje de armar ese estruendo. Debería cambiarla, pero ninguna podría servirme un café como ella. Todavía faltan unas horas para ir a trabajar; sin embargo, sé que, si me quedo en casa, rodeado de este pesado silencio, corro el riesgo de caer en pensamientos que solo me llevarán a despreciar un poco más la vida que me ha tocado vivir; así que salgo a la calle. Lo bueno de Tokio es que nunca duerme.

—Doctor Hayashi, acuda al box seis, por favor.

En el hospital, la voz de una mujer distorsionada por las ondas de una megafonía deficiente me saca de mis pensamientos. Son las diez de la mañana, una hora extraña para que me requieran en Urgencias. Apuro mi té y me apresuro a ir hasta allí sin hacerme más preguntas.

Soy médico. No sabría decir si es por vocación o por puro egoísmo, ya que, desde que tomé conciencia de lo que me sucedía, hice todo lo posible por curarme. Después, cuando vi que mi objetivo era un estúpido sueño adolescente que nacía de una venganza personal contra mi propio cuerpo, decidí que, por lo menos, me convertiría en objeto y sujeto de estudio para ayudar a más gente que padeciese lo mismo. Soy una rata de laboratorio con apariencia humana. Me examino escrupulosamente como si esa persona que veo en el espejo no fuese yo; como si esas crisis que aparecen sin avisar y me dejan fuera de juego durante unos minutos no las sufriese en mis propias carnes. Dos personas en un solo cuerpo. Un doctor Jekyll y Mr. Hyde nacido en la prefectura de Gifu.

—Buenos días —saludo con una reverencia al entrar en la consulta.

Una mujer bajita está sentada en la camilla que hay en medio de esa minúscula habitación blanca. El único color lo ponen las encimeras de acero inoxidable y la blusa estampada de la paciente. Su estatura no es lo que me llama la atención nada más verla —digamos que Japón no se caracteriza por ser un país de mujeres excesivamente altas—, sino la extrema delgadez que detecto en sus tobillos y muñecas. Está nerviosa. Se queja de un dolor en el pecho y la espalda que le impide respirar con normalidad. Tose de forma ronca, aunque leve, con delicadeza y de una manera muy diferente

a cuando sufro una de mis crisis. De nuevo, mis ilusiones de encontrar a alguien más como yo se desmoronan.

Cada vez que me visita un paciente o que me piden que vaya a Urgencias, algo en mí se remueve. Una pequeña llama de curiosidad y esperanza se enciende en mi interior ante la posibilidad de conocer a alguien que me sirva para seguir con mis investigaciones y, además, para dejar de sentirme un bicho raro. A mi edad, la gente está más por la labor de encontrar su media naranja. Digamos que yo también, pero en el más puro sentido clínico.

La ausculto. Escucho un pequeño silbido en sus respiraciones profundas, como si un tren antiguo estuviera avisando de su entrada en la estación.

—Señorita Honda, ¿cuándo comenzó a tener dificultades para respirar?

—Hará unos días —balbucea temerosa.

—Le vamos a hacer una radiografía de tórax, pero todo apunta a que se trata de una neumonía bilateral y, además, en un estado muy avanzado. Si las pruebas confirman mi diagnóstico, deberá quedarse ingresada.

La mujer me mira con horror mientras mueve la cabeza insistentemente de lado a lado, con los ojos clavados en los míos. Se niega, aunque me mantengo firme en mi decisión, sobre todo, conforme más la voy observando. Tiene las mejillas rojas por la fiebre; no obstante, el resto de su rostro es de un blanco amarillento preocupante que no solo se debe al susto. Hay algo más.

Se levanta de forma súbita en busca de su abrigo. No sé qué se propone. A pesar de mis años de experiencia, jamás me ha sucedido nada así. La enfermera me mira perpleja buscando alguna indicación

por mi parte de lo que debe hacer. A mí, lo único que se me ocurre es interceptar a la paciente y pedirle amablemente que vuelva a la camilla.

—¡No! —responde de forma impertinente. Parpadeo con incredulidad, aunque no pierdo la paciencia—. No pienso quedarme aquí ingresada por un poco de fiebre y tos. Si quieren encerrarme, que sea después de mi boda.

—Señorita, por favor, si no la tratamos ahora, puede incluso morirse —insiste la enfermera.

—¡Que no van a arruinar mi día! Llevo meses a dieta de tés y caldos, pasando mucha hambre, me he gastado gran parte de mis ahorros preparando la ceremonia, el convite; mi familia de Sapporo ya está de camino. ¡No me van a retener! —alza la voz.

—Señorita Honda…—insisto con severidad.

Me acerco a la paciente intentando tranquilizarla y, además, queriendo proteger a mi compañera: está aterrorizada. De repente, sin pensarlo dos veces, saca de su bolso un espray y me lo rocía en la cara. Luego, huye, dejando atrás los gritos de «seguridad, seguridad» de la enfermera.

Empiezo a toser. No sé qué ha sido eso. Creo que un desodorante o un ambientador, aunque ¿quién lleva un ambientador en el bolso? Lo único que sé es que esa fragancia floral me está ahogando. Caigo al suelo. Siento cómo mis vías respiratorias se cierran. Todo lo que me rodea se torna una mancha gris con algunos destellos que me deslumbran. Me quedo inconsciente.

2

—¿Crees que el cielo es del mismo tono en todo Japón?

Me pregunta sin quitar sus enormes ojos de las nubes que nos sobrevuelan. La miro por unos instantes sin saber qué responder y, después, vuelvo a fijar la vista en ese azul vivo que parece sacado de una película de ciencia ficción. Me encojo de hombros a la vez que suspiro.

Es primavera, aunque la humedad y la calidez del sol que se cuela entre las hojas del bosque anuncian el inminente cambio de estación. Ho-chan sigue sin decir nada. Espera mi respuesta, pero no parece que tenga prisa por saber lo que pienso. Comienza a juguetear con el nudo de su uniforme escolar de marinera. Yo, en cambio, me humedezco los labios y, acto seguido, los muevo, aunque no oigo mis propias palabras. Ella se ríe y posa la cabeza en mi hombro. Su pelo huele a flores frescas, una fragancia que me hipnotiza y hace que todo mi mundo se centre en su coronilla negra.

De pronto, un pitido intermitente me saca de un sueño en el que no recuerdo haber caído. Abro los ojos despacio. La luz que entra por la ventana de esa habitación de hospital es tan molesta que siento cómo mis lagrimales se inundan. Conforme voy recuperando los

sentidos, noto una leve presión en la cara, como si tuviese algo ajeno a mí. Me toco los labios, aunque no llego a ellos. Una extraña barrera de plástico me impide alcanzar mi objetivo.

—¡Doctor Hayashi!

Oigo que exclaman mi nombre en un tono alegre.

—Doctora Nakayama, el doctor Hayashi se ha despertado.

—Gracias, Hana. Ya me encargo yo —responde. La enfermera asiente y se va.

No entiendo por qué estoy allí, tumbado en esa camilla regulable y sin nada más que mi ropa interior, un camisón blanco y una sábana del mismo color. Miro a mi compañera intentando ordenar todo lo que ha sucedido mientras ella mide mis constantes vitales y las apunta en mi expediente, silbando una canción en una actitud despreocupada.

La doctora Nakayama o, como suelo llamarla, Naoko y yo nos conocemos desde que comenzamos la carrera en la facultad, por eso no me pilla por sorpresa su manera de comportarse, y más conmigo. Es una de las pocas personas que conoce mi secreto y todo fue porque vivió una de mis crisis justo antes de un examen de Anatomía. Me llevó a clase arrastrándome por el suelo para que el profesor viera que teníamos una excusa para llegar tarde y nos dejara hacerlo. Funcionó, pero también conseguí que me dieran tres puntos en la cabeza por un golpe que me di al entrar por la puerta del aula.

Suspiro y empaño la máscara de oxígeno que todavía reposa sobre mi rostro, y clavo los ojos en la nada con resignación. Estoy agotado. No tengo fuerzas ni siquiera para maldecir a aquella loca que casi me mata. «Después de esto, sí que no me caso», pienso,

esgrimiendo una pequeña sonrisa. De repente, vuelvo a sentir el aire en la barbilla. Soy libre de nuevo, bueno, semilibre, ya que todavía sigo enchufado a unos monitores que dibujan mis latidos en una línea vibrante de un color.

La imagen de Ho-chan vuelve a mi cabeza sin querer o, a lo mejor, en mi fuero interno, sí que quiero verla. No sé quién es, pero me hace compañía entre toda la soledad que me rodea. Si existiera de verdad, ¿qué sería de ella? En mis sueños siempre tenemos la misma edad, las mismas aficiones y cuestiones sobre el mundo. ¿Sería así en la vida real? Aunque, por otro lado, me satisface la idea de que solo yo pueda verla, de ser el único que guarda su secreto. Nunca he sido una persona de muchos amigos, así que no he tenido la oportunidad ni de ser confidente de nadie ni de confiar tanto en alguien como para explicarle mi vida.

—En fin, Seiya, tengo una buena noticia y otra mala.

—Empieza por la buena.

—En cuanto dispongamos de los resultados de la gasometría te dejaremos ir a casa. El porcentaje de oxígeno en sangre va de un noventa y seis a un noventa y ocho por ciento. Estás estable —explica.

—¿Y la mala? —pregunto preocupado al escuchar que aparentemente todo está correcto.

—Que nunca vas a poder volver a acercarte a una chica con un espray en el bolso. —Ambos reímos—. Pero ¿qué barbaridad querías hacerle, Seiya? No sabía que tenías esos fetiches en el hospital —bromea para desdramatizar la situación, aunque, en cuestión de segundos, recupera la seriedad—. Seiya, debes cuidarte, te lo digo

como amiga. Es más, me gustaría hacerte una EEG[5] o, al menos, una tomografía de la cabeza antes de que te vayas.

Naoko acerca una de las sillas que hay en la habitación a mi cama. Yo frunzo el ceño con extrañez y cierta molestia. Soy médico y no puede engañarme. Conozco perfectamente para qué sirven ese tipo de pruebas y no son de su campo de estudio. Lo suyo es la neumología, no la neurología. Por eso mismo, no logro entender por qué quiere gastar un recurso así en un simple ataque respiratorio como del que acabo de despertar.

—¿En qué piensas? —La miro esperando una respuesta clara y sincera, pero solo recibo silencio—. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas cómo nos conocimos en la facultad?

—Claro. En la biblioteca. Teníamos el examen de Anatomía en unas semanas y no alcanzabas un libro. Entonces, yo lo cogí por ti y tuve tan mala pata que saqué a la vez un pequeño manual de algo y se te cayó justo en la cabeza. —Reí.

—Ya… —Naoko fuerza una sonrisa nostálgica.

—Pero es que no comprendo qué tiene que ver todo esto con la tomografía o la EEG —insisto buscando un poco de lógica.

—Solo quiero comprobar si estás bien del todo. Los desmayos son traicioneros y, haciéndote al menos una de ellas, podría asegurarme de que no has sufrido ningún daño neuronal… —Se justifica aparentando profesionalidad, aunque acaba gruñendo con hastío y, acto seguido, oigo que hace un chasquido con la lengua—. Aun así, te conozco lo suficiente como para saber que esta lucha es solo tuya. Prepararé la gasometría y el alta. Cabezota —masculla antes de salir de la habitación de manera airosa.

Yo, en cambio, asiento victorioso apretando los labios, aunque no puedo apartar de mi mente la sombra de las teorías basadas en la profunda exageración, propia de Naoko.

Llego a mi apartamento y me descalzo en la puerta como de costumbre. Está oscuro. Esta noche ni siquiera el alumbrado urbano me visita. Enciendo la luz y me dirijo a la cocina a por algo de comer antes de dejarme caer en el sofá a ver qué echan por la tele. No tengo ninguna esperanza, pero siempre le doy una oportunidad a la programación autóctona antes de ponerme una serie, una película o elegir un libro.

Devoro mi bol de arroz sin despegar la vista del pollo que está troceando un cocinero de Italia. En el programa de hoy, se han ido hasta un restaurante italiano que hay en Osaka y que, por lo visto, es bastante reconocido. Entre condimento y condimento, me acuerdo de mi compañero de piso en Londres, cuando estuve estudiando el máster. Se llamaba Roberto, era de Roma si no me falla la memoria. Trabajaba de ingeniero, aunque decía que su verdadera vocación se encontraba entre unos fogones al rojo vivo. No mentía. Era un grandísimo cocinero, pero tuvo que ceder a los designios de su padre, el cual solo le había permitido acabar sus estudios fuera del país si prometía volver a encargarse de la empresa familiar. Debe de ser duro tener que decidir entre vivir tu vida o existir con el apoyo de tus familiares. Yo me considero un afortunado en ese aspecto.

Soy hijo único. A mi madre, un par de años después de dar a luz, le encontraron un tumor en el útero. No era maligno; no obstante,

tuvieron que extirparle la matriz y, por lo tanto, debió hacerse a la idea de que ya no iba a poder ampliar la familia de manera biológica. Según mi padre, esto hizo que valoraran todavía más el hecho de haber podido ser padres: «Pensamos que tener un hijo es el proceso natural de todo ser humano, pero nos dimos cuenta de que, en más ocasiones de las que creemos, es un verdadero privilegio», solía decir. Tras su muerte y debido a mis ataques, mi madre puso todas sus fuerzas y desvelos en mí, en mi salud, en mis estudios, en mi carrera… Se sacrificó para que no me faltase de nada y pudiera conseguir todo lo que me propusiera.

No fui un niño consentido ni malcriado, pero sí muy querido y, lo reconozco, sobreprotegido en algunas ocasiones. Ahora, me toca a mí protegerla a ella. Todavía vive en la casa que se compró a las afueras de Tokio cuando me vine a estudiar aquí. Los fines de semana que no tengo guardia, voy a visitarla y paso el día con ella si no se ha ido a Kioto a visitar a su hermana. Le gusta viajar con sus amigas jubiladas a lugares históricos y siempre me trae algún que otro recuerdo artesanal, amuleto o dulces.

Me levanto del sofá al ver las horas que son y me dirijo a la cocina a fregar el bol para, después, irme a mi cuarto. Enciendo directamente la luz de mi escritorio y me siento en la butaca giratoria que hay delante de él. A continuación, abro el segundo cajón y saco una pequeña libreta negra en la que pone un número escrito en blanco: 19. Hace justo eso, diecinueve años, que comencé a detallar en un cuaderno todo lo que me sucede: mis crisis respiratorias, su asiduidad, su duración, el sonido de mi tos, el posible desencadenante, lo que había hecho antes de que estas

brotaran, cómo me sentía después y si había tenido algún efecto secundario… Detalles que, para mí, son vitales.

Paso las páginas hasta encontrar la última que escribí. Pongo la fecha y comienzo a relatar lo acontecido con un bolígrafo de color negro.

3

El timbre suena traspasando las paredes como si fuesen de papel hasta llegar a mi dormitorio. Abro los párpados con dificultad. Estoy aturdido, no sé qué hora es. Ayer me quedé escribiendo hasta bien entrada la madrugada. Me levanto de la cama y me visto para abrir la puerta. No espero ninguna visita, pero puede que sea el cartero o que traigan algún paquete, aunque tampoco recuerdo haber pedido nada, así que, pasados unos segundos, descarto esa opción.

El ding dong se repite y resuena con más claridad todavía en mi cabeza. Su insistencia me preocupa; sin embargo, mi cerebro sigue sin funcionar a un ritmo normal para buscar explicaciones sensatas a todo lo que estoy viviendo. Bostezo. Me pongo unas zapatillas deportivas sin esforzarme en atar los cordones y me miro en el espejo del *genkan*[6] para comprobar mi aspecto. Me doy un suficiente raspado.

—¡Doctor Matsumoto! —exclamo con sorpresa.

Yosuke Matsumoto es uno de los médicos más reconocidos de todo Japón y parte del extranjero. Fue mi profesor durante mis años universitarios y, desde entonces, somos buenos amigos.

Lo invito a entrar sin saber todavía cómo reaccionar de forma adecuada. Me dirijo a la cocina para preparar un poco de té y me embobo como siempre mirando el reloj. El minutero temblequea con

cada movimiento que lo acerca al número doce. Va un poco adelantado, pero de esta forma nunca llego tarde a ningún sitio.

—He hecho té —digo, sosteniendo la bandeja con cuidado.

El doctor Matsumoto mira por el ventanal que preside la sala de estar en silencio. Su sombra combina a la perfección con el juego de claroscuros que la luz invernal proyecta en la estancia. Los muebles, las paredes de color crema, incluso los largos listones de haya del parquet parecen cubiertos por un filtro grisáceo que enfría la escena e inutiliza la calefacción central. Nada queda del ambiente acogedor que buscaba cuando pensé en la decoración del lugar donde refugiarme tras una agotadora jornada.

Tiene las manos cruzadas y apoyadas en las lumbares. Su pelo canoso se confunde entre el cielo plomizo del día. Hay nubes, posiblemente lloverá en unas horas. No puedo verle la cara; aun así, su actitud corporal desprende un aire nostálgico que inunda todas las esquinas de la habitación. Echa de menos Tokio, pero no la ciudad ni el bullicio, sino la persona que un día fue aquí.

Se jubiló cuando yo estaba en Canadá trabajando en mi doctorado. Recuerdo mi llamada el día de su fiesta de despedida. No se la esperaba. Oía el ruido de la gente hablando de sus cosas, los gritos de sus nietos correteando, la risa de sus compañeros… Su voz al escucharme se llenó de una cálida alegría que me hizo sonreír de felicidad toda esa semana. Había conseguido transportarme a casa durante unos escasos minutos que me devolvieron las fuerzas, las cuales me flaqueaban tras estar tanto tiempo ultramar. Me tiene mucho afecto y yo también a él. Ejerció de padre y mentor incluso

cuando ya estaba fuera de las paredes de la facultad de Medicina. Ambos comenzamos a trabajar codo con codo en cuanto se enteró de todas las dolencias heredadas que me acompañan desde la infancia, esa especie de maldición de la que jamás podré deshacerme y que me paraliza a la hora de querer formar mi propia familia.

Vierto el té en dos tazas azules de arcilla. Me las regaló mi madre cuando vino de un viaje que hizo con sus amigas a Kōbe. El humo que emana de cada una de ellas hace que todo lo que veo tras él se desdibuje entre una neblina que se pierde mientras asciende por el aire. Él se gira y se sienta en una de las sillas de la mesa que hay entre el salón y la cocina. Luego, me mira y sonríe antes de soplar sobre su taza.

—¿Qué le trae por Tokio? ¿Es que ya se ha cansado de Osaka? —Disfrazo mi curiosidad con una pequeña broma. Él sonríe.

—No, no. Antes de volver a este infierno me corto una mano —responde—. Tú sabes perfectamente lo que me ha traído hasta aquí. —Bajo la mirada al escucharlo—. Nakayama me llamó ayer por la tarde. Me contó que habías tenido una crisis muy fuerte que te había dejado inconsciente y que ella te estaba tratando.

—Es cierto —contesto avergonzado. No me atrevo a mirarlo a la cara—. El director del hospital y ella acordaron que me cogiese un par de días de reposo, pero estoy bien, ha sido como otra cualquiera.

El hombre resopla con hastío y se rasca la frente. No quiere escucharme más. A continuación, abre una bolsa negra de cuero que

lleva consigo y saca un fonendoscopio y una vieja libreta que conozco a la perfección. Suspiro y esgrimo una pequeña sonrisa cansada. Me quito la camiseta, dejo el torso al descubierto y vuelvo a sentarme.

El doctor Matsumoto lleva examinándome desde que conoció mi secreto. Cada cierto tiempo, me hace un chequeo completo y una entrevista en la que le cuento cómo han sido los ataques respiratorios y si he hecho algún descubrimiento para sofocarlos o aliviarlos. Siento el frío metal de ese artilugio en la espalda. Inspiro con profundidad; seguidamente, suelto el aire. Repito. Él va apuntando todo lo que nota en cada una de esas inhalaciones, como si se tratara de un músico intentando averiguar las notas de una melodía que ha escuchado por ahí.

—Continúas guardando un seguimiento de las crisis, ¿verdad? —pregunta. Yo le respondo afirmando con la cabeza.

De repente, vuelve a resoplar y se quita el fonendoscopio. Luego, me pide que me vista y comienza a guardar el arsenal de primeros auxilios que ha traído consigo. No dice nada. Lo miro con zozobra esperando algún comentario, pero él se mantiene en silencio y eso me preocupa. Finalmente, se sienta y le da un trago al té.

—Te dije que regresar a Tokio no era una buena idea.

—Quería volver a casa. Mis crisis respiratorias habían aumentado por culpa de los viajes, las conferencias, el estrés y los cambios ambientales. Si me tenía que pasar algo, quería que fuese aquí —me justifico.

—Hokkaidō, Tohoku, Kanto, Chubu, Kansai, Shikoku, Chugoku, Kyushu y Okinawa. —Comienza a recitar las regiones de Japón bajo mi mirada de extrañez. No sé qué quiere decirme—. Nueve regiones

con ciudades y pueblos tranquilos y maravillosos para vivir, y tú vuelves al lugar con más ajetreo y el ambiente más corrupto de todo el país. Dime, ¿cuánto hace que regresaste?

—Dos años más o menos.

—Hum… —murmura pensativo—. Puedo apostar, sin miedo a perder absolutamente nada, que, si cojo los dos últimos tomos que guardas en esa estantería, veré que tus condiciones respiratorias no han mejorado ni lo más mínimo.

—¿También se lo ha chivado Naoko? —replico con impertinencia, levantándome de la silla. Él me mira de reojo sin inmutarse—. Tiene razón, pero a lo mejor es ley de vida, ¿no? Lo he intentado todo y lo único que he conseguido de momento es ganar dos años más de los que vivió mi padre.

Me dejo caer en el sofá y pierdo la mirada en la nada. Es la primera vez que verbalizo la posibilidad de que no me quede mucho más tiempo. Esta creencia no se sostiene en ningún razonamiento lógico ni en pruebas médicas, solo en el hartazgo vital en el que me voy encerrando conforme va pasando en tiempo y no veo ningún avance en mis investigaciones ni en mí mismo. A pesar de ser un hombre de ciencia, no puedo negar que cada noche me acojo a aquello que va más allá de la mano humana para calmar mis temores y pesares, para disipar la zozobra que me producen las preguntas que me asaltan en la soledad y que no puedo contestar pese a mis estudios y experiencia.

—¡Eso es una tontería! —exclama llamando mi atención. Acto seguido, suspira—. A ver, no quería contarte esto, pero, cuando me jubilé y me mudé, conocí a alguien con tu mismo problema —confiesa. Yo abro los ojos con perplejidad—. Lamento no habértelo

dicho antes, pero no quería que tu desesperación lo convirtiera en un conejillo de Indias. Era solo un crío.

—¿Y qué sucedió? —insisto sin acritud ni resentimiento.

—Se mudó y no volví a saber más de él, pero tuve el tiempo suficiente para averiguar algunas cosas que os diferenciaban: la edad, obviamente, la primera crisis respiratoria y, sobre todo, aquello que lo rodeaba. Cada semana quedábamos y me contaba cómo era su día a día y, por casualidad, descubrí que jamás había sufrido ni un mínimo ahogo en domingo. ¿Sabes por qué? —pregunta. Niego con la cabeza al mismo tiempo que espero expectante que continúe con el relato—. Porque los pasaba lejos de la ciudad. Se iba de excursión con su padre a lugares vírgenes, apartados de todo aquello que rezumaba humanidad.

—¿Adónde quiere llegar?

—Si decidiste volver a casa, hazlo. Vuelve a tu verdadera casa, Seiya. —Se acaba de un trago el té que le he servido. A continuación, intuyo una minúscula sonrisa en sus labios que no sé muy bien cómo interpretar—. La vida me ha enseñado que nadie merece marchitarse entre cemento, ya te queden dos años o setenta. Además, un buen investigador siempre debe ir a la raíz del problema, a la zona cero, ¿no crees, Seiya?

4

El sonido de la cinta de embalar despegándose del rollo rompe el monótono silencio de mi dormitorio. Cierro una de las cajas que contiene mi ropa de verano y armo otra para seguir llenándola con partes de mi vida. En esta mezclo prendas de vestir, sábanas y lo que voy encontrando por los cajones, un caos que horrorizaría a cualquier persona con dos dedos de frente que se enfrentara a una mudanza, pero es un rasgo de mi personalidad. De nuevo, el desagradable rasgado del pegamento separándose del plástico marrón inunda las paredes de mi cuarto. Otra caja más hecha.

Me acerco a una estrecha estantería repleta de libros que hay junto a la cómoda, opuesta a la ventana. La mayoría son manuales de medicina, así que dudo en si llevármelos o no. No sé si me harán falta en esta nueva aventura, por llamarla de alguna forma, que voy a emprender. Además, pesan mucho. Sin embargo, cinco segundos después, me encuentro apilándolos uno a uno en otra de las cajas, aunque esta vez es una de las que tengo de PVC. El cartón no aguantaría su peso.

Cuando llego al tercer estante, el del medio, me detengo. Observo los dieciocho cuadernos negros que albergan todos y cada uno de mis ataques respiratorios, avances y fracasos médicos y suposiciones al respecto de mi enfermedad. A continuación, voy a mi escritorio y

saco del cajón el número diecinueve, el que está sin acabar. Lo sostengo sin abrirlo y miro sus tapas mientras me acerco a mi cama, deshecha por el ajetreo que estoy teniendo esa mañana. Me siento y respiro profundamente.

Al día siguiente de la visita del doctor Matsumoto, fui a comer a casa de mi madre. No se lo esperaba, pero según ella verme es un regalo que siempre estará dispuesta a recibir. Abrió la puerta y me invitó a pasar antes de que me helara esperando. Luego, me buscó las zapatillas en el armario del *genkan*, arrodillada con cuidado de no mancharse su kimono verde oliva, el que suele usar para estar por casa. Creo que es de las pocas personas en Tokio que sigue llevando kimonos y *yukata* como prendas diarias de vestir.

Ya en la mesa, me preguntó sin rodeos por qué había ido. Es quien mejor me conoce en este mundo como para ocultarle nada. Agaché la cabeza y sonreí con vergüenza al escucharla.

—¿No me dirás que has conocido a alguien y que me la vas a presentar? ¡Ay, Seiya!

Comenzó a celebrarlo sin escuchar mis respuestas negativas. Su euforia la hizo gatear hasta el altar que le tiene dedicado a mi padre mientras se dirigía a él en una conversación en la que la palabra que más repitió fue *kamisama*.[7]

—¡No sabes cuánto tiempo llevo rezando por esto, Seiya! —exclamó emocionada volviendo a mí.

—*Okāsan*,[8] lamento decirte que no es nada de eso —contesté.

Automáticamente, ella frunció el ceño; acto seguido, recogió su cuenco y su plato, y se fue a la cocina. Yo la llamé un par de veces,

pero no me escuchaba por el ruido del agua del grifo o no quería escucharme; así que me levanté y fui hacia ella.

Dejé en el fregadero lo que había sucio en la mesa y me quedé a su lado, con los brazos cruzados, esperando a que quisiera hablarme. Sabía que no aguantaría mucho tiempo sin quejarse, es una de sus aficiones favoritas, solo tenía que esperar y mirarla de forma impasible. Suele sentirse intimidada por mi altura. Lo descubrí cuando di el estirón, a los dieciséis años o así.

—Pero ¿qué hay de malo en casarse y darme nietos, Seiya? Es que no entiendo por qué te gusta hacerme sufrir —dijo en tono victimista, lanzando el trapo de secarse las manos contra la encimera. Yo puse los ojos en blanco, le di la espalda y me alejé de ella.

—No hay nada de malo —respondí—, solo que mi vida es muy complicada y lo que venía a contarte es mucho más importante.

—¿Y qué hay más importante? A ver.

Suspiré y, justo después, me humedecí los labios. Tenía la boca completamente seca. Me senté en una de las sillas de la cocina y busqué su mirada para que conectara con la mía y me prestara atención.

—Me mudo al pueblo.

—¿Al pueblo? ¿A qué pueblo? —preguntó.

—Al nuestro, a casa, *okāsan*.

De pronto, su piel palideció como si hubiera oído la peor de las noticias. Dio un pequeño traspié que hizo que me levantara de la silla y fuera a ayudarla a reponerse y sentarse. Le ofrecí un vaso de agua, pero lo rechazó. Estaba bien, solo había sido un leve bajón de tensión. En ese momento, volví a sentarme frente a ella esperando

que me exigiera alguna explicación. Su vahído ya me había servido de muestra para saber que no le había gustado mi decisión. Se frotó la frente y, luego, se dio un pequeño masaje en las sienes, pero seguía sin decir nada hasta que, por fin, soltó un gran soplido que la ayudó a volver en sí.

—¿Por qué? Nos vinimos a Tokio para darte un futuro mejor. ¿Qué se te ha perdido allí?

—*Otōsan*[9] —respondí. Ella, en cambio, suspiró con hastío y alzó la vista al techo—. Todos estos años he estado investigando cómo puedo curar una enfermedad sin saber la raíz de esta. Alguien antes que él debió de tenerla ¿o él fue el primero? ¿Cómo se trataba sus ahogos, sus crisis respiratorias, sin entender absolutamente nada de lo que le sucedía, sin disponer de conocimientos médicos? ¿Qué nos diferencia a él y a mí?

—Seiya, a tu padre lo mató una neumonía que se complicó por culpa de esa horrible… maldición. —Tragó saliva. Sus ojos se anegaban de lágrimas—. Nada más. No hay motivo para remover el pasado.

—Sí, sí que lo hay —insistí con fervor—. Necesito conocer mi pasado para entender mi presente y tener un futuro. No he venido aquí para convencerte, sino para anunciarte que me marcho.

Me levanté y me fui a la puerta para coger el abrigo y mis zapatos. Entonces, escuché unos pasos detrás de mí.

—¿Cuándo nos vamos?

Me giré estupefacto al escucharla.

—No voy a dejarte solo en esto, hijo.

Llaman al timbre y me devuelven al día de hoy. Dejo la libreta encima del colchón y voy a abrir gritando «¡ya voy!» ante la insistencia de quien sea que me espere. Bueno, sé que es Naoko. Esa es su forma de identificarse cada vez que viene a mi casa. Abro la puerta y me la encuentro en el rellano, abrazada a sí misma y dando pequeños saltos para entrar en calor. Por las pequeñas motas blanquecinas de su gorro de lana azul, deduzco que está cayendo aguanieve. La invito a entrar y voy a prepararle un té bien caliente mientras ella pulula por mi casa bostezando. Ha tenido guardia y solamente ha dormido un par de horas, pero me había prometido que me ayudaría con la mudanza.

—Gracias, justo lo que necesitaba —contesta, aferrándose a la taza en cuanto se la doy.

Sopla y toma un gran sorbo sin esperar a que deje de humear. Yo me habría abrasado la boca, pero ella siempre ha parecido ser inmune tanto a la comida ardiendo como al picante, por eso adora ir a restaurantes coreanos cada vez que encontramos un hueco para cenar juntos. Coloca la taza encima de la mesa del comedor y se estira como si fuese un gato. A continuación, da una palmada que me pilla desprevenido.

—En fin, ¿qué tengo que hacer? —pregunta con los brazos en jarras.

—Estoy recogiendo el dormitorio. Si me quieres ayudar a acabar…

Nos dirigimos a la habitación y, nada más pisarla, empieza a suspirar al leer que, en lugar de poner lo que contiene cada caja, me he limitado a escribir «dormitorio».

—Conociéndote, seguro que cada caja es una *fukubukuro*[10] —bromea.

Se acerca a la caja de plástico transparente y me mira esperando una explicación. No entiende por qué me llevo todos mis manuales de medicina. Yo le explico que el doctor Matsumoto me comentó que esa zona está muy abandonada médicamente y la población es muy mayor como para tener que desplazarse con tanta asiduidad a Nagoya para que los atiendan. Ella se ríe. No me imagina siendo médico rural, aunque yo tampoco.

—Solo te pido que, si tienes que asistir el parto de una vaca, me llames, por favor —comenta mientras reorganiza sentada en el suelo todo mi caos y vuelve a rotular las cajas con mejor criterio que el mío.

—Pero ¿por qué voy a tener que hacer eso? —Rompo a reír a carcajadas.

—No sé, aunque si eres la única autoridad médica en un radio de cincuenta kilómetros…

—Espero no tener que enfrentarme a ello.

—Pues los animales son mucho más agradecidos que los seres humanos —responde. Después, se levanta—. ¡Esto ya está!

—Nunca entendí por qué no te hiciste veterinaria —comento mientras arrastro los bultos ya embalados hacia el salón.

—Por mi padre, ya lo sabes. —Me sigue con una maleta a la vez que farfulla con desdén—. Mi abuelo era médico, mi padre es médico, y yo la mayor de tres hermanas; así que me tocó ser médico, pero no me quejo. —Suspira dejando salir un pequeño ruidito agudo—. Gracias a ello pude pasar una temporada en el extranjero y salí de las cuatro paredes en las que se empeña en encerrarse este país. En fin, dejémoslo. ¿No tienes hambre? Yo sí.

—La verdad es que me muero de hambre, aunque no tengo casi nada en la nevera. —Sonrío—. Bajo un momento al *konbini*[11] de aquí al lado a comprar algo.

Tras un cuarto de hora fuera de casa, llego con dos *bentō*[12] de comida precocinada y un par de refrescos. Miro la sala de estar y veo que el montón de cajas ha crecido sustancialmente desde que salí. «Más libros inútiles de Seiya. Jerséis que hacen parecer una persona normal a Seiya. Sábanas blancas, porque no conoce más colores, de Seiya», leo en voz baja los rótulos con la caligrafía de Naoko y aprieto los labios para aguantarme la risa. Luego, voy a la cocina a por palillos y me la encuentro allí, subida en una silla del comedor, recogiendo la vajilla.

—Deja eso, va —digo al verla haciendo malabares con mis boles —. Vamos a comer.

Nos sentamos en el suelo del salón y comemos sobre la mesa de té que hay entre el sofá y el televisor. Devoro la bandeja antes que mi amiga haciéndola reír a carcajadas. Según ella, engullo como los patos, siguiendo con su amor por los animales. A continuación, abro una chocolatina porque aún siento hambre. Ella, en cambio, sigue apurando su *bentō* mientras niega con la cabeza.

De repente, se queda mirando por la ventana. Noto el mismo aire nostálgico que vi en el doctor Matsumoto cuando me visitó aquel día, pero esta vez hay algo distinto. En sus labios vislumbro una minúscula sonrisa que templa la habitación de forma agradable y cándida. Sus ojos se iluminan con la luz grisácea del día que entra por los cristales. Ha rejuvenecido en cuestión de segundos. Me

recuerda a cuando la conocí en la facultad, cuando me hablaba con ese marcado acento norteño y una alegría en la voz que te animaba el día solo con escucharla saludarte.

—¿En qué piensas? —pregunto.

Naoko gira la cabeza hacia mí y la apoya en su mano derecha sin dejar los palillos de madera de usar y tirar. Después, se encoge de hombros.

—Eres muy afortunado, Seiya.

—¿Afortunado? Creo que es el último adjetivo que se me pasaría por la cabeza para describirme.

—¿Por qué? —Chasquea la lengua con fastidio al imaginarse lo que le voy a decir y se impulsa hacia mí con los codos—. Vamos, Seiya… ¡Vuelves a casa! Sé que soy la primera en quejarme en cuanto paso más de cinco días con mi familia, pero no puedo evitar sentir mariposas los días previos cada vez que vuelvo a Aomori: cambiar de aires, pisar las calles en las que creciste, que la gente te llame por tu nombre, reencontrarte con antiguos amigos de la infancia… —explica radiante—. ¿No sientes ni siquiera un poquito de curiosidad por ver cómo han envejecido tus compañeros de clase? —bromea.

—La verdad es que no tengo demasiados recuerdos ni de mi infancia ni de mi adolescencia —contesto, jugueteando con la chapa del refresco.

—¿Cómo no vas a recordar tu infancia ni tu adolescencia? Eso es como poco raro, Seiya.

—No es que no recuerde nada de ellas, solo que no recuerdo a nadie a quien añorar, por decirlo de algún modo. Supongo que, con la muerte de mi padre y mi enfermedad, no fue una etapa

demasiado… memorable —confieso. Sin saber por qué, una extraña sensación de vacío me embarga de pronto.

Mi rostro se ha vuelto rígido, casi no puedo mover ningún músculo. Un sudor frío me recorre la frente y la espalda hasta empapar la camiseta que llevo debajo del jersey y la cintura de los pantalones. Naoko, tan observadora como siempre, ve que hay algo que no marcha bien y trata de romper la tensión del ambiente antes de que derive en algo que ambos conocemos.

—Entonces me siento muy halagada de ser tu mejor amiga de la infancia a pesar de habernos conocido con dieciocho años, aunque no fuese en esa biblioteca.

—¿Cómo? —Comienzo a reírme—. Claro que fue ahí, mentirosa.

—No… —Mueve la cabeza hacia ambos lados mientras se muerde los labios—. Fue en otoño, lo recuerdo bien, porque me dijiste que acababas de celebrar tu cumpleaños. Te vi melancólico en un banco del campus con un pastelillo de castañas al que no quitabas ojo. Pensé que eras simplemente un chico goloso, pero, de pronto, empezaste a hiperventilar y te caíste redondo al suelo. Intenté reanimarte de todas las formas posibles mientras venía algún profesor o una ambulancia. Ni siquiera sabría decir con exactitud el tiempo que estuviste allí tumbado sin reaccionar, aunque se me hizo una eternidad. Recuerdo que tuve agujetas en los brazos durante toda la semana por el número de repeticiones que hice durante la reanimación cardiopulmonar. No obstante, hubo algo que me impresionó de ti: en ningún momento soltaste el pastelillo a pesar de haberse desmoronado casi por completo, como tú.

Naoko agacha la cabeza y traga saliva a la vez que yo la miro consternado. Cierro los ojos con fuerza y me rasco la frente

intentando recordar un mínimo detalle de lo que acaba de narrar con la voz llena de calidez y una mirada de tristeza, pero se me hace imposible. Entonces, vuelvo a buscarla sin ser capaz de mediar palabra alguna.

—Verás, Seiya. Llevo mucho tiempo haciendo mi propio estudio sobre tu enfermedad y no me puedo quitar de la cabeza ese día. Estoy segura de que tuviste una infancia y una adolescencia preciosas… —Coge aire para continuar—. Pero creo que esa crisis u otras que te guardas para ti te las han arrebatado, como el verdadero inicio de nuestra amistad.

Alarga la mano izquierda y me acaricia el brazo de manera reconfortante. Sus ojos y los míos se cruzan bajo la tenue luz de la única lámpara de la sala de estar que está encendida. Titilan al igual que la bombilla y que mis fuerzas.

¡Ya es de noche. Hará un par de horas que Naoko se ha ido. Se le han saltado las lágrimas al despedirnos, se ha excusado diciendo que ya no tendrá a nadie que se ponga tan rojo al comer *kimchi*[13] extrapicante. Es una gran persona. La voy a echar de menos. Me doy un baño para relajarme y después me dirijo a la cocina a por la última cerveza que queda en la nevera. Ahora sí que está completamente vacía. Luego, salgo al comedor y me apoyo en una de las sillas sin sentarme en ella.

Observo mi alrededor y lo único que puedo sentir es desolación. Ya no me atrevo a llamar hogar a esa colección de muebles desnudos y paredes vacías. Incluso el silencio parece rebotar por las esquinas creciendo por el eco de la nada. Entonces, anclo la mirada

en las cajas y maletas, amontonadas en una de las esquinas de la sala de estar. Todavía me parece increíble que la vida de una persona pueda caber en quince trozos de cartón marrón con todo lo que me ha costado llegar hasta donde estoy ahora. Sin embargo, ni siquiera sé dónde estoy, por eso me voy.

De pronto, como una estrella fugaz cruzando el firmamento, una pregunta viene a mi mente: «¿Cómo no vas a recordar tu infancia ni tu adolescencia? Eso es como poco raro, Seiya». Mi cerebro, incluso, es capaz de reproducir la voz de Naoko como si estuviese allí mismo, a mi lado. Le doy un trago a la cerveza y cierro los ojos. En ese momento, de entre la oscuridad que queda bajo los párpados, comienzan a aparecer luces, manchas de colores que van uniéndose poco a poco hasta conformar imágenes de una nitidez impecable. Veo una casa antigua de madera y un cartel en el que pone SE VENDE. Acto seguido, abro los ojos y, sin saber por qué, rompo a llorar como un niño pequeño.

5

Conduzco por una carretera recta que nada tiene que ver con las carreteras en que solía moverme en Tokio. El limpiaparabrisas funciona a toda velocidad para poder vislumbrar el horizonte, aunque se hace bastante difícil con esta lluvia. Mi madre mira por la ventana los campos que nos rodean, helados por el frío y con algún que otro montoncillo de nieve que persiste del temporal de la semana pasada. Limpia con la manga de su kimono el vaho que se produce por la diferencia de temperatura que hay entre el interior del coche y el exterior, y sigue disfrutando de las vistas en silencio.

La monotonía del viaje hace que mi mente se traslade a un lugar lejos de allí. Me encuentro de nuevo en el bosque de bambú, en el de mis reencuentros con Ho-chan, aunque en esta ocasión estoy solo. Camino apartando los troncos sin saber bien hacia dónde ir, como si estuviera buscando algo, pero no sé el qué. De pronto, escucho el dulce susurro de una mujer.

—Sei-kun…

Veo un brazo que sale de entre las hojas y me hace un gesto para que me acerque. Yo obedezco casi hipnotizado.

—¡Seiya! —Mi madre grita de horror y me saca de mis pensamientos.

Vuelvo a la realidad y piso el pedal de freno a fondo de forma automática. He estado a punto de atropellar a un ciervo que cruzaba la carretera. Mi mirada se encuentra con la del animal, que ni se ha inmutado a pesar de haber estado a punto de morir. Luego, agacha la cabeza y sigue su camino con paso grácil. Yo le devuelvo el gesto con el susto todavía metido en el cuerpo.

—¿Dónde demonios tenías la cabeza, hijo?

Me abstengo de contestar, no lo entendería. Ni siquiera yo puedo buscar una explicación lógica a lo que acaba de suceder; así que arranco sin darle más vueltas. Respiro profundamente a medida que las líneas discontinuas de la carretera van perdiéndose por el rabillo de mi ojo derecho. Debemos llegar antes que el camión de la mudanza.

—¡Hay que ver lo limpio que lo ha dejado todo la señora Futaba! —Mi madre me ayuda a colocar los libros en la estantería de la que va a ser mi nueva consulta.

Comienzo a sacar, de una de las múltiples cajas de cartón marrón que inundan la estancia, aquellas carpetas y archivos que pensé que iban a serme útiles en mi nueva vida como médico rural. Yo, la gran promesa nipona de la neumología, pese a que ni siquiera formalicé la especialización cuando volví al país para «no cerrarme puertas», como dijo mi madre. Miro los papeles que sostengo como si fuesen el recuerdo de todo un camino que se ha desviado por completo, aunque no me da pena. No tengo ninguna necesidad de lamentarme.

—Mira que tenía miedo, ¿eh? Pensaba que nos encontraríamos la casa medio hundida, y no. Está intacta. Es verdad que necesita alguna reparación que otra, pero ya me ha dicho la señora Futaba que su marido es todo un manitas y que no dudará en ayudarnos. ¡Qué gente más simpática! Nada que ver con los de Tokio, ¿verdad? —Mi madre sigue hablando, pero no le presto demasiada atención—. Debemos hacerle algún regalo en agradecimiento; a ver qué encontramos por la zona. En Tokio, hay incluso tiendas que abren las veinticuatro horas, pero aquí no. Eso es lo malo. En fin, supongo que todo tiene sus ventajas y sus desventajas, ¿no crees?

Respondo con un simple movimiento de cabeza, algo que aprendí a los catorce años, cuando comencé a ser un adolescente más preocupado por cualquier cosa antes que por lo que me dijera mi madre. Ella se sentía escuchada, y yo, libre.

Lo cierto es que este es mi verdadero hogar. Nací un 19 de octubre, a principios de los ochenta, en esta misma sala. Mi padre no tuvo tiempo de llevar a mi madre al hospital, ya que el parto fue rápido a pesar de ser primeriza. La madre de la señora Futaba fue quien la asistió junto con otras mujeres. Desde ese día, hace treinta y cuatro años, mi vida ha estado repleta de cientos de mujeres que no tenían miedo de tomar el control de la situación: mi madre, las vecinas, mis compañeras de universidad, mi directora del doctorado, Naoko… Y, ahora, también Ho-chan.

Fui muy feliz en aquella casa, aunque lo ignoraba hasta que volví a pisar el *genkan*. En ese instante, una ola de recuerdos golpeó mis cinco sentidos, provocando que renacieran escenas y sensaciones que creí borradas por completo con el paso del tiempo. Horas antes, a medida que avanzaba por la carretera, ya había experimentado

una sensación similar. El paisaje me resultaba cada vez más familiar. Reconocía los campos de cultivo, los frondosos árboles verdes que jamás perderían sus hojas, los tejados de madera oscura a juego con sus fachadas, salidas de otra época. Era una estampa maravillosa que me reconciliaba con la sociedad, con la naturaleza y conmigo mismo.

Camino hacia el piso de arriba. Las escaleras son empinadas y estrechas. Crujen con cada uno de mis pasos, como si se quejasen del peso que he ganado con los años. La última vez que las pisé era un crío que deseaba ver qué le deparaba la gran ciudad. Ahora, soy todo un hombre que prefiere vivir el presente a alimentarse de ensoñaciones de un futuro que cambia con cada respiración. Entro en mi antigua habitación y una fragancia a tatami anega mis fosas nasales; a continuación, miro las paredes. Los pósters y dibujos de mi adolescencia se mantienen en pie, aunque algo descoloridos por el paso del tiempo. Sonrío levemente mientras me acerco a observarlos como las obras de arte que son. Temo tocarlos y que se conviertan en polvo, pero creo que ya soy lo suficientemente mayor como para tener que compartir mi habitación con el Caballero de Pegaso. Con un Seiya[14] en casa ya es más que suficiente.

Continúo paseando por el museo de mis recuerdos hasta llegar al único mueble del cuarto: mi escritorio. No hay silla. Si no estoy equivocado, creo que la rompí un par de días antes de irme, mientras hacía la maleta. Me arrodillo ante la cajonera para ver si encuentro algo interesante. Podría decirse que incluso siento cierta emoción. Abro el tercer cajón. Está completamente vacío. En el segundo, hay un inhalador gastado y algunos apuntes de Biología de mi último año de instituto. El primero, en cambio, no se desliza con

la misma facilidad que el resto. Tiro con fuerza un par de veces hasta desencallarlo; entonces, veo un pequeño cordón dorado colgando. A tientas, toco la parte inferior del tablero de la mesa y despego una cinta que todavía mantiene el pegamento necesario para aguantar lo que sea que intento coger. Ya lo tengo. Saco la mano con cuidado para ver qué es ese tesoro que tanto significaba para mí como para tenerlo bien escondido. Es un viejo *omamori*[15] en tonos azules y dorados. Quien me lo hubiese regalado me conocía muy bien, ya que el azul siempre ha sido mi color favorito.

Sin saber muy bien por qué, me lo llevo a la nariz. Huele a bambú. De pronto, un extraño dolor en la boca del estómago hace que me siente en el suelo de la habitación. Alzo la vista al techo y noto cómo las cuatro esquinas comienzan a desvanecerse poco a poco en un fondo negro. Se me cierran los ojos de manera inconsciente por el mareo, así que acabo tumbándome. Lo más seguro es que sea por la fatiga del viaje y de la mudanza, pero esta clase de punzadas me resultan más propias de algo psíquico que físico. Respiro profundamente un par de veces y vuelvo a levantarme despacio. Me guardo el talismán en el bolsillo y bajo a la entrada para seguir desembalando.

Salgo del baño frotándome el pelo con una toalla que mi madre ha calentado previamente. Debo admitir que la bañera me parecía mucho más grande años atrás, aunque sigue siendo el espacio más relajante y cálido de esta casa. Deambulo por el pasillo mirando las paredes hasta llegar a la cocina. Mi madre está acabando de hacer la cena y me pide que ponga la mesa.

—¡Es increíble! —Irrumpe ella en la calma de la sala de estar. Yo levanto la vista del televisor y la miro sin dejar de comer el *nikujaga*[16] que ha preparado con las verduras y la carne que nos ha traído la señora Futaba—. ¿No crees?

—¿El qué?

—Todo esto. ¿Cuánto hace que nos fuimos a Tokio? ¿Quince, dieciséis años? —Asiento a su pregunta—. Pues tengo la sensación de que nada ha cambiado. Que sí, que, obviamente, la gente de mi generación es más vieja y tú eres un hombre hecho y derecho, pero, aquí, dentro de mí, siento que lo esencial sigue igual. —Tras una larga pausa, rompe a reír—. No me hagas caso hijo, son desvaríos de la edad.

Vuelve a coger su cuenco de arroz para continuar comiendo y dar por zanjada la conversación; sin embargo, yo he tenido la misma sensación que ella, aunque no lo verbalizo.

Desde mi cojín, observo lo que me rodea, olvidando por unos segundos el estofado a medio comer que se están templando por culpa del frío que se cuela por las rendijas de las puertas y ventanas a pesar del calor que emana el *kotatsu*.[17] Es cierto. Aunque el tatami está más duro y las paredes necesitan una buena limpieza para que recuperen su claridad original, nada parece haber cambiado, y eso, extrañamente, me reconforta. Tras esa reflexión, poso la mirada sobre mi madre mientras saborea el montón de arroz que recoge delicadamente con sus palillos, y sonrío.

6

—Doctor Hayashi, el señor Takahashi le espera en la consulta. Se queja de unos pinchazos en el estómago desde hará un par de días. Creo que se trata de un simple virus estomacal o una intoxicación.

Entro por la puerta de la habitación que he habilitado para aquellos pacientes que vienen a verme. Mi hogar también es ahora mi lugar de trabajo, algo a lo que todavía me cuesta acostumbrarme, aunque creo que la gente se siente más cómoda de esta forma. Antes, cuando aún estaba con la reforma para tratar de separar mi vida privada de la profesional, debía desplazarme con cada llamada que recibía. Esto entorpecía mi labor sobremanera, ya que, si no se me olvidaba una venda, se me olvidaba el bloc de recetas o cualquier otra cosa. Además, las condiciones en las que debía tratar a cada enfermo no eran siempre las más adecuadas. Tenía que adaptarme a la situación con cada visita. Es cierto que debo seguir con los viajes entre los pueblos de la zona para dar una mínima cobertura sanitaria a aquel que la requiera y que no tenga la posibilidad de llegar a la capital o al hospital más cercano.

Me descalzo en el *genkan* mientras escucho a la señorita Tanaka, mi ayudante. Es una joven muy inteligente, servicial y con muchas ganas de aprender. Acaba de graduarse de Enfermería en Nagoya, en la Meidai.[18] Cuando mi madre me contó que la hija de una

amiga suya era enfermera y que sería una buena opción para que fuese mi ayudante, la ignoré por completo. Nunca pensé que necesitaría a ninguna asistente siendo un simple médico de provincia; no obstante, al ver el abandono que había sufrido la zona en lo que se refiere a medicina de cualquier tipo, accedí a entrevistarla.

—Muchas gracias, señorita Tanaka. —Inclino la cabeza levemente. Ella, en cambio, recoge mi abrigo sin pedírselo.

—Aiko —responde dibujando una pequeña sonrisa en sus labios—. Puede llamarme Aiko.

Recuerdo la primera vez que vi a Aiko. No había ni rastro del típico traje negro que obligan a llevar a todos los becarios de este país, un detalle que me gustó mucho. Vestía una camisa blanca y una rebeca rosa palo a juego con su falda. Me pareció muy entrañable, ya que ahí supe que esa era la primera vez que iba a solicitar un puesto de trabajo. Me senté frente a ella en el *kotatsu*, aunque, nada más rozar el cojín, tuve que levantarme para responder a su educadísima reverencia. Cuando al fin accedió a sentarse, mi madre nos sirvió un té y se quedó mirándola un buen rato con una sonrisa hasta que la eché tosiendo. Todavía hoy me pregunto a qué vino eso, pero, conociéndola a ella y a su afán por meterse en todo, quizá fue una forma de participar en la entrevista.

—Aiko Tanaka… —leí su nombre de su currículo—. Es la primera vez que se presenta a un puesto de enfermera, ¿verdad?

—Sí, doctor Hayashi, aunque era la mejor en las prácticas en la facultad —aseveró con una firmeza que se disipó en milésimas de

segundo—. No quiero decir que mis compañeras fuesen peores que yo. Me refiero a que, bueno, me gusta mi trabajo y siempre doy lo mejor de mí sea cual sea la tarea que se me encomiende.

Dio un pequeño trago de té y agachó la cabeza rápidamente al acabar su intervención; aun así, pude intuir que sus mejillas estaban rojas de la vergüenza. Respiraba a más velocidad de lo normal. Si hubiera seguido así, en lugar de convertirse en mi enfermera, habría acabado siendo mi paciente. Entonces, apreté los labios para aguantarme la risa. Depende de cómo me contestara a esa pregunta, conseguiría el trabajo o no.

—Señorita Tanaka, sabe que esto es una zona rural y que pueden surgirnos urgencias de todo tipo.

—Claro.

—¿Qué haría usted si nos llaman porque una vaca se ha puesto de parto? —le pregunté.

En ese instante se quedó estupefacta. Tenía los ojos abiertos, con la mirada perdida en el tablón de la mesa, y el pecho se había detenido. La había dejado sin aliento. Entonces, se acabó el té de una sentada, se limpió con la servilleta y me miró concentrando en ella toda la inocencia del mundo.

—Atenderla, ¿no? —respondió.

Paso a la consulta y me encuentro al paciente sentado en la camilla. Desde allí, observa todo lo que lo rodea como si estuviese en otro mundo, uno muy lejano al suyo. Es un anciano. No sé por qué, pero, cuando Aiko me ha anunciado su visita, me lo he imaginado más joven. Es un hombre bajito. Las piernas le cuelgan libremente sin

acercarse al suelo. Lleva un traje tradicional, aunque manido por los años y el uso. Tampoco sé explicar muy bien por qué, pero su imagen me llena de una nostalgia que me hace sonreír con cierta ternura; como si me transportara a un tiempo mejor que el presente o, al menos, más feliz.

Como bien había diagnosticado ya mi ayudante, era una simple intoxicación causada por una sardina que no estaba en muy buen estado. Al menos, no le ha provocado nada peor. Le receto dieta blanda, descanso y algún que otro remedio natural para mitigar el dolor de estómago. Me da las gracias con mucha educación y se marcha achacoso, aunque sin pausa. Por lo que me ha dicho entre síntoma y síntoma, su casa no queda demasiado cerca de aquí.

Cae la noche y cierro el consultorio. Dejo en la puerta mi número de teléfono por si hay alguna emergencia nocturna, pero la jornada, de momento, se ha acabado. Además, mañana es domingo. Los domingos no paso consulta si no es por algo urgente. Aiko se ofrece a ayudarme a recoger amablemente, pero no hay demasiado que hacer. Aun así, se queda a desinfectar la sala y el instrumental médico.

Me siento en la silla giratoria, desde la que atiendo a los pacientes, a ordenar los historiales médicos de la gente que ha venido hoy. Cuando trabajaba en el hospital, lo único que tenía que hacer era teclear un nombre en el buscador y ya tenía todos los datos de cualquier persona, pero paradójicamente eso es algo del pasado. Aquí, todo es mucho más manual. Debo confiar en mi cabeza y en mi capacidad de recordar nombres, todo un reto para alguien tan despistado como yo.

La fatiga del día automatiza mis movimientos hasta que, entre unos papeles, encuentro una especie de… ¿cartera? Creo que es una cartera, aunque su aspecto la aleja de la concepción que la sociedad actual tiene de ellas. Es de color negro y muy vieja. Se mantiene cerrada por una cuerda de rafia que le da tres vueltas. Aiko, al verme con ella en las manos, deja la bayeta en el cubo y se acerca.

—Lo más seguro es que sea del señor Takahashi. Si quiere, se la puedo acercar mañana —propone.

—No, déjalo, Aiko, gracias. Se la daré yo en persona y así compruebo si se encuentra mejor.

—¿Está seguro? Los señores Takahashi viven en el bosque. Solo se puede llegar hasta allí por el camino antiguo y es un buen paseo —explica con desconfianza. Me subestima.

Me despido de Aiko en la puerta principal de casa junto a mi madre. Esta le da un pequeño *bentō* envuelto en tela con parte de la cena que ha preparado para nosotros en agradecimiento. Sus padres la esperan en casa con la mesa puesta; aun así, no se atreve a rechazarlo.

Mi madre y yo comenzamos a cenar en silencio, uno frente al otro. El único ruido que nos envuelve es el del presentador dando la previsión meteorológica para lo que queda de fin de semana y el lunes. Al parecer, va a llover. De todos los fenómenos atmosféricos que sufre Japón a lo largo del año, la lluvia es el que menos me preocupa; sin embargo, con las bajas temperaturas que tenemos aquí, temo que el hielo me llene la consulta de brazos rotos y tobillos torcidos.

Acabo de comer y la ayudo a recoger la mesa y limpiar los platos antes de irme a mi habitación a leer un poco en la cama. El otro día encontré algunos libros antiguos de mi padre dentro de unas cajas viejas que había en mi armario. La mayoría estaban en muy buen estado, pero tuve que deshacerme de varios por el polvo que albergaban sus páginas. Abro por la página en la que me quedé ayer. Mis ojos recorren cada uno de los *kana*[19] y *kanji*[20] que narran la historia de aquella hija de sastres de Kioto. Con cada línea, me siento más cerca de mi padre a pesar de que el argumento no tenga nada que ver con él. El simple hecho de verme sujetando la misma novela que un día estuvo entre sus manos me causa una felicidad que me llena de serenidad hasta caer rendido en un sueño profundo.

7

Me despierto muy temprano. No sabría decir la hora que es porque el cielo está completamente gris, pero me temo que todavía el reloj no habrá marcado ni las siete. Me giro y miro el despertador. Efectivamente, aún quedan diez minutos. Madrugar en domingo debería ser pecado, pero ya no tengo sueño. Me levanto y me asomo a la ventana con cuidado de no hacer ni el más mínimo ruido que pueda despertar a mi madre. La madera es el elemento de construcción más indiscreto que haya podido conocer jamás. Está lloviendo, pero de una forma muy fina, casi ni se ve. El hombre del tiempo acertó.

Bajo a la cocina despacio para prepararme una taza de café que me despeje. Hoy tengo que ir a la casa del señor Takahashi y necesito un chute de cafeína para hacer el camino. No obstante, a pesar de mis esfuerzos para que nadie notara que estoy ya en pie, no caigo en que mi vieja cafetera es mucho más ruidosa que la madera antigua hasta que la enciendo. ¿Por qué me empeñé en traérmela? Intento acallarla como si se tratara de una persona, pero es demasiado tarde.

—Seiya, ¿qué haces levantado a estas horas? —me pregunta mi madre en pijama—. Estás vestido. ¿Vas a algún sitio?

—Sí, debo ir a casa de un paciente —respondo—. Está en medio de la montaña, en el bosque.

De pronto, sus ojos adormilados se abren y se clavan en los míos. Su rostro parece haberse desencajado en cuestión de segundos y no entiendo el motivo. Nunca ha tenido un mal despertar. Yo arqueo las cejas ante su reacción.

—¿Y es necesario que vayas al bosque? —dice con un tono severo que intenta suavizar al darse cuenta de que está siendo brusca—. Quiero decir, ¿no puede bajar él a la consulta?

—Bueno, está lloviendo y es un hombre de avanzada edad. Además, me apetece estirar las piernas en mi día libre —explico con recelo. La actitud de mi madre me escama, aunque no le doy demasiada importancia. Seguramente no querrá estar sola—. No tardaré.

Salgo de casa con un chubasquero y botas para evitar tener resbalones y no coger el paraguas. Antes de alejarme de la puerta, me echo la mano al bolsillo para asegurarme de que llevo la cartera del señor Takahashi y el inhalador, y pongo rumbo a la montaña.

—¡Sei-chan!

Mis oídos captan un grito tras recorrer unos escasos metros del camino que lleva a casa de los Takahashi. Miro a mi alrededor. Estoy completamente solo. Mi corazón vuelve a su ritmo normal con un aire de desesperanza. Esa voz había sido la de Ho-chan, estoy seguro. Reconocería su timbre con los ojos cerrados. A lo mejor es porque soy el único que puede escucharla.

Sigo caminando con cuidado de no resbalarme. Una lluvia fina cae sobre mi chubasquero sin hacer ruido. Es tan ligera que solo te das cuenta de su existencia al ver los adoquines, redondeados por el paso del tiempo, brillantes como si fuesen minerales perfectamente pulidos por el ser humano. La hierba y el musgo parecen mucho más verdes que cualquier otro día. El gris y la oscuridad que se desploman desde el cielo crean el lienzo perfecto para que la vegetación despliegue todos sus encantos pese a ser todavía invierno. Me siento bien. Me siento en casa.

A cada paso que doy, mi cabeza se llena de imágenes que creí perdidas para siempre. No había sabido nada de ellas hasta este preciso instante. Ante mis ojos, veo ese mismo camino, aunque regado por una luz veraniega amarilla que se cuela por las ramas y las hojas de los árboles. La temperatura de mi cuerpo aumenta al igual que mi ritmo cardiaco, aunque ya no sabría decir si es por el ejercicio o por el estallido incontrolable de los recuerdos.

—¿Crees que Nobunaga pasó por aquí? ¿Y Hideyoshi?[21] Según mi padre, este camino lo frecuentaban muchos samuráis.

Vuelvo a escuchar la voz infantil de Ho-chan como si estuviese caminando a mi lado, con su uniforme escolar y sus dos coletas, pero solo está dentro de mi cabeza. Es extraño. De los sueños que he tenido, no recuerdo ninguno en el que hubiésemos mantenido una conversación sobre el feudalismo en Japón. ¿Será que estoy delirando por el esfuerzo o, simplemente, me estoy volviendo loco? No obstante, me resisto a creer que esa pregunta haya sido una mera alucinación. Es demasiado real y específica.

Miro el reloj. Llevo más de una hora caminando. Por lo que me dijo Aiko, no debo de estar muy lejos de la residencia de los

Takahashi. Me quito la capucha para que me dé un poco el aire en el rostro. Prefiero tener el pelo empapado a morir asfixiado por culpa del calor que desprende el plástico del chubasquero. Entonces, a lo lejos, veo una pequeña casa de madera salida de las profundidades de la era Edo. El primer pensamiento que me asalta es que se trata de un espejismo, aunque, al ver el humo que emana la chimenea, sonrío con alivio.

—Ha elegido un mal día para hacer turismo, joven.

Una anciana aparece de forma repentina y se sienta en el pequeño porche elevado que hay justo delante de una de las entradas a la casa. A continuación, me mira con un atisbo de sorpresa. Examina mi rostro y mi figura desde su posición, sin saber si debe acercarse o no; así que soy yo quien decide hacerlo.

—Sí, no es el mejor día del año para andar por el bosque. —Sonrío —. Pero debo entregarle algo a alguien que vive por aquí. ¿Conoce usted al señor Kenta Takahashi?

—¡Y tanto! ¡Muy bien, además! —responde entre risas—. Es mi marido. ¿Quién lo busca?

—Me llamo Seiya Hayashi. Soy el nuevo médico del pueblo.

La mujer me hace una reverencia profunda sin levantarse de su cojín verde oscuro y me invita a entrar sin demora.

Me siento cerca del fuego para calentarme y secarme mientras ella prepara un poco de té y unas pastas. No sé hacia dónde mirar. Todo lo que conforma aquel lugar parece parte de un decorado de una película de samuráis con un experto historiador detrás. Cada listón de madera guarda entre sus vetas una parte de la historia del país. El entramado del tatami desprende una fragancia que me transporta al Japón más virginal y puro, alejándome por completo de los

neones y el ruido de la gran capital. Con cada segundo que pasa, me doy cuenta de que soy un verdadero privilegiado por el simple hecho de estar vivo. Jamás pensé que esta idea volvería a instalarse en mí.

—Lamento haberle confundido con un turista. Hace muchísimo tiempo que no voy al médico, así que ya no sé ni cómo son —bromea.

La señora Takahashi interrumpe la quietud de la estancia, alterada únicamente por los sonidos de la naturaleza. Me levanto deprisa para ayudarla con la bandeja, pero se resiste a dármela, diciéndome que yo soy su invitado. Me explica que, cuando llega el buen tiempo, raro es el domingo que no tiene que atender a algún turista que pretende escapar del caos urbano, aunque sea durante un solo día. «Yo lo hago de mil amores. La buena educación es algo que debe nacer de forma natural en un ser humano, ¿no cree?», añade mientras vierte un poco de té en una taza estrecha de arcilla.

Ella misma tampoco parece pertenecer a mi realidad. Es una mujer muy bajita, pequeña más bien. Tiene el pelo plateado, enroscado en un moño completamente redondo un poco más arriba de la nuca. Al igual que su marido, también lleva ropa tradicional y bastante usada. Me recuerda a mi abuela paterna. No la llegué a conocer bien, murió cuando yo tenía solo cinco años; sin embargo, todavía conservo su olor, su voz y el aura que desprendía grabados en lo más profundo de mi memoria.

Sigue mirándome con cierto recelo. A pesar de su candidez y su trato cortés, noto un aire de misterio en su expresión, como si intentara descifrar algo de mí. No caigo en lo que puede ser. Mi madre y la gente que me conoce bien siempre me han dicho que soy

una persona transparente, que no tengo ninguna doblez. «Según Rousseau, el hombre es bueno por naturaleza y es la sociedad quien lo corrompe. ¿En qué burbuja has vivido tú para salvar tu alma?», solía decirme entre risas un compañero de la universidad. Yo, ante esa clase de comentarios sobre mi falta de picardía, me limitaba a encogerme de hombros. Posiblemente esté delante de la primera persona que sospecha de mí. No sé si sentirme emocionado.

Soplo la taza de té que me acaba de servir mientras la escucho hablar de su marido y sus indomables costumbres a pesar de mis recomendaciones médicas. Con una resignación que me produce alguna que otra sonrisa, me explica que ella ya aceptó en su día que se había casado con un hombre más terco que una mula, pero que, gracias a su tenacidad, también habían podido mantener un techo sobre sus cabezas todos esos años. Yo me limito a escuchar y a asentir. Me siento maravillado ante su desparpajo. Creo que necesitaba desahogarse con alguien, algo difícil teniendo en cuenta que el tráfico por aquí es casi inexistente.

—¡Minako-chan!

De pronto, una voz masculina y ajada llama a la mujer desde el exterior. Ella se levanta a atenderlo, mientras que yo, esclavo de la curiosidad, me asomo tras ella sin ningún disimulo. La señora Takahashi responde a ese grito con una frase regañona, aunque sin ningún tipo de enfado. Acto seguido, tiende una capa de paño cerca del fuego y vuelve a irse a la cocina.

—Doctor Hayashi, ¿qué hace usted aquí?

El señor Takahashi me mira sorprendido mientras se quita de la cabeza un viejo *kasa*[22] de bambú, empapado por la lluvia. Hacía años que no veía uno así. Su mirada está llena de un pánico

inocente, similar al de un niño que sabe que ha hecho algo que no debía. Por mi parte, reprimo la sonrisa que me produce su reacción y después me aclaro la voz intentando aparentar solemnidad.

—He venido para asegurarme de que hacía reposo tal y como le dije, pero veo que mis consejos no funcionan con usted.

Parece arrepentido. Me pide perdón inclinando la cabeza, un gesto que hace que su mujer rompa a reír a carcajadas. Yo también me río. Todo había sido una broma que habíamos planeado entre su esposa y yo minutos antes de su regreso. Súbitamente, la anciana alza la voz.

—¡Ya sé quién es!

El hombre y yo clavamos nuestros ojos sobre ella con perplejidad. Ninguno se esperaba una reacción así, tan espontánea y ruidosa. Al percatarse de nuestras caras, se lleva la mano a la boca y se disculpa. Luego, se une a nosotros, alrededor del fuego, para darnos una explicación.

—Desde que ha aparecido, llevo tratando de averiguar de qué le conocía y, cuando le he visto sonreír, lo he recordado. —La señora Takahashi lanza un profundo y sonoro suspiro antes de proseguir con su historia—. Hace muchos años, cuando era usted solo un crío, se pasaba las tardes jugando por aquí. Le encantaban el bosque y los *takoyaki*[23] que preparaba. Siempre procurábamos tener trozos de pulpo por si aparecían.

Comienza a reír con nostalgia. Yo, en cambio, noto cómo las mejillas se me encienden de la vergüenza.

—¡Es cierto! Cada tarde, lloviera, nevara o hiciera sol, venían al bosque los dos —interviene el señor Takahashi apoyando la historia de su mujer.

—¿Los dos? —pregunto extrañado.

—Sí, venía acompañado de una niña pequeña y preciosa. Siempre iba con dos coletas negras y agarrada de su mano. Era muy tímida, ¿verdad, Minako-chan? —aclara el anciano. Su esposa asiente.

Desvío la mirada hacia el exterior y me pierdo en el verdor de la vegetación. Mis fosas nasales captan un aroma a *takoyaki* recién hechos y a salvia. El paisaje se llena de la misma luz amarillenta, tan impropia de esta época del año, que he visto antes en el camino. De pronto, aparecen dos niños pequeños sentados en el *engawa*,[24] atiborrándose de esa merienda que les había hecho la señora de esa casa tan amablemente. Hablan de algo, pero no logro entender de qué. Sus cortas piernas se balancean de forma distraída sin rozar el suelo. Rebosante de inocencia, ella se gira hacia mí. Es Ho-chan. Me está llamando sin ni siquiera mover los labios.

Ha dejado de llover. Aprovecho esa momentánea calma para volver a casa. Estoy confundido. No presto atención a mis pasos, solo sé que camino a un ritmo mucho más lento de lo que sería normal en mí. Los señores Takahashi no han sabido responderme quién era esa niña. Habían vivido más de veinte años pensando que era mi hermana pequeña, pero eso es imposible teniendo en cuenta que mi madre se quedó estéril poco después de darme a luz. Ni siquiera saben su nombre, pero tampoco conocían el mío. Nunca nos preguntaron cómo nos llamábamos. Solo nos cuidaban y nos daban de comer, o se preocupaban de que no nos hiciésemos daño cuando estábamos por allí. Durante la visita, aprovechando que su mujer nos había dejado para irse a fregar los platos, el hombre me explicó

que tuvieron un hijo, pero murió de leucemia cuando tan solo era un adolescente. Supongo que todo ese amor paternal que tenían en su interior lo volcaron en nosotros ciega e incondicionalmente. De ahí que no les importase nuestra historia ni aquello que nos esperaba más allá del bosque.

Sigo caminando. Miro a mi alrededor con incomprensión. Me he perdido; sin embargo, siento que conozco ese lugar a la perfección. No tengo miedo, ni siquiera la más mínima preocupación; solo sé que antes no he subido por este sendero. Mis pies se mueven de forma automática. No necesito pensar en un plan para volver al pueblo. Al parecer, ellos saben hacia dónde debo ir, así que no me pregunto nada, salvo una cosa: ¿Nobunaga pasó por aquí?

De forma súbita, una voz infantil resuena en mis oídos hasta el punto de ser lo único que puedo escuchar. No es Hochan. Soy yo con siete años.

—Mi padre tiene muchos libros. Seguro que en alguno de ellos está la respuesta —me respondo a mí mismo.

Un olor a bambú atrapa mis músculos y me abraza. Es exactamente el mismo perfume que el del amuleto que encontré en el primer cajón de mi antiguo escritorio. Cojo velocidad conforme mi nariz detecta que ese aroma se vuelve más y más fuerte en esa dirección. No puedo parar. No quiero parar. Siento cómo aumentan mis pulsaciones. Me tomo el pulso por simple curiosidad: está muy acelerado a pesar de que suelo hacer mucho ejercicio y de que ya estoy acostumbrado. Noto un cosquilleo en la boca del estómago que me transporta a mi adolescencia, aquella de la que apenas guardo vagos recuerdos y sombras, pero que parece estar despertando poco a poco en estos últimos días.

—Sei-chan. —Una niña me llama.

—Sei-kun. —Una adolescente me llama.

—Seiya. —Finalmente, una mujer, en plena madurez, me llama y aligera todavía más mis pasos.

Repentinamente, me detengo en un pequeño claro. Jadeo del cansancio. Llevo tanto tiempo estudiando mis ataques respiratorios que sé cuándo un síntoma o comportamiento obedece al inicio de uno de ellos y cuándo no. Absorto, miro a mi alrededor. Estoy rodeado de largos tallos de bambú que me tapan todo el campo de visión. Me siento como si un centenar de soldados me hubiesen acorralado sin dejarme escapatoria, aunque sigo sin entrar en pánico. Al contrario. Me embarga una cálida armonía que me empuja hacia un estado de felicidad absoluta. Ese es el bosque de mis sueños. Lo sé. Estoy seguro de ello. He estado tantas veces en este lugar que soy capaz de describirlo a la perfección y con todo detalle, incluso con los ojos cerrados.

Me siento en una roca que hay. Su rara anatomía la hace el asiento ideal. Me pregunto si la mano del hombre no habrá tenido nada que ver. En milésimas de segundo, mi cuerpo reconoce su frialdad y su dureza y se acostumbra. Creo que no es la primera vez que me siento en ella. Sigo con la mirada fija en la nada. Solo quiero disfrutar de todo esto sin temer despertarme en cualquier momento. Cierro los ojos, respiro profundamente y dirijo la cabeza hacia el cielo. Sigue cubierto de nubes grises. Pronto volverá a llover; no obstante, no deseo moverme de aquí. Aún no.

Sin querer, mi atención se centra en un cuerpo extraño que ondea en lo alto de uno de los troncos. Me levanto y voy hacia él con curiosidad. Es un lazo morado, descolorido por el tiempo. Está muy

arriba, y, aunque alcanzo a tocarlo, no lo hago. No entiendo muy bien por qué, pero sé que no debo hacerlo: si está ahí es por algo. El viento vuelve a soplar y el trozo de tela baila sin desatarse. De pronto, noto algo en mí que necesita escapar hacia el exterior y ser libre.

—Ho-ta-ru —pronuncio en voz alta y la traigo por fin a la realidad.



HARU[25]

21 de marzo de 1998

Querida Hotaru:

La otra tarde, cuando estuvimos hablando, dijiste algo que me hizo reflexionar: esta sería la última primavera que pasaríamos juntos… ¿Por qué lo piensas? Es cierto que el año que viene me graduaré, pero cada marzo hay cerezos a pesar de la lluvia o el viento. Aunque sea durante un solo día, la gente puede disfrutar de su belleza. ¿Por qué nosotros no? Me niego.

Mientras haya invierno, seguirá habiendo primavera.

Mientras haya primavera, seguiré esperando pasarla contigo.

SEIYA

1

«El doctor Hayashi no puede atenderle hoy, está indispuesto; aunque, si es muy urgente, puedo atenderla yo misma». Oigo la voz de Aiko a lo lejos desde mi habitación. Está hablando con la señora Yoshimoto o, como yo la llamo en privado, la señora Mendori.[26] Quizá este sea un mote demasiado infantil y descortés por mi parte teniendo en cuenta que soy su médico; no obstante, todo surgió un día en el que confundí su voz con el cacareo de una gallina. Es una mujer que suele venir mucho a mi consulta por nimiedades como una tortícolis, un tirón muscular o un simple dolor de cabeza. Supongo que hoy también habrá venido por algo así.

Según mi madre, el verdadero motivo por el que me visitan las mujeres, en especial las solteras, es para cazarme, una expresión que me hace mucha gracia. Del mismo modo que hice yo con la señora Mendori, mi propia madre me convierte en un animal inocente y libre, ajeno al ser humano que lo observa agazapado para demostrarle, una vez más, que es mucho más poderoso que cualquier especie. Sin embargo, muchas veces yo mismo también me veo así. Hay días en los que siento que lo único que hago es escapar de algo, pero no sé muy bien de qué. Algunas veces es de la rutina; otras, del ruido y el ajetreo; y, últimamente, de las convicciones y convencionalidades del Japón rural.

Desde que vine a este pueblo, la presión por encontrar a alguien con quien compartir el resto de mi vida y traer descendencia al mundo se cierne sobre mis hombros de una forma violenta y asfixiante. Es un peso que no tenía ni la más mínima importancia dentro del círculo por el que me movía en Tokio o puede que sí que la tuviera, pero nadie se atrevía a decírmelo. Siempre fui consciente de la carga que, todavía hoy en día, muchas familias ponen sobre sus hijas para que se casen antes de los treinta. Naoko, en cuanto acabó la universidad, pidió plaza en Tokio para no tener que escuchar los comentarios de su madre acerca de la famosa teoría del Pastel de Navidad.[27] Aun así, vivía esa historia como un mero espectador, sin tan siquiera acercarme ni empatizar con ella a pesar de ser la única persona a la que puedo llamar amiga. Yo era el ser privilegiado: era un hombre. Ahora, al parecer, mi sexo ya no me salva de continuar con lo que la sociedad espera de mí.

El patrón con los pacientes se repite día tras día: primero, los recibe Aiko y ellos no dicen nada. Más tarde, con la segunda visita o cuando la ven por el pueblo, se dirigen a ella como «señora Hayashi» o sueltan sin pensar frases como: «Mañana iré a ver a su marido para la revisión». Cada vez que pienso en cómo debe de sentirse Aiko ante esos comentarios me enfado conmigo mismo. No tiene ninguna necesidad de estar aguantando una historia ficticia y sin mayor fundamento que una mentalidad anclada en el pasado. Todavía es una chiquilla de veinticuatro años. No ha vivido ni la mitad de las cosas que he tenido la suerte y la desgracia de experimentar yo en los nueve o diez años de diferencia que nos llevamos. No hablo de grandes acontecimientos, sino de detalles simples de la vida que, aunque para muchos pasan a ser meras

anécdotas, son necesarios para completar la personalidad de cualquier ser humano.

Me incorporo y comienzo a mirar por la ventana. Hace frío, pese a que el sol comienza a brillar de forma diferente. Ya puedo distinguir algunos tallos verdes entre las ramas desnudas de los árboles. Me pregunto cuándo florecerán los cerezos en este pueblo. No lo recuerdo. Es otro de los cientos de datos que he olvidado por completo de cuando vivía aquí de niño.

Tras perderme en la naturaleza durante unos minutos, salgo de la cama y me visto. Me encuentro mucho mejor del resfriado, pero sé que no estoy del todo recuperado. Bajo a la cocina para comer algo. Tengo hambre. Creo que ayer no cené, pero tenía tanta fiebre que no logro recordar nada de lo que haya podido suceder durante las últimas cuarenta y ocho horas. Me preparo un té y, mientras espero a que rompa el agua a hervir, picoteo algo. Me parece que son las sobras de anoche, así que, efectivamente, no cené.

A medida que voy comiendo, me noto mucho mejor. Desde pequeño, mi madre me ha repetido que mi humor y mi apetito guardaban una estrecha y extraña relación: en cuanto como, todos mis males se van, sean del tipo que sean, se van. Recojo la mesa, voy al baño y me dirijo a la consulta con una mascarilla para evitar contagiar a nadie. Me siento culpable por haber dejado a Aiko tanto tiempo sola, aunque sé que habrá podido desenvolverse sin problemas. Es una chica muy lista y resolutiva además de dulce, algo que la acerca al pueblo mucho más que a mí.

—¡Doctor Hayashi! —exclama, abriendo los ojos por completo.

Está sentada en mi silla ordenando unos papeles que me quedaban por archivar a pesar de que ya llevo cerca de dos meses

aquí. Se levanta con las mejillas enrojecidas de la vergüenza por estar ocupando mi sitio, un detalle que me hace mucha gracia, ya que esta consulta es tan suya como mía. Después, se acerca a mí con rapidez.

—Doctor Hayashi, debería seguir descansando. Todavía no está completamente recuperado —prosigue con una regañina en un tono suave y repleto de ternura. Sonrío, pero ella no lo percibe por la mascarilla.

—No te preocupes, Aiko. Ya puedo incorporarme al trabajo.

Sus pupilas titilan de inquietud; sin embargo, después de unos instantes, desiste y agacha la cabeza mientras esboza un arco en los labios que levanta sus mejillas con alegría.

—De acuerdo —murmura tímidamente. La he convencido.

Aiko derrocha candidez y vitalidad en cada gesto que hace, por mínimo e inconsciente que sea. Supongo que será por su edad. No conozco casi nada de ella, tan solo lo que me ha ido contando mi madre. Por lo visto, es de una familia bien posicionada de Nagoya, aunque se mudaron al pueblo de aquí al lado cuando su madre se quedó embarazada de ella. Querían una vida más tranquila para su hija. Al igual que yo, no tiene hermanos ni hermanas. Entre los viajes de negocios de su padre y otras circunstancias que no vienen al caso, decidieron no agrandar la familia. Con ella era suficiente.

Nunca suelo prestar atención a las noticias de sociedad que trae y lleva la gente de mi alrededor; no obstante, cualquier cosa que esté relacionada con Aiko sí que llama mi atención. Tal vez sea porque paso la mayor parte del tiempo con ella, pero le he tomado mucho cariño. Realmente aprecio todo lo que ha aportado a mi vida desde que la conocí: desde sus conocimientos en enfermería hasta su

sonrisa o su dulce forma de desearme las buenas noches al terminar la jornada.

—Aiko-chan, ¿te quedas a cenar? —propone mi madre.

La chica la mira sonrojada. Entre su cara redonda y el tono cobrizo de su pelo parece un tomate. No se atreve a decir que no a pesar de que ya es más tarde de lo normal. Baja la barbilla hacia el suelo. Piensa en lo que debe hacer. Lo más seguro es que sus padres la estén esperando en casa.

—Por favor, Aiko. Me gustaría que nos acompañaras para agradecerte todo el trabajo que has hecho durante estos días —insisto apaciguando mi tono de voz. Ella, por fin, asiente.

La velada transcurre de forma suave y amena. Es agradable tener cerca una cara nueva, aunque conocida, en algo tan rutinario. Se me hace raro no verla con el uniforme. No puedo evitar observarla. Permanezco callado mientras mi madre y ella hablan de forma distendida, con total confianza. Parece otra persona, una muy distinta a la que veo cada día. No es la enfermera del doctor Hayashi ni la señorita Tanaka, solo Aiko, Aiko-chan. Su sonrisa permanece perenne en sus labios, hinchando sus mejillas, rosas por el calor del *kotatsu*. La mantiene pese a no tener la obligación de hacerlo. Y es que, para ella, ese gesto no supone ningún esfuerzo, sino que forma parte de su risueña anatomía. Come, bebe, habla y se ríe sin dejar de transmitir esa luz tan característica. Sus padres no podrían haber elegido un nombre mejor para ella: Aiko, la unión perfecta entre sus dos mejores cualidades, el amor y la inocencia de la infancia, que en ella se ha mantenido intacta a pesar de los años.

La llevo hasta su casa en coche. Ya es muy tarde para que tenga que coger el autobús de línea. Es un trayecto corto, pero me quedo más tranquilo. El ruido de la cena se transforma en un silencio que impera entre las curvas paredes del pequeño habitáculo de chapa, plástico y cuero. Parece ausente. Mantiene la cabeza ligeramente agachada, fijando la vista en la nada. Siento que está algo incómoda, aunque no entiendo por qué; aun así, le doy su espacio. No quiero inmiscuirme en aquello que le esté pasando por la cabeza, en su más absoluta privacidad.

—Es aquí —murmura.

Me detengo frente a una casa antigua, muy similar a la mía, aunque mejor conservada y más grande. De repente, antes de dejarla salir, noto un pequeño ardor en la boca del estómago. Unas palabras que llevo pensando mucho tiempo revolotean en mi interior pidiéndome a gritos que las expulse de mí.

—Aiko —la llamo. Ella me mira con la mano en la manilla de la puerta—. Me gustaría darte las gracias por todo.

—No hace falta, doctor Hayashi. Solo hago mi trabajo. Me alegro de que se haya recuperado tan pronto —vuelve a sonreír, inclinando la cabeza.

—No es solo por eso. Soy consciente de que, desde que empezamos a trabajar juntos, la gente ha estado hablando cosas y tratándote como si fueses incluso mi esposa. Aunque sé que nunca dices nada que pueda ofender a nadie, lamento mucho que tengas que pasar por esto, de verdad. Espero que todo vuelva a la normalidad pronto.

—Doctor Hayashi, a mí… —titubea con los ojos clavados en la alfombrilla del copiloto—. A mí no me molestan esos comentarios. Al

contrario.

Por un instante, nuestras miradas se cruzan en la oscuridad de la noche. Los testigos del panel de control brillan con una intensidad que imita de forma artificial la luz de las estrellas. No soy capaz de responder.

Comienzo la semana con el cuerpo más entumecido de lo normal. El domingo no pude salir a hacer deporte como de costumbre, así que aproveché para esmerarme un poco más en la limpieza del segundo piso, aunque, por lo visto, ese esfuerzo solo me trajo unas terribles agujetas en los brazos. Últimamente hace mucho frío y llueve bastante. No quiero exponerme a ninguna condición climatológica que agrave el resfriado del que todavía me estoy recuperando. Ya no tengo fiebre y puedo respirar mejor; sin embargo, noto que aún no estoy como debería, aunque ya no sé si son simples secuelas que desaparecerán en un par de días o algo que se escapa de mis manos y, sobre todo, de mi entendimiento.

Abro el primer cajón de mi antiguo escritorio y saco mi viejo *gakuran*.[28] Lo encontré durante el fin de semana, en unas cajas del altillo de la habitación de invitados, la que antes había sido de mi abuela. Pensé que mi madre se lo había dado a alguien, al hijo de alguna de sus amigas, por ejemplo, pero luego caí en que eso era imposible. Yo era el único adolescente del pueblo que iba a ese instituto. Era privado y solo para chicos. Creo que ahora admiten tanto a chicas como a chicos y ha pasado a ser del Estado, aunque da igual. No es ningún dato relevante.

Lo acaricio con cuidado, como si se tratara de algo muy valioso, ya que para mí, al menos, lo es. Se conserva muy bien a pesar de los años. A continuación, lo extiendo sobre mi cama y me quedo mirándolo un rato tal y como llevo haciendo desde que lo encontré. Tras el examen general, fijo la vista en un punto en concreto: el ojal del segundo botón, ese que ya no está. Entonces, mi cabeza se vuelve a llenar de imágenes que creí que solo eran producto de mi imaginación, pero que un día fueron vivencias que me empeñé en enterrar.

Dicen que el primer amor nunca se olvida. Eso es falso. Yo lo hice o, mejor dicho, pensé haberlo hecho. Durante más de quince años puse todos mis esfuerzos en dejar de pensar en ella. Quería borrarla, como si no hubiese existido. Huía de aquel dolor que me provocaba la incomprensión. Miraba hacia delante, centrándome en el futuro que me esperaba. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Estaba completamente impregnado de ella hasta el punto de que sus recuerdos decidieron dejar de atormentarme de día y buscaron un refugio lejos de la mano del ser humano: mis sueños.

—Te he traído una cosa de mi viaje —me dijo ella una tarde con las mejillas rojas—. Cierra los ojos y dime: ¿izquierda o derecha?

—Si solo me has traído una cosa, ¿por qué debo elegir? Es que, si fallo, ¿no me la darás? —pregunté provocándola.

Me encantaba tomarle el pelo con esas cosas. Gruñó como una niña pequeña.

—Izquierda.

Extendió el brazo izquierdo hacia mí, sostenía un pequeño paquete envuelto en un papel rosa de flores. Lo abrí, preguntándome qué sería. Pensé que me traería alguna figurita de artesanía o dulces, pero no. Era mucho más ligero y endeble que cualquiera de aquellas opciones. Entonces, vi el omamori*, aquel que acabé escondiendo en un cajón para que solo fuese mío.*

—Quiero que lo lleves cuando te examines. Sé que te traerá suerte. Lo agarré muy muy fuerte y durante mucho tiempo cuando estuve rezando para que entrases en la Universidad de Tokio —me explicó antes de dejarme decir nada.

—Pero, si no entro en la Todai,[29] *podría entrar en la Universidad de Nagoya y estaríamos más cerca.*

—Lo sé, pero no me importa estar lejos de ti si eso significa que estás cumpliendo tu sueño. —Sonrió dulcemente, aunque en sus ojos se apreciaba un halo de tristeza y resignación.

Bajé la mirada hacia el pecho durante unos segundos. Acto seguido, arranqué el segundo botón de la chaqueta de mi uniforme y se lo puse en la palma de la mano.

—Seiya, ahora todo el mundo lo sabrá.

—Me da igual. Quiero que lo guardes y que me prometas que, cuando acabes el instituto, vendrás a Tokio conmigo —respondí.

Ella asintió mientras mis palabras quedaban grabadas en los troncos de bambú que custodiaban nuestro lugar secreto.

Hotaru fue mi primera amiga, mi primera confidente, mi primer apoyo incondicional. Fue quien me escuchaba sin juzgarme y tenía la

valentía suficiente para recriminarme aquello en lo que me había equivocado. Conocí los distintos significados que puede albergar la palabra «amor» entre sus brazos: desde el más puro e inocente hasta el más carnal y pasional. Crecí junto a ella orgánica y espiritualmente. Nos convertimos en hombre y mujer al mismo tiempo y con las mismas condiciones, lejos de las normas que nos rodeaban, aislados de cualquier cultura y sociedad que nos constriñera. Nadie podía interferir en aquello que habíamos creado entre los dos, en ese microcosmos, en ese oasis situado en medio del bosque y del que solo permanece una simple cinta violeta que ondea grácilmente incluso con la más mínima brisa.

Sin embargo, toda nación pequeña y no violenta acaba siendo arrasada por el poder de la mayoría. El fin de nuestro mundo llegó una tarde de verano. Habíamos quedado donde siempre y como siempre, pero ella nunca se presentó. Permanecí sentado en esa piedra, nuestra piedra, hasta que anocheció. Al día siguiente, fui a buscarla a su casa, rompiendo la promesa que nos hicimos de vivir nuestra historia al margen de todos, pero lo único que encontré fue un edificio vacío y un cartel de SE VENDE. Hotaru se había ido; había volado hacia otras aguas, no sé si más dulces o más amargas, sin despedirse, sin saber que, a pesar de los años, una parte de mí siempre seguiría esperándola. A las pocas semanas, fuimos mi madre y yo los que abandonamos el pueblo y todo nuestro pasado.

Ha dejado de llover con fuerza. Continúa chispeando, pero es totalmente soportable. Miro el cielo por la ventana y, después, pierdo la vista en la nada. Apenas han venido pacientes, así que he

tenido demasiado tiempo libre para hacerme miles de preguntas sobre los errores del pasado o sobre qué habría sucedido si, en lugar de haber elegido una opción, hubiese escogido cualquier otra. Nunca me las había hecho, pero dicen que siempre hay una primera vez para todo. Echo un vistazo al reloj de la consulta y resoplo con hastío. Creo que voy a salir unos minutos a estirar las piernas aprovechando la tranquilidad del día.

Cojo el paraguas y me pongo a caminar por la calle sin rumbo fijo. Mis pasos, cada vez más familiarizados con el viejo adoquinado, me dirigen hacia donde ellos quieren, sin dejarme participar en la elección del destino. Me alegro de haber vuelto. Desde que vine, apenas he sufrido ninguna crisis respiratoria. Además, aquí la vida parece ser más sencilla y tener más sentido que en la gran ciudad. Es cierto que allí ganaba mucho dinero, tenía todo lo que quería a mano y mi apartamento era bastante más cómodo que mi casa actual; no obstante, siempre es grato trabajar con gente que realmente te agradece lo que haces por ella que con aquellos que te tratan como un simple servicio. He empezado a apreciar los pequeños detalles que conforman una vida plena y feliz.

Repentinamente, me detengo delante de una casa muy vieja. Parece abandonada. Es más, una parte de la fachada tiene manchas de hollín, como si hubiese habido un incendio. Me quedo mirándola perplejo, activando todos mis sentidos. La piel se me eriza y un nudo me constriñe la garganta hasta el punto de no dejar pasar ni una mínima gota de saliva. Aprieto el mango del paraguas con fuerza mientras los ojos se me vuelven a humedecer como esa noche en mi apartamento. Mi corazón ha venido buscando a Hotaru. Esta era su

casa y, como aquel día que vine a buscarla, ya no hay ni rastro de ella, aunque tampoco lo he encontrado en el resto del pueblo.

Desde que recordé su identidad, traté de saber qué había sido de ella, pero todo fue en vano. No sé su apellido, nunca me lo dijo. Tampoco tengo ninguna información sobre su familia. Solo sé que una vez vivió allí.

«¿Hotaru? Hum… No recuerdo a nadie con ese nombre», «no me suena de nada, ¿y dices que vivió aquí?», «sé que en la casa de los Maeda antes vivía una familia con dos hijas, pero ninguna se llamaba Hotaru». Estas y otras parecidas son las únicas respuestas que he obtenido cada vez que he preguntado a alguien si la conocía. Quizá ni siquiera había sido esta su verdadera casa y solo dijo que lo era para guardar todavía más el secreto. Es más, quizá ni siquiera vivió en este pueblo. Aun así, me es imposible no pensar que, en cuanto golpee la puerta, será ella quien me abra y me dé la bienvenida con su preciosa sonrisa incandescente.

Me acerco nervioso a la entrada y busco por el marco el timbre. Este está completamente quemado, incluso el botón se ha fundido. Entonces, alzo el brazo tembloroso y, a escasos centímetros de la malgastada madera me detengo. Una punzada en el pulmón derecho me hace retroceder hasta el medio de la calle y comienzo a toser. Desesperado, busco mi inhalador en los bolsillos de mi gabardina y apaciguo mi crisis respiratoria, pero no mi incertidumbre.

—¡Doctor Hayashi!

De pronto, miro hacia mi derecha y vislumbro una silueta que me saluda al final de la calle. Es Aiko. Ha vuelto de hacer los recados por los que me había pedido la mañana libre. Se acerca a mí sonriente mientras yo le devuelvo el gesto.

Su abrigo rojo y su paraguas amarillo dotan de color al paisaje gris de principios de marzo. El aire parece volverse más ligero y cálido con cada paso que da, saltando los charcos de forma despreocupada y enérgica. Debo reconocer que, al principio, su actitud tan risueña me provocaba, incluso, cierta molestia, ya que no comprendía cómo alguien podía estar siempre tan feliz. Luego, cuando la fui conociendo, comencé a apreciar su modo de entender la vida, sus maneras y manías, la luz que irradia… Comencé a apreciar todo de ella.

Caminamos hacia la consulta dando un paseo agradable y sosegado. El único sonido que nos acompaña es el de las gotas de lluvia rebotando contra el suelo, los tejados y el plástico de nuestros paraguas. De pronto, se gira hacia mí, dibujando un pequeño arco de alegría contagiosa en sus labios.

—¿Se encuentra bien? Parece algo mohíno —observa Aiko.

—Sí, sí, tranquila. —Sonrío sin ganas.

—¿Tiene hambre? He comprado unos *dango*[30] de camino. —Me ofrece uno con amabilidad. Yo acepto con un simple movimiento de cabeza—. Cuidado con el glaseado de soja, no vaya a mancharse. —Me da una servilleta que saca de su bolsillo—. ¿Quiere saber un secreto? Me encantan. De pequeña, mi madre no me dejaba comer muchos. Me decía que iba a engordar y que acabaría tan redonda como un melocotón, pero, ahora que gano mi propio dinero, nadie me va a prohibir que me lo gaste en comida, ¿no? Es cierto que también me gustan la ropa y los complementos, pero ni en mi pueblo ni aquí hay mucho donde elegir, y trasladarme a ciudades más grandes solo para ir de tiendas me da pereza… —habla sin parar dejando a un lado su timidez. Me gusta verla así.

—Aiko —la interrumpo. Ella me mira con los ojos muy abiertos. Ni siquiera se atreve a seguir masticando—. Tú también puedes llamarme Seiya.

2

—Seiya, ¿quieres un poco de té? —me pregunta la señora Tanaka amablemente.

Los padres de Aiko me han invitado a celebrar el *hanami*[31] con ellos. Hacía años que no me reencontraba con los cerezos en flor. Es más, creo que la última vez fue antes de irme a Inglaterra, cuando acababa de salir de la Facultad de Medicina. Muchas veces, Naoko había insistido en que me fuese con ella y sus amigos a tomar algo, pero siempre la rechazaba. Nunca se me ha dado bien relacionarme con extraños y menos en un ambiente distendido, sin normas protocolarias que te indiquen cómo desenvolverte de forma adecuada y sin miedo de ofender a nadie. Lo reconozco, soy un hombre tímido y muy japonés en ese aspecto. Por eso, en casos así, me resulta más cómodo seguir una guía de comportamiento que ser yo mismo. De este modo, si no gusto, no me lo tomo como algo personal. Quizá va siendo hora de enfrentarme a las relaciones sociales con más madurez y naturalidad.

Estoy sentado con la espalda apoyada en el tronco de uno de los árboles de la pradera que queda cerca de la residencia de los Tanaka mientras como un *onigiri*[32] de atún con mayonesa, mi favorito. Es un lugar muy bonito y apacible, aun estando tan concurrido como hoy, lástima que no pueda tener una imagen de él completa. Entre

las mantas de las decenas de familias que han ido a disfrutar del despertar de la primavera y los miles de pétalos perlados que caen de los cientos de ramas, apenas se puede apreciar un centímetro de hierba, aunque su aroma me es suficiente para imaginármela de un precioso verde esmeralda. Hace buen día, no obstante, las temperaturas son todavía relativamente bajas. Por lo que me ha contado el señor Tanaka, han anunciado mal tiempo para los próximos días, así que la gente ha decidido adelantar los pícnics a pesar de que todavía algunos de los cerezos no han acabado de florecer.

Aiko charla con sus primas como una adolescente compartiendo aquellas confidencias que quiere esconder a sus padres. Sus mejillas reflejan el color de los pétalos que caen sobre su corta melena. Es una chica preciosa. Soy muy afortunado de tenerla a mi lado.

«Aiko es muy buena chica, ¿no crees?», me preguntó un día mi madre de sopetón. Estaba tendiendo la ropa en el jardín mientras yo leía un rato, aprovechando el sol de aquella mañana. Me encogí de hombros sin dejar de mirar las viejas páginas de un recopilatorio de poemas que había encontrado entre las cosas de mi padre. No soy un gran fanático de la poesía, pero al menos me distraía.

—¿Qué significa esa respuesta? —insistió con molestia.

—Sí, *okāsan* —suspiré—. Es una gran trabajadora.

—No me refería a ese tipo de cualidades —contestó.

La miré con recelo. Temía lo que quería decirme, pero no me apetecía escucharlo. Sin embargo, todavía no he conocido a la

persona que haya podido hacerla callar cuando se propone algo; así que se acercó a mí y prosiguió:

—Es guapa, inteligente, agradable, obediente, de buena familia…

—Obediente… —murmuré imitándola.

—¡Sí! No te rías de mí. —Me dio una colleja—. Además, no hay que ser demasiado avispado para ver que esa chica siente algo por ti.

—Todavía es una cría.

—Y tú ya no eres tan joven como para permitirte el lujo de seguir soltero por mucho más tiempo. Pídele salir, hazme caso. —Zanjó esa conversación con un gruñido de hartazgo.

Entre pétalo y pétalo, mi mente se pierde en la conversación que tuve con mi madre ese día. Siempre ha sido una mujer muy tradicional a pesar de haber vivido media vida en la capital. Toda su existencia ha girado en torno a mí y mi futuro desde que tengo uso de razón, y esta devoción se hizo mucho más fuerte cuando murió mi padre o, quizá, fue en mi adolescencia. Reconozco que es una edad bastante crítica en la vida de todo ser humano.

Cuando entré en la universidad, recuperé mi autonomía, aunque, al cabo de unos meses, ella se mudó a una pequeña casa en las afueras para estar más cerca de mí. Su explicación fue que no le encontraba ningún sentido a quedarse en el pueblo si yo ya no vivía allí. Además, así vigilaba que siguiera estudiando sin caer en distracciones que me hicieran abandonar la carrera. Posiblemente, para cualquier chaval de dieciocho años con ganas de comerse el mundo esa noticia habría sido un jarro de un agua tan fría que

hubiese congelado las alas que comenzaba a desplegar al instante; no obstante, en ese momento, para mí fue el salvavidas que me ayudó a borrar a la persona que acababa de romperme el corazón. Ya no tenía motivos para volver. Todo lo que debía importarme estaba en Tokio.

De repente, Aiko me sonríe devolviéndome al presente. Se levanta y camina hacia mí irradiando felicidad. Luego, se sienta a mi lado y posa su mano sobre la mía durante unos segundos antes de que sus padres se den cuenta. Su calor me reconforta. La luz que transmite con una simple mirada es capaz de reconciliar a cualquiera con el ser humano en apenas unos instantes. Entonces, me pregunta en qué pienso. Siempre suele hacerme esa pregunta cuando me ve callado. Según ella, mi mundo interior debe de ser muy interesante porque siempre estoy más en él que en la realidad que me rodea. Yo me limito a sonreír sin salir de mi silencio.

Saturado de tanto ruido, le propongo que demos un paseo por allí. No conozco de ese pueblo más que las casas de algunos de mis pacientes. Se parece mucho al mío, algo que no es muy extraño si tenemos en cuenta que los separan un par de kilómetros. Aun así, va bien cambiar de ambiente de vez en cuando.

Aiko mantiene la distancia con timidez. A pesar de que llevamos casi un mes saliendo, no se atreve a pedirme nada. La miro de reojo sin que ella se dé cuenta. La observo con cuidado, como suelo hacer, y comienzo a preguntarme cómo sería tenerla de esposa. Además de bella, es atenta, honesta y cariñosa, virtudes que cualquier hombre japonés ambiciona cuando piensa en la mujer ideal para casarse. No obstante, siento que le falta algo que solo puede ganar con los años. No sé cómo explicarlo, pero anhelo una especie de destello en sus

pupilas. Es como si todavía no hubiese encontrado su lugar en el mundo, la voz con la que manifestar sus propios pensamientos y decisiones.

Alargo el brazo derecho y se lo coloco sobre los hombros, atrayéndola hacia mí. Ella me mira con perplejidad. Entonces, su rostro se vuelve completamente rojo.

—No hay nadie más por la calle —me adelanto a responder al comentario en el que seguramente está pensando.

—Lo sé… —murmura, agachando el mentón.

De forma inesperada, noto cómo acerca su cuerpo al mío y apoya la cabeza en mi pecho, aunque aún no se siente lo bastante segura para dejar caer todo su peso sobre mí. Titubea. Confieso que su extremo decoro me resulta muy divertido, pero, si se lo dijera, solo conseguiría alejarla.

Me quedo ensimismado viendo cómo la luz del atardecer destellea en los mechones caoba de su pelo. Sus ojos, de un marrón profundo, se aclaran con el ocaso dándole un brillo especial a la expresión de felicidad en la que permanece constantemente su rostro y que despierta en mí un sentimiento semejante a la ternura, pero que, a su vez, va más allá del cariño. Entonces, un impulso hace que me detenga y le corte el paso. Alza la mirada extrañada. No entiende por qué estoy actuando de esa manera, hasta que, de pronto, acaricio su barbilla y la atraigo hacia mí para darle al fin un beso suave, dulce e inocente como ella.

—Seiya… —pronuncia en un suspiro mientras coloca de nuevo sus talones en el suelo.

—Shhh…

Apoyo la frente en la suya y cierro los ojos para acabar de grabar ese momento dentro de mí. Luego, seguimos caminando hacia el horizonte agarrados de la mano.

3

Aiko, rebosante de una mezcla de ilusión y nostalgia, mira por la ventana de la enfermería del instituto al que hemos venido a hacer la revisión de inicio de curso del alumnado. La observo con disimulo y sonrío fugazmente antes de volver a los informes de los estudiantes. Varios de ellos tienen alguna que otra dolencia crónica que se debe tener en cuenta, aunque nada fuera de lo común: uno con diabetes, otro con dermatitis, otra con alergia a cinco cosas distintas…

—¿Tú estudiaste aquí, Seiya? —pregunta repentinamente.

—No… Yo fui a un instituto de chicos, privado. Está a cuatro manzanas de este. ¿Y tú?

—No, yo también fui a uno privado, solo de chicas. Mis padres lo veían más seguro —explica sin salir de su actitud risueña.

—Creo que nuestros padres se equivocaban. La antigua costumbre de separar a hombres y mujeres es un atraso que solo crea tabúes innecesarios sobre el cuerpo humano, la educación sexual y las relaciones sociales —respondo mientras continúo con la vista en los documentos—. Además, este instituto tiene uno de los mejores niveles educativos de la prefectura.

—¿Cómo lo sabes? ¿Alguien que conoces estudió aquí?

La respuesta es un rotundo «sí», aunque no me atrevo a decirlo en alto. Esas paredes son las que vieron crecer a Hotaru. Recuerdo que, cuando quedábamos por la tarde o compartíamos el trayecto de vuelta en autobús, algo que no solía ocurrir por mis actividades extraescolares, me contaba lo que le gustaba su instituto. Sus profesores siempre la alentaban a que siguiera esforzándose y, así, poder entrar a cualquier universidad del país. Fantaseaba con estudiar Literatura o Periodismo. Le encantaba escribir. Además, lo hacía francamente bien. «¿Te imaginas que los dos estudiásemos en Tokio? Sería un verdadero sueño», le repetía cada vez que me hablaba de sus notas. Ella se limitaba a reprimir una sonrisa con vergüenza mientras agachaba la cabeza. Luego, chillaba que lo iba a gafar si no paraba de decirlo. Y así fue. Lo gafé.

Salgo a tomar el aire un rato. Necesito respirar un poco antes de seguir atendiendo a los estudiantes de segundo año. Camino por el pasillo fijando la mirada en las aulas que en ese momento están vacías. Seguramente, los alumnos estarán en el patio, en clase de Educación Física. Oigo la voz del profesor junto con los pitidos de un silbato. Al igual que el de Aiko, mi corazón se llena de una morriña que evoca miles de imágenes de mi adolescencia. Ojalá pudiese volver, aunque solo fuese por un instante.

Me detengo frente a una ventana y me fijo en un par de chicas que llevan un uniforme compuesto por una americana carmesí y una falda oscura. A pesar de haber pasado dieciséis años, puedo ver que han preservado la esencia del uniforme de marinera que conocí un día y que todavía atesoro en mi memoria a la perfección: una camisa blanca con un cuello gris adornado con un lazo granate y una falda, a juego con el cuello, que no pasaba de las rodillas.

—No mires todavía, ¿eh? —dijo Hotaru escondida entre el bambú.

Mantenía la mirada clavada en el suelo a la espera de que me avisase para que me girara. Esa tarde había venido con una mochila más grande de lo normal, la que usaba cuando nos íbamos de excursión durante todo el día. Insistía en que quería enseñarme una cosa muy importarte. «¡Ya está!», escuché de pronto. Estaba allí de pie, frente a mí y descalza. Acababan de decirle que había entrado en el instituto público de la ciudad y quería enseñarme el uniforme de segunda mano que le había arreglado su madre. Daba vueltas como una niña pequeña con un vestido de princesa. Sus mejillas, ruborizadas por la emoción, brillaban reflejando los finos rayos de luz que entraban a duras penas por los largos troncos y su sonrisa parecía que jamás iba a apagarse. Creo que fue una de las veces que más preciosa la vi.

—Mi madre me ha dicho que, a lo mejor, el año que viene, tiene que comprarme una falda. Tengo las caderas más anchas que A-chan —se quejó, dándose unos golpes en los muslos con cara de disconformidad.

—Mejor para ti, ¿no? —respondí con inocencia.

—¿Qué hay de bueno en tener el culo gordo?

—Pues muchas cosas. Científicamente, las mujeres con las caderas más anchas tienen menos problemas a la hora del parto. Además, hay estudios que prueban que los hijos de mujeres con más grasa en la parte inferior de su cuerpo salen más inteligentes. Por no decir que siempre ha sido un signo de fertilidad en muchas culturas.

Ella me miró frunciendo el ceño. A continuación, sin ni siquiera verlo venir, me tiró su mochila a la cara. Me quejé por el golpe,

aunque no pude controlar la risa al darme cuenta de lo enfurruñada que estaba: brazos cruzados, ojos empequeñecidos y lengua fuera. Tenía un aspecto bastante cómico.

—¡Pero si es algo bueno! —protesté.

—Posiblemente, pero te puedo asegurar que no es nada bonito para decírselo a una mujer —replicó.

—Te equivocas. Para mí sí que lo es o, al menos, yo sí que lo digo con ese fin —confesé, limpiándome la tierra del cuerpo. Ella abrió los ojos con sorpresa y, de manera inmediata, relajó la expresión—. Supongo que es mi modo de ser romántico, ¿no?

Se me pierde la mirada entre las verdes hojas de uno de los árboles del patio mientras capto con los oídos sonidos y palabras que una vez dije y escuché. Me río sin demasiadas ganas. Menos mal que mejoré mis dotes para ligar, aunque no demasiado, me temo.

De pronto, un murmullo de gente me devuelve a la realidad. Veo cómo se forma un corrillo de adolescentes en medio de la pista de atletismo. No consigo ver qué pasa. A lo mejor alguien ha sufrido una lesión. El profesor comienza a silbar con fuerza. Combina gritos con pitidos para intentar dispersar a sus alumnos. Después, una chica asiente con la cabeza a algo que le dicen. No distingo qué es, pero sale corriendo con urgencia. Algo dentro de mí me alerta, a pesar de no entender nada de lo que estoy presenciando como un mero espectador.

—¿Es usted el doctor?

La chica de antes está ahora frente a mí. Casi no puede hablar por lo rápido que ha venido. Asiento con la cabeza y le pregunto qué ha

sucedido. Ella, asustada y cansada, solo logra decirme que debo acompañarla. Me pide por favor, una y otra vez, que debo ir al patio con ella, que Matsuda está muy mal. Entonces, sin más demora, la sigo. Ni siquiera caigo en llevarme conmigo nada de la enfermería. Prefiero enterarme primero bien de lo que se trata para, luego, decidir cómo actuar.

Llego al lugar y me abro paso con ayuda del maestro. Es un chico. Está tumbado en posición de defensa sin poder respirar bien. Tose con fuerza y de forma nerviosa. Se agarra la chaqueta gris del chándal con tanta desesperación que los dedos se le están quedando morados. El seco sonido que sale expelido de los pulmones del estudiante hace que se me colapsen todos los sentidos súbitamente. Siento cómo un escalofrío me recorre el cuerpo y me paraliza los músculos, sumiéndome en un estado que no me deja reaccionar con normalidad. No puede ser.

4

Releo una y otra vez una carpeta marrón llena de papeles que me dejan perplejo:

Natsuo Matsuda, 2.º C.
Fecha de nacimiento: 5 de mayo de 1999.
Lugar de nacimiento: Osaka.
Peso: 65 kg.
Altura: 175 cm.
Grupo sanguíneo: AB+.
Alergias: Ninguna.
Dolencias o enfermedades crónicas: Ninguna.
Enfermedades hereditarias: Ninguna.
Medicación: Ninguna.

Repaso los datos mientras me pregunto si ese no será el informe de otro alumno que se ha traspapelado, pero no hay ningún error. Es el único Matsuda del instituto.

—¡Buenos días!

De repente, oigo la voz de Aiko saludando a alguien en un tono dulce y sosegado. Me giro y la veo tomándole la temperatura al chico, que está tumbado en la camilla de la enfermería. Me levanto y voy a ver cómo se encuentra. Está aturdido. No recuerda nada de lo que ha pasado, solo que estaba en clase de Educación Física y… Se

calla. Interrumpe su discurso en cuanto toma conciencia de lo sucedido. Reconozco al momento esa expresión facial, esa mezcla entre miedo y vergüenza por haber sido descubierto. Mi madre tampoco notificó al colegio mi extraña enfermedad para evitar cualquier tipo de discriminación o etiqueta por parte de los profesores o de los alumnos.

—Te has desmayado por un bajón de tensión —respondo para tranquilizarlo. Él sonríe con alivio—. He estado hablando con tu tutor y hemos decidido que lo mejor es que descanses en casa lo que queda del día. Él mismo llamará a tus padres.

—¡No! —contesta, incorporándose rápidamente—. No hace falta, doctor. Ya me encuentro mucho mejor. Además, no vivo aquí, sino en uno de los pueblos de alrededor.

Asiento en silencio. A continuación, miro a Aiko y le pido que informe al director de que debo atender una urgencia y que retomaremos la revisión médica mañana a primera hora. Ella obedece y abandona la habitación sin cuestionar nada de lo que le he pedido, a pesar de saber que es una mera excusa. Espero unos segundos hasta que no oigo sus pasos.

—¿Y tu inhalador? —pregunto sin rodeos. La cara del estudiante se vuelve blanca.

—No sé de qué me habla, señor.

—Lamentablemente, sé bien de lo que hablo. Contesta.

—El que siempre llevo conmigo se me agotó hará un par de meses y el de emergencia me lo quitaron de la taquilla hace poco. No se lo he querido decir a mi madre para no preocuparla y porque no son baratos. —Sonríe de forma apagada—. Es que son un poco especiales, ¿sabe?

—Lo sé.

Saco del bolsillo de mi bata mi propio inhalador, el cual he tenido que usar para detener su crisis. Una medida desesperada y efectiva, aunque no muy higiénica. Natsuo no contesta. Permanece inmóvil, con la mirada fija en la palma de mi mano. Creo que está intentando digerir el hecho de que no está solo, como yo cuando me he encontrado con él en el patio.

—Vamos, te llevaré a casa.

El trayecto en coche transcurre en un silencio absoluto. Ni siquiera debe darme indicaciones porque, curiosamente, vivimos en el mismo pueblo. No sabe qué decir ni cómo reaccionar. Mantiene la cabeza gacha. Me pregunto en qué estará pensando como para estar sumido en esa especie de preocupación que le rezuma por cada uno de los poros. Solo lo conozco desde hace unas horas, pero puedo decir sin equivocarme que no tiene ninguna doblez. ¡Vaya! Eso me suena.

Al igual que a mí, no se le da bien mentir ni esconder sus sentimientos, algo que Hotaru solía repetirme cada vez que me veía callado. A ella no podía engañarla. Era la única capaz de leerme con absoluta precisión. «Sé que me ocultas algo», comentaba sin necesidad de mirarme. Yo abría los ojos y escondía mi nerviosismo con una carcajada que arrugaba todas y cada una de mis facciones. Esa risa podría haber engañado a cualquiera, menos a ella. Inmediatamente, me examinaba por el rabillo del ojo y levantaba una ceja. Su reacción de sospecha era siempre la misma. Se trataba

de un mecanismo automático que conocía a la perfección y contra el que no podía luchar, así que no me quedaba otra que rendirme.

Nos detenemos en el centro del pueblo, en la calle principal. Miro por la ventanilla y veo una fachada de madera que conserva el estilo tradicional de construcción. No obstante, no es como el resto. Me fijo en un cartel azul que cuelga de la pared. PASTELERÍA HARU, leo mentalmente. He pasado un par de veces por delante de ella y siempre digo que un día de estos voy a comprar alguna cosilla, pero nunca lo hago. Supongo que es uno de esos planes que vamos dejando a un lado hasta que nos olvidamos por completo de realizarlos.

—Sígame.

El adolescente me indica el camino hacia la puerta que va directa a la vivienda. Después, la abre y me invita a pasar antes de hacerlo él. Sin esperarlo, un dulce aroma me acaricia las fosas nasales y me embriaga por completo. Los olores a horno, azúcar quemado, chocolate, confituras y *anko*[33] se mezclan hasta crear un perfume capaz de abrir el apetito incluso a aquel que acaba de comerse un buey entero. Siento cómo el estómago cede a los placeres anunciados por esa esencia que sale de la cocina cada milésima de segundo que paso allí de pie. Salivo como un niño pequeño delante de un suculento y gigante caramelo de colores.

—*¡Tadaima!*[34] —grita Natsuo mientras se quita los zapatos.

Veloz, acude a su llamada una mujer ataviada con un kimono en tonos neutros. No parece muy mayor. Tendrá la misma edad que mi madre, entre cincuenta y sesenta años. Mira extrañada al chico y,

seguidamente, se inclina hacia mí sin siquiera preguntarme quién soy.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el instituto? ¿Ha ocurrido algo? —Clava sus ojos en los míos buscando una respuesta —. No te habrás metido en ningún lío, ¿verdad?

El chico no sabe cómo ni cuándo responder ante ese interrogatorio. Niega con la cabeza de forma insistente mientras dibuja una sonrisa despreocupada para tratar de convencer a la mujer de que todo va bien.

—No, *obāchan*. Nada de eso. Es que he tenido un pequeño susto en clase de Educación Física…

—¿¡Cómo que un susto!?

La abuela se acerca a él abriendo todavía más los ojos. Espera una explicación que calme la angustia que comienza a hacerse cada vez más notoria. Suelta las mejillas de su nieto y me mira pidiéndome por favor que le aclare a lo que se refiere con «un susto». Asiento con diligencia, pero, antes de comenzar a hablar, oigo unos pasos que se apresuran hacia nosotros.

Aparece una segunda mujer mucho más joven, rondando mi edad o quizá menos. Al contrario que la primera, va vestida con ropa actual, cubierta por un delantal de flores que no va más allá de sus rodillas.

—¿A qué viene este jaleo, *okāsan*? —le pregunta a su madre, aunque, en cuanto ve al chico, su rostro palidece de forma súbita. Todo su mundo se centra en él.

Comienza a hacerle las mismas preguntas que le había hecho la primera mujer minutos antes; no obstante, soy incapaz de prestar atención a sus palabras. Su belleza me tiene tan absorto como el

aroma incandescente a dulces recién hechos que sigue paseándose por cada rincón de esa casa como un habitante más.

Desde mi posición de personaje secundario ignorado, la observo recreándome en todo lo que puede abarcar mi mirada: en su brillante melena negra, recogida en una coleta floja que deja caer algunos mechones; en sus atractivas facciones; en su cutis blanco y perfecto; en sus labios carnosos y rojizos a juego con sus mejillas… No sé quién es, pero su entrada en escena me ha causado tal impacto que no puedo apartar la vista de ella. Si no fuera porque es imposible, podría ser Hotaru. Mi Hotaru. Comparten los mismos pómulos prominentes, que se arrebolaban con mis palabras cuando me entraba la vena romántica, y esa aura brillante capaz de embaucar al más escéptico. Pero no, Hotaru se marchó, solo son este pueblo, que me traslada a un pasado que ha estado enterrado en mi cabeza durante demasiado tiempo, y la desesperación por que ella se presente ante mí en carne y hueso, que llega, incluso, a deformar mi realidad.

Comienzo a sudar de los nervios, como cuando me tocaba hablar delante de mis compañeros de clase en el instituto. Tengo tan seca la boca que incluso me cuesta salivar mínimamente para lubricar las cuerdas vocales. Noto que el aire no me llega a los pulmones, la garganta se me cierra y sé que, inevitablemente, estoy teniendo una crisis de las mías. Necesito serenarme; palpo mi bolsillo en busca del inhalador y, en cuanto lo tengo en las manos, inhalo con fuerza. Una vez, dos veces, hasta que siento cómo se me abren las vías respiratorias de nuevo. Solo entonces me atrevo a pronunciar temeroso el nombre que me ha azotado la cabeza como un tornado desde que esta mujer ha entrado.

—¿Hotaru?

Veo algo extraño en sus ojos, pero no me da tiempo a analizarlo: Natsuo se lleva todas mis esperanzas en una sola frase.

—No, doctor. Es mi madre, Tsubaki.

Ella no responde y yo siento como toda mi ilusión se desvanece. Por un momento, creí haberla encontrado. Mi Hotaru.

Me doy cuenta de que la abuela del chico me está mirando, sin apenas inmutarse, desde hará un rato, aunque con aire afable y poco amenazante.

—Usted es uno de los profesores de Natsu, ¿verdad? Muchas gracias por haberlo traído hasta aquí. —Se inclina profundamente hacia mí.

—¿Qué? No, no. Lamento no haberme presentado antes. Soy el doctor Hayashi, el nuevo médico del pueblo —le devuelvo el saludo —. He traído a su nieto porque no me fiaba de enviarlo a casa solo después de la crisis respiratoria que ha tenido y porque me gustaría hablar con sus padres o sus tutores legales si es posible.

—Ah, claro. Tsubaki, hija.

La mujer del kimono llama a la joven, que no ha parado de inspeccionar al adolescente. De pronto, sus ojos vuelven a chocar con los míos, produciéndome una punzada en el pecho y la parte media de la espalda. No estoy seguro de lo que veo en ella, pero repito: me es imposible apartar la mirada.

5

Estoy solo, sentado en un cojín de tonos morados frente a una mesa baja, en medio de una sala de estar de estilo tradicional. La luz del día se cuela por los ventanales que dan a un pequeño jardín repleto de flores de colores. Me tomo la libertad de levantarme, fascinado por la colección de plantas que decoran de forma exuberante cada centímetro de ese terreno. Seguro que Aiko se volvería loca si viese todo esto. Me pediría que le hiciera millones de fotos con ese móvil suyo, cuya funda en forma de oso ocupa más que el teléfono en sí.

—¿Le interesa la jardinería? —me sobresalta la señora Ikeda. Trae una bandeja con té y unos dulces de la pastelería.

—No mucho. La verdad es que no tengo buena mano con las plantas —respondo mientras vuelvo a mi asiento.

—Pero sí con los seres humanos, por lo que he oído. —Sonríe de forma agradable—. A mí me encantan las flores. Fui profesora de *ikebana*[35] cuando vivíamos en Osaka, pero, al jubilarse mi marido, nos vinimos aquí y lo dejé, claro. Sin embargo, algo tan bello como las flores es imposible abandonarlo, ¿no cree?

Asiento a su pregunta con educación.

—Incluso mis dos hijas tienen nombre de flor —prosigue—: Ayame, la mayor, y Tsubaki, la pequeña, la madre de Natsuo.

No digo nada más. Soplo ligeramente sobre mi taza y bebo, intentando ocultar mis pensamientos, aunque no estoy seguro de que lo esté logrando. Cuando la vi por primera vez, hace escasamente media hora, pensé que era su hermana mayor o su tía, por la juventud que derrochaban su rostro y su figura.

Noto cómo la señora Ikeda me observa sin dejar a un lado esa encantadora expresión de sincera amabilidad. A continuación, me sirve una pequeña bola rosa con caramelo por encima. Me asegura que son los pastelillos que más se venden durante el mes de abril.

—Dice que se encuentra bien —comenta Tsubaki, irrumpiendo de forma abrupta en la tranquilidad de la habitación.

Tiene los ojos enrojecidos; parece haber llorado. Su tez sigue pálida, como el papel de arroz de las puertas que dan al jardín. Comienzo a entender por qué su hijo reaccionó de esa forma cuando le dije que avisaría a sus padres de lo que había ocurrido en el patio o por qué no le ha querido contar lo de los inhaladores. Se sienta al lado de su madre sin apartar la mirada del entramado del tatami. En ese momento, se me viene a la cabeza automáticamente la imagen de mi propia madre.

Unos meses después de la muerte de mi padre, la llamaron del colegio para comunicarle que, tras la crisis respiratoria que había sufrido la semana anterior, no podía seguir en el equipo de fútbol. Ella agachó la cabeza con vergüenza y, unos segundos más tarde, sonrió aguantando las lágrimas. Me miró. Seguidamente, dirigió la vista al entrenador y suspiró.

—Es un alivio que lo eche del equipo. La verdad, no aguantaba verlos perder cada domingo a pesar de que Sei-kun fuese el único que hacía algo durante el partido. Buenas tardes.

Hizo una reverencia ante la estupefacción de ese tipo y me dio la mano para volvernos a casa. Yo en ese momento estaba triste. Me sentía mal por la vergüenza que había tenido que pasar mi madre por mi culpa. Sin embargo, con el tiempo, me di cuenta de lo admirable que fue ese gesto ante una situación que, para un crío de diez años, supuso toda una decepción.

—Señorita Ikeda… —digo.

—Señora Matsuda —me corrige Tsubaki. Trago saliva azorado.

—Perdón… —Carraspeo—. Señora Matsuda, me gustaría hablarle de la enfermedad que padece Natsuo. No sé si sabe en lo que consiste realmente o qué hacer para mejorarla. La información sobre ella es escasa, ya que es una enfermedad muy poco común.

—Disculpe —vuelve a interrumpirme—, pero todo ese discurso ya lo conozco. Desde muy pequeño, prácticamente desde que nació, he estado visitando decenas de médicos que pronunciaron las mismas palabras que usted. Es más, lo único que llevo recibiendo desde entonces ha sido ese discurso, pero ninguna solución, salvo que necesita «aire limpio y tranquilidad» —dice con retintín—. Así que, si no va a contarme nada nuevo, es mejor que se vaya.

—¡Tsubaki! —exclama su madre antes de comenzar a pedirme disculpas por su comportamiento.

—Es cierto que todavía no hay ninguna solución, porque si la hubiese yo sería el primer interesado.

La abuela del muchacho me mira con los ojos muy abiertos. Se tapa la boca con las manos tratando de ocultar una estupefacción que se contrapone a la impasibilidad del rostro de su hija.

—Padezco la misma enfermedad que Natsuo, también desde pequeño, y llevo toda mi carrera investigando sobre ella —respondo

con seriedad. La señora Matsuda me presta atención por fin—. El motivo por el que he traído a su hijo hasta casa es porque necesito su ayuda para poder ayudarlo y ayudarme a mí también. Lamento si esto último suena egoísta —añado bajando la voz.

La señora Ikeda mira a Tsubaki, que permanece en silencio con los ojos perdidos en la nada. Está tensa. Pese a tener los hombros gachos, mantiene los músculos de los brazos y de la espalda completamente estirados, concentrando toda la fuerza del cuerpo en ellos. De pronto, respira profundamente y cede a mi petición. Su madre vuelve a sonreírme.

—¡De acuerdo! —Saco un cuaderno de mi maletín y un lapicero—. Le haré unas preguntas sencillas sobre Natsuo y sobre su familia y la de su marido. O, si lo prefiere, puedo pasarme cuando esté él en casa…

—No, ahora está bien —contesta cortante la señora Matsuda.

—¿Hubo alguna complicación durante el embarazo o en el parto?

—No.

—Comía mucho *takoyaki* —añade la señora Ikeda. Su hija la reprende—. A lo mejor es un dato importante. Desde pequeña le ha gustado mucho, pero llegó a tal punto que pensé que mi nieto saldría con cara de pulpo.

—Bueno es saberlo —bromeo haciéndola reír. La señora Matsuda enrojece—. ¿Sabe si alguien de su familia tuvo problemas respiratorios similares?

—Sí. Un primo de mi padre. No lo conocí. Es más, mi padre ni siquiera tenía relación con él. Los médicos siempre me han dicho que seguramente lo haya heredado de él.

—Es lo más seguro, sin duda… Yo lo heredé de mi padre.

—Ha dicho que se llama Hayashi, ¿verdad? —interviene la señora Ikeda de nuevo. Afirmo con un golpe de cabeza—. ¿Puede ser que su padre fuese Hiro Hayashi?

—¿Lo conocía?

—Mi marido y él estaban emparentados, aunque de forma lejana. A veces los familiares pueden dejarnos herencias muy amargas, ¿verdad? —explica con tristeza la abuela del chico.

—Sí, aunque con esta información que usted acaba de darme creo que puedo entender mejor la situación. Aun así, para cerciorarnos del todo, ¿sabe si por parte de su marido puede haber también algún antecedente de enfermedades respiratorias, señora Matsuda?

—¿No acaba de decirme que lo heredó de mi familia? —responde ella con el rostro lleno de severidad. La voz está a punto de quebrársele.

—Sí —carraspeo con incomodidad—. La evidencia es clara.

El sonido lejano de una mujer saludando rompe el clima de tensión de la sala. La señora Matsuda se disculpa y se despide antes de salir al pasillo y contestar amablemente a la clienta que acaba de entrar en la tienda. La señora Ikeda, en cambio, no se mueve de su cojín. Tiene la mirada fija en la madera de la mesa sin saber qué decir. No ha sido una grata conversación y es consciente de ello; aun así, no se atreve a admitirlo. Le da un pequeño sorbo a su té. Acto seguido, suspira casi de forma imperceptible, tratando de encontrar las palabras correctas en las ondas del líquido.

—Perdone a mi hija, por favor —dice de repente mientras apoya la frente sobre las manos, a escasos centímetros del tatami—. Natsu es lo más importante que tiene en la vida. Lo único importante, diría yo.

Abro los ojos con perplejidad ante esa reverencia de disculpa. Hacía años que no veía nada semejante y fue en una serie japonesa hecha para occidentales en Canadá con un montón de fallos y estereotipos culturales. La ayudo a levantarse del suelo y me disculpo yo también ante ella. Luego, me despido, no sin antes avisarla de que mañana vendré a ver cómo se encuentra su nieto.

Salgo de esa sala aturdido por todo lo que acabo de vivir en apenas unas horas. Quiero irme de aquí. Necesito irme de aquí para poder procesar lo sucedido de una manera más racional y fría, lejos de cualquier distracción emocional que me haga dar con un diagnóstico erróneo. No obstante, por culpa de los nervios, acabo entrando en una habitación contigua muy parecida a la de antes salvo por un detalle.

Veo un altar de madera oscura al fondo. Sobre él, reposan dos cuencos de arroz de colores distintos con unos dulces caseros al lado que parecen sacados de una revista de cocina especializada. Me acerco para calmar la curiosidad que me corroe desde la boca del estómago; por lo visto, ya no tengo tanta prisa. No puedo detener mis pasos. Supongo que las costumbres sociales, por no llamarlas «chismorrería de pueblo», se están apoderando cada vez más de mi propia personalidad. Yo, que siempre he preferido la soledad, ahora podría escribir un libro con todas las historias que me traen mis pacientes en cada visita y mi madre en la cena. Es más, mi versión tokiota habría salido de esa sala sin más y no se habría puesto a investigar cosas que no le incumbieran.

Sigo observándolo con atención. Veo tres fotos: una de un hombre que pasa los sesenta, otra de otro hombre cercano a los cuarenta y la última de ambos en un día de pesca, con un niño pequeño que

sonríe felizmente entre los dos. En ese momento, me doy cuenta de lo idiota que puedo llegar a ser.

6

Llevo un rato con la mirada perdida en el vaso que me acaba de servir el señor Tanaka. Contemplo cómo la espuma de la cerveza se disipa lentamente hasta desaparecer por completo en un pequeño mar en calma de color ámbar. Oigo risas y palabras sueltas que no van conmigo, aunque, por lo visto, yo también estoy incluido en la conversación. No puedo prestarles atención. La condensación por el choque de temperaturas entre la cerveza y el ambiente del comedor me ha acaparado todos los sentidos. Las gotas de agua se deslizan poco a poco hasta morir en un posavasos verde, ahora encharcado.

—¡Seiya!

Mi madre me arrastra a participar en un aquí y ahora que me parece como poco tedioso. Yo sonrío y asiento sin saber bien a qué, solo por inercia y para no hacerles un feo a los padres de Aiko. Quizá acabo de aceptar vender mis órganos sin enterarme. Luego, se ríe junto a la señora Tanaka. Ya comienzo a arrepentirme de no haberlas escuchado.

Me remuevo con disimulo en el cojín cobrizo en el que estoy sentado, apoyándome en la mesa oscura del salón de los Tanaka. No sé si es por la dureza del suelo de madera, porque la capa de relleno de mi asiento es demasiado fina para mí o porque, simplemente, nunca he llevado bien las fiestas familiares, pero, por mucho que me

mueva no encuentro ni un solo punto de comodidad. Me duele el culo y ya llevo varios minutos soportando pequeños calambres en las piernas. No lo pasaba tan mal desde que a los trece años acompañé a mi madre y sus hermanas a una ceremonia del té en Kameoka. Intento olvidarme de las molestias fijándome en la decoración de la sala de estar, algo recargada para mi gusto.

Quizá es porque han querido mezclar el estilo europeo con el japonés con detalles como una cómoda de cristal ahumado, del mismo tono que la mesa baja, o con cuadros de paisajes occidentales, pero no logro entender la armonía de esa habitación. No veo qué relación pueden establecer el *kakemono*[36] del monte Fuji que cuelga de la pared que está a mi derecha con la copia de *La danza* de Matisse de mi izquierda. Apuesto a que la ideadora de esta distribución es la señora Tanaka. A pesar de que quien ha recorrido el mundo es su marido, por lo poco que sé de él, ya puedo decir que es un hombre tranquilo y de placeres sencillos, como remojarse los pies mientras toma el fresco en el jardín en verano o tener un compañero con el que jugar a las cartas.

La noche sigue su curso. Aiko y su madre comienzan a sacar suculentos platos que podrían llenar el estómago de cualquiera tan solo con su olor. Aiko es una gran cocinera. Desde que la conocí, siempre ha tratado de llevarme a la consulta algún que otro *bentō* para que probase lo que había cocinado. A veces era un pastel, otras un estofado o unos simples rollos de repollo y beicon. A mí me daba igual lo que fuese: todo me sabía a gloria. Según mi madre, la mejor forma de conquistar a un hombre japonés es por el estómago, pero

a mí lo que realmente me cautivó de Aiko fueron sus detalles con todo el mundo sin esperar nada a cambio. Nunca la he visto hacer distinciones de ningún tipo a pesar de haber sido criada en una burbuja en la que los problemas del mundo no existían.

—¡Haruka, esto está exquisito! —exclama mi madre felicitando a su amiga. Yo asiento.

—La verdad es que todo lo ha preparado Ai-chan —responde la señora Tanaka. Aiko enrojece con vergüenza.

—Me alegra saber que Seiya no pasará hambre cuando se case.

—No veo el día en que nos convirtamos en consuegras, Midori.

Capto las palabras de mi madre y la suya al vuelo e, instintivamente, miro a Aiko. Continúa comiendo con la cabeza gacha. No aparta los ojos del cuenco de arroz que sostiene en el aire, pero sé que ella tampoco las ha pasado por alto.

Nunca hemos hablado de casarnos. Lo veo innecesario teniendo en cuenta el poco tiempo que llevamos juntos. Apenas hemos tenido la oportunidad de conocernos más en profundidad. La escasa intimidad de la que hemos podido gozar se reduce a las contadas citas de los domingos por la tarde, cuando no hace mal tiempo o ella no tiene que ayudar a su madre con la casa. No creo que sea lo más adecuado sembrar la semilla del matrimonio cuando la del noviazgo aún ni siquiera ha tenido tiempo de germinar.

La segunda botella de cerveza lleva el mismo ritmo que la comida. La mayoría de los platos son ahora cuadros abstractos de restos de soja, salsa y otros condimentos, como si Pollock y el cocinero de un puesto de tallarines fritos hubiesen unido sus fuerzas para crear esas imágenes. Creo que será mejor que deje de beber antes de que comience a ver mi futuro en las ondas del té.

El señor Tanaka me habla con más cercanía y no solo lo refleja con las palabras que emplea, sino también con su lenguaje corporal: su espalda se muestra más relajada y curvada y sus gestos son menos hieráticos. Mi espacio vital cada vez es menor, hasta el punto de agobiarme tanto que todos mis esfuerzos se centran en que mi rostro no muestre ningún signo de molestia que pueda ofenderle. Por un momento, desvío la mirada sin querer, huyendo del aliento alcoholizado que expele con cada queja sobre sus achaques: que si las lumbares, que si las rodillas, que si realmente dejar de fumar lo va a ayudar en algo a su edad… Debo admitir que hay que tener agallas para decirle eso a un médico con ínfulas de neumólogo.

En una de mis sonrisas incómodas, poso los ojos en Aiko. La noto algo mohína. Desde la distancia observo sus facciones, que guardan cierto aire grisáceo y lúgubre. No desprende la alegría a la que me tiene acostumbrado. De pronto, me levanto y le propongo ir a dar un paseo para que me dé el aire y bajar la comida.

Caminamos bajo las estrellas en silencio. Hace frío, pero no demasiado. No hay nadie alrededor. La casa de los Tanaka queda un poco retirada del centro del pueblo. No se escucha nada salvo el crujido de nuestras pisadas en la tierra y el barro que cubren todavía los adoquines de la calle. Hace tiempo que ha dejado de llover; sin embargo, aún quedan restos del paso de la tormenta.

—Seiya…

Tras unos minutos, Aiko rompe la quietud que nos rodea pronunciando mi nombre de forma tímida. No me mira. Mantiene los

ojos siguiendo el movimiento de sus pies hacia ninguna parte en concreto. Respondo con una simple murmuración.

—¿No has pensado en casarte? Es decir, en el matrimonio y esas cosas —aclara temblorosa, escondiendo el miedo que le produce mi respuesta.

—¿A ti te gustaría que nos casáramos ya?

No obtengo ninguna contestación por su parte. Continúa caminando callada con los brazos cruzados para mantener mejor el calor corporal. No sé cómo tomarme esa reacción.

La última vez que hice planes a largo plazo con alguien tenía diecisiete años y todo se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos. Desde entonces, lo único que he hecho es contar conmigo mismo para afrontar lo que viniera. Soy consciente del egoísmo que destila este modo de vida. Posiblemente, ese sea el motivo por el que ninguna de las relaciones que he tenido haya funcionado durante mucho tiempo. Lo máximo fueron cinco meses y dos de ellos nos los pasamos separados, trabajando cada uno por nuestro lado. Sin embargo, no quiero eso para Aiko ni para ninguna otra persona que esté en mi vida. He llegado a un punto en el que ni mi trabajo, ni mis éxitos laborales, ni mantener mi propia individualidad intacta son lo más importante para mí.

—Aiko, ¿tú has tenido algún otro novio? —pregunto sin morbo alguno, solo por mera curiosidad.

—¿A qué viene eso? —responde alzando el tono, aunque sus mejillas la delatan—. La verdad es que no he tenido mucho tiempo para novios. Además —carraspea avergonzada—, admito que nunca me he mostrado demasiado sociable a la hora de conocer a chicos o relacionarme con ellos.

Nasalizo una pequeña carcajada mientras agacho la cabeza. Me esperaba algo así teniendo en cuenta la forma en la que me tratan sus padres y la timidez que todavía muestra cuando nos quedamos a solas.

Ella me mira con indignación. A continuación, acelera el paso hasta que, de pronto, se detiene delante de mí. Jamás la había visto tan decidida.

—Creo que no es motivo de burla no haber tenido nunca novio como tampoco lo es querer casarse con tu primer amor por mucho que no lleves años con él.

No me aguanta la mirada, pero sus palabras están cargadas de enfado y ganas de defenderse, algo que aún no había visto en ella. Me produce mucha curiosidad esta nueva faceta suya.

Me paro frente a ella, con las manos en los bolsillos, y permanezco en silencio, inmóvil, escuchándola con atención.

—A veces, no hace falta vivir una eternidad con alguien para saber que es la persona idónea para pasar el resto de tu vida. A veces, lo único que necesitas para saberlo es mirarla a los ojos… —Resopla con fuerza. Luego, prosigue—: No sé cómo explicarlo, pero creo que todo el mundo está destinado a alguien y, cuando lo encuentras, simplemente, lo sabes. Pero supongo que para ti todo esto es un cuento para ilusas como yo.

—Te equivocas.

Por sus ojos sé que no se esperaba mi respuesta. Está perpleja. No sabe cómo seguir su discurso. Su actitud corporal, esa que mantenía con ímpetu y tensión, acaba de desvanecerse al escuchar esas palabras salidas de mis labios.

Da un par de pasos hacia atrás mientras sigue mirándome con extrañeza. Yo, en cambio, me acerco a ella sonriendo con ternura.

«Ho-chan…», murmuré mientras caminábamos por el bosque de camino al riachuelo para bañarnos. Hacía mucho calor. Al verano le quedaba muy poco para llegar, si es que no había comenzado ya. No lo recuerdo exactamente. De lo que sí que me acuerdo es de que ya habían florecido las hortensias, y sus colores y aromas nos acompañaban a todos lados. Ella me miraba expectante, esperando escuchar aquello que tenía que decirle. Sus dos largas coletas negras bailaban sin necesidad de música, de un lado a otro, con el movimiento de sus pasos.

—Ho-chan, cuando te acepten en la Universidad de Tokio, vendrás a vivir conmigo, ¿no?

Ella comenzó a reírse con las mejillas rojas. Luego, suspiró a la vez que se abanicaba con las manos intentando sofocar el calor del día o el que le había producido mi pregunta. No sabía distinguirlo.

—Primero deben aceptarte a ti. Después, debe transcurrir un año para que yo pueda hacer los exámenes de ingreso y me acepten. Y, si eso pasa, ya te dije que sí, aunque…

—¿Aunque?

—No creas que voy a comportarme como si estuviésemos casados —contestó sin detenerse—. Yo también estaré estudiando y, seguramente, me apuntaré a algún club extraescolar o me pondré a trabajar a media jornada en algo para no tener que depender tanto de mis padres. A lo mejor, quien deberá preparar la cena y el baño

cada noche serás tú para mí y no al revés —volvió a reírse y me contagió sus carcajadas.

Continúo mirando a Aiko a los ojos fijamente, aunque sin ningún tipo de dureza intimidatoria, mientras los oídos se me inundan con las palabras de esa conversación con Hotaru. La nostalgia de su recuerdo vuelve a retraer mi estómago, produciéndome punzadas en distintas partes del cuerpo. Aun así, no es una sensación amarga ni dolorosa.

Respiro abriendo al máximo mis pulmones y me humedezco un poco los labios con la punta de la lengua antes de empezar a hablar.

—No voy a mentirte, no eres mi primer amor —confieso sin reparos. Ella traga saliva—. Sin embargo, no me importaría pasar el resto de mi vida contigo. Solo que casarnos ya me parecería algo muy… reduccionista.

—¿Cómo? —musita confundida.

—Me gustaría ser algo más para ti que tu primer amor o tu marido en esta vida. Para mí, son etiquetas que, sí, transforman la vida de cualquier ser humano en menor o mayor medida, pero siguen siendo eso, etiquetas. ¿Y tú? ¿De verdad que solo quieres ser mi esposa? ¿Qué hay de ser Aiko?

—No sé, no te entiendo. —Su voz no es clara. Frunce el ceño mientras habla—. ¿Qué hay de malo en aspirar a ser la señora Hayashi?

—Nada, pero estoy en contra de que todavía hoy, en muchas sociedades, la nuestra, por ejemplo, la mujer tenga que pasar de la

protección del padre a la protección del marido. No obstante, a mí nadie me pide eso ni me lo pedirá. ¿Nunca has pensado en ello?

—Pero mi madre y tu madre…

—Aiko… —Acaricio sus mejillas y noto cómo ella se estremece—. No me gustaría que pasaras de ser «hija de» a «esposa de» cuando ni siquiera has tenido la oportunidad de disfrutar de la vida siendo simplemente tú. Aun así, es decisión tuya, solo tuya.

De repente, se le dibuja una sonrisa en los labios que le eleva las mejillas y le empequeñece los ojos. Me encanta ver esa expresión en su cara. Es una de mis favoritas. A continuación, asiente insistentemente y retomamos nuestro camino.

—Conque te gustan las chicas independientes como las de las películas extranjeras, ¿eh? —Escucho una pequeña risilla infantil, similar al chillido de un ratón—. ¡Vale! Pero sigue en pie lo de pasar el resto de la vida juntos, ¿no?

—Ten en cuenta que la que sales perdiendo eres tú. Yo ya soy viejo y quizá quieras aspirar a algo mejor —bromeo.

—Da igual. Tú ya me gustas.

Se agarra a mi brazo y apoya la cabeza en él. No quiere soltarme. Yo no quiero que me suelte.

7

El sol entra por la ventana de la consulta y anega de luz todo el escritorio. Me gusta la primavera, sobre todo, cuando es suave como esta. Ordeno algunos historiales y recetas que llevan apiladas en la bandeja de documentos desde hará ya unos días. Normalmente, siempre me quedo unos minutos más tras la jornada laboral para dejarlo todo listo para el día siguiente, pero esta semana he tenido tanto trabajo que, en cuanto llegaba la hora, cerraba la puerta y me iba a descansar o acercaba a Aiko a su casa en coche.

Hoy, paradójicamente, es un día tranquilo, como el clima. Por lo que he podido observar desde que me mudé, la previsión meteorológica y el estado de salud de los aldeanos mantienen una relación directamente proporcional. Cuando llueve, el número de pacientes aumenta alrededor de un veinticinco por ciento. Cuando nieva o las temperaturas se desploman, las llamadas requiriendo una visita a domicilio aumentan un setenta y cinco por ciento. Y, cuando hace bueno, como hoy, las enfermedades, al parecer, dejan de existir. Supongo que pensarán que no hay nada más triste que tener que ir al médico cuando el día te está invitando a que disfrutes un poco más de la vida, aunque esto ya empecé a sospecharlo mientras estudiaba en Londres. Los parques se llenaban de gente en cuanto los termómetros sobrepasaban los veinte grados.

—Seiya. —Aiko se asoma con ropa de calle—. Tu madre ha llamado para ver si podía ir a ayudarla en unos recados. ¿Te importa que salga un momento?

—Claro, ve —respondo sin levantar los ojos del archivador—. Hoy presiento que no vendrá mucha gente.

—Es que hace muy buen día. —Se ríe con vivacidad. Ella también piensa lo mismo que yo—. ¡Hasta ahora!

Oigo cómo se calza y desliza la puerta de la entrada principal de la casa en la lejanía; después, sus pasos se pierden de forma paulatina entre el murmullo de la naturaleza y de la gente que viene y va.

Acabo de ordenar la consulta. Me he quedado sin ninguna tarea con la que matar el tiempo de espera. Me recuesto en la silla de oficina desde la que atiendo y resoplo con hastío. Luego, miro el cielo por la ventana. Está completamente despejado, refleja un azul vivo que me transmite un frescor muy reconfortante. Sonrío sin motivo. La verdad es que no sé por qué sonrío. Me siento bien a pesar de no haber hecho nada fuera de lo común ni haber cumplido ninguno de los logros vitales que debería haber conseguido a mi edad. A lo mejor es que el estado natural del ser humano es este, pero lo alteramos con cientos de problemas y preocupaciones que nos acarrea el estar expuestos a los males de la convivencia en las sociedades modernas: competitividad, ambición, envidia, estrés, ansiedad, fatiga crónica… Todo ello, al igual que los achaques y quejas de mis pacientes, ha desaparecido de mi vida en cuanto ese rayo de sol se ha atrevido a iluminar mi escritorio.

—¡Buenos días! ¿Se puede?

Abro los ojos rápidamente, dando un pequeño respingo en cuanto escucho que me reclaman. Me he quedado dormido con el calor de la luz de la mañana como si fuese un abuelo. Necesito un segundo para que las neuronas vuelvan a funcionarme con normalidad y me recuerden que no hay nadie más en casa salvo yo. Me apresuro a levantarme y voy hasta el *genkan* de la entrada a la consulta saludando a quien sea el emisor de esa voz conforme camino.

—¡Natsuo! —exclamo. De repente, me invade una extraña preocupación.

—Buenos días, doctor Hayashi —responde educadamente y sonriendo con amplitud, un gesto que me devuelve la calma de forma inmediata.

Llevo varios días sin verlo. La última vez fue tras el incidente en el colegio, de camino a su casa, cuando fui a comprobar si había pasado el resto del día tranquilo. Acompañaba a su abuela. Se la había encontrado cuando volvía del instituto y la estaba ayudando a cargar las bolsas. Me alegró saber que estaba completamente recuperado y que no había tenido ninguna otra crisis respiratoria.

Lo invito a entrar y lo conduzco hasta la sala de estar. Ha traído unos pastelillos de su tienda y un arreglo floral con algunos tallos de temporada. Su abuela quería agradecerme cómo le había tratado y, además, darme la bienvenida al pueblo, ya que no había tenido la oportunidad de hacerlo todavía.

—¿Prefieres té o zumo? Lamento decir que no tengo ningún otro refresco más apetecible —le pregunto desde la cocina.

—El té está bien, aunque ya le he dicho que no pretendía causarle ninguna molestia.

—Y no lo haces. Al contrario —prosigo mientras caliento el agua—. Hoy no tengo mucho trabajo.

—Es que hace muy buen día —comenta. Me sorprende su observación tan acertada.

—Además, si mi madre se entera de que no te he invitado a tomar nada después de traer pasteles y flores, me deshereda —bromeo.

—Mi madre y mi abuela harían lo mismo.

—¿Tu madre? —pregunto perplejo.

—Sí. Los pastelillos son de su parte. Normalmente, estos no los solemos hacer si no es por encargo, por su complejidad.

No respondo porque no sé qué decir. El verdadero motivo por el que no he vuelto a acercarme a visitarlo es justamente la señora Matsuda. Me siento extremadamente avergonzado por el poco tacto que tuve con ella en la única conversación que hemos tenido. Reconozco que han sido muchas las veces que se me ha pasado por la cabeza ir y presentarle mis disculpas, pero no me he atrevido. Pensaba que verme allí solo empeoraría las cosas.

Llevo la tetera y un par de tazas a la sala de estar. Allí me espera Natsuo, sentado en uno de los cojines que hay alrededor de la mesa sin querer moverse del sitio ni quitar la vista de enfrente. Por su postura tan recta, deduzco que no se esperaba esta invitación. Me siento delante de él y le pido que abra la caja de los dulces y coja el que más le guste; el chico, en cambio, sonríe con timidez mientras agita las manos de un lado a otro. «Son para usted», repite un par de veces, aunque acabo sirviéndole uno yo mismo. Mis pasteles, mis normas. Finalmente, comenzamos a comer en silencio y no es porque no tenga ganas de hablar con él. Al contrario. Me encantaría preguntarle un sinfín de cosas; sin embargo, prefiero observarlo y

conocerlo mejor antes de asaltarlo de forma fría, como si solo fuese un objeto de investigación. No quiero cometer el mismo error también con él.

Me doy cuenta de que, desde que nos hemos sentado, está más pendiente de la estantería que hay detrás de mí que de cualquier otra cosa. Ni siquiera se ha percatado de que le he servido otro pastelillo porque hacía más de cinco minutos que se había acabado el primero.

Apenas lo conozco, pero desde el primer momento siempre me ha provocado mucha simpatía. No sé si es un efecto colateral de la empatía que se desarrolla entre las personas que comparten una misma situación poco usual o una desgracia, como sucede en los grupos de apoyo, pero el caso es que Natsuo me cae bien porque sí, sin ningún motivo mucho más relevante que lo justifique.

—¿Te interesa la biología, Natsuo? —le pregunto repentinamente.

Él se ruboriza a la vez que agacha la cabeza. Me recuerda a Aiko en ese aspecto.

—Sí. La verdad es que sí. —Asiente con insistencia—. Me gustaría estudiar Medicina.

—¿De verdad? Y ¿qué especialidad te interesa?

—Neumología —responde. Arqueo las cejas al escucharlo—. Le parecerá una tontería, pero mi sueño es poder ayudar a la gente que pueda estar padeciendo lo mismo que usted y que yo. Bueno, en realidad, quiero ayudar a la gente sin más.

Sus palabras me resuenan en la cabeza como el eco de un mensaje lejano, pero que no procede de otro lugar, sino de otro tiempo. Cada pausa y cada sílaba son las mismas que pronuncié yo a su edad, delante de mi madre y mi tutor durante la entrevista de

orientación laboral y postacadémica. Él era el único profesor que conocía lo que me sucedía y siempre guardó el secreto. Es más, incluso asistió a mi graduación en Tokio.

Un nudo se apodera de mi garganta y parte del pecho a medida que escucho al chico hablar de su vida en el instituto y de sus gustos. Me explica que no tiene muchos amigos porque no lleva mucho tiempo aquí. Es de Osaka. Se lo noté en el acento la primera vez que lo escuché hablar. A lo mejor esta es la explicación de su carácter tan abierto y amable. Ya se sabe que los de allí parecen estar hechos de una pasta que les hace ver la vida de un modo mucho más optimista que cualquier otro japonés. No obstante, el no tener una vida social más plena no le importa demasiado. Dice que le gusta disfrutar tanto de la soledad como de la compañía.

Está en el club de jardinería del colegio. Es el único chico, pero eso también le da igual. Se metió porque siempre ha estado interesado en el mundo vegetal, ya sea para comer como para conocer remedios naturales. En su antiguo instituto, se encargaba del huerto del colegio y quería seguir haciendo lo mismo cuando llegó aquí. Además, así evitaba entrar en algún club deportivo. No es que no le guste el deporte. Es muy activo. Sin embargo, huye de la confrontación y de la presión de la competitividad.

Sigo escuchándolo con atención. Noto que se siente cómodo conmigo por la forma en la que se expresa: sin presiones para continuar la conversación ni silencios exasperantes. De repente, el nudo se deshace y me deja ver que esta sensación que estoy experimentando no es otra que orgullo. Seremos parientes lejanos, quizá el porcentaje genético que nos une es ínfimo; aun así, no puedo controlar este sentimiento. Muchas veces me he preguntado

qué le diría a mi yo del pasado. Ahora, me siento como si estuviese frente a él y lo único que puedo hacer es asentir a sus palabras mientras se me dibuja en los labios una pequeña sonrisa casi imperceptible para el ojo humano.

—Disculpe —interrumpe su propia explicación—. ¿Le importaría que fuese al lavabo?

Su exquisita educación, incluso excusándose para ir al baño, me provoca una profunda carcajada que le hace reír. Le indico el camino y él asiente con agradecimiento. Mientras tanto, aprovecho para estirar un poco los músculos de la espalda y llevar los platos sucios a la cocina.

«¡Ya he llegado!». La voz de Aiko recorre el pasillo sin demora hasta llegar a mis oídos. Gime quejicosa mientras sus zapatos caen con pesadez en la piedra del recibidor de la entrada privada. Acto seguido, comienza a buscarme extrañada, repitiendo mi nombre al no verme en la consulta. Le contesto para indicarle dónde estoy. Sus pasos cada vez suenan más cerca, aunque no son tan ligeros como de costumbre. Me parece raro. Entonces me asomo a la sala de estar, donde me la encuentro apoyada en la puerta jadeando y con la frente reluciente. Viene arrastrando el bolso de mimbre que solemos llevar cuando vamos a la compra y un par de bolsas más. Sabía que mi madre solo la había llamado para que fuese su mula de carga. Ya la avisé en su momento, la primera vez que pasó, unas semanas después de contratarla, pero Aiko es incapaz de decirle que no. Es demasiado complaciente con ella y eso mi madre lo sabe y le encanta.

Le traigo un vaso de agua mientras ella toma asiento casi sin levantar los pies del tatami. No deja que toque la madera de la mesa. Directamente, se lo bebe de una sentada y me da las gracias. Yo sonrío y vuelvo a la cocina para llevar las bolsas y colocar lo que ha traído.

—¡Anda! —exclama alegremente—. ¿Tú también has salido?

—No, ¿por qué?

—Es que como veo una caja de la pastelería de la viudita de las flores. ¿Puedo coger uno? Dicen que están deliciosos.

—¡Aiko! —Levanto la voz intentando acallarla.

Corro de nuevo hacia la sala de estar antes de que Natsuo vuelva, pero es demasiado tarde.

El adolescente se queda en la puerta de pie, inmóvil, sin atreverse a pisar el tatami. Aiko, que está sentada de espaldas a él, al ver mi expresión, abre los ojos desconcertada sin dejar de masticar el buñuelo de color rosa que le llena las mejillas. A continuación, se gira para comprobar qué es eso que está tras ella y que me ha dejado sin habla. Entonces, se limpia la boca con una servilleta y se levanta para saludarlo con simpatía.

—Ha venido a traerme un arreglo floral de su abuela y unos pastelillos que ha hecho su madre como agradecimiento por lo del otro día… —le explico en un tono serio.

—Natsuo, yo…—murmura afectada. Se ha dado cuenta al fin.

—No pasa nada, señorita Tanaka. No ha dicho ninguna mentira. —Natsuo se apresura a cortar sus disculpas con una de sus sonrisas—. Es cierto que mi madre es joven y viuda, y que también tenemos la pastelería llena de flores por mi abuela. Además, le agradezco

mucho que diga que nuestros pasteles están deliciosos. Prometo traerle a usted también.

Se inclina con profundidad ante ella. Intenta disimular su malestar, pero no lo consigue. Se le ve afectado. Inmediatamente, Aiko imita su gesto mientras repite que siente mucho haber llamado a la señora Matsuda de esa forma, que no sabía que era su madre. Desde fuera, es una situación bastante graciosa. Me siento como el único espectador de un concurso para decidir quién es el más educado de los dos. A decir verdad, la cosa está muy reñida. Quizá debería intervenir antes de que alguno acabe con dolores cervicales o lumbares.

—En fin, debo irme ya. Muchas gracias por el té, doctor Hayashi —dice el adolescente.

Aiko lo acompaña hasta la puerta y me deja atrás; sin embargo, un súbito impulso se apodera de mis músculos y me hace salir corriendo tras él. Lo llamo para que detenga su bicicleta. Natsuo abre los ojos con sorpresa. Cree que se ha dejado algo por culpa de sus despistes.

—Natsuo, se me ha ocurrido que, si no estás muy ocupado con tus estudios, con las tareas de casa o con el club de jardinería, ¿querrías ayudarme algunas tardes o fines de semana en la consulta? —Espero su respuesta con impaciencia.

—¿Me lo dice en serio? —pregunta con incredulidad. Su cara irradia la más pura felicidad—. Debo hablar con mi madre, pero sí. Me encantaría. Muchas gracias. —Agacha la cabeza frente a mí.

—No me las des, por favor. Además, se me había olvidado darte esto. —Saco dos inhaladores del bolsillo de mi pantalón. Él se niega en redondo a aceptarlos—. No hace falta que me pagues nada si eso

es lo que te preocupa. Solo quiero que me prometas dos cosas: que siempre llevarás uno de ellos contigo, vayas adonde vayas, y que, si alguna vez tienes un problema y no quieres decírselo a tu madre para no preocuparla, me lo contarás a mí.

—Se lo prometo.

Se aleja pedaleando mientras me dice «adiós» levantando el brazo con una sonrisa sincera y alegre. Durante unos instantes, vuelvo a su casa, a ese comedor contiguo a la sala de estar. Uno de los hombres a los que está dedicado el altar, el más joven, parece sonreírme de la misma forma que él a pesar de que solo esté posando para una fotografía de estudio. A su lado, contiguo al plato que contiene un apetitoso *daifuku*[37] de color verde, hay una placa de oficina en la que se lee KENJI MATSUDA.

8

Sigue haciendo sol. Que yo recuerde, nunca había visto un abril tan primaveral como el que estamos teniendo, aunque no me fío. Esta estación no es para confiados. Un día, crees que de un momento a otro las cigarras se pondrán a cantar y, de repente, el agua te puede inundar la casa, especialmente, si es tan vieja como la mía o las de mis vecinos. Aun así, he decidido aprovechar el buen tiempo mientras dure, sin adelantar acontecimientos que puedan producirse o no.

Hoy tengo que hacer varias visitas domiciliarias y repartir algunos medicamentos. Aiko me cubrirá en la consulta por la mañana. En días como este, pienso en la suerte que tengo de trabajar con ella. Dejando a un lado su profesionalidad, su humanidad es algo que pocas veces he visto en otros compañeros de trabajo, ni siquiera en otras personas en Tokio. No hay sonrisas falsas ni frases complacientes que buscan contentarte de forma vacía y fría. Me pregunto de quién lo habrá aprendido. ¿De su madre? Lo dudo.

Todavía es muy temprano. Acabo de atarme los zapatos entre bostezos, cojo la chaqueta y salgo al callejón lateral por la puerta principal. Allí es donde tengo aparcada la bicicleta. Luego, reviso por tercera vez que el maletín tiene todo lo que necesito y lo ato bien fuerte a la bandeja de la parte trasera para no perderlo por el

camino. No sería la primera vez que me pasa algo así. Finalmente, le doy las últimas indicaciones a Aiko, que ha salido a despedirme y a traerme un termo de té caliente para pasar la jornada, y me pongo en camino antes de que se me haga más tarde.

La mañana tiene un frescor agradable capaz de despertar con dulzura a cualquiera. La luz todavía es tenue, aunque el cielo está completamente despejado. Es posible que el resto del día siga tan apacible como ahora, pero, como ya he dicho, no confío en la meteorología japonesa.

«¡Me da mucho miedo caerme!». Mi memoria viaja a un recuerdo de cuando tenía apenas cinco o seis años, quizá siete. Era un día de primavera como este. Hotaru iba montada en la bandeja trasera de mi bicicleta roja, aferrada a mi camiseta de rayas marineras. Se quejaba con la voz temblorosa mientras mantenía los ojos cerrados.

—¡Qué tonta eres, Ho-chan! —exclamé antes de reírme a carcajadas.

—No soy tonta, es que no quiero caerme y hacerme daño. Vas muy rápido —volvió a quejarse, pero, esta vez, enfadada.

—Pues aprende a ir en bici.

—¡Eso haré!

Y eso hizo. Al día siguiente, llegó a la entrada del bosque con unos pantalones marrones y un casco que le venía grande. Yo no pude hacer otra cosa que no fuese burlarme de su aspecto con la impertinencia de un niño pequeño, aunque le dio igual.

«¡Enséñame!», ordenó ella sin rodeos ni un simple «por favor». La invité a que se sentara como siempre en la bandeja desoyendo su orden, pero ella se negó. Entonces, se colocó frente la bicicleta y me sujetó el manillar con todas las fuerzas que tenía, es decir, pocas. No obstante, cedí y no porque fuese mi única amiga, sino porque estaba maravillado por su ímpetu y tenacidad. No la vi llorar ninguna de las veces que se cayó esa semana.

—¿Llevas la comida?

Escucho no muy lejos de mi posición la voz de una mujer que ya había oído antes. Miro hacia la izquierda y me detengo en seco frente a una fachada de madera. Levanto los ojos y vuelvo a leer en voz baja el letrero azul claro con letras blancas. «Haru», recito lentamente. Está escrito en *hiragana*,[38] un detalle que llama mi atención. Me bajo de la bicicleta y retrocedo un par de pasos con cuidado de no ser visto. A continuación, me asomo al callejón que hay entre la pastelería y la tienda de los señores Chiba.

La señora Matsuda y su madre se están despidiendo de Natsuo. La primera está apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, mirando hacia el interior de la casa. No sé qué hace, pero su imagen ya es lo suficientemente atractiva como para acaparar mis sentidos. Su belleza no es lo que me más cautiva, aunque podría serlo, sino el conjunto: su cuerpo, su postura, sus gestos, su voz, la forma en la que se dirige a su hijo… Además, la naturalidad que desprende me resulta familiar. Creo que en ese aspecto me recuerda a Naoko; sin embargo, hay uno de sus rasgos que no consigo quitarme de la cabeza desde el día en que la conocí y que también

juraría haber visto en alguna otra parte: sus ojos, grandes, almendrados y brillantes.

Su falda de color malva ondea con la brisa de la mañana, que juguetea de forma infantil por la callejuela dejando ver unas pantorrillas largas, torneadas y blancas. Se ajusta al cuerpo la chaqueta de hilo que lleva, a la vez que intenta sofocar un bostezo con la mano.

—¿Y el inhalador? —pregunta antes de que su hijo pise la calle. Solo alcanzo a ver el pie del chaval durante una milésima de segundo.

—Si no la tuvieses pegada al cuello, un día perderías la cabeza —comenta la señora Ikeda sonriendo con diversión. Seguidamente, suspira—. Es como su padre…

Su hija no responde. Creo que esboza una pequeña sonrisa, pero no estoy seguro de ello. Debería haber tenido las gafas más a mano, aunque espiar a una familia no entraba en mis planes.

—¿Ahora lo llevas todo? Pues venga, que se te hace tarde —comprueba la señora Matsuda antes de dejar salir a su hijo.

—No voy a pasar por ahí, *okāsan* —oigo a Natsuo, pero continúo sin verlo.

—¿Pretendes salir por el horno? —bromea ella.

—Tampoco, pero sé lo que vas a hacer.

—Natsu, por favor. Tengo entendido que ya eres todo un hombre.

Tsubaki se aparta y deja pasar al adolescente, aunque, antes de alejarse de la puerta lo abraza por la espalda con fuerza, como si ella fuese un koala y él una rama de eucalipto. El chico se remueve con las mejillas rojas mientras llama a su madre «mentirosa»; sin

embargo, por el tono que utiliza, no se lo puede tomar como un insulto. No puedo evitar sonreír ante esa escena.

Nunca había visto nada igual, excepto cuando estuve una temporada en Nueva York. De camino a la universidad, había un colegio de primaria. Cada mañana, veía cómo las madres se despedían efusivamente de sus hijos en la puerta y no se iban de allí hasta que no se aseguraban de que habían entrado. Al principio, esas muestras de afecto me chocaban. Mi madre nunca ha sido tan cariñosa en público, ni siquiera cuando yo era pequeño, para eso estaba mi padre. Sus mimos han permanecido en mi memoria sin desvanecerse, por mucho tiempo que haya pasado ya desde la última vez que puede gozar de ellos.

Poco a poco, fui acostumbrándome a ver tanto amor maternofilial, inocente y sincero, hasta el punto de envidiar a esos niños americanos que agitaban sus diminutas manos antes de irse corriendo a clase, cargando sus mochilas de colores, hasta que volviesen a por ellos por la tarde. Me quedaba mirándolos. Anhelaba un poco de esa calidez y esa seguridad que les transmitían con tan solo un abrazo. Incluso me llegaba a preguntar cómo podía ser capaz de echar de menos algo que para mí suponía un hecho completamente desconocido.

El cielo se ha convertido en una masa compacta de color azul oscuro a eso del mediodía. No ha llovido todavía, pero solo hay que esperar un poco más para que eso ocurra. Estoy ya en la consulta. Al final, las visitas domiciliarias me han llevado menos tiempo de lo que pensaba. Aiko prepara té mientras yo examino las carpetas con los

historiales clínicos de los alumnos del instituto de secundaria al que hemos estado yendo estos días para realizar las revisiones médicas de primavera. Salvo por una docena de chicos que sufren algún tipo de alergia para la que ya tienen tratamiento, la mayoría están muy sanos. No hay de qué preocuparse hasta la próxima revisión.

Guardo los historiales en un archivador para trasladarlos de nuevo a la escuela, menos el de Natsuo, que lo dejo sobre el escritorio. Resoplo con desesperación mientras lo releo una y otra vez. Voy de sus datos a su fotografía, como si esperase que esta cobrara vida y me contase con sus propias palabras lo que le sucede. No obstante, lo único que puedo sacar en claro es que dentro de poco será su cumpleaños. De pronto, oigo a Aiko y a mi madre hablar.

—Señora Hayashi, déjeme ayudarla.

Acaba de llegar de su visita a casa de la señora Futaba. Cada dos semanas, más o menos, se pasa por allí y se queda toda la tarde con ella. Luego, vuelve con una cesta llena de verduras de su huerto.

—Gracias, Ai-chan. Eres adorable —responde antes de entrar en la consulta—. ¿Ya estás aquí? —pregunta al verme. Asiento sin despegar los ojos de los papeles—. ¿Qué tal han ido las visitas? ¿Bien?

—Sí. Todo en orden. ¿Y tu visita?

—También ha ido bien, pero estoy muy cansada.

En ese momento, Aiko entra con una bandeja sobre la cual reposan dos humeantes tazas de té. Ambos le agradecemos el gesto con amabilidad y dejamos que se marche sin decirle nada más.

—¡Qué encantadora es!, ¿verdad? —comenta mi madre. Vuelvo a mover la cabeza verticalmente como respuesta—. La señora Futaba

me ha explicado que su hijo, el que está viviendo en Hokkaidō, se va a casar. ¿No era de tu edad?

—¿Adónde quieres llegar? —interrumpo su discurso, apartando la vista de mi trabajo para mirarla a los ojos. Ella traga saliva.

—¿A qué esperas para casarte con Aiko?

Resoplo al escucharla.

—Seiya, sé que tú has estado mucho tiempo en el extranjero y allí no sé cómo funcionarán las relaciones, pero esto es Japón.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? No voy a consentir que el nombre de mi familia esté en boca de nadie. Y esa chica ya es de mi familia.

Se sienta con indignación en la silla que hay frente a mí. Acto seguido, suspira afligida, aunque no me inmuto. La conozco demasiado. Solo quiere hacerme sentir culpable.

—Ni te imaginas lo que dicen de la pobre… —continúa hablando, aunque no le presto atención—. Que está perdiendo el tiempo, que nadie la querrá después de los veinticinco, ni siquiera tú.

Sigo callado.

—Y también hablan de mí.

—¿De ti? ¿Por qué?

—Pues ¿por qué va a ser? Porque soy tu madre. Sin ir más lejos, la señora Futaba, que ahí donde la ves no puedes fiarte de ella, me ha dejado caer esta misma tarde que la culpa de que no pienses en casarte de inmediato ni en tener hijos es mía por dejar que te marcharas al extranjero —alza la voz con enojo. Se me agota la paciencia por momentos—. Todos los que os vais perdéis el norte. Os olvidáis de vuestros deberes para con el país, de lo que hay que

hacer en la vida para ser alguien de provecho. Yo no sé cómo será en América ni en Europa, pero, hijo, aquí…

—*Okāsan*, deberías cambiar de amigas.

—¡Eres un impertinente! —Da un manotazo en la mesa.

Se levanta de forma impetuosa, con la espalda recta y el ceño fruncido. No le doy importancia. Sé que solo es un arrebato victimista de los que tiene cada vez que quiere atención. Sin embargo, algo me extraña. Ha enmudecido de repente. Está de pie, inmóvil, dejando que el silencio invada la sala.

Alzo la mirada lentamente hasta encontrarme con su rostro. Está pálido y rígido. Sus facciones, redondeadas a pesar de la edad, se han convertido en aristas del tono de la ceniza, la compañía idónea para unos ojos sombríos, con las pupilas fijas en el tablero del escritorio, lleno de mis papeles de médico.

—*Okāsan*… —murmuro, tocándole el hombro.

Al sentir mi mano sobre ella, se desploma en la silla. Llamo a Aiko con urgencia para que me traiga una toalla húmeda. De pronto, comienza a llover. Ya he dicho que llovería.

9

El frío del invierno parece haber vuelto a las montañas, aquellas que permanecen cubiertas por la niebla de la mañana. Las flores no se han abierto y la vivacidad de los campos se ha difuminado hasta convertirse en una gruesa línea de un blanco verdoso y espeso. Ese color me recuerda al del *daifuku* de té matcha que reposa sobre el plato rosa que hay frente a la señora Matsuda. Conecto ambas imágenes sin motivo, de forma inconsciente e irremediable, como si guardasen una correlación o algún vínculo secreto que desconozco, pero que intuyo.

Mira el dulce. Lo examina escrupulosamente, revisando los infinitos lados de esa esfera casi perfecta. Luego, sonríe con recelo y lo parte con un pequeño cuchillo de madera. Contempla el relleno en silencio. No me atrevo a hablar. Observo anonadado esa especie de ritual poniendo todos los sentidos para no perderme ni el más mínimo movimiento.

—Lo que me temía —comenta al fin tras probar el primer trozo—. Es artificial.

—¿Cómo lo sabe? —pregunto con curiosidad.

—Por muchas cosas. Por ejemplo, la forma es demasiado esférica, la textura de la masa no es la que debería tener… ¿Ve? —Me lo muestra acercándolo a un palmo de mi cara. Parpadeo sorprendido

—. Cuando se parte, algo que en este caso es más fácil de hacer con las manos, el corte queda sucio, como roto —señala—. Se asemeja más a una nube o cualquier otra golosina similar que a un pastelillo de arroz. Y, en lo referente al sabor, es demasiado empalagoso. La repostería tradicional japonesa no abusa tanto del azúcar refinado.

Escucho su explicación como si estuviera asistiendo a la conferencia del médico más prestigioso del universo. Describe a la perfección, sin términos demasiado especializados que le diesen un aire pedante a su discurso ni cayendo en vaguedades, cómo debería ser algo tan simple y trivial como un *daifuku*. Sus palabras y la forma como las pronuncia me indican que es una mujer realmente inteligente y elocuente, aunque todavía no logro darle la suficiente confianza como para que, delante de mí, se muestre conforme es.

Está tensa. El único sonido que se escucha entre nosotros tras esa mínima interacción es el de las conversaciones de los otros clientes que hay en la cafetería. Continúa masticando, con la mirada perdida en el plato o en el fondo de su taza de té. No sé de qué hablarle. Tampoco sé cómo disculparme por haber sido tan insensible con el tema de su marido, aunque ¿cómo podría haberlo sabido? También es comprensible que no se sienta cómoda. Solo ha aceptado esta invitación porque no tenía más remedio. En cierta manera, podríamos decir que soy su único medio de transporte para volver al pueblo.

Una fina capa de lluvia caía sobre el capó de mi coche sin hacer apenas ruido. No me gusta conducir con este tiempo. Prefiero una buena tormenta a la mezcla resbaladiza que producen el calabobos y

el relente matutino cuando se juntan. Con las tormentas sabes a lo que atenerte. Sin embargo, no podía posponer este viaje por más tiempo. Debía ir a la ciudad a por unos medicamentos y utensilios para la consulta. Además, quería aprovechar para buscar algún regalo para el cumpleaños de Natsuo. En las últimas semanas, me ha estado ayudando mucho tanto en mi investigación como con el papeleo y la burocracia médica. «Así voy aprendiendo», suele decirme con una amplia sonrisa cada vez que me disculpo por lo tedioso que resulta pasar a la base de datos los historiales médicos de los pacientes o rebuscar informes.

Repentinamente, alcancé a ver la silueta de una vieja furgoneta de color azul en la cuneta. Había descarrilado. Por cosas así, siempre he creído que esta falsa lluvia puede resultar mortal. Aminoré y detuve el coche tras adelantarla. A continuación, me bajé para comprobar si alguno de los ocupantes necesitaba ayuda. «No sé nada de mecánica, pero soy médico», me dije conforme me acercaba. Entonces, me encontré allí a la señora Matsuda, comprobando si los paquetes que llevaba en la parte trasera habían sufrido algún percance.

—La grúa ya ha trasladado su furgoneta al pueblo —comento, volviendo al presente y rompiendo el silencio que hay entre nosotros. Ella sigue comiendo. Luego, asiente.

—Gracias.

—¿Sus pasteles han llegado a tiempo? —pregunto. Consigo la misma respuesta muda por su parte—. Me alegro. Habría sido una

pena que sus clientes no hubieran podido disfrutar de unos dulces tan deliciosos.

—Señor Hayashi —me interrumpe antes de aclararse la garganta. Parece ruborizada—. Lamento mi comportamiento del otro día. Fue muy descortés por mi parte. —Agacha la cabeza. Casi roza la madera de la mesa con el ápice de la nariz.

—Quien debe disculparse soy yo, señora Matsuda —replico y la dejo perpleja. El tamaño de sus ojos me intimida y me cautiva a partes iguales—. Tuve muy poco tacto. Desconocía por completo que usted fuese viuda. Es… —titubeo— tan joven.

—Eso dice la gente —responde desanimada—. Soy demasiado joven para ser viuda, soy demasiado joven para tener un hijo adolescente…

—Bueno, según mi madre, la gente dice que soy demasiado viejo para no haberme casado todavía.

Bromeo con la intención de quitarle gravedad al tono de la conversación y hacerla sonreír, aunque es inútil. Continúa impasible, con la cabeza gacha y manteniendo las distancias.

—Pienso que cada uno gestiona su tiempo como cree conveniente, ¿no? —prosigo. Finalmente, arquea los labios de forma tímida y asiente—. Lo importante es que estemos satisfechos y contentos por todo lo que hemos logrado gracias a nuestras propias decisiones y nuestro trabajo. Usted, por ejemplo, ha conseguido formar una familia, tener su propio negocio y criar a un chico formidable. ¡Qué más dará la edad!

—¿De verdad cree que he criado bien a mi hijo?

Su pregunta me pilla desprevenido. No me la esperaba. Levanta la mirada y me doy cuenta del titileo de sus pupilas, más brillantes que

nunca por la humedad que se intuye en su cristalino y sus lagrimales. De pronto, las palabras de la señora Ikeda vuelven a mi memoria con tanta rapidez que noto como si una ráfaga de aire frío chocara con mi piel. «Natsuo es lo más importante que tiene en la vida. Lo único importante, diría yo», escucho entre el murmullo de la gente y el ruido de la cafetera y del desorden de vasos y tazas. Sonrío con amplitud y muevo mi cabeza de forma efusiva y entusiasta. Siento la necesidad de hacerla sentir bien.

—Es un chico muy trabajador e inteligente. Además, su actitud ante la vida es muy reconfortante: es superrisueño, no se queja por nada, trata a todo el mundo con amabilidad y educación… Es cierto que a veces parece que está en las nubes, pero sus virtudes son tantas que incluso hacen que cualquier defecto se convierta en algo bueno.

—Es una persona muy especial, sí —añade y me dedica una sonrisa de ternura que en realidad va dirigida a su hijo.

—Lo es —contesto. Le doy un sorbo al café. Está templado—. No quiero quitarle el mérito con lo que voy a decirle, pero, desde que trabajo con su hijo, siento curiosidad por su marido. ¿Natsuo se parece mucho a su padre?

La señora Matsuda vuelve a apagarse. No hay ni un atisbo de tristeza ni de nostalgia en su cuerpo; aun así, sé que se ha apagado. Respira profundamente mientras se humedece los labios con la punta de la lengua. A continuación, clava sus pupilas en las mías con decisión. Vuelvo a sentirme intimidado y fascinado a la vez. Eso es lo que despierta en mí: una contradicción que puede convertirse en adictiva si te expones a ella durante cierto tiempo.

—Son dos gotas de agua tanto por fuera como por dentro.

Sus palabras se almacenan directamente en mi cerebro de manera inconsciente y sin pasar por ningún filtro que pudiese desencadenar en mí algo que no fuese darle otro sorbo a mi bebida. El café ya está frío, por cierto.

Pido la cuenta y nos volvemos al pueblo acompañados del mismo silencio que ha imperado entre nosotros en la ida. Definitivamente, creo que no le caigo bien a la señora Matsuda.

10

Hoy hace un día estupendo. A pesar de que las temperaturas todavía no han remontado completamente tras su desplome, vuelve a estar tan soleado como hace unas semanas, pero creo que esta vez no se pondrá a llover. El sol de ayer no anticipaba tormenta, al menos.

He decidido salir con Natsuo a la montaña para coger algunas hierbas medicinales, una excursión que ha molestado sobremanera a mi madre. La verdad es que lleva unos días que reclama mi atención más de lo normal. Pensé que eso era algo imposible, pero esa palabra no figura en su vocabulario. En la última semana, ha engrosado la lista de enfermedades descubiertas por el hombre con más de quince dolencias nuevas que van desde algo parecido al reuma hasta una especie de nuevo virus estomacal que solo ha padecido ella. Cuando le he dicho que me iba, ha comenzado a quejarse de un dolor en el apéndice, ese que ya no tiene.

—Tómate un poco de sopa de miso y descansa—le he recomendado mientras preparaba mi mochila con el material necesario.

Por lo que he visto en mis paseos, el monte está lleno de eucalipto, madreselva japonesa, ginkgo y otras plantas que me pueden ser muy útiles para preparar algunos remedios caseros que funcionan mejor que muchos medicamentos químicos. También he

encontrado varias matas de *dokudami*,[39] pero no florecerán hasta dentro de un par de meses.

Mis visitas al bosque han incrementado desde que hallé un pequeño cuaderno que solía llevar conmigo cuando era un adolescente. En él, describía todas las plantas que iba encontrando: venenosas, medicinales o, simplemente, aquellas que me parecían extrañas… Después, buscaba información en la biblioteca del instituto. Pensé que, con la mudanza, lo había perdido, pero no. Se quedó aquí, esperando mi regreso. Al parecer, sabía que volvería.

—¿Me pasas las tijeras, Natsuo? Creo que las he puesto en el bolsillo derecho de mi mochila.

—Doctor Hayashi —me llama. Yo me giro para atenderle—, eso de ahí es *ashitaba*,[40] ¿verdad?

Saco el viejo cuaderno y rebusco entre sus páginas. Natsuo me lleva ventaja en el reconocimiento de plantas. Según él, es gracias a su abuela y al club de jardinería. «Mi abuela, además de para el *ikebana*, usa todo tipo de plantas en su día a día. Mi padre la llamaba la Boticaria», me dijo la primera vez que le pregunté cómo sabía tanto de fitoterapia. Es una caja de sorpresas. Cada día que paso con él, descubro algo que me deja completamente boquiabierto. Sus visitas son las esquirlas de vitalidad necesarias para poder sobrellevar los monótonos silencios de mi nueva vida.

—¡Vaya! Dibuja francamente bien —exclama al asomarse para comprobar si lleva razón.

—¿Yo? No —me río—. Las ilustraciones me las hizo una amiga. En realidad, esta libreta era de los dos: yo escribía y ella dibujaba.

Hotaru era toda una artista. Su creatividad no tenía fin. A veces, cuando veníamos a la montaña, lo único que hacía era dibujar

mientras canturreaba cualquier cosa. En algunas ocasiones, conocía las melodías y me unía a ella; pero, en la mayoría de los casos, se las inventaba. Me quedaba mirándola embobado, tratando de adivinar aquello que se le pasaba por la cabeza, que la tenía tan concentrada. Sus manos se movían grácilmente, agarrando el lápiz con soltura, a la vez que su voz se perdía con el canto de los pájaros. Luego, cuando se daba cuenta de que la observaba, se escondía detrás de su bloc de dibujo y murmuraba que no la mirase, que iba a gastarle la cara.

—A mí tampoco se me da bien dibujar —confiesa Natsuo y me saca de mis recuerdos—. Me da vergüenza decirlo, pero mi madre siempre ha tenido que ayudarme en los trabajos que requerían una mínima capacidad artística. —Sus carcajadas resuenan entre los troncos del camino.

—¿Dibuja bien?

—Sí, tan bien como su amiga. Tiene un libro de recetas de todos los pasteles que ha ido haciendo con dibujos suyos. En cuanto te pones a hojearlo, se te cae la baba.

Continuamos por el sendero que lleva hasta la casa de los señores Takahashi. De vez en cuando, me escapo del pueblo para ir a visitarlos y comprobar cómo se encuentran. Siento un gran afecto por ese matrimonio. A lo mejor es porque los considero los únicos testigos que quedan de mi vida junto a Hotaru. Para ellos y para mí, ella existió. Para el resto del mundo, es un simple fantasma de mi imaginación.

Llegamos y, antes de anunciarnos, oímos una voz femenina, ajada por el tiempo, regañando a alguien por haber llenado de barro la entrada y parte de la sala de estar. La energía de la señora

Takahashi es arrolladora a pesar de su edad, tanto que varios pájaros han salido volando al escuchar los gritos que da a su marido. Ante esa escena, lo único que podemos hacer es reírnos sin ocasionar mucho ruido antes de que se den cuenta de que estamos esperando frente a la puerta.

Nos ofrecen un té y unas galletas de jengibre que acaba de elaborar la señora Takahashi. Aún guardan el calor del horno, al igual que las mejillas de la mujer, aunque el ardor de estas se debe al bochorno que ha sentido cuando se ha enterado de que hemos presenciado toda la pelea matrimonial.

—Discúlpeme, doctor, pero a veces me creo que estoy cuidando de un niño con arrugas y una pierde el control —se justifica mientras nos sirve. El marido, en cambio, la ignora.

Me bebo la infusión casi de un trago sin esperar a que se enfríe para intentar retomar la seriedad y, después, le hago una pequeña exploración al señor Takahashi sentados en el *engawa* de su casa. Natsuo me mira con detenimiento mientras mastica las galletas sin emitir apenas ruido. La señora Takahashi me explica que la tos le ha mejorado mucho, pero que aún ronca demasiado. No puedo evitar sonreír. ¿Cómo le digo que eso no va a cambiar?

—¿Te has quedado con hambre? Aquí tienes más. —La anciana le trae otro plato de galletas al adolescente. Este sonríe con amabilidad mientras agita las manos de un lado a otro—. Entonces, te las pondré para llevar.

—No hace falta, señora Takahashi. Estoy lleno —insiste Natsuo.

—¡Claro que hace falta! Estás muy delgado para lo alto que eres —masculla rumbo a la cocina, con las manos en las lumbares.

—¿Es su hijo? —me pregunta el señor Takahashi.

—No —sonrío—. Es mi aprendiz.

—Pues tienen un aire, excepto por los ojos. —Observa el hombre acercándose a Natsuo—. ¿De dónde vienes, chico?

—De Osaka, señor —responde tímidamente.

—Mi marido se refiere a quién es tu familia —aclara su esposa, uniéndose a la conversación. A continuación, le da a mi ayudante una pequeña caja envuelta con un pañuelo verde—. Las galletas.

—Soy nieto de la señora Ikeda.

—Es raro. No tienes nombre de flor —bromea el señor Takahashi, lo que nos hace reír al chico y mí, aunque a su mujer le parece una falta de respeto. Le propina un pequeño golpe en el brazo para que se calle—. ¡Ay! ¡Minako-chan! —Se queja—. Y ¿por parte de quién? ¿De Aya-chan? ¿O de Tsuba-chan?

—De Tsuba-chan, aunque no la llame así en su presencia. Lo odia —dice ruborizado a la vez que se le escapa una risilla confidente.

—Es una buena muchacha, además de ser bellísima y trabajadora. Cuídala bien, no sea que algún cafre quiera aprovecharse de ella —comenta el anciano con la aprobación de su esposa.

Los escucho con atención para no perderme ningún detalle, por muy trivial que sea. Seguramente, antes de haber conocido a Natsuo y a la señora Matsuda, no me habría interesado saber nada de nadie. Nunca me ha gustado meterme en las vidas ajenas. Sin embargo, mi trato con el chico me ha hecho desarrollar un fuerte sentimiento de responsabilidad y protección hacia él y, por consiguiente, hacia toda su familia.

El sol ha empezado a tomar un color anaranjado que indica que pronto se pondrá. Indico a Natsuo que es mejor que nos vayamos antes de que se haga más tarde y nos quedemos completamente sin luz, así que nos despedimos de la pareja de ancianos con la mochila llena de galletas y otros alimentos de su huerto que nos han regalado en agradecimiento.

Comenzamos a bajar por el sendero a buen ritmo, sin detenernos. Ya tenemos las plantas que necesitábamos. El chico no para de hablar. Me cuenta lo bien que se lo ha pasado con los señores Takahashi y lo divertidos que son, en especial, el hombre. Le asombra que se acordara de su madre y su tía, ya que se fueron del pueblo cuando eran unas adolescentes y su tía, además, no había vuelto a aparecer por allí desde las pasadas Navidades.

Soy incapaz de no sentir afecto por él. Me parece alguien digno de admirar a pesar de su corta edad. Disfruto de su compañía, no me resulta pesada. Por mucho que hable, por mucho que esté callado, no me molesta ni lo más mínimo. Pensé que jamás llegaría a acostumbrarme a vivir con gente; que no iba a soportar mi nueva vida y abandonaría todo y a todos sin pensármelo dos veces. Llevo muchos años viviendo solo, haciendo mi propio camino sin contar con nadie más que no fuese yo mismo. Velaba por mis necesidades y mis deseos únicamente. Tenía mis reglas y mis manías; sin embargo, ahora no concibo la palabra «soledad» como sinónimo de felicidad.

—¿Okāsan?

Pregunto unos pasos más allá de la salida del bosque. De pronto, me encuentro a mi madre allí de pie, en silencio, con los ojos pegados en la frondosidad del camino. Sonrío al verla. Era la última

persona que me esperaba encontrar. Aun así, la noto extraña, mucho más tensa de lo normal.

Su mayor defecto siempre ha sido el vivir por y para las apariencias. Es algo de lo que ya se quejaba mi padre cuando yo era pequeño, aunque no lo entendía a esa edad. Podía ser la persona más encantadora y dulce del universo y, de repente, al encerrarse en casa, se convertía en alguien completamente distinto. No obstante, es mi madre. Mi papel como hijo es perdonarle sus faltas, aunque las reconozca e, incluso, haya veces que vayan en contra de mis principios éticos y mi propia personalidad.

—*Okāsan*, ¿qué haces aquí? —repito.

Ignorándome, mira al adolescente y sonríe con una cordialidad rígida. Está fingiendo. Me sé de memoria los movimientos de sus músculos faciales. Sé cuándo una sonrisa o una de sus muecas son verdaderas o pura cortesía. Seguidamente, inclina la cabeza hacia él y suspira.

—Me sentía muy sola en casa y, al ver que se hacía de noche, he salido a esperarte. Estaba algo preocupada —responde por fin.

—Nos hemos despistado un poco. —Me río—. Voy a acompañar a Natsuo y, luego, iré directamente a casa. Puedes volverte tranquila.

—Natsuo… —musita—. Eres nieto de la señora Ikeda, ¿verdad? —pregunta. Él asiente con respeto—. Que yo sepa, la pastelería no queda muy lejos de aquí. Además, un chico tan alto y fuerte como él seguro que puede ir solo, ¿verdad que sí, *Natsuo-kun*?

Pronuncia su nombre en un tono más agudo de lo normal mostrando una falsa dulzura que me chirría. Algo pasa, aunque no puedo imaginarme el qué. Mi madre es el único ser que todavía no

soy capaz de descifrar por mucho que lo intente. Su mente es un cuerpo opaco que no deja pasar ni el más mínimo rayo de luz.

—Por supuesto, señora Hayashi —responde, ruborizándose de la vergüenza mientras el rostro de mi madre se congela en una amplia sonrisa. Por un segundo, su cara parece haberse convertido en una máscara de *kitsune*[41] y Natsuo es el inocente aldeano, víctima de su engaño.

El adolescente se aleja derrochando alegría con cada paso que da. A pesar de que el día está a punto de acabar, continúa transmitiendo la misma simpatía y energía que cuando lo vi esa misma mañana. Sonrío levemente sin quitarle la vista de encima. Lo vigilo hasta que su silueta se pierde en el horizonte.

—Por lo que veo, otra enfermedad que has heredado de tu padre es la de preocuparte más por los demás que por los tuyos —comenta ella y borra cualquier señal de felicidad de mis facciones.

—¿Disculpa? ¡Soy médico, *okāsan*! —contesto sin salir de mi asombro.

—Si tanto quieres tener a alguien en el que proyectarte, deberías centrarte más en crear tu propia familia y dejar de ocuparte de todos los huérfanos que aparezcan por la puerta. Esto no es un hospicio.

Las palabras de mi madre se me clavan en lo más profundo de mi ser. Siento unas punzadas en el pecho y en la boca del estómago, pero no consiguen debilitarme. Al contrario. Noto cómo un ardor me sube desde la parte baja de la espalda hasta la cabeza. La miro. Ella se muestra impasible. Su mirada, sus gestos, su cuerpo, su actitud… Toda ella carece del más mínimo rastro de compasión y de humanidad.

—¿Cómo puedes decir algo tan repugnante? —Mi voz se vuelve oscura.

Ha sido una de las pocas veces que me he dirigido a ella en ese tono, sin ningún tipo de respeto, haciéndole frente. Aun así, no le ha afectado. Es un bloque de hielo incapaz de albergar sentimiento alguno. Resopla y me vuelve la cara. Está tensa y recta. Su nuca, completamente blanca, mantiene su cabeza erguida y orgullosa.

—¿De verdad crees que podrás salvarlo cuando no has sido capaz ni de salvarte a ti mismo, Seiya? —Suspira—. Creo que volver a este pueblo al final ha sido una idea espantosa. Solo estamos perdiendo el tiempo y el dinero.

Al igual que con la mordedura de una serpiente, percibo cómo el veneno que acaba de inyectarme con sus comentarios viaja por mi torrente sanguíneo hasta que consigue paralizarme. No soy capaz de reaccionar, pero jamás me habría imaginado tal discurso de mi propia madre. Sin embargo, tiene razón. En todos estos años, a pesar de mis esfuerzos, no me he ayudado en nada. ¿Qué pretendo hacer con este pobre chico? ¿Redimirme? ¿Engordar un ego quebrantado por una carrera marcada por el fracaso? No tengo respuesta a ninguna de las dudas que me acechan.

Mi madre, por el contrario, permanece de manera estoica ante mí. Se toca ligeramente la barbilla para comprobar si el sofoco le ha dañado el maquillaje lo más mínimo. Después, respira y comienza a andar hacia casa. Ya no me necesita para volver.

11

Ya hace rato que el sol ha dejado de brillar. La oscuridad de la noche se difumina tras el resplandor de las luces de las calles, que, a pesar de ser mucho más tenue que el de las farolas de cualquier callejón de Tokio, dificulta poder disfrutar del cielo estrellado que ha dejado la corta tormenta de esta tarde. Las ventanas de las casas comienzan a iluminarse y me sirven de guía en las travesías más lúgubres y estrechas, aquellas que suelo coger para atajar.

Estoy solo. Los únicos sonidos que me hacen compañía son la vibración del manillar de mi bicicleta y los ecos de las voces de los vecinos preparándose para acabar su día. Oigo platos, agua, ruidos de cocinas y niños que se niegan a bañarse antes de irse a la cama. Los perros se comunican entre ellos con ladridos y aullidos, mientras que los gatos prefieren corretear por los muros y las vallas para gozar de la tranquilidad y la clandestinidad de la vida sin personas. Para ellos el día empieza ahora. Para mí, en cambio, cada pedaleo se me hace más pesado que el anterior.

La jornada ha sido dura a pesar de ser sábado. Se suponía que hoy solo trabajaba hasta mediodía, pero he tenido que salir a atender una urgencia a media tarde que me ha llevado más esfuerzo y tiempo de los que me imaginaba. Lo que se suponía que solo era una falsa alarma ha sido un parto que se ha adelantado dos

semanas y que he tenido que asistir antes de que llegara la ambulancia del hospital más cercano. Debo reconocer que ha sido una de las experiencias más reconfortantes que he vivido. Cada vez que pienso que he ayudado a alguien a traer al mundo a su propio hijo se me eriza la piel y una nube de satisfacción me embarga todo el cuerpo. El ser humano es una criatura misteriosamente maravillosa tan capaz de crear la más absoluta de las bellezas como de destruirla con un simple gesto.

Aparco la bici al lado de la entrada lateral de mi casa y abro la puerta esperando escuchar el saludo de mi madre como cada noche, pero no es así. «*Tadaima*», repito alzando más la voz por si no me ha oído, aunque tampoco recibo respuesta alguna. Me descalzo extrañado por el silencio que me rodea hasta que me doy cuenta de una nota que hay sobre el mueble zapatero. «He ido a visitar a los Tanaka. Pasaré la noche allí para que no tengas que preocuparte de venir a recogerme cuando llegues», leo para mí mismo.

Camino hacia la sala de estar deshaciéndome de la bata y de la camisa. Ambas tienen manchas de sudor y sangre que creo que ya no podré quitar por mucho que las deje en remojo, pues se han secado y han calado entre las fibras de la tela. Suspiro mientras froto con fuerza bajo un chorro de agua helada del grifo de la cocina para intentar atenuar lo máximo posible la suciedad y facilitarle el trabajo a mi madre. Algo que detesta profundamente de mi trabajo es que tenga que estar en contacto constante con gérmenes y demás fluidos corporales de otras personas que pudieran contaminarle su colada impoluta.

De pronto, escucho un ruido procedente del piso superior. Las maderas crujen cediendo a lo que parecen ser los pasos de alguien.

Ya comienzo a distinguir cuándo se trata de la dilatación y contracción por cambios de temperatura o por el peso de una persona. También cabe la remota posibilidad de que sea un espíritu manifestándose, pero estos suelen ser incorpóreos. Además, tengo entendido que les gusta más jugar cambiando de sitio las cosas, apagando y encendiendo las luces o haciendo volar el menaje del hogar para asustar a los mortales.

Subo con cautela hasta la segunda planta intentando provocar el menor ruido posible. Si han entrado ladrones, no quiero darles tiempo a huir. A continuación, me fijo en la puerta de mi habitación. Veo un hilo de luz escapándose por la ranura inferior, invitándome a desvelar el misterio que se esconde tras ella, así que corro una de sus hojas olvidándome por un segundo de que alguien puede saltar sobre mí y llegar, incluso, a matarme.

—Seiya, *okaeri*…[42]

Aiko me espera sentada en el suelo, ataviada con un kimono azul oscuro con detalles granates y sin ningún *obi*[43] para atarlo. No sé cómo reaccionar ante su presencia allí y menos vestida de esa forma, guardando una actitud de completa sumisión ante mí. Mantiene los ojos clavados en el entramado del tatami del cuarto. Las manos, algo temblorosas, reposan en el regazo, una sobre otra, uniendo las puntas de los dedos de forma perfectamente simétrica. La espalda, recta y elegante, se inclina ante mí esperando a que le diga algo que la libere de esa postura que ni me imagino cuánto tiempo llevará guardando.

Me relamo los labios saliendo de la estupefacción y me aclaro la voz.

—Aiko, ¿qué…? ¿Qué haces aquí? —tartamudeo nervioso.

Ella levanta ligeramente la mirada y la retira veloz de mi cuerpo. Sus mejillas han tomado un color rojo brillante que hace resaltar todavía más el tono de su atuendo.

—Perdón —me disculpo avergonzado—. He tenido que salir por una urgencia y mi camisa estaba hecha un asco…

Corro hacia el armario para coger una camiseta y dejar de incomodarla. El impacto que me ha causado verla allí me había hecho olvidar por completo que estaba semidesnudo. Sin embargo, ella me detiene sorprendiéndome una vez más.

—No hace falta —dice aparentando una seguridad y una templanza que contradicen la tensión que intuí en sus dedos unos segundos antes. Entonces, me giro confuso.

Como si de una aparición se tratara, me encuentro a Aiko de pie y desnuda ante mí. Su pequeño cuerpo permanece inmóvil sin saber cómo comportarse o cuál es el siguiente paso, aunque tiene claro su fin: que hagamos el amor. La observo atónito, incapaz de articular palabra ni de hacer cualquier movimiento, porque yo tampoco sé cómo reaccionar ante esa situación. Sus ojos siguen perdidos en el tatami, mientras que su piel, completamente impoluta, comienza a erizarse, aunque no sé si es por el frío o por el temor que intenta esconder desde que he entrado.

—Estoy preparada —murmura forzando la voz.

De repente, lo entiendo todo.

Me acerco a ella y, acto seguido, me agacho a recoger la tela arrugada de sus pies. Le cubro los hombros con cuidado consiguiendo que por fin me mire durante algo más que unos segundos fugaces. Las pupilas le titilan inundándose poco a poco de unas lágrimas de desconcierto e inseguridad. No comprende qué

está sucediendo, por qué la estoy rechazando; sin embargo, me veo incapaz de tomar algo por la fuerza simplemente porque lo hayan decidido dos personas que ni siquiera están en esta habitación.

Antes de romper el silencio, la abrazo con fuerza para que entre en calor, aunque el verdadero motivo que me impulsa a hacerlo es intentar devolverle aquello de lo que se ha tenido que despojar para lo que acaba de hacer: su voluntad. Entonces, hunde la cabeza en mi pecho y comienza a llorar como una niña pequeña. Se estremece entre mis brazos, convulsionando por el fuerte llanto que ha silenciado la tranquilidad del cuarto y que soy incapaz de sosegar, aunque tampoco quiero. La verdad es que lo único que deseo en este momento es que se libere de toda la carga que lleva en su interior desde que la conozco a pesar de que sea de esta forma. Poso los labios en su coronilla y cierro los ojos.

Estoy aparcado frente a la casa de los Tanaka. He venido a traer a Aiko y a recoger a mi madre. Le pregunto si está segura de que lo lleva todo antes de que se baje. Ella asiente sonriente, comprobando su bolsa de mano.

—¿Estás seguro de que no quieres entrar?

—No —respondo serio, aunque cambio mi expresión casi al instante para no hacerla sentir mal—. Solo dile a mi madre que salga.

Despido a Aiko con un beso y me quedo en el coche mirando cómo se aleja por el retrovisor. Luego, suspiro. Estoy agotado psicológicamente. Noto que la cabeza me va a explotar de un momento a otro y no sé cuánto tiempo más podré aguantar esta

situación. «No se merece esto —me digo a mí mismo con los ojos perdidos en la nada—. Nadie lo merece».

De repente, la puerta del copiloto se abre de nuevo. Mi madre me saluda con una voz que solo empeora mi fatiga y carga todavía más mi hastío. Arranco sin dirigirle palabra alguna, ni siquiera un simple saludo, solo quiero alejarme de allí lo antes posible.

Habla sin parar de su fin de semana con los señores Tanaka. Siempre los ha puesto por las nubes solamente por tener un poder adquisitivo más que suficiente para que ella los considere como gente respetable. No obstante, su fascinación por ellos, en especial por la señora Tanaka, ha aumentado de manera exponencial en un abrir y cerrar de ojos, llegando a ser casi enfermiza. Su relación con ella está suponiendo un problema para mis nervios.

—¿Y qué tal Aiko y tú anoche? Soy tu madre, pero sabes que puedes confiar en mí.

Freno en seco al escuchar su pregunta sin ningún tipo de reparo. Mi madre comienza a quejarse del golpe del cinturón y de esa temeridad que acabo de cometer sin ningún motivo aparente. Me llama loco, me dice que tengo que estar más atento a la carretera, que estoy siempre en las nubes, que algún día tendré algo más que un susto. Yo, en cambio, mantengo la mirada fija en la carretera, sin hacer ningún gesto que deje ver en mi rostro lo que siento por dentro, aunque no puedo evitar apretar el volante cada vez más fuerte.

—Basta —la interrumpo sin perder la calma.

Por fin se calla. Continúo sin establecer contacto visual; no obstante, sé que eso la ha pillado por sorpresa. Traga saliva y respira.

—Solo he dicho que debes tener más cuidado.

—No, no lo has entendido. —La miro al fin—. Basta ya de meterte en mi vida, de intentar controlar absolutamente todo lo que hago, cómo lo hago y cuándo lo hago.

—Pero ¿a qué viene eso ahora?

—Lo sabes perfectamente, *okāsan*. —Resoplo—. Mi relación con Aiko solo es nuestra, no un asunto que tengáis que manejar la señora Tanaka y tú. Lo que la habéis obligado a hacer ha sido humillante.

—¿Humillante? —Se ríe con sorna—. Lo único que hemos hecho es salvar vuestra relación. Aiko será muy buena chica, pero me reconocerás que es algo mojigata para ciertas cosas y tú tienes la cabeza en otras… —piensa durante unas milésimas de segundo— … causas perdidas.

—Te lo dejaré claro, *okāsan*: el bienestar y la felicidad de Aiko son unas de mis mayores prioridades en este mundo, y las voy a proteger cueste lo que cueste, incluso si para ello tienes que volverte a Tokio.

Me aguanta la mirada de manera desafiante, aunque no se atreve a decir nada. Su respiración está más agitada de lo normal y aprieta los labios provocándose esas arrugas que tanto detesta.

Vuelvo a arrancar con una sensación de victoria que creo no haber sentido jamás. Toda la tensión que tenía acumulada en el cuello y los hombros se ha esfumado como la niebla con la que se ha despertado la mañana. Los músculos del rostro se me relajan hasta dibujar una diminuta sonrisa involuntaria que me ayuda a canalizar todo el batiburrillo de emociones que estoy experimentando en estos

momentos y que todavía no sé catalogar del todo. Soy un novato en esto.

Llegamos a casa y el silencio sigue acompañándonos hasta que cierro la puerta de entrada y me descalzo en el *genkan*. Me siento en el suelo y estiro los brazos para desentumecerme, dejando con ello escapar un pequeño gruñido. Sin esperarlo, noto que alguien me abraza por la espalda.

—No sabes lo feliz que me hace ver que por fin le das a Aiko su lugar, el que solo ella se merece. Me ha costado tanto que lo vieras… —me susurra mi madre al oído y se va tarareando.

De pronto, los músculos se me vuelven a agarrotar y la sangre se me hiela. Trago saliva mientras clavo los ojos en un horizonte marcado por el listón que separa el vidrio translúcido de los tablones de madera de la puerta. En ese instante, un sentimiento similar al miedo infantil y a la impotencia se apodera de mí. Esa sensación la conozco. Ya la he experimentado antes, pero no recuerdo ni dónde ni cuándo. Entonces, cierro los ojos para intentar encontrar un poco de calma, pero consigo lo contrario. Los oídos se me llenan de su voz repitiéndome una y otra vez, como si fuese una especie de mantra ponzoñoso, «estamos haciendo lo mejor, hazme caso». Esas palabras van bailando ante mí y tomando formas extrañas hasta convertirse en una escena clara y de colores vivos que dormía profundamente en mi interior hasta ahora: soy yo, con dieciocho años, sentado junto a mi madre, abandonando el pueblo en el coche de mis tíos.

Súbitamente, siento una punzada en el pecho que hace que me cueste respirar. Noto cómo los bronquios se me estrechan por segundos mientras busco a tientas mi inhalador. Tras dos

pulsaciones que me van directas a los pulmones, caigo rendido en el suelo y cierro los ojos. En ese instante, me doy cuenta de algo: mi mayor enfermedad siempre se ha llamado Midori Hayashi.

12

—¿Te encuentras bien? A ver, túmbate aquí con cuidado.

—No, no hace falta. Se me pasará enseguida.

—Hazme caso. Túmbate.

Hotaru está pálida, más de lo habitual. Se recuesta en el suelo, en un pequeño lecho de hojas y hierba, mientras le levanto las piernas. Se ha mareado. Creo que ha sido un golpe de calor, y no sería de extrañar. Estamos a finales de julio o principios de agosto, no estoy seguro de ello, solo sé que las temperaturas son sofocantes. Sin embargo, lo verdaderamente agotador e insoportable es la humedad del aire. A veces, respirar incluso supone un reto.

Le flexiono con cuidado las piernas. A continuación, me arrodillo junto a ella. Le aparto los mechones de pelo que le caen sobre la cara y el cuello, y comienzo a soplar suavemente cerca de su nuca para que le entre más aire. Está chorreando sudor frío. Lo más probable es que le haya bajado la tensión por la caminata.

—¿Estás mejor? —pregunto. Ella asiente con los ojos cerrados—. Esto te pasa por no comerte el taiyaki[44] *que te había comprado. Necesitas energía con este calor. —Sonrío para animarla.*

—Tú quieres hacerme engordar para que nadie más me quiera —bromea mientras ríe con desgana.

Me acerco a su rostro y la beso con dulzura. Desconozco si es un recuerdo o producto de mi imaginación. No sé si estoy despierto o soñando. Solo sé que ha vuelto a mí y no quiero separarme de ella.

Le acaricio las mejillas y le enjugo las gotas que le caen desde las sienes y la frente. Su piel es suave y tan agradable al tacto que me resulta imposible no seguir paseando las yemas de los dedos sobre ella. Se asemeja al pétalo de una rosa en el momento justo de su floración más plena, cuando crees que jamás se marchitará por muchos vendavales que asomen por el horizonte. Ella me sonríe a la vez que me agarra la mano y me pide un poco de agua.

Rápidamente, me levanto y voy a buscar la cantimplora que tengo en la mochila, pero, en cuanto vuelvo a acercarme a ella, me doy cuenta de que algo no va bien. «¿Hotaru?», pronuncio su nombre mientras la zarandeo con cuidado para conseguir una respuesta, pero todo es en vano.

Hotaru yace inconsciente, sin una pizca de color en el rostro ni en los labios. Insisto gritándole, a punto de perder los nervios por el miedo al ver que no reacciona. Solo soy un simple niñato de instituto y no sé muy bien qué hacer. Me froto la frente intentando pensar un plan para ayudarla, pero me tiemblan demasiado las manos incluso para tomarle el pulso; así que lo único que se me ocurre es ponerle el oído en el pecho. Entonces, el latido de su corazón conecta de manera inmediata con el mío acompasándolo y haciéndome recobrar la calma que había perdido. El nudo de la garganta comienza a deshacerse. Mis lágrimas empiezan a brotar cuando tomo conciencia de que todavía se puede hacer algo.

«¡Doctor Hayashi!», alguien me llama. Unos gritos se han introducido en nuestro mundo y me sacan de él de forma brusca y arrebatada. Desorientado, abro los ojos sin entender todavía muy bien lo que está pasando. «¡Doctor Hayashi!», vuelvo a escuchar. Procede de la calle. Me asomo por la ventana y veo una sombra masculina y bien formada. Enciendo la luz de mi habitación y miro de nuevo, pero, esta vez, con la ventana abierta. Es Natsuo.

Bajo los escalones de dos en dos, sin pensar en lo estrechos que son ni en el alto porcentaje de probabilidades que tengo de caerme. En tierra firme, veo a mi madre por el rabillo del ojo. Acaba de despertarse aturdida por el estruendo que he formado y por las voces del adolescente. Se rasca los ojos mientras se queja de la escandalera del chico y la falta de modales que, según ella, muestra al atreverse a molestarnos a esas horas. «Abre la puerta», le ordeno ignorándola. Soy médico. Es mi deber asistir a cualquier urgencia.

Estoy nervioso. Más que eso: estoy profundamente preocupado y al borde de la histeria. ¿Qué le sucederá para presentarse en medio de la noche en mi casa y llamarme de esa forma? Intento recuperar la calma. No puedo atenderlo ni ayudarlo de esta forma.

—Buenas noches, señora Hayashi —saluda con educación antes de hacer una reverencia ante ella—. Lamento molestarla a estas horas.

Al parecer, la ha oído o quizá sus modales sean mucho más exquisitos que los de mi madre.

—Natsuo, ¿qué ocurre? —intervengo.

Tiene la cara pálida. Su piel ha olvidado el color rojizo que suelen tener las mejillas. Sus ojos parecen haber aumentado de tamaño y sus ojeras indican algo más que cansancio. Sus pupilas,

temblorosas, transmiten una mezcla entre miedo y desesperación que no corresponde a la expresión de tranquilidad que intentan guardar sus facciones. Es extraño, pero en él identifico cada uno de los gestos y reacciones que acabo de ver en mí mismo, como si ese sueño hubiese sido una especie de realidad paralela perversa o una premonición que se está cumpliendo en otra persona.

Traga saliva, tiene la boca seca. Se relame los labios a la vez que trata de recuperar el aliento. Seguramente, habrá venido corriendo hasta casa; así que es un síntoma totalmente normal, aunque temo que pueda convertirse en el principio de una crisis respiratoria, sobre todo, si tenemos en cuenta su estado anímico y el choque de temperaturas entre la de su cuerpo y la de la noche.

—Mi madre tiene una fiebre muy alta, doctor Hayashi. Esta mañana se encontraba bien, pero, por la tarde, en cuanto ha cerrado la tienda, se ha metido directamente en la cama, quejándose de que estaba muy cansada y le dolía todo el cuerpo. Cuando mi abuela ha ido a comprobar cómo estaba, se la ha encontrado delirando y le costaba respirar —explica rápidamente procurando darme el máximo de detalles posible.

Voy deprisa hacia la consulta a por el maletín sin pararme a pensar en que todavía estoy en pijama. Cojo la chaqueta y me pongo los primeros zapatos que veo por allí.

—¿Un resfriado requiere tanta urgencia? —pregunta mi madre antes de dejarme salir por la puerta. Natsuo no lo ha escuchado por fortuna.

—Un resfriado se llevó a *otōsan*—respondo sin mirarla—. No me esperes despierta.

Le indico a Natsuo que se suba al coche para llegar más rápido a su casa. No habla, está callado, con la mirada fija en el camino. Juguetea con los dedos de forma inconsciente. Da vueltas con sus pulgares y se acaricia las falanges con insistencia sin parar ni un segundo. Intento mantener mi cabeza lo más fría posible, pero me resulta difícil. Estoy agotado, aunque la tensión del momento hace que me conserve fresco para conducir. No logro entender por qué todo lo que está relacionado con la señora Matsuda y su mundo me resulta tan prioritario.

«Se me pasará enseguida, tranquilo». Como el destello de una estrella fugaz, rápido y vibrante, el recuerdo de Hotaru revive ante mis ojos. Me susurra sonriente mientras me agarra la mano apaciguando mis pulsaciones y mi respiración. De pronto, el interior del coche se embadurna del aroma del bambú a la vez que la humedad del aire se va incrementando con cada metro que recorro.

13

Llegamos a la casa de los Matsuda en un suspiro. Natsuo salta del coche casi sin darme tiempo a poner el freno de mano y me espera en la puerta principal. La luz que sale hacia la calle remarca la seriedad de su rostro y la rigidez de su postura. De pronto, no parece un adolescente, sino un hombre hecho y derecho que desprende una gran aura protectora muy similar a la de su madre, aunque físicamente solo se parecen cuando fruncen el ceño. Me acerco a él y me indica que vaya escaleras arriba.

En el segundo piso me encuentro a la señora Ikeda con una bandeja en la que reposa un bol de sopa intacto. Me explica que ya ha dejado de decir cosas raras y que la fiebre le ha bajado un poco, pero no ha querido comer nada. La mujer mira la comida con tristeza y yo me estremezco. Ella siempre ha sido alguien educado y risueño como su nieto. No me gusta ver sufrir a buenas personas.

—No se preocupe. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a su hija, señora Ikeda —la consuelo esgrimiendo una sonrisa sincera. Acto seguido, me dirijo hacia la puerta de su habitación.

—¡Espere! —Me detiene. Yo me quedo quieto sin entender lo que está pasando—. Mi hija estará enferma, pero no se olvide de que sigue siendo Tsubaki y…, bueno —explica dejando escapar una pequeña risilla nerviosa—. ¿Me permite?

Le cedo el paso agachando levemente la cabeza y ella me responde igual. Luego, se aclara la voz.

—Tsubaki, voy a entrar —dice su madre antes de correr una de las hojas de la puerta.

Me quedo detrás de ella. Por un segundo, dudo si debo entrar; no obstante, el juramento hipocrático me impide no darle asistencia sanitaria a un enfermo por mucho que este no sienta simpatía hacia mí, así que doy un paso hacia delante.

—¿Qué hace el señor Hayashi aquí? —pregunta en cuanto me ve. Está más lúcida de lo que me esperaba. Ahora entiendo lo que quería decir la señora Ikeda con eso de que seguía siendo Tsubaki.

Ella es la única persona del pueblo que jamás se ha dirigido a mí como «doctor Hayashi». Me resulta curioso, aunque no me ofende, al contrario. Siento que, simplemente, me iguala con el resto de los mortales, como debería ser para todo el mundo. Entiendo que para muchos soy una figura de autoridad. Incluso algunos creen que estoy por encima de ellos por mi trabajo. Ese trato me hace sentir muy incómodo, como un bicho raro. Me aísla de la vida cotidiana de mis vecinos en cierta manera.

—Ha venido a echarte un vistazo —responde la señora Ikeda.

—¿Por qué? Solo es un resfriado —replica quejicosa.

Se agita en la cama con molestia provocándose a sí misma una tos que no suena nada bien. Se sienta con dificultad apoyando la espalda en múltiples almohadas que su madre le ha puesto para que pudiera respirar mejor.

—Lo he llamado yo.

De repente, la voz de Natsuo irrumpe en el cuarto con rotundidad. Es grave y fuerte. Nunca lo había escuchado hablar de esa forma,

como todo un adulto. La señora Matsuda mira hacia el pasillo, donde se encuentra él. No puede verlo desde su posición, pero sabe que está ahí. Luego, el adolescente le hace un gesto a su abuela para que nos deje a solas y me indica con la mano que entre. Finalmente, cierra la puerta en cuanto coloco el segundo pie en el tatami. Por lo que veo, su hijo es la única persona con el poder suficiente para hacerla entrar en razón en situaciones así.

Camino hacia ella con precaución, como si se tratase de un animal herido que se mantiene en alerta ante el acecho de un posible enemigo. No me mira. Sus ojos permanecen fijos en la nada mientras me acerco más a ella hasta que, por fin, llego a su cama. Es de estilo europeo, como la mía, un elemento que rompe con la decoración *washitsu*[45] de la habitación y el resto de la casa. No sé por qué, pero ese detalle tan trivial me llama la atención.

Saco el termómetro de mi maletín y se lo coloco debajo del brazo. Después, me siento y comienzo a hacerle las típicas preguntas protocolarias para rellenar su informe y dar con un diagnóstico. Me contesta en un tono sosegado que dista mucho de su actitud corporal. A pesar de que la fiebre es muy alta y que respira con dificultad, trata de mantener su postura recta y alejada de cualquier contacto físico conmigo. Por mucho empeño que yo le ponga, la barrera invisible que nos separa es indestructible y sigo sin comprender por qué me importa tanto ganarme su confianza.

—¿Podría levantarse la camisa? —le pido educadamente.

—¿Cómo?

—Voy a auscultarla. Necesito que se levante la camisa, por favor.

La señora Matsuda recoge la fina tela de la parte superior de su pijama de primavera con cuidado. La pliega poco a poco, con unas

dobleces casi iguales, hasta pasarla por encima de su cabeza. A continuación, me tomo la licencia de apartar su larga melena yo mismo. Está mojada en la zona de la nuca por el sudor de la fiebre y el agua de la toalla húmeda que ha tenido en la frente hasta mi llegada; aun así, su tacto es agradable y sedoso. Mis dedos se deslizan con facilidad entre los mechones azabaches desprendiendo un aroma fresco y dulce, a fruta y flores, que me retrotrae a las primaveras de mi juventud. «*Haru*», pienso en silencio. No pudo haber elegido un nombre más idóneo para su negocio.

Poso el frío acero del fonendoscopio en su espalda. Ella, de forma automática, da un pequeño brinco al notarlo. Está sentada sobre sus gemelos. Su espalda se encuentra erguida, mostrando su sinuosa silueta femenina sin deformaciones. Sus caderas son anchas; guardan una simetría exacta con sus hombros. Automáticamente, pienso en que el parto de Natsuo no debió de ser complicado. «No es nada bonito para decírselo a una mujer», la reprimenda de Hotaru resuena en mi tímpano. Sinceramente, ¿qué clase de hombre soy que la única reacción ante el cuerpo de una mujer es pensar en los beneficios y desventajas saludables de su anatomía?

Sin querer, apoyo mi mano sobre su piel, aunque unos instantes me bastan para poder apreciarla. Es de un blanco precioso, puro, que se aleja de los tonos pálidos amarillentos de alguien enfermo. También es suave, sin perturbaciones ni arrugas, ni siquiera tiene una mínima mancha solar ni de nacimiento. Es como un lienzo que espera ser pintado; nácar reflejando la luz del sol bajo el agua.

—Respire profundamente —le ordeno. Ella obedece—. Suelte el aire poco a poco.

Oigo algunos silbidos procedentes de sus pulmones, aunque no me preocupan demasiado, ya que, dentro de la gravedad, son bastante normales. Todo indica que tiene una bronquitis, derivada, posiblemente, de un resfriado mal curado. Los pacientes con más probabilidades de padecer una son los niños, los ancianos y los fumadores; no obstante, cualquier ser humano es capaz de minusvalorar los daños colaterales de un simple catarro, y más si este les da prioridad a otras cosas antes que a su propia salud. Solo conozco a la señora Matsuda por lo que me cuenta su hijo y de las pocas oportunidades que he tenido de hablar con ella, pero pongo la mano en el fuego por que mis teorías sobre cómo ha llegado hasta este punto son completamente ciertas.

—Ya puede cerrar la boca —le indico tras acabar la exploración—. Usted padece bronquitis. Me quedaría más tranquilo si se hiciese una placa de tórax, pero me he dejado la máquina de rayos X en casa —bromeo para aliviar la tensión. No consigo ninguna respuesta—. ¿Ha cogido frío últimamente o se ha resfriado? Son las causas más comunes —pregunto. Ella asiente—. Le enviaré un jarabe para calmar la tos y un inhalador para que lo use en caso de que le cueste respirar. Si no sabe cómo funciona, dígamelo. Soy cinturón negro en manejo de inhaladores. —Esta vez, noto una sonrisa diminuta en sus labios.

—Natsu también suele reírse de la vida en las situaciones menos oportunas…

—Espero que no lo haya aprendido trabajando conmigo —murmuro haciendo uso de otra pequeña dosis de humor para no romper el primer atisbo de comodidad que percibo en ella.

—Digamos que ya le viene de serie —contesta—. Cuídamelo hasta que me recupere, Seiya.

—Será mejor que descanses, Tsubaki.

Tiene mucha fiebre, le ha subido en cuestión de segundos, por lo que le pido a su madre que prepare más compresas de agua fría mientras yo busco un antitérmico. La señora Matsuda cierra los ojos poco a poco, dejándose invadir por el sueño que le provoca el cansancio desmesurado de la enfermedad. Es mejor así. Que duerma.

Ordeno mi maletín mientras escucho sus respiraciones de fondo. Son tranquilas, pausadas. Su ritmo constante me indica que está descansando profundamente. Alguna que otra mirada se me escapa interesada por ese canto de sirena, similar a una ola del mar por la serenidad que inspira su vaivén. Parece invitarme a que permanezca con ella, aunque sea tan solo un par de minutos. Es como si temiera quedarse sola o ¿soy yo el que no se atreve a dejarla de este modo? «Ay…», suspiro uniéndome a una de sus exhalaciones y me siento en el suelo a observarla.

Es innegable que Tsubaki es una mujer realmente hermosa. *Tsubaki…* Soy incapaz de no sentir escalofríos al dirigirme a ella por su nombre aunque solo sea en mis pensamientos y a pesar de que acabo de hacerlo hace tan solo unos minutos. Sin embargo, no son calambres de remordimiento ni de vergüenza, sino de algo mucho más cercano a la excitación. Desconocía que una sola palabra pudiera cargar tanta sensualidad, que una flor pudiese ganar un significado más allá del que le viene impuesto, ya que, por lo que

me contó la señora Ikeda un día, las camelias simbolizan una cosa u otra según su color. Tsubaki para mí es una camelia roja, «esperanza» y «amor», aunque también añadiría «belleza», «temperamento» y… No estoy seguro de si hay alguna expresión para ello, pero algo que sabes que no puedes tocar con las manos por miedo a perderlo o perderte.

Contemplo sus facciones en silencio. Su rostro destila una apacibilidad que redondea su óvalo facial y le da un aspecto más inocente y jovial. El arco de sus cejas armoniza con la línea de sus pestañas como si se tratara de un espejo. Incluso dormida, la forma de sus ojos me recuerda a la de Natsuo, y también… También a la de Hotaru.

Nunca me había fijado, pero la señora Matsuda es lo más parecido a lo que habría sido Hotaru de adulta: sus pómulos, su nariz, sus labios carnosos… Incluso el cuerpo se habría desarrollado de manera similar. Quizá por eso su recuerdo me vino a la memoria en cuanto la vi. O quizá no. Quizá solo esté reflejando el deseo de saber de ella a través de Tsubaki. Posiblemente sea por la edad, ambas tendrían los mismos años más o menos; o por ese halo de misterio que la envuelve y me convierte en una mera polilla navegando hacia su luz. Este tipo de curiosidad hacía tiempo que no me la despertaba nadie, y mucho menos de un modo tan desconcertante. Resoplo. Creo que el agotamiento se está apoderando de mi juicio.

—Doctor Hayashi, ¿tiene hambre? Sé que es muy tarde, pero no me parece correcto que se marche de esta forma con el gran favor que nos ha hecho.

La señora Ikeda me detiene antes de dejarme llegar al *genkan*. Acepto. Estoy completamente desvelado y me parece descortés negarme ante tal invitación, sobre todo, teniendo en cuenta su preocupación por su hija. Además, yo también quiero hablar con ella.

—Tenga, le he preparado algo de comer. No es gran cosa, pero le reconfortará el ánimo. —Me sirve un bol de arroz y un poco de sopa caliente—. No sé qué se le ofrece a la gente normalmente de madrugada, pero unos simples pastelillos me parecían muy poco por haberlo sacado de la cama. —Sonríe.

—Esto es perfecto, no se preocupe. Ojalá mis pacientes me tratasen tan bien como usted —respondo. Ella agacha la cabeza con agradecimiento.

Agarro el tazón de caldo y soplo sobre él antes de comenzar a bebérmelo bajo la atenta mirada de la anfitriona. Ella no dice nada. Se limita a contemplarme desde su cojín morado mientras sus labios reposan en una pequeña y dulce sonrisa de paz, muy similar a la de su nieto.

A pesar de que nos separa una mesa y de que los únicos ruidos que nos interrumpen son los de los grillos del exterior y mis sorbidos, esa mujer siempre logra transmitirme una sensación de calidez y seguridad como pocas personas han conseguido hacerlo. Ni siquiera mi propia madre. Su sola presencia es una ola de cariño sincero. Es como si, al mirarla a los ojos, entendiera el significado de la palabra «hogar».

—Me gustaría darle las gracias por todo lo que está haciendo por mi nieto y por mi hija, doctor Hayashi.

—No hay de qué. Al contrario. Natsuo es un joven muy inteligente y trabajador. Soy yo quien debería agradecerle a usted la educación que le ha dado. Y por su hija no he hecho nada que no hubiera hecho por otro paciente. Es mi deber como médico, aunque… —Bebo un poco de té—, aunque a ella yo no le caiga muy en gracia.

La señora Ikeda se ríe con vivacidad al escucharme. Sus carcajadas, femeninas y alegres, resuenan por la estancia sin pensar en que su nieto y su hija están en el piso de arriba durmiendo. Yo me uno a ella sin poder remediarlo.

—Tsubaki no tiene nada en contra de usted, sino de sus colegas de oficio. —Suspira. De pronto, su mirada se llena de nostalgia—. Estos últimos dieciséis años no han sido nada fáciles para ella, ¿sabe? Desde que Natsuo era muy pequeño, ha ido de consulta en consulta, de especialista en especialista, intentando averiguar cómo podía ayudarlo. Sin embargo, yo no llamaría odio a lo que siente. Conozco a mi hija; es incapaz de odiar a nadie por mucho carácter que tenga. No, no le odia. Pero sí que se siente engañada y sola desde hace mucho tiempo. Desde antes, incluso, de que naciese mi nieto.

Ambos cedemos al silencio en cuanto ella pronuncia la última palabra. Dejo el cuenco de arroz en la mesa con cuidado. No me atrevo a mirarla ni a hablar, ni siquiera a respirar con tal de no perturbar esa calma tan tensa que impera en el aire. Pienso en la señora Matsuda. ¿Debería seguir llamándola así incluso después de lo sucedido ahí arriba? Ella también se ha dirigido a mí por mi nombre, como si nos conociésemos de toda la vida. Aun así, no me ha extrañado ni lo más mínimo oírlo fluir de sus labios.

Seiya… La melodía de su voz se acopla a la perfección con las sílabas de mi nombre. Acaricia cada sonido con dulzura; mima cada vocal haciéndolas sonar como si se trataran de la letra de una canción. Me resulta triste escuchar que alguien capaz de entonar un simple nombre con tanta hermosura se encuentre tan desamparada hasta el punto de tener que vivir la vida con el instinto de supervivencia activado las veinticuatro horas del día.

—¡No esté triste, doctor Hayashi! —exclama de pronto la mujer y me saca de mis pensamientos. Sonrío—. Tsubaki a veces puede ser muy directa, pero le garantizo que lo tiene en muy alta estima. Si no fuese así, Natsu no estaría ayudándole. Es más, creo que los únicos médicos en los que realmente confía son usted y el señor Matsumoto, nuestro vecino en Osaka.

—¿Matsumoto? ¿Yosuke Matsumoto era su vecino?

14

«¡Por fin un poco de paz!», exclama Aiko con una voz más aguda de lo normal. Me mira sonriendo. Acto seguido, busca mi mano para cogérmela ahora que tiene la seguridad de que nadie nos ve. Yo la miro y le sonrío con dulzura en respuesta a su gesto.

El bosque está muy tranquilo. Hemos decidido ir a pasear por él para huir un poco del calor del pueblo. Aún queda un mes para la llegada oficial del verano, pero las temperaturas podrían encajar perfectamente en cualquier previsión meteorológica del mes de julio. Los rayos de sol se cuelan tímidamente entre el espesor de los árboles y otorgan al paisaje una luz suave y llena de vitalidad. El verdor de las hojas es muy refrescante y alegre. Hay nuevas flores de colores abiertas que no recordaba haber visto desde hacía mucho tiempo. Decoran las cunetas creando una separación natural entre los matojos y las láminas desiguales de piedra.

Observo con curiosidad ese arcoíris que se intercala sin ningún patrón definido entre las losas grises. Luego, levanto la mirada y la poso sobre Aiko. Camina despacio y con alguna que otra dificultad. Por lo que veo, no está acostumbrada a pasear por lugares así a pesar de que su pueblo y el mío no son tan distintos. Al igual que yo, contempla la vegetación fascinada sin prestar atención a la redondez y el desgaste de los adoquines centenarios.

—¡Cuidado!

La agarro por el antebrazo para evitar que se caiga. Ha tropezado.

Pasados unos minutos comienza a resoplar. Su ritmo ha bajado y ahora tengo que caminar más despacio de lo normal para colocarme a su lado. Podría ir un poco más avanzado, ya que me están empezando a doler las piernas por andar tan lento, pero en cuanto lo he intentado se ha sentado en una piedra a descansar y a comer golosinas.

—¿Falta mucho para llegar al río? —pregunta en tono infantil.

Está cansada y tiene calor. Su calzado no es el más adecuado para pasear por el monte. Al tener una suela tan delgada, hace que un mínimo esfuerzo se convierta en una auténtica tortura. Le respondo que ya casi llegamos, aunque le propongo que descansemos un rato si lo necesita. Suspira. A continuación, mueve la cabeza de lado a lado y sonríe de forma despreocupada para seguir rápidamente con nuestra caminata.

El rumor del agua cada vez se escucha más cerca. Aiko aligera el paso ilusionada para llegar antes y aliviar su fatiga. A veces me recuerda más a una niña que a una mujer adulta. Sus niveles de energía están directamente conectados a su curiosidad por las cosas. Si algo no le interesa, comienza a quejarse o a poner malas caras hasta que puede librarse de ello. No obstante, cuando se trata de trabajo, su paciencia no tiene límites. Es una de las cualidades que más admiro de ella.

—¡Qué fresquita está! Vamos, Seiya, no te quedes atrás.

Me mete prisa con los pies ya en el agua. Se agacha para mojarse las piernas y masajeárselas descargando así los músculos. No puedo evitar reírme ante el poco aguante que tiene. ¡Solo hemos caminado

un poco! Quizá debería plantearse hacer más ejercicio. Se mueve con cuidado entre la grava y los guijarros, acercándose poco a poco a la pequeña cascada mientras intenta mantener el equilibrio con los brazos. Su corta melena, recogida en dos pequeñas coletas, se humedece a medida que las gotas, casi vaporizadas por la fuerza con la que salta el agua, llegan a ella en forma de bruma.

La miro. Lo único que puedo hacer es sentarme en el suelo y observarla. Me gusta analizarla, estudiarla con detenimiento, pero creo que es algo que hago de forma natural con la gente o, al menos, con la que me atrae de una forma u otra, ya sea por su inteligencia, por su forma de ser o por cualquier otra cosa. Lo que quiero decir es que el tipo de atracción del que hablo no está relacionado exclusivamente con la mera atracción sexual, sino que va más allá.

Las suaves ondas del riachuelo besan los dedos de mis pies transportándome a otra realidad paralela, muy lejana a la que se vive camino abajo. A lo mejor es la magia del bosque, capaz de aislar a cualquiera de los problemas y quebraderos de cabeza del día a día.

—¡Te vas a caer!

Grito con diversión, aunque no emito sonido alguno, ya que quien habla es uno de mis yoes enterrados por el tiempo.

Estábamos también a finales de primavera y hacía un calor similar al de hoy. Tenía quince años, creo recordar. Sí, quince. En octubre cumplía los dieciséis. Hotaru jugueteaba con el agua, intentando conseguir un poco de frescor para su piel, mientras yo seguía en la

orilla buscando en mi mochila unas chocolatinas que me había traído y que estarían al borde de convertirse en sirope. Ella chapoteaba libremente. Daba grandes pisotones y patadas sin pensar en lo resbaladizos que pueden ser los cantos rodados; aun así, yo continuaba buscando mis chocolatinas, y ella, jugando.

—¡Te vas a caer! —la avisé a medida que iba acercándose a la cascada.

—No me caeré y, si lo hago, solo me mojaré el culo —contestó sin detener su camino—. Y tú, ¿eres un gato que le tiene miedo al agua o qué?

Respondí a su provocación burlona entrando con decisión en el río. Fui hacia ella para gastarle una broma y, de esta forma, demostrarle que no me daba miedo el agua, pero, sin querer, tropecé y ambos nos resbalamos.

Ya en tierra, me aleccionaba a la vez que se escurría la melena. Las gotas de agua caían rápidamente y creaban un pequeño charco de barro.

—¿Ves? La venganza nunca trae nada bueno, Sei-kun.

—Sí, pues, como mi madre me vea con la ropa empapada, me mata —gruñí.

Me levanté del suelo y me quité la camiseta para tenderla en un pequeño claro por donde se colaba un buen rayo de luz. Luego, me giré hacia ella. No me miraba. Apartaba la vista sin querer acercarse a mí.

—¿Tú no te secas? No deberías quedarte con la ropa mojada mucho tiempo. Podrías enfermar —dije inocentemente.

—Estoy bien así.

—Vale, pero al menos ven al sol.

Aceptó con cierta reticencia; sin embargo, no conseguí que se comportara con normalidad conmigo. No lo entendía. Llevábamos desde niños juntos como para que a esas alturas le diera vergüenza verme sin camiseta.

La estudiaba en silencio. Estaba con los ojos perdidos en las ramas de los árboles que cubrían nuestras cabezas y las manos cruzadas sobre la parte baja de la espalda. Ella tampoco era una niña. Su cuerpo cada vez se asemejaba más al de una mujer que al de una chiquilla de catorce años. Sus pechos eran más grandes que hacía unos meses y la estrechez de su cintura acentuaba la curva de sus caderas. En ese preciso instante, me di cuenta de que Hotaru me gustaba de veras; que aquello que sentía en mi estómago no era simple amistad, sino una mezcla entre deseo y algo más que todavía me costaba reconocer.

—Hotaru.

—¿Qué?

Sin esperarlo, ni ella ni yo mismo, la abracé obedeciendo a un arrebato que me nació desde lo más profundo de mi ser, deshaciéndome de nuestra condición de amigos. Para mí, ya no éramos Sei-kun ni Ho-chan, aquellos críos que jugaban juntos en el bosque durante horas, sino un hombre intentando declararle lo que sentía a una mujer. Apoyó la cabeza en mi pecho, impregnándose de mi aroma, mientras continuaba rodeándola con mis brazos. Yo también le gustaba a ella.

Una queja de Aiko me devuelve a mi yo de casi treinta y cuatro años. Vuelvo la mirada hacia la cascada. Aiko está sentada en el

agua con cara de dolor y las mejillas arreboladas de la vergüenza.

—Te dije que te ibas a caer.

—No, no lo hiciste —contesta enfurruñada.

Es verdad, no llegué a decírselo.

Tras comer un poco y conseguir que el pantalón amarillo de Aiko se secara lo suficiente para que no le diera vergüenza que alguien la viera, comenzamos a desandar el camino en dirección al pueblo.

Esta vez, ella es la que va por delante de mí. Todavía no ha agotado su energía vital. Camina despreocupada, agarrando con fuerza las asas de su mochila marrón. El pequeño rasguño que se había hecho en la rodilla al caerse parece no afectarle demasiado por el brío que tiene al moverse. Sus pequeñas coletas, ahora despeinadas por el ajetreo del día, botan con cada trote que da para sortear las piedras que más sobresalen del sendero. Ya ha tenido suficientes accidentes por hoy. Sus padres no van a dejar que me acerque nunca más a ella como la vean llegar a casa conforme va.

La miro pensativo. Hay algo dentro de mi cabeza que no me deja en paz. Una pregunta que me corroe, que transita de hemisferio en hemisferio sin pedir permiso: ¿por qué el cuerpo mojado de Aiko no ha despertado en mí ni una mínima parte de lo que despertó el de Hotaru aquel día? Las dos son igual de bonitas; no obstante, los pliegues de su ropa ceñidos a su silueta femenina no me han creado ni una pizca de curiosidad. Es cierto que Hotaru gozaba de un atractivo más exuberante, pero la dulzura de Aiko es capaz de encandilar a cualquier hombre. ¿Será por la impresión de la adolescencia? ¿O será porque Hotaru fue mi primer amor?

Quizá he madurado lo suficiente como para poder prescindir de la visceralidad de la pasión y seguir siendo feliz en una relación con

alguien. A lo mejor es solo eso. Sin embargo, llevo tiempo intentándome imaginar cómo será tener verdadera intimidad con ella: compartir secretos y confidencias, acariciarla sin pensar en si alguien nos mira, besarla, hacer el amor… Lo único que he logrado con eso es sentirme extraño, como si se tratase de algo que carece de naturalidad hasta el punto de generarme culpa. Pensaba que el amor podía ser cualquier cosa menos artificio y protocolo, aunque creo que es otra más de las ideas que solo tenían cabida en el microcosmos del bosque de bambú.

—¡Anda! —Aiko exclama sorprendida.

De repente, levanto la vista del suelo y capto aquello que la ha sorprendido. Es Tsubaki. Está de pie frente a mi casa. Ni siquiera se ha percatado de nuestra presencia, aunque yo sí de su rostro. Está pálido, más de lo normal. Su ceño desprende una mezcla entre preocupación y terror mientras hunde la mirada en las vetas de madera de la puerta por donde entran los pacientes.

No sé qué se le estará pasando por la cabeza, pero ardo en deseos de averiguarlo. Supongo que mi fascinación por ella obedece al anhelo de todo ser humano por conseguir un imposible. Haga lo que haga, hable con quien hable, jamás la voy a conocer lo suficiente como para que sea totalmente sincera conmigo.

—Buenas tardes, señora Matsuda. ¿La puedo ayudar en algo? —saludo pillándola por sorpresa. Ella se gira hacia mí e inclina levemente la cabeza.

—Buenas tardes —responde con inquietud—. Le traía la radiografía que me hicieron el otro día. Para mí, solo son mis

pulmones, no sé en qué debo fijarme, pero ya me encuentro recuperada por completo.

Su tono y su actitud corporal carecen de la firmeza que siempre he notado cuando he hablado con ella, un detalle que me escama. Durante unos segundos, los ojos se me van a sus manos de forma automática. Juguetea con los dedos y se frota los nudillos, un gesto de nerviosismo que ya vi en su hijo aquella noche.

Alzo la lámina de plástico hacia la luz para analizarla. No veo ni inflamación ni ningún otro rastro que pueda hacerla recaer en la bronquitis. Sonrío tímidamente y vuelvo a mirarla. Ella sigue con los ojos perdidos en la madera, aunque ya no tiene el tic nervioso de las manos.

—Todo parece estar bien; con todo, si quiere, puede pasar a consulta para una última exploración. Así nos quedamos más tranquilos.

—No. No hace falta —contesta cortante, aunque no enfadada. Lo que detecto es incomodidad—. Si todo está bien, ya está. Que tenga un feliz domingo, señor Hayashi. Y usted también, señorita Tanaka.

Tsubaki huye. Sí, está huyendo. Su forma de caminar es la única prueba que me hacía falta para corroborar que mi casa no es un lugar que frecuentará con normalidad, aunque no entiendo el motivo de ese pavor. Según su madre, a pesar de mi profesión, me tiene cierta estima. Me pregunto si también se comportaría así con el doctor Matsumoto.

Contemplo su contoneo mientras se pierde en el polvo del ocaso y el ondeo del horizonte. Todavía hace calor a pesar de que faltan apenas un par de horas para que caiga la noche. Aiko suspira captando mi atención. Ella también la observa ensimismada.

—Es muy bella, ¿no crees? —comenta tras soltar una bocanada de aire—. Aunque tu madre suele decir que el exceso de belleza solo puede traer desdichas, tanto a la persona que la posee como a aquellos que se le acercan. Solo hace falta ver la vida que ha llevado la señora Matsuda…

—Mi madre dice muchas cosas sin sentido, pero ¿tú la conoces, Aiko? ¿Sabes la historia de la señora Matsuda?

—¿Por qué te interesa? —pregunta dubitativa.

—Curiosidad.

Espero una mínima respuesta por su parte, aunque sea negativa, pero no dice nada. Ni siquiera se inmuta. A lo mejor he sido muy directo y se lo ha tomado como un ataque, pero no es así. Realmente quiero conocer esa vida que, según Aiko, ha llevado Tsubaki. De pronto, me mira sin expresión alguna. Traga un poco de saliva, aprieta los labios y entra en casa dejándome sumido en la confusión y la incertidumbre. No sé qué ha sido eso.

15

Un pájaro azul lleva posado en la rama de un árbol desde hará unos diez minutos, el mismo tiempo que lleva la señora Sato quejándose de que mi diagnóstico es erróneo. Es imposible que su dolor de estómago se deba a una simple indigestión y gases. Según ella, es demasiado fuerte y molesto para que sea algo tan sencillo de tratar y, sobre todo, tan soez.

—¿Gases? ¿Cómo puede decirme usted eso y quedarse tan fresco? Revíseme otra vez. Esto es cosa del apéndice, que se lo digo yo —repite insistentemente.

«Que se lo digo yo». Si me diesen doscientos yenes por cada vez que he tenido que escuchar esa frase…

Continúo mirando por la ventana mientras la paciente sigue con sus teorías pseudocientíficas para no reconocer que ha estado varios días estreñida por una dieta milagrosa que, como era de esperar, no ha funcionado. No sé qué piensa que voy a hacer con esa información. Supongo que cree que voy a ir corriendo a casa a contársela a mi madre y que ella la esparcirá por su grupo de amigas, ese que no soporto, al que llamo cariñosamente la Bandada de las Cotorras.

Sus palabras cada vez se escuchan con menos claridad. El canto del pajarillo eclipsa su paranoica verborrea hasta prácticamente

silenciarla. Asiento de forma automática para que no se dé cuenta de que no la estoy escuchando, pero mi mente se encuentra muy lejos de esa habitación. Llegados a este punto, incluso el bamboleo de las hojas me parece mucho más interesante que cualquier cosa que pueda decirme la paciente que está a tres «que se lo digo yo» de acabar con mi paciencia.

De pronto, otro cuerpo celeste llama mi atención. Sigo con los ojos la bicicleta turquesa de la señora Matsuda hasta que se detiene en la fachada de enfrente. Lleva un par de cajas atadas con un pañuelo estampado en tonos a juego con su pantalón holgado verde manzana. Parece otra mujer; una completamente distinta a la que me encontré en mi casa hace un par de días. Ya no queda nada de ese miedo que noté al ver la rigidez de su postura, aunque tampoco detecto la tensión a la que me tiene acostumbrado. Espera en la puerta, arreglándose el pelo a la vez que saluda sin dejar de sonreír a los vecinos que ve.

—Entonces ¿habrá que operar, doctor Hayashi?

—Sí —respondo sin pensar.

—¡Lo sabía! —exclama la señora Sato horrorizada—. Me voy a morir…

—¿Eh? No, no, señora Sato. No hay que operar ni se va a morir. No se preocupe.

Intento remediar lo antes posible mi metedura de pata. ¡Mierda! ¿En qué demonios estaba pensando?

—Escúcheme. Durante unas semanas, seguirá una dieta blanda y tomará estas hierbas en infusión tres veces al día —le explico mientras le escribo las indicaciones—. Y olvídese de seguir cualquier dieta de adelgazamiento mágica.

—¿Cómo puede decirme eso, doctor Hayashi? ¡No soy ninguna cría para hacer esas tonterías! —se excusa sofocada. Las mejillas y el sudor de la frente la delatan. Miente.

Por fin salgo de ese suplicio de consulta. Las visitas a domicilio son parte de mi trabajo y debo lidiar con ello, así que no me molestan. Lo que sí que odio es que me hagan perder el tiempo. Cargo mi maletín y lo aseguro a la bandeja trasera; entonces, entre tirón y tirón de correa, me doy cuenta de que la bicicleta de la señora Matsuda ya no está allí. Se ha ido. Suspiro con cierto abatimiento. Admito que me hubiese gustado saludarla.

Sin querer retrasarme más, comienzo a pedalear rumbo a casa. El hogar de los Sato queda bastante retirado. Es más, pensé en coger el coche cuando me llamaron, pero hace un día precioso y el pavimento no es el mejor para los neumáticos ni los bajos de ningún automóvil. Además, la bicicleta siempre me ha proporcionado un sentimiento de libertad que, poco a poco, las obligaciones de la etapa adulta y el agobio de la gran ciudad me habían robado sin haberme dado una mínima oportunidad de luchar por él.

Algunas personas me reconocen y me saludan al pasar con una ligera inclinación, aunque no me detienen. El sonido de los radios de mis ruedas se funde con los pasos de los aldeanos y las voces de las tenderas, que, a su vez, van perdiendo fuerza conforme avanzo. Jugueteo sorteando los baches que me encuentro en el viejo adoquinado. Izquierda, derecha, derecha, centro, derecha de nuevo… Serpenteo por la calle como si fuese un chaval intentando entretenerse un día de verano, sin ningún tipo de preocupación que no sea cómo ocupar su tiempo libre antes de que comiencen de

nuevo las clases. La verdad es que siempre he tenido muy buen equilibrio a pesar de mis despistes.

Una vez superados los obstáculos, vuelvo a mirar al frente. De repente, vislumbro una figura que reconozco a la perfección. Empiezo a pedalear más deprisa, incluso me levanto para darme más impulso.

—¡Señora Matsuda!

La llamo cortésmente cuando estoy a unos metros de ella para detenerla. Me gustaría que charlásemos y saber cómo sigue, limar asperezas. Sin embargo, al girarse, pierde el control de su bicicleta y se cae.

—¡Tsubaki! —grito mientras me apresuro hacia ella para comprobar su estado.

Todo ha sido culpa mía. Al final, lo único que voy a conseguir es que me ponga una orden de alejamiento.

—Tsubaki, ¿estás bien? —pregunto repetidas veces.

Estoy arrodillado en el suelo junto a ella. Examino su cuerpo en busca de alguna herida, pero parece que no hay nada grave, solo un rasguño en la rodilla y otro en el codo. Ella también me mira, aunque con cierta sorpresa.

—¿Tsubaki? —murmura con vergüenza.

Levanto la mirada hacia su rostro. Sus mejillas están más sonrojadas que nunca.

—Disculpe, señora Matsuda. No quería ofenderla con mi atrevimiento. —Trago saliva incómodo. A continuación, suspiro—. Tiene unos rasguños. Quédese aquí. Voy a desinfectárselos.

Corro a por mi maletín y vuelvo con ella sin querer pensar en lo que acaba de pasar. Soy idiota. ¿A quién se le ocurre llamar a

alguien de esa forma cuando va en bicicleta? Se levanta la tela del pantalón con cuidado y me deja ver la herida de la rodilla derecha.

—No tiene por qué preocuparse, pero la sangre en algunas áreas siempre es más escandalosa que en otras.

Evita mirar la herida y cierra los ojos con fuerza cuando siente el algodón empapado en alcohol contra la piel. Debe de ser una persona aprensiva.

—¿Se marea?

—Es que escuece un poco —contesta, sonriendo con timidez.

—Lo siento mucho, señora Matsuda. —Aprovecho ese atisbo de simpatía para disculparme por lo sucedido—. Yo solo quería saber cómo se había encontrado estos días y, bueno, he provocado un accidente. Lo lamento mucho.

Sin esperarlo, comienza a reírse. Reprime las carcajadas sellándolas con los labios mientras se tapa con las manos. Yo, en cambio, no entiendo nada. Su reacción me tiene completamente perdido. La miro con la boca entreabierta, intentando descifrar aquello que esconden sus facciones. ¿Está enfadada o no? ¿Va a perdonarme o no? Aun así, admito que su expresión dibuja en mí una sonrisa muy difícil de esconder que acaba convirtiéndose en una risa que se une a la suya.

—No me he caído por su culpa —habla por fin.

—¿Qué?

—Cuando me ha llamado, justamente he pinchado con un adoquín roto que había. Compruébelo usted mismo si no me cree. —Me asomo a su bicicleta. La rueda delantera está rajada.

—Ya, pero, si no la hubiese llamado, quizá no se habría desconcentrado.

—Llevo casi treinta años montando en bicicleta por caminos mucho peores que este —replica—. No tiene por qué cargar con la responsabilidad de todos los males de mi familia, señor Hayashi.

—Usted tampoco.

Respondo mientras acabo de asegurarle el vendaje de la rodilla. Después, levanto los ojos encontrándome con los suyos por accidente. Me mira conmovida, sin saber cómo continuar la conversación.

—¿Señora Matsuda?

—Muchas gracias por atenderme. —Intenta levantarse, aunque las heridas no se lo ponen nada fácil.

Tras tres minutos de inútiles esfuerzos por su parte, acabo ayudándola, a pesar de que me repite que no es necesario, que lo puede hacer sola. Después, me voy a mi bicicleta y hago como si estuviese colocando mi maletín en la cesta, aunque es una simple excusa para observar qué va a hacer para llegar a casa. Sé que su orgullo le impide pedírmelo, pero no puede ir caminando y su hijo está en el instituto.

A continuación, me siento en mi sillín y espero.

—¿Qué? —me pregunta, intentando sacar su bicicleta de la calzada.

Evito contestarle con palabras, ni siquiera la miro. Lo único que hago es acomodarme en el manillar y dejar libre la bandeja trasera.

Repentinamente, noto un peso nuevo a mi espalda. Sonrío de manera infantil al reconocer el característico perfume a confitura y flores de la señora Matsuda a escasos centímetros de mí.

—Por el sendero de la derecha iremos mejor —musita al sentarse —. Sé que es más largo y tendremos que dar un rodeo por las

afueras, pero nunca hay nadie. No nos multarán. —Su voz es temblorosa y suave, como si tuviese miedo a salir de su cuerpo.

Giro la cabeza hacia ella, aunque no lo suficiente para establecer un contacto visual directo. No obstante, por el rabillo del ojo puedo ver que la punta de sus orejas y sus mejillas se han vuelto rojas en cuestión de segundos. No necesito ninguna señal más para saber que lo que verdaderamente le da apuro es que alguien nos pueda ver y que eso dé pie a habladurías, no que un policía nos pare. De nuevo, comienzo a pedalear.

Tal y como ha predicho la señora Matsuda, por ese camino no hay ni un alma, pero está en peores condiciones que el principal. Sorteo las piedras más grandes para hacer el trayecto de mi copiloto un poco más cómodo, aunque a veces la oigo ahogar pequeñas quejas de dolor.

—Lo siento —digo yo.

—No se preocupe —contesta ella.

Ese intercambio se repite cada vez que botamos por culpa de algún bache.

El viaje va ganando velocidad a medida que bajamos la pequeña pendiente del valle. De forma inconsciente, me retrotraigo a esas tardes con Hotaru en las que la brisa me despeinaba el flequillo. Por un momento, mi mente deja de estar en ese sendero de tierra para situarse entre el bambú y la vegetación virgen de la montaña mientras escucho a una niña que se queja de lo rápido que voy a la vez que yo hago oídos sordos. Solo quería ir más rápido. Quería volar. Quería ser libre.

—¡Más despacio! ¡Nos vamos a matar, Seiya!

Freno en seco al escuchar mi nombre y esa frase. Respiro profundamente conforme voy asimilando lo que acaba de suceder, ya que todavía no estoy seguro de si ha sido real o producto de mi imaginación. Trago saliva para aliviar la sequedad de la garganta. Acto seguido, me giro con cuidado.

A pesar de que ya nos hemos detenido, la señora Matsuda sigue con los ojos cerrados con fuerza; sin embargo, lo que más me impresiona es la forma en la que se mantiene aferrada a mi chaqueta. Sus dedos, delgados y femeninos, buscan en mí la misma seguridad que necesitaba Hotaru cada vez que se encontraba en una situación que le provocaba terror, como, por ejemplo, ir en bicicleta conmigo. No sé cómo reaccionar ante eso. Solo es una casualidad, un acto reflejo, algo a lo que no debería darle más importancia, pero ¿por qué no puedo ignorarlo?

—Tsubaki…

La llamo de forma sosegada a la vez que le agarro la mano para que despierte del shock en el que se encuentra. Ella abre los ojos poco a poco, fijándolos en los míos. Sus músculos se desentumecen paulatinamente a medida que va reconociendo dónde estamos y recobra el control de la situación.

—Falta poco para llegar a tu casa —comento mientras retomo el camino. Asiente.

—La velocidad es muy peligrosa. No corras más, por favor, Seiya —responde. Su mano vuelve a estar en mi chaqueta.

—Te lo prometo, Tsubaki.

Su calor sobre mi espalda se siente como un abrazo que me traspasa el cuerpo y me acaricia el corazón con dulzura. Es una sensación que hacía años que no experimentaba a pesar de las

mujeres que han pasado por mi vida. No puedo dejar de sonreír de forma tímida lo que queda de camino al pueblo.

16

Estoy sentado en el suelo junto a Natsuo. La cálida brisa de principios de junio me acaricia levemente, colándose por las cañas de bambú y haciéndolas resonar. La melodía de una percusión hueca me encandila los oídos y mece mis ideas hasta llevarme a otro mundo, muy lejano al que pertenezco. Una sensación de bienestar me inunda cada uno de los recovecos del cuerpo. Se me introduce por los poros hasta llegar al torrente sanguíneo para fluir por él, como si se tratara de una barca bajando lentamente al mar. Ojalá pudiera estar así toda la vida. Ojalá pudiese experimentar esta paz cuando quisiera; no obstante, si eso fuese posible, perdería su valor. Jamás volvería a apreciarla como se merece.

—Y ¿cómo era? —pregunta el adolescente de repente. Yo arqueo una ceja y lo miro extrañado—. Hotaru, ¿cómo era?

Sonrío relajando los músculos. Por un momento, me planteo decirle que físicamente se parecía a su madre, pero descarto la idea segundos antes de que las palabras salgan de mi boca, no sé si por respeto o por miedo. Miro al fragmento de cielo que enmarcan los altos troncos verdes y suspiro. Las nubes son grises. El bochorno es casi insoportable, pero la tormenta está al caer. El *tsuyu*[46] comenzó hará un par de días y hoy es la única tarde en la que nos ha dado una pequeña tregua, aunque, seguramente, por poco tiempo.

Vuelvo a replantearme la pregunta de Natsuo. ¿Cómo era Hotaru? Lo miro. Está distraído contemplando el baile de la cinta de color lila que dejé allí atada cuando tenía su edad. Lleva así desde que le confesé la historia de ese pedazo de tela que tantas veces había visto tras su llegada y que tantos temporales guarda entre sus fibras.

Continúo observando al chico. En su mirada veo a Hotaru: veo su inocencia, su vitalidad, sus ganas de descubrir aquello que lo rodea y aprender de ello. Aun así, no logro encontrar las palabras adecuadas para describirla con el máximo de detalle y fidelidad posibles.

—Era única. —Acabo la respuesta con una pequeña risilla—. Suena a tópico, ¿verdad? Pero es que así era. Es cierto que he conocido a algunas personas que tienen algo de ella; sin embargo, luego me doy cuenta de que… —Resoplo con abatimiento—. De que no son Hotaru por mucho que yo lo desee.

—¿La señorita Tanaka es una de ellas?

Me quedo en silencio. Tengo la garganta tan seca que no me deja ni emitir el más mínimo sonido. Hago un gran esfuerzo por segregar un poco de saliva y responderle, pero no puedo. Mi mente sigue estancada en las últimas palabras que he pronunciado y, sobre todo, en una de ellas: «desear». Esta búsqueda sin fin me tiene en un estado de agotamiento tan deplorable que ya no sé cuál es mi verdadero anhelo: encontrarla o encontrar a alguien que encaje a la perfección en su recuerdo, como si su sombra se tratara de un vestido esperando a ser entallado en otro cuerpo.

—¿Sabe? —continúa Natsuo—. Desde el primer día que vi el lazo, supe que tendría algún significado oculto, pero jamás llegué a

imaginarme que sería una historia de amor tan bonita.

—Y triste.

—Depende —me replica y me deja sorprendido—. Sin duda es triste perder de la noche a la mañana a alguien a quien quieres. Lo sé bien, yo perdí a mi padre y lo adoraba. Sin embargo, la belleza de haber podido conocerlo y haber sentido un amor así, a la larga, supera al dolor, por muy intenso que este haya sido. Es de los mejores mecanismos de defensa que tenemos los seres humanos. —Sonríe de manera reconfortante.

Su calidad humana jamás dejará de asombrarme. Una vez más, debo rendirme ante él.

—Eres increíble, Natsuo. —Me uno a su tímida risa—. Tu inteligencia emocional y tu educación son sorprendentes para alguien de dieciséis años.

Se sonroja al escuchar mi comentario.

—Mira, en eso me recuerdas a Hotaru. También era muy sensata y madura.

—Gracias. —Asiente con la cabeza—. Quizá la madre de Hotaru era como la mía. Ella fue quien me enseñó a mirar la ausencia de ese modo. Renunció a su derecho a llorar la muerte de mi padre para no dejarme solo, aunque sé que, por las noches, cuando ella pensaba que yo estaba durmiendo, se tumbaba frente a su foto en el altar y lloraba aferrada a su almohada.

—¿Cómo murió?

Me intereso sin pensar en si la pregunta es apropiada o no. La verdad es que nunca hemos hablado de ese tema a pesar de las largas conversaciones que hemos tenido desde que nos conocemos.

Supongo que ha llegado el momento en que el interés y la confianza han vencido al decoro.

—Un accidente. En un cruce, un coche que venía más rápido que él se saltó un stop y chocaron. La mala suerte que tuvo mi padre es que nuestro coche era más pequeño que el del otro. Por eso mi madre odia los vehículos compactos y, sobre todo, la velocidad. —Me mira arqueando las cejas—. Se lo aviso para su próximo rescate en bicicleta. —Ambos reímos de forma cómplice, aunque un tenso y funesto silencio cae como una losa sobre nosotros.

Miro a Natsuo de reojo. Su nuca está gacha, como la de un animal al que acaban de regañar. En este caso, la vida es quien lo ha hecho. Me quedo observándolo unos segundos, pensando en quién controla el destino para que una nube tan densa se cierna sobre una familia tan llena de luz como los Matsuda o, al menos, sobre un niño como él. Entonces, vuelvo a levantar la vista al cielo, buscando una respuesta que sé que nunca va a llegar. «La injusticia de lo terrenal se volverá justicia divina, ¿no?», me digo para mis adentros. Suspiro.

—¿Lo echas de menos?

—Cada día —responde el adolescente haciendo un esfuerzo para que su voz no comience a temblar—. La gente dice que a los hijos hay que dejarlos volar, pero cuando él escuchaba esas cosas siempre contestaba: «Mi Natsu será quien vuele más alto del mundo porque, si cae, habrá una enorme cama elástica que lo impulsará de nuevo hasta el sol: yo». —Ríe, enjuagándose una lágrima con el reverso de la mano—. Cuando se fue, yo solo podía pensar en que ahora tenía que volar sin caerme y confieso que eso me da miedo. Pero la vida es así, ¿no? Usted también perdió a su padre cuando era solo un niño.

—Y también he pasado mucho miedo y lo sigo pasando, porque es natural. —Natsuo abre los ojos al escucharme—. Tu padre era un hombre excepcional y sé que no te ha abandonado. Las personas que son tan importantes para nosotros no se van hasta que nuestros corazones dejan de latir.

—Eso es lo que dice mi abuela.

De pronto, la imagen de Tsubaki se presenta ante mí, una aparición que solo yo soy capaz de ver. Permanece de pie frente al tronco donde está atado el lazo. Lo mira con atención, con la cabeza alzada y las manos cruzadas, apoyadas en las lumbares. Comparte la misma mirada de curiosidad que su hijo, la misma viveza e inocencia. A pesar de su carácter y esa coraza que únicamente parece usar cuando yo estoy cerca, soy incapaz de considerarla alguien frío y distante. Todo lo contrario.

Se acerca a mí despacio y con actitud risueña e infantil. Su vestido vaporoso se mueve al compás de la brisa y de sus pasos. Parece una ninfa, un espíritu que reside en el bosque, escondiéndose de todo humano que pueda dañarla.

—Pues ¿sabe qué creo, doctor Hayashi? —Natsuo me devuelve a la realidad, aunque solo en parte, ya que su madre sigue en mi mente—. Que Hotaru tampoco lo abandonó. Seguro que Hotaru lo amaba tanto como usted a ella, solo que no pudo despedirse por un motivo de peso. Me atrevería a poner la mano en el fuego a que fue por algo importante. Además, ¿quién sabe? Al igual que usted ha vuelto al pueblo, a lo mejor, un día, ella también vuelve y la gente la recordará de nuevo, porque, existir, ha existido. —Señala el lazo con el brazo extendido.

Muevo el cuello ligeramente de arriba abajo mientras escucho su discurso. En mi cabeza, su madre asiente convencida a la vez que lo observa con admiración. Está agachada, en cuclillas. La tela amarilla de su vestido reposa en la tierra, pero no se mancha. Es tan etérea como toda ella.

—¿No cree?

Natsuo vuelve a interpelarme buscando una respuesta que vaya más allá de lo meramente gestual. Me humedezco los labios para contestarle, aunque me detengo antes de poder decir nada. «¿No crees, Sei-kun?». La voz de Tsubaki me recorre el canal auditivo hasta llegar a la parte racional del cerebro, aquella que no comprende nada de lo que me está sucediendo. Su tono es sosegado y dulce, pese a que guarda una cierta picardía que despierta mis instintos más primarios. «Sei-kun». Súbitamente, la lluvia me borra de los ojos su imagen con cada gota.

17

El agua caliente de la ducha me cae sobre la cabeza. Siento como los músculos, fatigados de la carrera, se relajan hasta volver a su posición natural, deshaciéndose de cualquier dolencia y entumecimiento. Miro el techo; luego, me fijo en la pequeña ventana rectangular por la que se escapa el vapor. La pequeña franja de cielo que alcanzo a ver se asemeja a un muro de cemento. Resalta entre la blancura y el brillo de los azulejos de la pared.

—Señor Hayashi.

Apago el grifo y contesto. Veo la silueta de la señora Matsuda distorsionada por el dibujo translúcido de la mampara que separa el baño del lavadero. Agarro la toalla y me seco rápidamente antes de atenderla. A continuación, corro la puerta.

—Le he traído ropa limpia. Era de Kenji, pero creo que le quedará bien. Más o menos tienen la misma constitución.

No se inmuta. Permanece de pie, sosteniendo una muda mientras me mira a los ojos. Las mejillas le guardan su rubor natural, alejado de aquel que surge en una situación de vergüenza o incomodidad. Los labios mantienen una inexpresiva línea recta. De pronto, me pregunto cómo habría reaccionado Aiko al verme en toalla. Posiblemente, se habría escondido o no habría despegado la vista del suelo, como aquella noche que me avergüenza recordar. Tsubaki,

en cambio, al haber estado casada y haber tenido un hijo, está acostumbrada al cuerpo masculino y no parece sentir ni el más mínimo reparo. Esa naturalidad que muestra ante mí desata una especie de fascinación que me acerca más a ella, pero sé que no debo traspasar esa línea.

Salgo de allí ya vestido y con ánimos de irme a casa. Camino hacia la sala de estar en busca de la señora Ikeda para darle las gracias y disculparme por haber causado tantas molestias. No suelo llegar chorreando y lleno de barro a casas ajenas, pero nos pilló la tormenta en la montaña y no me veía capaz dejar solo a Natsuo. El agua bajaba con mucha fuerza por el camino hacia el pueblo. Entonces, repentina e irremediablemente, mi cabeza se llenó de cientos de escenarios catastróficos que me aterraron hasta el punto de tener que escoltar al chico hasta la misma puerta.

La mujer está sentada a la mesa cortando unas peonías. Sus manos se mueven con soltura y delicadeza, mimando cada tallo para que no sufran ningún desperfecto que pueda estropear el arreglo floral que está haciendo. Me siento en el tatami frente a ella y la observo encandilado. No pierdo detalle. Soy un negado para las manualidades. Mi vena artística es completamente nula, algo que ya acepté cuando era pequeño y mis dibujos del jardín de infancia eran atroces. Mi maestra solía decir que era «un arte especial». Mentía para no hacerme sentir mal conmigo mismo, está claro. Creo que por eso admiro tanto a las personas que se dedican a coser, bordar, dibujar, a hacer caligrafía, *ikebana* o, incluso, repostería.

De repente, comienza a reírse con jovialidad. No sé el motivo, aunque sus carcajadas son muy contagiosas y acabo sucumbiendo a ellas.

—Es usted como mi nieto. Rara es la tarde que no se queda embobado viendo cómo hago los encargos —comenta de forma divertida.

Comienzo a mirar la sala de estar sin intención alguna, solo para matar el tiempo hasta que Natsuo salga del baño, aunque, de forma inesperada, capto un movimiento extraño en la puerta. Me mantengo en mi cojín, con la espalda erguida y aparentando no haber visto nada, pero por el rabillo del ojo veo a Tsubaki asomándose. Me observa intentando no ser vista; sin embargo, la punta de la nariz, la melena y el bajo de los pantalones anchos la delatan. Se esconde cada cinco segundos, lo tengo calculado, y vuelve a aparecer para seguir examinando cada uno de mis movimientos como una niña pequeña enfrentándose a algo que desconoce, pero con una curiosidad desbordante. Admito que me hace mucha gracia esa faceta suya, tanto que entro en su juego. Giro repentinamente un par de veces la cabeza asustándola, aunque, a la tercera, me encuentro con un portazo que me desconcierta.

—En fin, yo me voy a ir ya. Bastante he molestado. —Me levanto, sonriendo, y agacho la parte superior del cuerpo con agradecimiento.

—¿Se va?

Pregunta Natsuo entrando a zancadas en la sala de estar mientras se seca el pelo con una toalla. Noto decepción en su voz.

—¡Qué lástima, doctor Hayashi! Nosotros pensábamos invitarle a cenar para darle las gracias por todo lo que está haciendo por Natsu. Además, sigue diluviando —explica la señora Ikeda

—Es que no quiero causar más problemas, de verdad. Han dejado que me duchara, me están lavando la ropa… No quiero abusar.

—No abusa, ¿verdad, *obāchan*?

Sinceramente, me agrada mucho esta familia. Disfruto de su compañía y no dudaría en aceptar ninguna invitación de Natsuo no de su abuela. Aun así, no puedo parar de pensar en Tsubaki. ¿Ella está conforme con que me quede? Lo desconozco, aunque creo que hay un ochenta por ciento de probabilidades de que la respuesta a esa pregunta sea un rotundo «no», y más después del juego infantil de miradas que ha acabado dándome con la puerta en las narices. No me estaba riendo de ella, solo divirtiéndome un poco con ella.

Sonrío apurado al chico, a la vez que le toco la cabeza. Me siento entre la espada y la pared: o rechazar a la señora Ikeda y a su nieto, o darle una incómoda velada a la señora Matsuda. Entonces, escucho a alguien detrás de mí.

—Hay un tifón ahí fuera, y no quiero que el pueblo pierda a su único médico. —Tsubaki interviene cogiéndome desprevenido—. No se preocupe. Por mí, puede quedarse. He hecho mucha comida. Además, Natsu lleva mucho tiempo queriendo invitarle a cenar.

—Gracias, *okāsan*. Eres la mejor.

El adolescente abraza a su madre y corre a poner la mesa. Ella permanece en el pasillo. Me está mirando; yo a ella, en cambio, no, pero noto que me observa. Por el rabillo del ojo veo cómo se seca las manos en su delantal de flores. Su rictus no expresa ninguna emoción, ni positiva ni negativa, algo que me tranquiliza, aunque solo levemente. Agacha la cabeza y suspira llamando mi atención. Parece que quiere decirme algo, pero no se atreve. Avanza un par

de centímetros. No obstante, retrocede de nuevo. Acto seguido, vuelve a la cocina.

La señora Matsuda es una gran cocinera, algo que ya me esperaba teniendo en cuenta la exquisitez de sus dulces, pero, por lo que veo, se maneja bien con cualquier plato. El olor a curry y cerdo rebozado se me cuela por la nariz como lo hicieron en su día los dulces de la tienda. Se sienta frente a mí y comienza a repartir la comida como buena anfitriona.

Me sirve una generosa porción de arroz. Me sorprende, la verdad. A pesar de mi físico, soy de muy buen comer. Normalmente, la gente me subestima y siempre me da menos comida de la que necesito, lo que hace que me quede con hambre porque no me atrevo a pedir más. Naoko solía compararme con un chaval en pleno desarrollo. «Sabré el día en el que te vas a morir porque tendrás el apetito de una persona de tu edad», acostumbraba a repetirme cuando comíamos juntos en la universidad o en el hospital. Hace bastante tiempo que no hablo con ella. Cuando me mudé aquí, la llamaba una vez por semana para saber cómo iban las cosas por Tokio. Al fin y al cabo, hemos sido amigos desde la facultad y, después, compañeros de trabajo. Sin embargo, mi nueva rutina me ha ido alejando poco a poco de los quehaceres de la capital sin apenas darme cuenta.

El silencio es otro de los invitados, al menos, por parte de la señora Matsuda. Su madre y su hijo conversan conmigo de forma distendida. Me preguntan sobre mi carrera, mis años en el extranjero y mi readaptación a la vida rural. Respondo abiertamente, sin eufemismos ni rodeos. Nunca me ha gustado compartir aquellas

cosas que forman parte de mi vida más personal; no obstante, no sé si es por su rostro bondadoso o la amabilidad que transmite con cada una de sus palabras, pero la señora Ikeda siempre me hace sentir como uno más de la familia.

Le doy el último sorbo a mi refresco. Antes de comenzar a cenar, la señora Ikeda se ha disculpado por no tener cerveza ni un poco de sake en casa. «No solemos beber alcohol», se excusó con una sonrisa vergonzosa.

—¿Se ha acabado? —pregunta la mujer—. Espere, que voy a por otra lata.

—No se moleste, por favor —respondo, pero ella ya está de camino a la cocina.

—*Okāsan*, tú fuiste alumna de mi instituto, ¿verdad?

La abrupta intervención de Natsuo llama la atención de la señora Matsuda, que ha permanecido callada hasta ahora. Es una pregunta que nace aparentemente descontextualizada, pillándonos por sorpresa tanto a su madre como a mí. Trago saliva y, desconcertado, espero a ver hacia dónde lleva la conversación. Ella asiente.

—Entonces, debiste conocer a Hotaru. Doctor Hayashi, ¿por qué no le pregunta a mi madre? A lo mejor ella sí que la recuerda.

La inocencia del chico me hace enmudecer. No sé qué decir ni cómo actuar, ya que me ha cogido desprevenido. Ha revelado nuestro secreto. Sé que lo habrá hecho con la mejor de sus intenciones, que su deseo por hacer feliz a la gente y la osadía de la adolescencia lo ciegan, pero la experiencia de los años me ha dado una lección que espero que Natsuo algún día aprenda: las buenas intenciones, a veces, han causado más sufrimiento que bien a la humanidad.

Sin comerlo ni beberlo, me encuentro solo e indefenso. Me siento como un animal salvaje al que acaban de sacar de su hábitat para adoptarlo como mascota. Dispongo de todas las comodidades del mundo; aun así, no es mi lugar y lo único que quiero es volver a mi verdadera casa.

—Natsuo, ya hemos hablado de eso. Da igual. —Me apresuro en quitarle hierro al asunto.

—Claro que conocí a Hotaru.

De pronto, mi pulso se congela. Ni siquiera me noto el cuerpo. Los sentidos, los músculos, el cerebro se me paralizan, presos de un trance que algunos considerarían, incluso, algo espiritual. Intento controlar la respiración, aunque no sé si lo estoy consiguiendo. La verdad, ignoro cuál es la imagen que estoy dando. ¿Estaré pálido? ¿Estaré empapado en sudor? O ¿mi aspecto no está proyectando absolutamente nada de lo que me sucede?

Natsuo celebra la respuesta de su madre, una reacción que debería estar experimentando yo en estos momentos. Su empatía y preocupación por los demás lo hacen incapaz de no alegrarse por los logros o las buenas noticias ajenas. Su expresión de felicidad es la que me ayuda a volver en mí.

—¿Lo dice en serio? —logro articular al fin.

—Sí —masculla casi de forma inaudible. Ha palidecido. Bebe té y prosigue—: La conocí muy bien. Creo que era la persona que mejor la conocía o, al menos, con la que más trataba. Es que era muy tímida, ¿sabe? No hablaba con casi nadie del instituto, aunque los demás tampoco hacían nada por acercarse a ella.

Su voz va perdiendo fuerza a medida que avanza la descripción. Sí, era la misma Hotaru. Era mi Hotaru.

—Sin embargo, no se sentía sola ni marginada. Era muy independiente y madura. —Cierra su intervención con una sonrisa apagada.

Los ojos de la señora Matsuda están más brillantes de lo normal, pero no expresan alegría, sino todo lo contrario. La humedad que observo en sus lagrimales es fruto de una tristeza misteriosa que ha comenzado a embargarla desde que ha admitido que conoció a Hotaru.

Noto desconsuelo en mi cuerpo. Pensaba que saber de Hotaru y de su existencia, tener un testimonio exterior a nosotros dos que corroborara que no era fruto de mi imaginación, me haría feliz, que me aliviaría. Sin embargo, soy incapaz de sentir nada de eso viendo el rostro fúnebre de Tsubaki. Su hijo no se da cuenta. Natsuo todavía es demasiado joven para percibir y descifrar algunas de las emociones más ocultas del ser humano por mucho que se trate de su propia madre. A simple vista, parece estar bien. Seria pero bien. No obstante, esa calma es solo una fachada para protegerse y despreocupar a sus seres queridos, como la que dicen que usó cuando murió su marido.

—*Okāsan*, ¿y qué fue de ella?

—Lo último que supe de ella es que se casó con un hombre maravilloso y tuvo un hijo, pero me temo que no puedo ayudarle más, señor Hayashi. —Se dirige a mí—. Supongo que volvió a desaparecer.

Miro a Tsubaki fijamente a los ojos, pupila frente a pupila. Una densa atmósfera de nostalgia nos envuelve a los dos y nos aparta del resto del mundo. Ambos hemos formado parte de la vida de Hotaru. Ambos somos víctimas de una misma pérdida. Tuvimos que

aprender a despedirnos sin decir adiós. Sin quererlo, compartimos un vínculo, una especie de simbiosis inentendible para aquellos que viven a nuestro alrededor e, incluso, para mí. Vivo unido a ella desde el escalofrío que sentí esa mañana en el *genkan* de su casa cuando la conocí. Ahora mismo, tengo ganas de abrazarla con fuerza y llorar junto a ella. Es casi una necesidad que me nace desde la boca del estómago.

—Lamento el retraso. No encontraba las bebidas y las tenía justo delante. Definitivamente tengo que ponerme gafas.

La señora Ikeda nos interrumpe rompiendo el clima de la sala. Su hija comienza a recoger los cuencos vacíos y se los lleva a la cocina. Se tapa el rostro. No quiere que su madre se percate de lo que le ocurre. Ella sí que tiene la edad y la experiencia suficientes para saber que algo va mal con un mínimo gesto. Natsuo también se levanta, aunque yo lo detengo. Quiero ir a ayudarla personalmente. Insisto hasta que me dejan hacerlo.

Entro en la cocina chocando con la pequeña cortina *noren*[47] que cuelga del marco de la puerta. Tengo las manos ocupadas y no puedo apartarla. Tsubaki me confunde con su hijo y me da la orden de dejar los platos sobre la encimera. Solo se percata de que no soy Natsuo cuando estoy a centímetros de ella. No dice nada. Nadie dice nada.

El sonido del agua del grifo impactando contra el fregadero llena la estancia de forma imperturbable. La fuerte tormenta del exterior apenas puede ganarle la batalla con su relajante aunque monótono ruido. El goteo de la lluvia. El goteo del grifo. Venga de donde venga, al final, todo es agua que cae. De repente, oigo escapar un

leve sollozo de entre sus labios. Quizá es un suspiro de agotamiento o una exhalación de tristeza.

—¿Cree usted que ella es feliz? Hotaru, digo —pregunto. Tsubaki sigue fregando.

—No lo sé. Supongo que, a ratos, como todos, ¿no? —responde. Vuelve el silencio, aunque solo durante unos instantes—. Y usted, ¿es feliz?

—También a ratos.



NATSU[48]

25 de junio de 1998

Querida Hotaru:

No puedo dormir. Nunca imaginé que los veranos en Tokio fuesen tan sofocantes, incluso por la noche. Me siento como si estuviese buceando dentro de uno de los *onsen*[49] que había en el hostal en el que estuvimos en Kioto. ¿Te acuerdas? Jamás me olvidaré de la barriga de ese tipo, temblando con cada carcajada.

Te echo de menos. Sinceramente, creo que mi insomnio no se debe a las altas temperaturas, sino a la necesidad de quedarme despierto por la noche y disfrutar de la oscuridad y la quietud. Cuando me mudé, ya sabía que esto no iba a ser nuestro pueblo, pero tanto ruido y ajetreo me aturullan. Sin embargo, al caer el sol, me asomo a la ventana de mi apartamento y respiro profundamente mientras veo los pequeños destellos artificiales de las luces de las farolas de la calle y los carteles de los

negocios del barrio. Te parecerá una tontería, pero me recuerdan a las luciérnagas que veíamos de niños cerca del río.

Cuento los días para verte, mi pequeña luciérnaga.

SEIYA

1

21 de junio, primer día de verano.

El sol comienza a despuntar por el horizonte dotando al cielo de unos tonos malvas cada vez más claros. Hará buen día. La luz que se cuela por la ventana de mi habitación ya me lo dice. A lo mejor es mera creencia pueblerina o coincidencia, pero, desde que me mudé aquí, cada vez se me da mejor adivinar la previsión de cada jornada.

Me giro para mirar el despertador de mi mesilla de noche. Todavía es pronto para levantarse, aunque no tengo sueño. El calor del alba y su claridad me han desvelado por completo. Me doy la vuelta de nuevo y fijo la vista en el techo. Entonces, comienzo a planificarme el día. Siempre lo hago antes de irme a dormir, así que esto es un simple ejercicio de memoria para despertar las neuronas sin necesidad de café, pese a que sé que tendré que prepararme uno en cuanto ponga un pie en el suelo.

Entre pensamiento y pensamiento, me dirijo de forma inconsciente hasta una idea que me lleva rondando la cabeza desde hará semanas. Resucito la conversación que el doctor Matsumoto y yo tuvimos aquel día en Tokio. Repaso con cuidado cada palabra y cada pausa, intentando captar hasta el más mínimo detalle que vaya más allá de la comunicación puramente verbal. A pesar de que le hice caso sin apenas oponerme, aquel día no logré comprender su

empeño por que me mudara concretamente a este pueblo. Ahora creo que lo entiendo: quería que me encontrara con Natsuo.

Recuerdo una tarde, no hace mucho, la verdad. Si no estoy equivocado, hará un par de días. Natsuo me ayudaba a ordenar la documentación que necesitaba para completar un artículo en el que estoy trabajando para mis colegas de la Universidad de Hokkaidō. Cada vez me asombra más su inteligencia y su gran capacidad resolutiva. Dicen que esta clase de cualidades se heredan de la madre. En este caso, aunque no tenga la certeza absoluta, puedo decir que es completamente cierto. Todo aquel que conoce a Tsubaki dice que siempre ha sido muy lista, aunque con mala suerte. Sin embargo, Natsuo parece vivir ajeno a cualquier superstición. En fin, su teléfono sonó haciendo vibrar varias de las hojas que había esparcidas sobre la mesa. Él lo buscó y comprobó de quién era ese mensaje. Su sonrisa me hizo saber que era de una chica. «Quizá le gusta alguien —pensé—. Bueno, está en la edad».

—¿Algo interesante? —pregunté de forma curiosa.

—No, doctor Hayashi.

—Cuando tenía tu edad no había móviles, pero las expresiones humanas frente a alguien que nos hace feliz siempre han sido las mismas. —Reí—. Se trata de una chica, ¿no?

Sus carcajadas resonaron por las cuatro esquinas de la habitación. Yo, en cambio, lo miraba levantando las cejas con complicidad mientras esperaba que acabara.

—¿Ya está como mi madre? —respondió levemente avergonzado —. Es una chica, sí, pero creo que no es lo que usted se espera.

Sacó su teléfono y me mostró la fotografía de una preciosa niña de unos cuatro años. Sus ojos eran enormes y vivaces, similares a

los de Natsuo, aunque se veían más pequeños de lo normal por la amplia sonrisa de la cara, que transmitía la felicidad más absoluta. Las mejillas parecían dos melocotones rosas y las dos cortas coletas me recordaban a las de Hotaru cuando tenía su edad. Llevaba un peto de margaritas y un cubo repleto de cerezas.

—Me la acaba de enviar mi tía Ayame. Es su hija, mi prima, Momo.

—Es muy bonita.

—Es la niña más bonita del mundo —contestó con la voz rebosante de ilusión y orgullo— y muy lista. Le encanta ir al huerto con sus abuelos paternos cuando va a visitarlos a Yamagata. Se lo pasa en grande recogiendo fruta en verano.

—La jardinería os viene de familia por lo que veo —bromeé.

—Llamándonos así… —Siguió el chiste—. La verdad es que la quiero mucho. Es como mi hermana pequeña, por eso mi tía siempre me está enviando fotos de ella.

—¿Tus padres no quisieron tener más hijos? —pregunté con confianza.

—No fue porque no quisieron, sino porque no pudieron. —Su tono de voz se volvió triste y profundo en milésimas de segundo—. Cuando tenía más o menos la edad de Momo, les pedí a mis padres tener una hermana pequeña. —Sonrió con nostalgia—. Les pilló por sorpresa, pero aceptaron. Sin embargo, poco después, comencé a sufrir crisis respiratorias y ningún médico sabía diagnosticar lo que me pasaba. Así que decidieron centrar todos sus esfuerzos en curarme a mí antes de tener otro niño. —Tragó saliva de forma nerviosa. Su garganta estaba completamente seca—. Nunca me he llegado a perdonar por las veces que mis padres han tenido que

renunciar a algo por mi culpa. Sé que a mi padre le hubiese hecho el hombre más feliz del mundo tener una hija, pero no pudo ser y ahora él ya no está.

—Pero te tuvo a ti, Natsuo.

Respondí antes de que las lágrimas se le precipitaran por las mejillas. Era la primera vez que lo veía tan afectado, tan lejos de su casi permanente estado sonriente.

—Estoy seguro de que está muy orgulloso de ti.

No contestó con palabras, pero noté en su mirada un destello extraño que me produjo dolor de estómago. Leí en aquellas pupilas que dentro de él había algo que no se atrevía a verbalizar por miedo o por otro motivo similar. Permanecía con los labios semiabiertos, como si deseara confesármelo, pero le fuera imposible. Yo no quise forzarlo a que lo hiciera, aunque desde esa tarde me pregunto qué secreto puede guardar un chico de dieciséis años para aterrarlo de ese modo. ¿Tendrá algo que ver con la famosa mala suerte de su madre? ¿Con ese sentimiento de culpa que carga junto con su enfermedad? ¿Con la muerte de su padre? Mi cabeza hace cientos de cábalas a ciegas sin llegar a ninguna respuesta.

—Yo lo estaría si fueses mi hijo —añadí a modo de consuelo, con lo que se rompió el silencio que pesaba sobre nuestros hombros.

—Gracias, doctor Hayashi —musitó y prosiguió con el trabajo.

Me levanto y voy directo a la cocina a prepararme ese café que dije que no iba a necesitar antes de que la pesadez de los párpados se me propague por todo el cuerpo. Me embobo mirando las gotas marrones que caen cada vez más pausadas en la jarra de cristal,

desplegando un aroma que inunda la planta baja en cuestión de segundos. De repente, se me viene una idea a la cabeza.

Levanto la mirada buscando el reloj de pared que tenía cuando vivía en Tokio. Después de tantos meses, no me he acostumbrado a su ausencia. A continuación, me arrastro hasta la consulta, soplando la humeante taza que se ha calentado de más a causa del calor del ambiente. Allí sí que puedo ver la hora. Todavía es temprano, pero no para lo que quiero hacer. Me siento en la silla y busco en mi agenda un nombre. Luego, marco el número que aparece a continuación.

—¿Diga?

Una voz masculina me atiende al segundo tono. A pesar de que presenta rasgos de pertenecer a alguien que ya tiene una cierta edad, es clara y está llena de energía. No puedo evitar sonreír con nostalgia al escucharlo.

—¿Doctor Matsumoto? Soy Seiya Hayashi, ¿cómo está?

—¡Seiya! —Ríe—. ¡Has tardado mucho en llamarme!, ¿no crees?

—Entonces, sabe de lo que quiero hablarle…

—El caso Matsuda.

—Prefiero llamarlo Natsuo, si no le importa.

2

No ha dejado de llover en toda la noche. El ruido de las gotas cayendo sobre los tejados de las casas y el adoquinado de la calle se mezclaba con las vibraciones de las aspas del ventilador dando una falsa sensación de frescor que me ayudó a conciliar el sueño más rápido de lo que es normal para mí en estas fechas. Aun así, antes de que los párpados se rindieran al agotamiento de la jornada, me tomé unos minutos de silencio mirando el cielo. Diría que se ha convertido en una de mis costumbres favoritas desde que llegué aquí. Entonces, como siempre, comencé a hablar conmigo mismo de aquellos temas que no puedo tratar con nadie más.

El verano me resultaba una estación más agradable cuando era adolescente. Quizá fuese porque no tenía ocupaciones salvo ir al instituto, podía escaparme al riachuelo cuando quería, o porque siempre ha sido un sinónimo de Hotaru. Allá donde iba había algo que me recordaba a ella: a su fragancia, a su energía, a su esencia. Era la personificación de la paz que siente el ser humano un día de sol frente al mar. Era la luz del sol coloreando miles de pétalos de hortensias. Era un bocado de la sandía más dulce… ¡Mi Hotaru! Aunque ya no sé si puedo considerarla mía. Ella ha sabido seguir con su vida y no la culpo. A lo mejor mis sueños son el castigo por haberla tenido enterrada en mi memoria durante tantos años, por no

haberla buscado mejor. Tal vez no se fue, sino que yo no supe encontrarla y ahora lo único que me queda es la nostalgia, un barniz que realza incluso el recuerdo más banal.

Posiblemente, ha llegado la hora de que yo también siga con mi propia vida como lo ha hecho ella y volver a guardar nuestra historia en un lugar seguro e inalcanzable para cualquier tipo de corrupción. Sin embargo, lo que viví con ella fue tan bello y genuino que se me hace imposible continuar sin comparar el pasado con el presente. Sé que una parte de mí la buscará hasta el día que muera o pierda la noción de quién soy. Tomo una gran bocanada de aire y cierro los ojos hasta que caigo en un sueño profundo.

Me aferro al manillar de la bicicleta mientras esquivo los charcos que ha dejado la tormenta. A pesar de ser temprano todavía, el cielo está completamente despejado y la temperatura aumenta con cada vuelta de rueda. Según he visto esta mañana en las noticias, se avecina una ola de calor, algo que me preocupa como médico. Es cierto que la peor parte se la llevarán las grandes ciudades y el sur del país, pero en este pueblo hay mucha gente mayor. No quiero que mi consulta se convierta en un punto de encuentro de afectados por golpes de calor, bajones de tensión o deshidratación. Con mi madre quejándose de los sofocos y los bichos desde que se levanta hasta que se vuelve a la cama ya tengo suficiente.

Mi primera parada del día es en la verdulería del señor Mori. Ayer su mujer me encargó un preparado para la gastroenteritis de su hijo y se lo he traído para aliviarlo lo antes posible. Normalmente, no suelo cobrar los remedios naturales salvo si he tenido que utilizar

hierbas difíciles de encontrar o es un paciente difícil de tratar. No soporto a las personas maleducadas ni impertinentes. Sin embargo, siempre acabo recibiendo algo en agradecimiento, ya sea en metálico o en especias. En este caso, el señor Mori me ha dado quinientos yenes, agua fría para la cantimplora y una bolsa llena de calabacines. Cargo el regalo en la cesta delantera como puedo, me enrosco mi sombrero de paja y vuelvo a subirme a la bicicleta para seguir con la ruta de encargos y visitas a domicilio antes de encerrarme en la consulta.

Acabo antes de lo previsto, cosa que me alegra, ya que podré tomarme un descanso, aunque no creo que me retrase mucho. Aiko estará al caer y no quiero dejarla sola mucho tiempo, no es profesional. Aun así, elijo un camino más largo, el que bordea el centro. Se tarda más, pero es muy agradecido. Hay más árboles y está menos concurrido, por lo que puedo pasear con más libertad y sin temer ser atropellado por alguna camioneta o coche de reparto. A estas horas son los únicos vehículos que suelen verse por el pueblo. De pronto, noto una ligera brisa en la cara. Yendo a pie sería impensable sentir algún tipo de movimiento refrescante; ni siquiera las hojas de las ramas aguantan la pesadez de la humedad del ambiente, pero alguna ventaja debía tener el estar subido a una bicicleta desde las siete de la mañana, ¿no?

Repentinamente, un fugaz fundido a negro se apodera de mí obligándome a detenerme. No sé qué me ha pasado. Cierro los ojos intentando recobrar el equilibrio que se me escapa del cuerpo por momentos a la vez que me apoyo en lo primero que encuentro. Creo que es una farola. Al cabo de unos instantes, logro aguantar la mirada en un punto fijo: el suelo. Entonces, veo cómo la tierra del

camino se aparta hacia mi derecha como si fuese absorbida por una fuerza sobrenatural. El remolino de hojarasca y polvo captura mi atención hasta la base de unas escaleras de piedra irregulares que me parecían mucho más empinadas cuando era un niño.

Por lo que se ve, he llegado al templo de manera involuntaria. Por supuesto que sabía que estaba allí, pero admito que esa parada no estaba en mi agenda de hoy ni en la de mañana, ni siquiera en la del mes que viene. La verdad es que no lo he visitado desde que me despedí de la tumba de mi padre antes de irme a Tokio de forma definitiva, a pesar de las veces que he tomado este camino para ir a cualquier parte.

Me apeo de la bicicleta y la aparto de la carretera. Luego, subo un par de escalones y me quedo ensimismado mirando la parte alta. Justo en ese momento, el remolino de hojas vuelve a formarse a mis pies y comienza a levitar hasta entrar en el lugar sagrado, como si me invitara a seguirlo; no obstante, no puedo hacerlo. La culpabilidad y la vergüenza me paralizan a dar un paso más. «Lo siento, *otōsan*», musito antes de quitarme el sombrero y hacer una reverencia delante de la escalinata. Cierro los ojos y permanezco en esa postura mientras reflexiono en silencio sobre aquello de lo que me arrepiento, esperando ser escuchado por los dioses y, sobre todo, por mi padre.

—¿Vamos a estar mucho rato más así?

Despierto del trance al escuchar una voz masculina y ronca a escasos centímetros de mí. El corazón me late a mil por hora. Lo primero que pienso es que ha sido producto de mi imaginación o por los estragos de la deshidratación, hasta que, sin esperarlo, noto el

peso de una mano en el hombro. De nuevo, el paisaje pasa a ser otro fundido a negro.

—Es usted el primer hombre de esta estatura al que veo desmayarse —comenta el señor Takahashi mientras me abanica con mi sombrero.

Entrecierro los ojos para enfocar su silueta a la vez que trato de incorporarme, pero un fuerte dolor en las lumbares me impide moverme con facilidad. Además, siento un cuerpo extraño en la cabeza que me desequilibra. Alzo el brazo para intentar averiguar qué es.

—No hay nada como un buen *kasa* de toda la vida para librarse del sol y de la lluvia, o de lo que sea. —Se ríe al percibir mi confusión—. Minako-chan me compró un sombrero como el de usted, pero yo con esto nunca me he mareado, ni mi padre ni mi abuelo ni mi bisabuelo…

—¡No me he mareado! —replico orgulloso.

—¿Ah, no? ¿Y por qué se ha caído de culo?

Logro sentarme recto a pesar de las molestias y lo miro. El hombre está a la espera de una respuesta que satisfaga su curiosidad, aunque, ahora que lo pienso, el golpe de calor es una excusa mucho menos bochornosa que la pura realidad. Aprieto los labios y agito la mano de un lado a otro para que se olvide, pero él insiste propinándome pequeños golpes en el brazo para que le haga caso. Suspiro con cansancio y me froto la nuca, húmeda por el agua que me ha echado el señor Takahashi para aliviarme, antes de hablar.

—Le he confundido con mi padre —confieso avergonzado—. Estaba muy concentrado disculpándome con él por no haberlo visitado y cuando le he escuchado… En fin, sé que es una locura. Yo también debería llevar un *kasa* cuando me exponga al sol, tiene razón.

—Ya lo visito yo por usted y sé que no se lo tiene en cuenta —responde captando mi atención—. Hiro y Shōtarō eran muy amigos, era como un hermano mayor para mi hijo y ahora descansan a un par de metros el uno del otro. Hoy, justamente, es el cumpleaños de Shōtarō. Les he puesto un vaso de sake a cada uno para que puedan brindar y celebrarlo. Espero que no se lo beba ningún gato… —bromea y me hace reír, aunque puedo ver el dolor en su rostro.

Siempre he considerado al señor Takahashi como un hombre optimista y despreocupado. Su esposa lo describe como «un crío encerrado en un cuerpo de un hombre de setenta y pico años», a lo que él protesta: «No tan *y pico*, ¡eh!». No obstante, acabo de conocer una cara de él que sabía que existía, pero que su naturaleza jovial me ha hecho ignorar hasta ahora. La pérdida de un hijo es uno de los duelos más difíciles para el ser humano. Se dice, incluso, que es antinatural, y es verdad. ¿Acaso una flor sobrevive a su fruto? No, antes se marchita. Al parecer, las fuerzas superiores o el destino han dejado este tipo de crueldad a las personas y no sé si merece la pena preguntarnos el porqué, ya que no hay respuesta.

Apoyo los codos en las rodillas y fijo la mirada en el horizonte. Él se pone mi sombrero y, a continuación, hace lo mismo que yo. Me percato de ello por el rabillo del ojo y reprimo una sonrisa de ternura, aunque la borro en cuanto se me pasa una duda por la mente: ¿dónde está la señora Takahashi? Me extraña que no haya

venido con su marido a visitar la tumba de su hijo el día de su cumpleaños. Quizá se haya quedado en casa rindiéndole culto, pero tampoco recuerdo haber visto ningún altar en ninguna de mis visitas. Es más, la única información que tengo de la existencia de Shōtarō me la ha dado el señor Takahashi y siempre ha sido cuando su mujer no estaba.

Perdido en mis cavilaciones, frunzo el ceño y me encojo, por lo que quedo escondido debajo de la cúpula de bambú. Estoy a oscuras, pero no me doy ni cuenta de ello hasta que alguien me golpea justo en la coronilla

—¡Ay!

—Parece un *jizō.*[50] —El anciano comienza a carcajearse—. A ver, ¿en qué está pensando?

—¿Yo? En nada —miento. No quiero importunarle.

—Va. No puede estar ahora con remilgos después de haberme oído discutir con mi mujer. Suéltelo.

—¿Por qué no ha venido su esposa con usted?

Ahora el que resopla es él. Sabía que mi curiosidad iba a incomodarlo, pero solo he obedecido a su petición. El señor Takahashi se frota la cara como si así se despojara de la pesadumbre que se ha apoderado de él en cuanto ha escuchado mi pregunta. Acto seguido, comienza a removerse. Yo lo observo sin saber qué hacer ni qué decirle hasta que intenta levantarse. Entonces, inicio una disculpa que se ve silenciada repentinamente por un silbido. El hombre alza la palma de la mano derecha y me dice que me espere. Luego, busca en el interior de su *jinbei*[51] un papel y me lo da.

La hoja de papel parece que lleva una vida entera entre los ropajes del anciano por su grosor, las múltiples dobleces, el enroscamiento de las puntas, su color amarillento… Lo abro con cuidado de no romperlo y comienzo a leer lo que parece ser una explicación hecha a mano y con palabras llanas de un término médico que conozco, pero del que apenas sé nada, ya que no es mi especialidad: amnesia disociativa.

—Minako-chan no sabe que un día tuvo un hijo —explica con voz temblorosa—. Al poco de morir Shōtarō, ella enfermó. Ningún médico sabía lo que le pasaba, solo que tenía mucha fiebre y deliraba. Perdió la cabeza. Confundía a cada chico joven que se acercaba a nosotros, médico o estudiante, con nuestro hijo. Incluso su padre tuvo que dejar de visitarnos porque, para mi mujer, era él. Hasta que, un día, su recuerdo se fue, al igual que su dolor. Creo que Shōtarō prefirió desaparecer de su vida para salvarla.

—Entonces, ¿su mujer no sabría reconocer a Shōtarō si lo viera en una foto, por ejemplo?

—No lo sé —suspira. A continuación, se enjuga una lágrima con la manga antes de que esta llegue a la barbilla—. Como bien pone en la carta, es algo muy selectivo —pronuncia con dificultad—. Hay cosas que van volviendo poco a poco, sin ningún tipo de orden, y otras se borran por completo, como si jamás hubieran existido. En su día, los médicos me dijeron que hay medicación y distintas terapias que pueden hacer que desbloquee todos sus recuerdos, pero siempre he tenido miedo. Confieso que, cuando vi por primera vez al nieto de la señora Ikeda en mi casa, temí que se removiera algo en ella que la perturbara, pero todo lo contrario: la hace muy feliz estar con él.

—Señor Takahashi, perdóneme, pero ¿no cree que Minako tiene derecho a recuperar el recuerdo de su hijo?

—¿De qué sirve recuperar un recuerdo que solo te va a traer dolor? —me pregunta mirándome fijamente. No contesto, ya que llevo mucho tiempo reflexionando sobre ello—. Señor Hayashi, ¿cuánto tiempo de vida cree que nos queda? Sé que es una decisión egoísta por mi parte, pero también sé que no podría soportar volver a esa rutina de hospitales, de consulta en consulta, y al final ¿para qué? Shōtarō no está ni nadie nos lo va a traer. Solo quiero que mi Minako viva lo más tranquila posible. Ya habrá un día en que los tres volvamos a estar juntos, ¿no? O, por lo menos, sé que ella estará con él.

Las cigarras cantan llenando el silencio que se cierne entre nosotros. Tanto él como yo hemos vuelto a nuestra posición de estatua decorativa: rodillas flexionadas, brazos encogidos y vista al frente. Ni siquiera sé describir la expresión de mi cara porque la tensión de la conversación perdura todavía en mis músculos haciendo que no pueda controlarlos del todo. Pese a mi opinión como médico, puedo comprender los motivos que llevaron al señor Takahashi a tomar esa decisión. Los sucesos traumáticos pueden afectar a las personas de forma muy distinta y, cuando amas a alguien, lo último que quieres es verlo pasar otra vez por aquello que lo hizo sufrir tanto. Ahora entiendo por qué el señor Takahashi siempre camina despacio y con las manos en la espalda: carga con demasiados secretos sobre ella.

De pronto, escuchamos el timbre de una bicicleta que nos despierta a ambos de nuestro ensueño. Giramos ligeramente la

cabeza hacia la izquierda de forma sincronizada esperando averiguar quién se acerca, aunque, al vislumbrar el manillar blanco y azul, vuelvo a esconderme bajo el sombrero de bambú.

—¡Tsuba-chan! —saluda el anciano con alegría.

—¡Que no me llame así!

Me aguanto la risa que me produce la voz quejosa de Tsubaki. Jamás la había oído usar un registro tan infantil y enfadica y, a la vez, tan adorable. No me reconoce. Bueno, en realidad esa es mi intención. Todavía me perdura el mal sabor de boca de la charla con el señor Takahashi como para seguir metiendo la pata con ella. Comienza a hablar con él de forma distendida obviando mi presencia. Lo único que puedo ver son sus pies. Se mueven al compás de las bromas y las risas que comparte con su vecino, como los de una niña pequeña repleta de ilusión. Es la primera vez que percibo una actitud tan risueña en ella.

—¿Traes pasteles a tu padre y a tu amigo? Podrías darme uno —pregunta el señor Takahashi.

—No, hoy no. Hace mucho calor y el chocolate se echaría a perder. Solo me he parado para saludarle a usted.

—Eres un encanto. Porque tengo a Minako y cuarenta años de más que me pesan, que si no…

—¡Uy! Me voy a chivar a Minako. —Se ríe—. En fin, me marcho ya. Que tenga buen día y… —carraspea— su meditabundo acompañante, también.

Me espero uno segundos hasta que apenas oigo el sonido de su bicicleta para quitarme el *kasa*. Entonces, anclo mi mirada en el vaivén de su pedaleo mientras sonrío de forma torcida.

Inesperadamente, una carcajada me sobresalta haciendo que casi me caiga del escalón. Me giro y me encuentro al señor Takahashi con las piernas estiradas y abanicándose con la mano por el sofoco que le está provocando su propia risa. De repente, se levanta, baja las escaleras y se planta frente a mí en el camino.

—Lo que yo decía: no hay nada como un buen *kasa* para librarse del sol, de la lluvia… o de las mujeres, aunque esa es demasiado lista para usted, muchacho —comenta burlón.

Toso ruborizado mientras el hombre se despide risueño y con mi sombrero en la cabeza.

Un nuevo remolino de hojas y tierra se vuelve a formar entre mis pies y se enfila hasta la entrada del templo. En este caso, decido seguirlo. Creo que hay llamadas que no deben ignorarse.

3

Natsuo ha venido a hacerse un examen rutinario. Tras la temporada de alergias, quería asegurarme de que su capacidad pulmonar no se había resentido de ningún modo. Además, de esta forma también puedo llevar un control más exhaustivo de la naturaleza de sus crisis respiratorias y las posibles causas. En la llamada con el doctor Matsumoto, me comentó que, a pesar de compartir enfermedad, había varias diferencias entre mi diagnóstico y el suyo que, según él, podrían deberse a la edad, a una evolución genética de la dolencia o a los cuidados naturales que ha tenido desde pequeño. Este último dato me llamó la atención.

En cuanto su nieto comenzó a rebotar por distintos especialistas sin ninguna respuesta favorable ni concreta, la señora Ikeda, a escondidas de Tsubaki, empezó a frecuentar la casa del doctor Matsumoto para preguntarle sobre medicina tradicional. Él mismo la ayudó a buscar información sobre plantas y remedios ancestrales para aliviar y fortalecer la salud del crío ante las negativas y dudas de los médicos. La verdad es que el adolescente goza de una capacidad pulmonar extraordinaria y no suele enfermar a pesar de la crudeza de la meteorología de la zona en la que vivimos, por lo que creo que su abuela hizo un trabajo excepcional que a ninguno de nosotros se nos pasó por la cabeza.

—Natsuo-kun, ¿podrías alcanzarme esas cajas de paracetamol?

—¡Claro, señorita Tanaka!

El chico se levanta de la camilla y alarga el brazo sin hacer apenas esfuerzo. Aiko sonríe y le agradece su ayuda mostrando su simpatía innata.

—Creo que has crecido unos centímetros desde el último examen, ¿sabes? —comenta ella, poniéndose de puntillas—. Es eso o que yo cada vez soy más bajita.

Ambos ríen con complicidad mientras los observo. Se asemejan mucho psicológicamente: son risueños, amables, cariñosos y muy educados. Aun así, debo decir que Natsuo, a pesar de ser ocho años menor que ella, es mucho más maduro y menos manipulable. De pronto, un pensamiento me asalta: ¿y si son más afines entre ellos que Aiko y yo? Sinceramente, no me extrañaría, aunque lo más sorprendente es que me lo pregunto sin sentir ni siquiera un ápice de celos ni de enfado, sino todo lo contrario.

—¿Te puedo preguntar algo, Natsuo-kun? —Aiko y él continúan conversando mientras lo pesa y lo mide—. ¿Por qué te pusieron Natsuo si naciste en primavera? ¿No deberían haberte llamado Haruo?

La pregunta de Aiko, *a priori*, parece una estupidez, pero no puedo negar que me llama la atención la respuesta. Yo también lo he pensado en alguna ocasión. El adolescente se ríe. No es la primera vez que le preguntan eso.

—Mi abuela quiso ponerme Kyo, escrito como «albaricoque», o Haruki, porque nací en primavera, pero mi madre se opuso a su tradición de elegir nombres de flores y, como fui engendrado en verano, eligió Natsuo —cuenta con confianza y comodidad—.

Además, siempre ha dicho que era su estación favorita de pequeña. Para ella era sinónimo de libertad y vitalidad. Recuerdo que me contaba que se iba a buscar escarabajos, plantas o cualquier cosa al bosque en cuanto empezaba a hacer bueno y que no volvía a casa hasta el atardecer.

El verano también era la estación favorita de Hotaru cuando era una niña. Lo recuerdo muy bien porque yo mismo se lo pregunté. Luego la cambió por el otoño. «Es la estación del *momiji*,[52] la de los dulces de castaña y la de tu cumpleaños», me explicó mientras se pintaba los labios con el sirope de fresa de su *kakigōri*.[53] Tendría unos doce años por aquel entonces. Yo la miré curioso, embobándome en el cono de cartón de colores lleno de hielo picado que brillaba como perlas a la luz del sol. No entendí el motivo de ese cambio de parecer tan repentino, especialmente, sabiendo que su cumpleaños era a finales de verano, pero ella era así. Siempre ponía los intereses de los demás por delante de los suyos o, al menos, eso hacía con los míos.

Cae la noche; sin embargo, el calor es el mismo. El canto de los grillos ha silenciado al de las cigarras y adorna el paisaje con una melodía más dulce, aunque igual de monótona. Miro la luna, sentado en el pequeño porche que da al jardín. Su brillo todavía es muy tenue, como el de las estrellas, pero siento cómo la paz de su luz me recorre todo el cuerpo.

—Te he preparado un poco de té.

Aiko se sienta junto a mí en el escalón de madera. Se quedará a cenar con nosotros, como casi todas las noches desde hará un mes

más o menos. Al ser verano, la oscuridad le resulta menos amenazante y aprovecha el máximo de tiempo libre para estar conmigo. Se lo agradezco, aunque me pregunto si no tendrá otras cosas mejores que hacer que contemplar cómo leo o cómo escribo, o servirme té tras la jornada laboral. Es joven. ¿No quiere hacer nada más aparte de atenderme? Aunque, conociendo a su madre, puedo imaginarme por qué le parece más grata mi compañía que volver a su casa.

Noto sus ojos sobre la piel. Sigo con la mirada en el cielo, pero puedo percibir la incisión de sus pupilas observándome en silencio. No sé si espera algo de mí. Debo admitir que, a veces, se me hace muy complicado descifrar algunos de sus gestos. ¿Querrá decirme algo?

La miro de reojo sin cambiar mi posición hasta que, por fin, se lo pregunto directamente. Aun no teniéndola frente a mí, puedo adivinar la expresión de su rostro: vista y barbilla al suelo y mejillas sonrojadas de la vergüenza. Giro la cabeza hacia ella y sonrío. He acertado.

—Natsuo-kun es un chico peculiar, ¿no crees? —comenta de la nada.

—¿En qué sentido?

—En todos. Incluso su nombre tiene una historia peculiar. —Se ríe de forma divertida—. Es noble e inteligente. Me cae muy bien, aunque a tu madre no mucho.

—Lo sé… —respondo con pesadez—. Mi madre también es bastante peculiar en todos los sentidos.

—Creo que es porque lo tratas como si fuese tu hijo.

—¿Y eso te molesta? —pregunto.

Aiko me responde abrazando sus rodillas y negando con la cabeza.

—A mí no. A mí me molestaría que no lo trataras como tal cuando ambos sois tan iguales, pero supongo que a tu madre no le hace gracia que te centres en los hijos de otras mujeres en lugar de tener el tuyo propio. Y más, sabiendo cómo es.

—¿Cómo es?

—Pues como la mía: un par de señoras cotillas y controladoras. —Ambos explotamos a reír a carcajadas—. Aunque, por otra parte, la entiendo. —Suspira.

Su rostro ha palidecido en milésimas de segundo y deja una estela de tristeza que ha borrado la alegría de hace unos instantes.

—Seiya, el día que volvíamos del riachuelo me di cuenta de la forma en que mirabas a la señora Matsuda. No te fijaste en ella como cualquier otro hombre del pueblo, algo que me habría parecido incluso normal, a pesar de que habría sentido celos. Reconozco que es una mujer muy hermosa y atractiva. Sin embargo, lo que vi en tus ojos me aterrorizó.

—No te entiendo. ¿Qué viste?

—Admiración absoluta —contesta. A continuación, traga saliva intentando no perder la serenidad—. Sabes que siempre te he dicho que me encantaría saber qué se te pasa por la cabeza cuando, de repente, te evades de la realidad, del aquí y el ahora. Esa tarde lo supe, porque la miraste con la misma cara que pones cuando te pierdes en tu mundo sin contar con nadie.

No sé qué responder. La verdad, nunca me he parado a pensar en qué siento por la señora Matsuda ni en cómo la veo. Es cierto que, para mí, no es una vecina más e, incluso, ha habido momentos en los que he dejado de concebirla como la madre de Natsuo para

otorgarle su propio rol, alguien autónomo e independiente en mi subconsciente. Aun así, jamás me lo he preguntado. Quizá es porque no he visto la necesidad de hacerlo o porque la relación que mantenemos es muy difícil de describir con palabras maniqueas como «buena» o «mala». Es más, no la he vuelto a ver desde esa mañana en el camino del cementerio y de aquello ya han pasado varios días.

—Aiko, no tengo nada con la señora Matsuda —confieso.

—Y lo sé bien. —Fuerza una sonrisa de despreocupación—. Pero tu madre cree que, tratando tanto con Natsuo, al final, te irás con ella. Y yo… —titubea. No está segura de si debe o no continuar la frase—. Yo también lo creo. En fin, será mejor que me vaya.

—Aiko… —balbuceo atónito.

—No te sientas mal, Seiya. —Aparta sus ojos de mí sin dejar de aparentar serenidad y seguridad—. Ambos sabíamos que lo nuestro no dependía de nosotros. Además, solo estoy haciendo lo que quiero hacer. En eso quedamos, ¿no?

Se desliza hasta mí y me deja un pequeño beso en los labios antes de levantarse y abandonarme tanto en el sentido más estricto y espacial de la palabra como en el sentimental. Lo único que queda de ella es el calor que desprenden de forma fugaz los listones oscuros donde ha estado sentada.

Como si me hubiese acabado de despertar de un hechizo, rápidamente me ofrezco a llevarla a casa. Es lo único que se me ocurre decirle tras esta conversación. Ella, en cambio, se niega. Ha llamado ya a su padre para que la recoja, excusándose en que yo tenía mucho trabajo todavía.

Es irónico, pero el primer gesto de amor en el que ella ha tomado la iniciativa ha sido una despedida, un acto del amor más puro: el propio. Estoy completamente desconcertado, pero, a la vez, nunca la he admirado tanto como en este momento. Experimento un batiburrillo de sentimientos que no me atrevo a describir, pero que, interiormente, me hace sentir aliviado y anhelante de la libertad que desprende su discurso. Hasta que no lo he escuchado, no me he dado cuenta de que estoy perdiendo la capacidad de decidir por mí mismo. Me he centrado tanto en aspectos triviales que creía fundamentales que he dejado lo más importante en manos ajenas a mi voluntad sin ni siquiera darme cuenta. «Solo estoy haciendo lo que quiero hacer». Sus palabras se me graban en el cerebro como si las hubiese escrito en tinta sobre un papel. Van filtrándose poco a poco hasta impregnar cada uno de los recovecos de mi ser.

Me pregunto cuánto tiempo llevaba Aiko pensando lo que me ha dicho esta noche; cuántas dudas se habrá planteado sola, en silencio, escondiendo lo que sentía tras una sonrisa de cordialidad y alegría. Me ha demostrado que ya no es la chiquilla que entró a trabajar aquí hará seis meses. Me ha demostrado que ya no es la misma persona que quería casarse a toda costa conmigo, confundiendo la atracción y la obnubilación que conlleva el amor. Me ha demostrado, incluso, que ni mi madre ni la suya tienen el poder suficiente sobre ella para gobernar su vida como lo habían estado haciendo hasta ahora y como todavía siguen pretendiendo hacer conmigo. Ha sido la primera en darse cuenta de algo que ni yo mismo sabía con certeza: no la amo y nunca lo he hecho.

4

Las chicharras llevan un par de días silenciadas por el rumor de la lluvia. *Shhh*… Un susurro ensordecedor se apodera de mis oídos. A pesar de la violencia con la que cae el agua, su sonido me transporta a un estado de sosiego difícilmente descriptible por muchas palabras que use. Miro el goteo del canalón del tejado. Me embobo siguiendo su ritmo militar. El tiempo entre la caída de una gota y la formación de otra es casi exacto, de tres segundos concretamente. Los cuentos mentalmente, moviendo los labios sin articular sonido alguno.

Los chaparrones son intermitentes pero intensos. La luz blanquecina que se proyecta entre las nubes dota al paisaje de unos colores apagados muy peculiares. El verdor de la copa de los árboles resalta sobre las vetas grisáceas del cielo, aunque en un tono más profundo y oscuro de lo normal para esta época. Se asemeja a la menta. Si no fuera por las elevadas temperaturas y la humedad, esta imagen que estoy presenciando me parecería una manera muy grata de descansar, aunque fuese durante unos instantes, del sofocante junio que estamos viviendo.

«¡Hay que ver!». La voz del señor Takahashi llama mi atención. Vuelvo la vista hacia el tablero de *shōgi*[54]que hay entre Natsuo y él en el suelo del *engawa*. Le ha ganado casi sin enterarse.

—Siempre se ha dicho que la experiencia es una forma de inteligencia, pero tu cerebro, chico… Tu cerebro va más allá —comenta antes de darle un sorbo a su taza de té. Natsuo, en cambio, sonríe avergonzado, recogiendo las piezas con cuidado.

—Seguro que ha sido mera suerte de principiante, señor Takahashi.

—No, no lo creo. Eres tan listo como un ratón. Tu madre también es muy lista, aunque…

—Aunque es mejor estar callado si sabemos que podemos hacer daño con nuestras palabras.

La señora Takahashi interrumpe a su marido justo a tiempo. Nos trae la tarta que les ha regalado Natsuo de parte de su abuela. Todos sabemos cómo termina esa frase, incluido el adolescente, que sonríe de forma divertida al ver a la anciana. Se arrodilla a nuestro lado y nos sirve un trozo a cada uno. El del señor Takahashi es el más pequeño, pero no se queja. No se atreve a hacerlo estando yo delante. El de Natsuo, por el contrario, es el más grande de los tres.

Las múltiples visitas que les hemos hecho desde que empezó la primavera y hay más horas de luz han provocado que el matrimonio vea al muchacho como si fuese su propio nieto a pesar de la tragedia que esconden. Cada vez que venimos, lo miman y le dedican la máxima atención posible. Han añadido a la lista de la compra productos que hacía mucho tiempo que no entraban en esa casa: refrescos, dulces, sus galletas favoritas… Sus rostros permanecen iluminados todo el tiempo que pasamos allí mientras él les explica cómo le van las cosas en el instituto, a qué se querrá dedicar o cualquier otra cosa que se le pase por la mente y que quiera compartir con ellos. Cada vez estoy más convencido de que el

señor Takahashi hizo bien en no remover el pasado, aunque me pregunto si habrá un día en el que su mujer se despierte y se encuentre en medio de una pesadilla de la que no pueda salir. Esas cosas pasan. Eso fue lo que me ocurrió a mí y el precio de mi curiosidad está siendo mi propia vida.

Observo en silencio sin querer perderme ni un solo detalle de lo que sucede a mi alrededor. La felicidad que irradian los tres cuando están juntos, especialmente la señora Takahashi, me invade todo el cuerpo de manera gratificante, hinchándome el pecho de un sentimiento muy semejante al orgullo paterno.

—Minako-chan, ¿por qué no nos traes algo más fuerte que el té? —pregunta repentinamente el señor Takahashi.

—Porque tus últimos análisis no han salido del todo bien. Seguro que el doctor Hayashi cree que el té es lo que más te conviene.

—Pero si no es para mí: es para él. ¡Mira la cara de sepia que tiene!

Natsuo nasaliza una carcajada al escuchar el símil con el que me ha comparado. Yo, en cambio, abro los ojos con sorpresa y, acto seguido, me encuentro con los de su esposa. Esta sonríe tímidamente y se levanta para ir a por una botella de licor que tiene escondida en la despensa donde guarda la comida para casos de emergencia.

Ha dejado de llover hace un rato y hemos aprovechado para irnos de la casa de los Takahashi antes de que la tormenta volviera a aislarnos. Natsuo lleva consigo dos paquetes de galletas y una cesta llena de verdura para su abuela en agradecimiento por el pastel.

A pesar de que es un chico fuerte, se le resiste tal cantidad de regalos y me ofrezco a ayudarle antes de que los tomates acaben rodando colina abajo.

—Así que, aunque ya no están juntos, ¿siguen manteniendo el compromiso? —me pregunta Natsuo tras asegurarse de que nadie nos escucha mientras bajamos el camino hacia el pueblo

Asiento con la cabeza sin quitar la vista del suelo. En realidad, no me siento mal por mi ruptura con Aiko, y menos viendo la forma en la que se produjo. Aun así, me es inevitable no experimentar cierta culpa y preguntarme cosas como si le he hecho perder el tiempo o si solo hace ver que no está afectada por mi bien. De pronto, oigo una pequeña murmuración que procede del interior del chico.

—Pero tranquilo, Natsuo. Solo lo mantendremos de cara a la gente hasta que ella pueda emanciparse. Por lo demás, está libre —bromeo en tono jocoso para romper la tensión.

Sus mejillas toman rápidamente un tono rojo brillante. Parecen dos tomates bien jugosos.

—¿Qué dice? —Se le escapa un gallo del susto que me hace reír a carcajadas—. Doctor Hayashi, lo único que siento por la señorita Tanaka es admiración y respeto. Jamás se me ocurriría fijarme en ella de ese modo. ¡Si solo soy un mocoso de instituto!

—¿Y qué? En menos de dos años serás mayor de edad. Además, muchas mujeres prefieren a alguien más joven que ellas.

—¡Doctor Hayashi! —exclama y se une a mi risa, aunque solo por unos instantes—. Creo que mantener el compromiso es lo mejor para proteger a la señorita Tanaka en un pueblo como este.

Miro a Natsuo con cierto asombro. Su voz se ha vuelto más grave y seria que hace unos instantes. Está hablando desde esa parte de

él que ya ha madurado y se encamina hacia la vida adulta. Me quedo en silencio durante unos segundos reflexionando sobre lo que acaba de decir. Luego, le pregunto por qué lo ha dicho. Me interesa saber su opinión.

—Mi madre siempre ha dicho que Japón no es un país para mujeres solteras y, con el tiempo, me voy dando cuenta de que tiene razón. Si lo piensa, aunque parezcan estar solas o ser independientes, la sombra del hombre todavía aparece siempre por alguna parte, hasta tal punto de que algunas se ven obligadas a utilizarla a modo de protección de su propia autonomía.

—Ponme un ejemplo.

—Pues, no sé… —Resopla—. El primero que se me ocurre no se lo puedo contar, pero sí el segundo. Mi abuelo trabajaba en una pesquera y había semanas en las que no aparecía por casa. Mi tía Ayame solía decirme que, durante esos días, mi abuela lavaba la ropa de mi abuelo a pesar de que no estaba para que nadie del barrio supiera que en aquella casa había tres mujeres solas. Aunque esta estrategia no siempre funciona —continúa. Noto rabia en su forma de hablar, un sentimiento que aún no había visto en él—. Desde que vinimos aquí, mi madre se ha convertido en una especie de fetiche para más de uno. Por la pastelería han pasado más moscardones que clientes para hacerle proposiciones que me abochornan; incluso han llegado a asaltar el jardín de mi casa para conseguir algo suyo cuando sabían que yo estaba en el instituto. ¿Sabe cuántos escobazos ha tenido que propinar en el último año mi abuela? Es repugnante…

Vuelvo a guardar silencio, ya que me he quedado sin palabras al escucharlo. *A priori*, pueden parecer simples anécdotas

desafortunadas y aisladas, pero lo cierto es que, desde que mi padre falleció, mi ropa siempre ha estado la primera en el tendedero.

Nunca me he parado a pensar conscientemente en ello. He normalizado las técnicas de protección de las mujeres de mi entorno sin analizar el motivo que las lleva a actuar así. De repente, se me vienen a la cabeza Naoko, Aiko y Tsubaki. Las tres a la vez. Juntas. Cada una de ellas es distinta a la otra, con sus rarezas, sus defectos y sus virtudes. No obstante, todas comparten algo: son mujeres jóvenes y solteras en una sociedad que le concede al hombre un peso desproporcionado que no le corresponde.

Seguimos caminando monte abajo. Cambiamos de tema para aliviar nuestras conciencias a pesar de que es un simple parche para ocultar aquello que guardamos bajo la piel. Luego, nuestros caminos se separan con frases hechas bien intencionadas y cordiales, aunque sin salir de lo meramente convencional. Las luces del atardecer se difuminan entre las nubes pintando el horizonte de un naranja sucio y desgastado mientras la oscuridad va ganando cada vez más terreno. Esta noche tampoco habrá estrellas.

5

No suelo entrar en la habitación de mis padres a no ser que sea por causa de fuerza mayor. A pesar de que han pasado casi veinticinco años, todavía no concibo no ver a mi padre entre aquellas cuatro paredes de color ocre. Antes eran más claras, diría que beis, pero el paso del tiempo las ha ido oscureciendo, al igual que las vigas de madera. El tatami también ha cambiado de color. Recuerdo que de pequeño jugaba a imaginarme que era un campo de arroz de lo verde que estaba. Ahora, solo podría compararlo con una plantación de cebada bajo el sol. Es casi tan amarillo como las paredes. Un fin de semana de estos lo cambiaré.

Busco un libro de recetas para Aiko. Un día dijo que le gustaría aprender a hacer *melonpan*,[55] como el que solía preparar mi madre cuando yo era pequeño. Le hablé tanto de él que se encaprichó. Ella le respondió que lo sacó de un recetario muy antiguo que le regalaron de joven y que apenas se acordaba de memoria. No es un postre muy complicado, pero llevo un par de días buscando el dichoso libro para dejárselo y no doy con él.

—Hum… No, no está en la estantería. —Recordó ella al verme subido en la banqueta de la cocina para llegar a los estantes más altos cómodamente—. Me parece que no me lo llevé a Tokio cuando

nos mudamos, así que estará en mi dormitorio, pero no estoy segura.

Hoy no está en casa. Ha salido a hacer unos recados y, después, visitará a alguna de sus amigas. Es lo que suele hacer cuando se pone el perfume de jazmín que le regalé por su cincuenta cumpleaños y su *yukata* púrpura. Este es uno de los más caros que tiene. Le gusta que la gente le dedique halagos y se pare a mirarla cuando pasa. Dice que una mujer, sobre todo a su edad, debe mantener siempre un aspecto impecable y elegante; que nadie pueda echarle nunca en cara que no se preocupa por la impresión que pueda dar ni tampoco adivinar el dinero que hay en su cuenta. Yo, en cambio, jamás le he prestado mucha atención a ese tipo de cosas. Todo el mundo tiene una opinión y debería ser libre de dártela, mentirte o guardársela para sí.

Abro los armarios del dormitorio e intento memorizar el sitio exacto donde está cada cosa. Mi madre es una persona muy celosa de su intimidad. Si no hubiese sido por mi padre, creo que jamás habría tenido la oportunidad de pisar esta estancia ni una sola vez en mi vida; por eso mismo, desde que él falta, esta puerta siempre permanece cerrada. Muevo las primeras cajas y las apoyo en el suelo. Saco poco a poco los kimonos, *obi* y otros enseres que guarda ahí dentro para ver si el libro se encuentra en alguna parte. No, no aparece.

Tras volver a revisar un par de veces más por donde ya he mirado, decido subirme yo mismo al estante superior para comprobar que el dichoso libro no se haya quedado por allí escondido. Me meto agazapado, alumbrándome con la pequeña linterna que utilizo en las consultas. Es la que tenía más a mano. Me deslizo torpemente, sin

poder moverme demasiado. Entonces, me doy cuenta de tres cosas: que estos pantalones no tienen el mejor tiro para meterse a rebuscar en armarios, que debería haberme tapado la boca y la nariz con una mascarilla, y que soy demasiado alto y demasiado mayor para hacer estas cosas. En momentos así, envidio la elasticidad y el tamaño de Aiko y la juventud de Natsuo.

Apunto el único foco de luz hacia cada una de las esquinas. No veo nada que me interese salvo polvo y alguna que otra telaraña abandonada. Si no salgo rápidamente de aquí, es probable que muera por asfixia. A continuación, vuelvo a colocar todo y comienzo a examinar mi alrededor preguntándome dónde puede estar. En el segundo armario lo único que hay son futones y mantas, así que no me quedan muchos más lugares en los que buscar.

De repente, un destello procedente del fondo del cuarto me ciega durante unos segundos. Poso los ojos sobre un tocador oscuro, aunque no sabría decir de qué color es con exactitud por culpa de la mancha solar que todavía me parpadea en las córneas. Me acerco a él deprisa, pensando en que pronto llegará mi madre y sé con certeza que no le hará ninguna gracia verme aquí.

Abro la cajonera y rebusco sin hacer apenas ruido. En el primero, encuentro cremas, mascarillas y otros botes que albergan la falsa promesa de la eterna juventud, pero ni rastro del dichoso recetario. Continúo con el segundo cajón; sin embargo, ese gesto solamente sirve para acabar con mi paciencia del todo. En él hay maquillaje, broches y accesorios para el pelo.

Creo que la desesperación que siento por encontrar ese libro es la misma que siento por no fallar esta vez a Aiko. A pesar de que lo nuestro como pareja no tenía futuro desde el principio, es una mujer

por la que guardo un profundo cariño y a quien no quiero hacerle más daño del que ya le he hecho. Es como si quisiera disculparme con ella y librarme de estos remordimientos que hoy todavía experimento concediéndole todo lo que me pida, aunque sea una simple receta.

Me siento en el *zaisu*[56] que hay justo enfrente del mueble. Me rindo. Le sale más a cuenta comprar el *melonpan* en la pastelería de la señora Matsuda. También puede buscar cómo se hace en internet.

De manera automática, pierdo la vista entre los frascos de perfume perfectamente alineados. Como ya he dicho, mi madre es una maniática del orden y tiene demasiada buena memoria como para engañarla. Me distraigo mirando los colores que se reflejan en la madera oscura tras el paso de los rayos de sol por las aristas de esas botellitas de cristal. Es una imagen muy relajante, hermosa y cálida. Tras unos segundos, levanto los ojos levemente y me fijo en otro objeto: el joyero. También es de madera. Lo cojo cuidadosamente para admirar mejor los finos gravados que lo decoran. Me embobo en su belleza mientras lo acaricio como si pudiera leer con la yema de los dedos la historia que cuentan las flores y pájaros tallados que conviven en su exterior.

De pronto, el sonido de mi teléfono me desconcentra, me asusta, por lo que el joyero acaba chocándose contra el tatami. Las joyas de mi madre yacen esparcidas por el suelo por culpa de una simple notificación y mi falta de reflejos. Sudo nervioso sin poder salir del estupor en el que estoy, fruto de un pánico que algunos calificarían de pueril. Me va a descubrir en cuanto se siente a mirarse en el espejo como cada noche antes de irse a dormir. Las recojo rápidamente y las ordeno como puedo, aunque sé que todo este

esfuerzo será en vano. Me asomo por las esquinas y por debajo del tocador para comprobar que no falta ninguna. No, todas están dentro, aunque todavía no está completo.

Justo al lado de una de las patas derechas del mueble, encuentro un sobre que, al parecer, también guarda dentro del cofre. Nunca lo había visto. Es de color marrón, pero el tono del papel parece más oscuro de lo normal. Está manido, algo redondeado por las esquinas y con alguna que otra doblez. Lo abro cuidadosamente y miro qué hay dentro.

—¡Cuatrocientos mil yenes! —exclamo en voz alta.

¿De dónde habrá sacado mi madre este dinero? ¿Serán sus ahorros? No, no los guardaría en un sobre así de viejo por muy bien conservado que esté. Vuelvo a dejarlo en su sitio y me voy de allí sin querer tocar nada más. Seguidamente, cierro la puerta y me voy a mi dormitorio.

No puedo parar de pensar en ese dinero. Me tumbo en el suelo y comienzo a mirar el techo como si fuese a darme una respuesta que saciara mi curiosidad. Intento calmar mi respiración, la cual me hace saber que voy a sufrir una crisis de un momento a otro. Posiblemente, haya sido por el polvo.

De forma súbita, un aroma agradable se me cuela por las fosas nasales dejándome todavía más confundido. Procede de mis manos. Me las acerco a la nariz e inhalo profundamente para poder disfrutar de él. Me huelen a azúcar, chocolate, confituras y pasta de judías. Me huelen a dulces recién hechos que se entremezclan con la fragancia de las flores del verano. Es el olor de Tsubaki. Mis dedos desprenden su esencia mientras yo me pregunto si es una mera alucinación.

6

«Seiya, si tuvieses un hijo, ¿qué nombre le pondrías?». Miré a Hotaru con los ojos bien abiertos de la sorpresa. No me esperaba esa pregunta. Llevábamos un año y poco de novios, y la invité a ir de excursión a Kioto para ver el momiji. *Le dijo a su familia que se iría con unas compañeras de clase. Yo también hice lo mismo. Nunca había sido capaz de mentir a mi madre hasta ese día, pero, para mí, todo lo que decía o hacía para proteger aquello que tenía con ella no era ni mentir ni engañar a nadie.*

Era la primera vez que nos comportábamos como una pareja sin necesidad de escondernos en el bosque. Incluso nos deshicimos de nuestros uniformes escolares para hacernos pasar por un par de recién casados en el hostal en el que nos hospedamos. Mi altura nos facilitó mucho que los ancianos que lo regentaban nos creyeran.

Caminábamos por una callejuela de Higashiyama,[57] *uno junto al otro, a escasos centímetros de separación. Había mucha gente, tanta que incluso me hacía sentir algo incómodo, pero en cuanto agachaba la cabeza hacia mi derecha y veía la coronilla negra de Hotaru, se me olvidaba todo. Alargué la mano para encontrarme con la suya. Los dedos se entrelazaron suavemente sin necesidad de decirnos nada. A continuación, agachó la cabeza mientras me*

dedicaba una de esas sonrisas tímidas que reprimía cuando quería hacerse la dura conmigo.

Jamás la había visto tan bella como ese fin de semana. El rojo de las hojas que cubrían la ciudad hacía que su pálida piel brillara con todavía más elegancia y hermosura. Su melena danzaba libremente con la brisa del otoño, cada vez más fría. La quería. La quería como a nadie en este mundo. Amarla me hacía sentir el hombre más afortunado del universo. Era todo lo que necesitaba en un solo cuerpo y en una sola alma.

—Natsume —respondí. Ella frunció el ceño con desagrado—. ¿Es que no te gusta?

—No es eso. Es que —resopló— ¡es un arbusto!

Su contestación provocó que comenzase a reírme como un loco. Hotaru, en cambio, bajó la mirada con vergüenza y molestia, alargó los pasos y se alejó de mí. Se había ofendido, aunque mi intención no era esa. Corrí ligeramente hasta alcanzarla y, así, poder darle las explicaciones para solucionar ese malentendido.

—Natsume, pero escrito de esta forma.

Le agarré la muñeca y le levanté la manga del abrigo marrón y la camisa. Luego, tracé en la piel los kanji de «verano» y «amor». Abrió los ojos esperando una respuesta que satisficiera esas preguntas que le nacían del pecho, pero que no se atrevía a verbalizar, aunque no sabía si era por miedo o por timidez.

—¿Por qué? —murmuró.

—Porque tú naciste en verano, te conocí en verano y me enamoré de ti en verano. Así que, si alguna vez tengo un hijo, quiero que lleve nuestra historia en su nombre.

—Y yo que pensaba que eras un soso… —comentó con las mejillas del mismo color que las hojas de los arces.

Seguimos paseando uno junto al otro sin dejar de sonreír hasta que llegamos a un santuario. Lanzamos unos yenes al saisen[58] *y rezamos para que se cumplieran nuestros deseos, aunque, al parecer, los suyos necesitaban de oraciones mucho más largas que los míos. La esperé contemplándola en silencio. Su rostro irradiaba apacibilidad e ilusión. Era la viva estampa de la alegría.*

«¿Sei-kun?», dijo al acabar, con lo que me despertó de mis fantasías. Entonces, sin pensar en si había alguien a nuestro alrededor, le cogí las manos y la besé obedeciendo únicamente a aquello que me nacía desde el corazón. De forma espontánea, sellamos nuestro amor a los ojos de los dioses. Creo que todavía era feliz conmigo. Creo que todavía no quería huir.

7

Natsuo y Aiko caminan delante de mí, conversando sin ni siquiera girarse para saber si los sigo o me he perdido entre la multitud. Hemos venido a la ciudad a comprar unas cosas para la consulta y, aprovechando el día tan estupendo que hace, pasar la tarde. Los observo con atención, aunque apenas puedo oír lo que están diciendo con claridad. El murmullo de los transeúntes que han querido disfrutar de su día de descanso y el ruido de los coches irrumpen en mi cerebro a través de los conductos auditivos, me aturullan y me aíslan de mis acompañantes todavía más.

Me doy cuenta de que ya no echo de menos nada de Tokio, ni siquiera las facilidades que proporciona a sus habitantes ni la inmediatez de la vida. Aunque esta urbe en miniatura no puede compararse a la gran capital, a mí me vale para cerciorarme una vez más de que he ganado en calidad de vida mudándome al pueblo.

La falda de la enfermera se balancea con cada paso que da. El femenino contoneo de la gasa, blanca como la flor de algodón, y la brisa veraniega bailan de forma hipnótica ante mí sin que ella se dé cuenta, ya que su charla con Natsuo le resulta lo suficientemente interesante como para ignorar todo lo que la rodea. Él también parece absorbido por la conversación. Camina tranquilo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo para poder mirarla con

comodidad y una sincera sonrisa de felicidad en los labios que, tanto a él como a la chica, les ilumina el rostro. De espaldas, cualquiera diría que es una joven pareja de enamorados en alguna de sus citas, ya que, por mucho que me lo niegue, Natsuo siente algo por Aiko que va más allá del simple respeto. Quizá no es amor, pero sí atracción, aunque sea platónica.

—¿Conoces la Biblia? Increíble —pregunta sorprendida Aiko.

—Bueno, mis abuelos paternos eran cristianos y mi padre, también, aunque jamás lo vi en una iglesia ni practicando ninguna tradición cristiana. Creo que el sintoísmo de mis abuelos maternos ganó la batalla de religiones en casa —bromea.

—¡Vaya! No sabía que en Osaka había tantos cristianos.

—Y no los hay. Mis abuelos procedían de Nagasaki. Cuando eran unos críos, sus familias y un par más, también de la congregación, decidieron abandonar la ciudad días antes del bombardeo e instalarse en Nara. No sé si a eso se lo podría considerar un milagro, pero sí un motivo de peso para creer en Dios con más fuerza, ¿no? —Ambos ríen tímidamente.

—¿De qué trabajaba tu padre?

—Era ingeniero naval. Siempre me dejaba ayudarlo con sus maquetas, pero, más que una ayuda, yo era un estorbo, aunque a él no le importaba. Le hacía gracia que estuviera por su estudio trasteando o jugando con mis bloques de construcción. A veces, incluso, se tiraba conmigo al suelo en medio de uno de sus proyectos para intentar montar un barquito o una nave de juguete.

—¡Qué adorable! —exclama Aiko en un tono sumamente agudo e infantil—. Y ¿cómo se conocieron tus padres? Lamento si crees que

soy una cotilla, pero es que me encanta saber este tipo de cosas. Me considero una romántica.

—No se preocupe —responde él—. Fue por mi abuelo. Solía ir a un bar que había cerca de la oficina de mi padre y, a base de coincidir, se hicieron muy amigos, tanto que parecían padre e hijo: iban a pescar juntos algún que otro domingo, lo invitaba a casa a pasar la tarde y a cenar…

—¿Sabes? Para ser tan joven, tu vida siempre me ha resultado muy interesante, Natsuo-kun. Eres muy sensato.

—Nada de eso, señorita Tanaka. Solo soy un crío.

Mueve las manos nervioso mientras las mejillas se le ponen de un rojo muy brillante y perceptible, incluso, desde mi posición. Escondo una carcajada.

—Siempre tan modesto… —Aiko suspira—. Dime, ¿quién te enseñó a serlo: tu padre o…?

Repentinamente, se gira y me mira mientras pausa su discurso. Frunzo el ceño sin entender bien qué se propone.

—¿… o tu madre?

—Mi madre —responde sin rodeos—. Llevo toda mi vida observándola y aprendiendo de ella, incluso, sin que se dé cuenta. Siempre ha sido una persona muy modesta, que le quita valor a lo que hace, por muy complicado que pueda ser el proceso o por muy perfecto que sea el resultado. Y creo que gracias a esa modestia ha podido seguir superándose e ir consiguiendo todo lo que tiene ahora mismo.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—¿Usted no querría a alguien que, a pesar de todo, siempre lo puso por delante de ella misma?

Justo cuando Natsuo acaba de pronunciar esas palabras los alcanzo.

Su frase me impacta en el pecho como un golpe seco. Su rostro está pálido, congelado en una sonrisa que parece mantenerlo en pie. No se permite estar triste ni sentir pena por sí mismo. No lo cree justo. Prefiere dar gracias por todo lo que tiene sin fijarse en aquello que jamás ha podido vivir o de lo que ya no podrá disfrutar. Es una actitud admirable, pero terriblemente dolorosa para el que la adopta y las personas que lo aprecian.

De forma inmediata, Aiko traga saliva. Baja la cabeza con vergüenza y culpabilidad por haber sacado ese tema.

—Natsuo-kun, aquí al lado hay una tienda de sombreros muy bonitos. ¿Qué te parece si me ayudas a elegir uno para tu madre? Me gustaría hacerle un regalo.

Aiko rompe el silencio que nos rodea. Arquea los labios con jovialidad y alegría hinchando las mejillas rosadas. Su propuesta nos pilla de sorpresa a ambos. Hasta donde yo sé, ella nunca ha tenido ningún trato con la señora Matsuda. Por otra parte, la opinión de su madre y de la mía sobre la pastelera nunca ha sido la mejor, algo que han manifestado sin pudor en sus tardes de té.

Agarra al chico por la muñeca con dulzura y tira de él a la vez que le dedica la más bella de sus expresiones. Él responde poniéndose en movimiento, sin hacer más preguntas ni oponer resistencia.

8

Ahogo mi mirada en las profundidades de ese lago azul. El agua está completamente en calma. Parece un espejo para hacer creer a cualquier ser humano que se encuentra frente el verdadero final de la Tierra y que todo lo que hay más allá es abismo y firmamento. Sosiego, tranquilidad, paz. Tres sinónimos que inundan cada uno de los rincones de ese paisaje y de mí mismo.

Los sutiles vaivenes de la orilla remojan mis pies con suavidad. Mi temperatura corporal baja poco a poco, aclimatándome al día de verano que todavía no ha comenzado del todo. Miro a mi derecha sin ningún disimulo. En realidad, no busco nada, pero mis ojos se posan en Natsuo. Lo observo sin inmutarme. Desde que hemos llegado no ha parado de comer. Su madre y su abuela le han preparado un par de generosos *bentō* y varios *dorayaki*[59] con rellenos distintos. Recuerdo que, de adolescente, también me apasionaban esos dulces. Hotaru solía hacerme cada vez que tenía un mal día o había sufrido una crisis respiratoria.

—¿Quiere uno, doctor? —Me ofrece al percatarse de mi mirada—. Mi madre ha preparado más de la cuenta porque me ha dicho que le gustarían.

Agarro un *dorayaki* agachando la cabeza con agradecimiento. Debo decir que su aspecto ya atrae incluso al menos goloso;

parecen sacados de una serie de dibujos.

Cada mordisco me retrae a mi niñez. Saboreo la pasta de judías dulce como si fuese la misma que me preparaba Hotaru. El olor a bollo recién horneado y confitura se entremezcla con el aroma a bambú, a pesar de que no hay ninguno por allí, y se me introduce por la nariz estimulándome el cerebro hasta tal punto que ni siquiera recuerdo dónde estoy ni qué he venido a hacer.

—Buenos, ¿verdad? Son una de sus especialidades. Al menos, yo lo considero así. Coja sin miedo. —Coloca la caja de metal entre ambos—. Yo, por las mañanas, siempre tengo mucha hambre. En realidad, siempre tengo hambre, pero por las mañanas es algo casi monstruoso —bromea—. Mi madre dice que me viene de familia.

—Te entiendo perfectamente. Yo también he comido mucho desde pequeño.

—Pues eso. Nos viene de familia. —Sonríe—. Al fin y al cabo, somos primos lejanos.

Asiento contagiándome de su entusiasmo. Cojo otro *dorayaki* y vuelvo a mirar el lago.

El sedal de nuestras cañas de pescar brilla con los primeros rayos directos de sol, aunque uno debe fijarse muy bien para darse cuenta. Nunca he sido un aficionado a la pesca. Es cierto que, cuando mi padre vivía, solíamos escaparnos algún que otro fin de semana a este lago y salíamos con la barca mientras mi madre preparaba un pícnic bajo los árboles. Sin embargo, todo eso acabó cuando él se marchó de este mundo. Con seguridad, puedo decir que es la primera vez en más de veinte años que vengo, y todo ha sido por Natsuo.

El domingo pasado, cuando fuimos a la ciudad con Aiko, habló mucho de su padre. Por lo que pude descubrir, solían ir de pesca los domingos de primavera y verano, pero no para llevarse ningún pez a casa, sino para que el chico se alejase de la ciudad durante unas horas. Ya sabía de sus excursiones familiares por la conversación telefónica que mantuve con el doctor Matsumoto y los beneficios que estas le traían a su salud, tanto física como mental; aun así, el cariño y la nostalgia que guardaban las palabras del chico en aquel relato me conmovieron. Aunque yo no sea su padre ni lo pretenda, y tenga mi madre las teorías paranoicas que tenga, pensé que retomar una actividad que para él siempre ha tenido un significado mucho más profundo le haría ilusión. Al menos, a mí me la hubiese hecho cuando era un crío.

El sonido del carro de la caña de Natsuo nos levanta a ambos de nuestras sillas de forma rápida y sincronizada. El chico la coge con fuerza mientras yo le ayudo a tirar y a recoger el sedal. Entonces, como si se tratara de una aparición divina, un pez plateado irrumpe en el horizonte dibujando una constelación de destellos acuáticos que nos impiden verlo bien. Su silueta eclipsa parcialmente la luz del sol durante unos segundos. No es muy grande, pero tampoco muy pequeño, o eso creo, porque no puedo asegurarlo. Finalmente, lo recogemos con brío hasta que conseguimos traerlo frente a nosotros.

Ya en la orilla, el pobre animal baila pidiendo clemencia, auxilio. Debo admitir que siento cierta lástima por él. Me encanta comer pescado; no obstante, soy incapaz de llevármelo a casa ahora que lo tengo delante. Tras luchar contra él, lo veo a mi nivel y me siento un ser miserable. De pronto, Natsuo le quita el anzuelo y lo examina

con cuidado. Le fascinan sus escamas, su anatomía. Lo mira como si hubiera encontrado un valioso tesoro y, si soy sincero, lo es. La belleza de esa criatura no merece menos admiración. A continuación, lo devuelve al agua.

—¿Y eso? —observo perplejo.

—Es lo que siempre he hecho. —Volvemos a sentarnos—. Desde los cuatro años mi padre y mi abuelo me han llevado de pesca. Recuerdo que el primer día que vi un pez colgado de la caña de mi abuelo, me puse a llorar de tal manera que mi padre lo liberó y lo devolvió corriendo al lago. Mi abuelo se molestó mucho porque era un buen ejemplar, pero a mi padre le dio igual.

—Entonces ¿no te gusta pescar?

—No mucho, pero nunca decía que no porque para mí lo más importante era pasar un día a solas con mi padre y mi abuelo —confiesa jugueteando con el sedal. Ahora, me siento algo estúpido—. Sé que usted me ha traído aquí con la mejor voluntad, ya que no tiene ni idea de pesca.

—¿Tanto se me nota? —Me río con timidez.

—Se le ha olvidado colocar el cebo. Si pican, será de milagro.

—Bueno, quizá haya algún pez a dieta, ¿no?

El eco de nuestras carcajadas se propaga hasta el interior del bosque, lo que provoca que algunos pájaros alcen el vuelo.

—El caso es que he aceptado porque sé que lo único que quería era hacerme feliz durante unas horas. Gracias. —Agacha su cabeza con cordialidad y, al levantarla, me regala una amplia sonrisa que me alienta a pensar que mi excursión no ha sido tan mala idea.

Recogemos las cañas y nos vamos a pasear por la frondosidad. Las plantas se nos dan mucho mejor que los peces. Esa zona me

parece muy interesante por la vegetación que alberga. No todo son matas y flores para uso medicinal, pero sí que hay especies que hacía mucho tiempo que no había visto y que sabía que no iba a encontrar fácilmente en cualquier otra parte de la región.

Natsuo le hace fotos con el móvil a una flor de crisantemo amarillo que se esconde entre la maleza. «Se la voy a enseñar a mi abuela. Es prácticamente imposible ver uno a principios de verano, no me va a creer», comenta sin quitar los ojos de la pantalla. Hago una pequeña mueca de ternura mientras lo miro. Me pregunto si algún día el mundo lo corromperá hasta el punto de perder la inocencia y la vitalidad que desprende con total inconsciencia. Espero que no. Lo espero con toda mi alma.

Tras un largo paseo por el bosque, volvemos a la orilla del lago para comer y descansar. A continuación, saco un viejo mantel de mi mochila que solía usar cuando iba hacer pícnics en el bosque y nos sentamos en él soltando un suspiro al unísono. Ambos nos miramos sorprendidos y comenzamos a reírnos. Si lo hubiésemos ensayado, no nos habría salido de forma tan sincronizada.

El chico comparte su *bentō* conmigo insistiendo en que su madre preparó suficiente comida para los dos. No me niego. Todo lo que hay en esa caja negra de varios pisos deja en evidencia a mis bolas de arroz rellenas de atún o ciruelas encurtidas. Admito que la cocina nunca ha sido mi fuerte, a pesar de que mi madre es una excelente cocinera. Creo que por eso me acomodé y nunca llegué a aprender ni a interesarme lo suficiente. Me da unos palillos de usar y tirar y comenzamos a devorar esas delicias.

—Dime, Natsuo, ¿tu padre también te llevaba de excursión para recoger y estudiar las plantas de la zona? He leído algunos estudios

que prueban que hay aficiones que se heredan, pero, a mi modo de ver, creo que les falta un poco más de investigación.

Pregunto por hablar de algo, aunque por su gesto creo que no ha sido el mejor tema de conversación. Bebe un trago de su gaseosa de mora y respira profundamente.

—Doctor Hayashi, para eso debe haber vinculación genética —responde y yo asiento—, algo inexistente entre el que fue mi padre y yo.

—¿Cómo?

—Nunca se lo he explicado a nadie, porque creo que es innecesario. Además, la gente no lo entendería y solo usaría esa información para atacar a mi familia. Sin embargo, sé que usted es distinto. Usted es alguien de confianza. —Coge aire—. Mi madre se quedó embarazada en el último año de instituto, al poco tiempo de llegar a Osaka. Él no quiso hacerse cargo de nada, pero mi madre se veía incapaz de renunciar a mí; así que decidió tenerme costase lo que costase. No fue nada fácil, solo tenía diecisiete años y era nueva en la ciudad. Mis abuelos y mi tía decidieron ocultar el embarazo el mayor tiempo posible para que, al menos, pudiera graduarse.

—¿Y qué pasó cuando naciste?

—Nos mudamos de barrio.

Le doy un sorbo a mi lata para aliviar la sequedad de boca que me ha dejado enterarme de esa noticia y, especialmente, la forma en la que Natsuo me la ha contado. Percibo el dolor en su mirada, ese dolor que se había esforzado en ocultar tras una sonrisa incandescente, tras una coraza de misterio que llamaba la atención a cualquiera que entablaba cierta cercanía con él.

—¿Cómo supiste que Kenji no era tu padre biológico?

—Fue por accidente. —Le da un bocado a un trozo de tortilla. Se toma su tiempo masticando—. Tenía ocho años y en la escuela nos pidieron que llevásemos un par de fotos de cuando éramos pequeños para hacer un mural de nuestras familias. Entonces, me metí en el armario a rebuscar entre los álbumes alguna foto en la que mi madre, mi padre y yo saliésemos juntos. Solo encontré a partir de cuando yo tenía dos años. En las anteriores, los únicos que aparecíamos éramos mi madre y yo o mi familia materna y yo. Ni rastro de mi padre. Ni rastro de mis abuelos paternos.

—¿Tu madre sabe que lo sabes? —pregunto intrigado. Su historia me tiene completamente absorbido.

—Claro que lo sabe. Al no ver a mi padre en las fotos, les pregunté directamente el motivo. Lo más fácil hubiese sido mentirme, inventarse alguna excusa como que mi padre era el que hacía las fotos o algo así. Pero no lo hicieron. Al contrario. De repente, se miraron con cara de horror y mi madre comenzó a llorar mientras se disculpaba. Me sentí fatal por haberla hecho llorar. Era lo único que me dolía de toda esa situación; así que, desde ese día, decidí que jamás permitiría que nadie, ni siquiera yo, la hiciera llorar. Se lo prometí a mi padre en una de nuestras excursiones.

—Es admirable, sobre todo, si tenemos en cuenta que tú solo eras un niño.

Le doy una pequeña palmada en el hombro en señal de apoyo. Es lo único que se me ocurre en ese momento. Él me mira y vuelve a sonreír, intentando borrar cualquier expresión negativa de su rostro, pero no me convence. Sé que está afectado y confundido. Soy la primera persona ajena a su núcleo familiar con la que tiene la

suficiente confianza como para poder desahogarse y liberarse, aunque solo sea parcialmente, del peso de su mayor secreto.

Aguardo en silencio. Todavía quiero hacerle una última pregunta, pero no estoy seguro de cómo se la tomará. Quizá hará un gesto de amabilidad para ocultar sus sentimientos y no herir los míos. Quizá me la responderá haciendo gala de su sinceridad. No lo sé. No sé qué hacer.

Me aclaro la garganta y me humedezco ligeramente los labios con la punta de la lengua. Me arriesgo.

—Natsuo, ¿nunca le has preguntado a tu madre por tu padre?

—Ya le he dicho que me prometí que nunca más le haría llorar. Además, siempre he pensado que un padre es aquel que te enseña a ser una buena persona, que te educa, que te mima y protege, y que te reprende cuando haces algo mal. Por mucho que no lleve su sangre, Kenji siempre será mi padre. —Suspira de forma sonora—. En fin, voy a estirar las piernas un rato.

Se levanta del suelo y, acto seguido, se sacude los pantalones, planchando las posibles arrugas y pliegues que se hayan podido quedar en la tela por estar tanto rato sentados. Después, deja escapar una especie de rugido ahogado mientras desentumece los músculos y comienza a caminar por la orilla del lago sin hablar. Yo permanezco sentado. Fijo mi mirada en cada uno de sus movimientos sin prestarles atención. Mis ojos, simplemente, han decidido seguir esa dirección. Mi mente y mi corazón todavía están procesando toda esa historia. Muchas de las dudas que albergaba dentro de mí y que no me atrevía a pronunciar en voz alta van encontrando su respuesta.

9

Oigo la voz de una mujer en la lejanía.

—Un segundo, ya salgo.

Seguidamente, el ruido de unos pasos se acerca a mí con rapidez. Son cortos y ligeros, como si se trataran de los de una niña pequeña intentando corretear con su primer *yukata*. A Hotaru le gustaba mucho esa prenda, por eso soy capaz de identificar ese sonido a la perfección sin ningún esfuerzo. En cuanto llegaba el calor, se enfundaba uno, salía a jugar conmigo y llenaba de colores la verde monotonía del bosque de bambú.

A medida que fue creciendo, sus modales se fueron refinando y adecuando a esa vestimenta. Ya no trataba de trepar por ningún árbol, vigilaba bien dónde sentarse o por dónde pasaba para no engancharse las mangas en una rama y rasgar la tela. Debo admitir que, al principio, esos gestos me molestaban un poco, pero luego… Luego me volvían loco. Despertaban en mí todo aquello que el pudor y la moral amordazan. El estampado de las telas se amoldaba a la sinuosidad y la feminidad de sus movimientos y me encerraban en un estado de encantamiento del que no podía ni quería escapar. Era incapaz de no sucumbir a cualquiera de sus deseos.

Espero pacientemente de pie. Mientras tanto, me distraigo observando todo lo que hay a mi alrededor. A pesar de haber estado

varias veces en esa casa, es la primera vez que entro por la tienda. La decoración no es que sea demasiado llamativa, sino todo lo contrario. Mantiene la sobriedad del Japón más tradicional, con zócalos y suelos de madera y un pequeño banco debajo del ventanal. Hay un precioso *kakemono* de camelias rojas justo al lado de un arreglo de flores de colores que perfuman y llenan de alegría toda la sala. Sin embargo, lo que más llama mi atención es el gracioso *tanuki*[60] barrigón que parece que te saluda nada más entrar. Me agacho para mirarlo con más detalle y, ya de paso, evitar fijarme en los pastelillos y dulces artesanales que resultan mucho más apetitosos tras el brillo del cristal del mostrador.

—¡Doctor Hayashi, qué sorpresa! —exclama la señora Ikeda al verme.

—Buenos días —la saludo con una leve reverencia al igual que ella.

—Lamento decirle que Natsuo está todavía en el instituto si viene buscándolo. Hoy vendrá más tarde. Tiene que limpiar la clase.

—No, no, nada de eso.

—¡Ah! Entonces ¿en qué puedo ayudarle? ¿Quiere comprar algún dulce? Si quiere mi opinión, yo me llevaría un trozo de *kasutera*.[61] Tsubaki lo ha hecho antes de irse a repartir un encargo y debo decirle que le ha salido muy esponjoso.

—¿Tsubaki no está? —pregunto de nuevo. Ella niega con la cabeza —. ¿Podríamos hablar unos minutos?

La ayudo a llevar la tetera y algo de comer a la sala de estar. A continuación, dejo la bandeja de las galletas sobre la mesa y nos

sentamos uno frente al otro. La señora Ikeda me sirve el té mientras me comenta que le sabe muy mal que mi relación con la señorita Tanaka no haya cuajado. Abro los ojos sin saber qué contestar ante ese comentario tan directo e inesperado. Luego, sonríe apretando los labios cuando le agradezco la taza que me acerca con cuidado. ¿Se lo habrá dicho Natsuo? No, no se lo contó su nieto, sino Aiko, tanto a ella como a su hija, un día que vino a comprar. No entiendo muy bien por qué decidió sincerarse con la señora Ikeda y mucho menos con Tsubaki, aunque tampoco me incomoda. Habrá algún día en que todo el mundo lo sabrá. Solo es cuestión de tiempo.

—Así que ya conoce nuestro secreto… —comenta la mujer con el rostro serio tras darle un sorbo a su té.

Al igual que ella hace unos instantes, yo tampoco me he andado con rodeos para preguntarle sobre la historia de Natsuo. Llevo días pensando en su relato, en todo por lo que han tenido que pasar su madre y él. En mi cabeza solo resonaba esa maldita frase que todo el mundo repite cada vez que se habla de ella: «Siempre ha sido muy lista, aunque con mala suerte». Si antes no me gustaba oírla, ahora la detesto todavía más, ya que no creo que su suerte haya sido mala del todo: tiene un negocio que le va bien, un hijo estupendo, disfrutó de un matrimonio agradable y cariñoso, y se lleva bien con su familia. Sin embargo, a la gente le gusta quedarse con los momentos bajos de las vidas ajenas para juzgarlas y, de esta forma, olvidarse de sus propias desgracias.

—Natsuo me contó que su padre biológico era un compañero de clase de su madre.

—¿Y qué más da eso ya? —pregunta la señora Ikeda.

—Solo quiero cerciorarme de que la hipótesis de que la enfermedad de su nieto procede de la familia paterna de su hija continúa sosteniéndose.

—Sinceramente —suspira—, no lo sé.

No me esperaba esa respuesta. Estoy perplejo, aunque intento no reaccionar de ninguna forma. Ella vuelve a beber té para hidratarse la garganta y continuar.

—De la noche a la mañana, a mi marido le ofrecieron un buen puesto de trabajo y lo aceptó sin pensárselo dos veces, por lo que tuvimos que mudarnos a Osaka y dejar toda nuestra vida atrás en cuestión de dos días. Al poco de instalarnos, a las tres semanas más o menos, notamos que Tsubaki no se encontraba bien. Tenía muchas náuseas, se mareaba con facilidad y, cada vez que insistíamos en ir al médico, se ponía a llorar hasta que, una tarde, nos lo confesó. Según ella, el padre era un antiguo estudiante de su nuevo instituto y no quería hacerse cargo porque acababa de empezar la universidad, pero sé que no es del todo cierto. Soy su madre. A las madres no nos pueden mentir por mucho que lo intenten, ¿sabe? Mi hija nunca ha sido una niña tonta a la que encandilar con cuatro palabras. Los hombres que la han querido han tenido que trabajar duro para ganarse su corazón y no todos han obtenido un sí. Además —carraspea con vergüenza—, Natsu nació muy hermoso para haber sido ochomesino.

—Lo entiendo…

—Mire, doctor Hayashi. Es mejor que deje de romperse la cabeza con fantasmas que no lo llevarán a ningún lado. Solo hay dos personas que conocen la verdadera identidad de quien está buscando: una no está en este mundo, mi marido, y la otra jamás se

lo confesará ni a usted ni a nadie. Así que créase la palabra de mi hija y continúe con su investigación conforme está haciéndolo ahora. Es el único consejo que puedo darle.

Cojo el paquete con el bizcocho que he comprado, lo coloco en la cesta de mi bicicleta y me despido de la señora Ikeda sin querer darle más vueltas a este asunto, aunque me es muy difícil. Finalmente, me despido y me marcho.

Una corriente cálida me acaricia el pelo mientras avanzo en el camino hacia mi casa. No voy demasiado deprisa, pero tampoco pierdo el ritmo. Los aldeanos me saludan con respeto al pasar. La mayoría ya me trata como a uno de ellos, algo que agradezco y me hace conocer la simpatía que sienten por mí. Francamente, jamás imaginé que volvería a tener un trato tan familiar con la gente de mi alrededor sin la necesidad de que fuesen ni mis amigos ni mi círculo más íntimo. Solo son mis vecinos, pero aquí este término parece cobrar mucho más significado que en Tokio.

De forma inesperada, capto un movimiento extraño por el rabillo del ojo izquierdo, a la altura de la salida del bosque (o la entrada, depende de cómo se mire). Me detengo para observar qué sucede con más detalle, pero no me acerco. No quiero que me vean.

Tsubaki pasea su bicicleta azul con cuidado de no caerse mientras vigila que no haya nadie por allí. Ella tampoco quiere ser vista. Baja desde las profundidades del bosque. Su madre me dijo que estaba haciendo un reparto, pero allí arriba solo viven los señores Takahashi y dudo que le hayan encargado pasteles después de los resultados

de los últimos análisis que le realicé a Kenta. Tras comprobar una vez más que está sola, se sube a su bicicleta de nuevo.

De pronto, mi sentido del olfato capta su aroma a dulces recién hechos mezclado con la fragancia del bambú. Vigilo sus movimientos preguntándome si ha pasado por allí, por mi lugar secreto. Es la única forma de la que se ha podido impregnar de ese olor tan característico. Al menos, la única lógica que se me ocurre, pero hace tiempo que dejé de creer en la lógica: justamente, cuando me vine a vivir aquí.

Veo cómo se aleja de allí. Pedalea tranquilamente, rebosante de inocencia, como una muchacha que todavía es demasiado joven como para tener preocupaciones que le quiten el sueño. Los mechones de pelo le bailan entrelazándose con los cabos de la cinta morada que recoge parte de su melena para que no le moleste en la cara. Junto a ella, un par de luciérnagas la escoltan hasta que se pierde entre el polvo del horizonte. «¡Sei-kun!», repentinamente, Hotaru vuelve a llamarme.

10

La melodía del verano reverbera por la colina a pesar de que el día está a punto de acabar. Los rayos de sol cada vez son más naranjas y tenues; aun así, puedo decir que todavía nos quedan unas horas de luz. Miro al exterior desde mi cojín verde musgo. Pierdo la vista en la oscuridad que se comienza a intuir en algunas de las matas y de los árboles que nos rodean. El tintineo del *fūrin*[62] se me introduce por los oídos hasta llegarme al cerebro, el cual envía un estímulo de tranquilidad y plenitud que se me propaga por todo el cuerpo, como las ondas que la brisa dibuja en la superficie de un lago en calma.

—Doctor Hayashi, ¿lo he colocado bien?

Giro mi cabeza hacia Natsuo. Está atendiendo a la señora Takahashi. Su marido nos ha llamado esta mañana porque su mujer lleva varios días con febrícula y tos. Miro el tensiómetro que le acaba de ceñir al brazo y compruebo que todo está correctamente. Luego, asiento. Sé que es un simple resfriado veraniego, fruto de los cambios de temperatura y de la humedad; por eso dejo que se encargue del chequeo. Además, creo que a su paciente le hace ilusión que la trate él.

—¡Qué suerte tengo de tener dos médicos para mí! —celebra con dificultad la anciana. El chico se sonroja.

Jamás había visto al señor Takahashi tan preocupado. «Cuídenme a mi Minako-chan, por favor. Sin ella, yo no sirvo para estar en este mundo, ya lo sabe», nos imploró al vernos llegar. Sus palabras, repletas de sincera desesperación, me provocaron un calor reconfortante en el corazón y en el estómago. Siempre que los visito quedo maravillado ante la calidad del amor que se profesan el uno al otro a pesar de los años y del desgaste de los avatares de la vida.

Me pregunto cómo será sentir eso en mis propias carnes; encontrar a esa persona a la que cuidar y que te cuide, a la que acompañar y que te acompañe, a la que querer y que te quiera durante el resto de tus días e, incluso, más allá. Me pregunto si Hotaru y yo habríamos llegado a envejecer juntos, mano a mano, aunque la respuesta es clara: no. Ella ha rehecho su vida y yo no consigo salir de esta espiral de recuerdos en la que se ha convertido mi existencia.

—Beba mucho líquido, infusiones para aliviar la tos y el picor de garganta, y descanse. Solo es un resfriado, ¿verdad, doctor Hayashi?

Natsuo acierta en su diagnóstico y en el tratamiento. Yo respondo asintiendo y esgrimiendo una pequeña sonrisa de orgullo. Ha aprendido mucho en poco tiempo.

—Muchas gracias, doctor Hayashi y doctor… —Duda—. ¡Natsume!

El señor Takahashi se confunde de nombre. Es curioso cómo su memoria ha seleccionado precisamente el nombre que Hotaru habría elegido para nuestro hijo, Natsume. Ese término habría sido la perfecta descripción de lo que fue nuestra historia: un sueño del amor más profundo y puro madurado durante los veranos más bellos que jamás he visto; sinónimo de felicidad plena, al menos para mí. Las casualidades de la vida, aunque sean meros hechos vacíos que

se encuentran en el tiempo sin patrón alguno, a veces nos despiertan pensamientos laberínticos que no nos llevan a ninguna parte salvo a recrearnos en nuestras propias miserias.

—Kenta, se llama Natsuo —lo corrige su esposa desde el futón—. Anda, coge el paquete que hay encima de la mesa. Son las galletas que tanto te gustan, Natsuo-kun —sonríe hinchando sus mejillas, rosadas por la fiebre.

Comenzamos a caminar monte abajo aprovechando los últimos destellos del día. Veo a Natsuo más contento de lo normal. Se siente realizado con los progresos que está haciendo durante este periodo de prácticas improvisado en sustitución de Aiko. Se ha ido unos días a Okinawa con su familia. No creo que descanse demasiado yendo con su madre y su tía, pero por lo menos disfrutará de la playa.

El chico contempla los trozos de cielo enmarcados por las copas de los árboles. Inhala el frescor de la vegetación cerrando los ojos, impregnándose del estallido de aromas del verano. Me alegra verlo así a pesar de sentir que estoy abusando de sus ratos libres. Todos los adolescentes esperan el verano para hacer planes con sus amigos. Él, en cambio, prefiere venirse a cuidar a abuelos conmigo. Sin duda, lo suyo es vocación.

Oímos el rumor del agua del río. Estamos cerca de él. Natsuo me pide, por favor, que nos desviemos, aunque sea solo unos instantes. Quiere comprobar una cosa. Miro las nubes rosadas y acepto. No sé qué se propone, pero soy incapaz de negarme, ya que no me apetece volver al sofocante clima de mi casa. Últimamente, soy

mucho más feliz lejos de esas paredes. Se acerca a la orilla y se agacha sin llegar a sentarse.

—¡Mire, mire, doctor Hayashi!

Me llama haciendo aspavientos con el brazo izquierdo. Me acerco a él con curiosidad y me quedo en cuclillas a su lado. Luego, alarga el dedo índice y apunta hacia la otra orilla.

Unas pequeñas luces revolotean entre el musgo y las rocas cubiertas de unas algas verdes que harían resbalar incluso al más ágil de los animales. Parecen estrellas fugaces en miniatura esperando concederle sus deseos a alguien. Todo un firmamento al alcance de mi mano.

—Luciérnagas… —musita totalmente absorto—. ¡Qué pena no tener un tarro de cristal!

—¿Te gustan las luciérnagas? —pregunto.

—Sí, me recuerdan a mi madre. A ella le encantan. —Sonríe—. Cada verano, cuando caía la noche, solíamos ir al río para verlas. Se sentaba en la hierba y, después, me colocaba entre sus piernas y me abrazaba para que no saliese corriendo tras ellas y acabase en el agua.

Cada vez que habla de su madre, se le iluminan los ojos con admiración. Esboza una sonrisa casi imperceptible, pero que le llena de alegría el rostro. «Mi madre es mi mejor amiga y mi mayor apoyo; una persona en la que puedo confiar ciegamente porque sé que quiere mi bienestar por encima del suyo, aunque no se lo digo porque se pone muy pesada y empieza a achucharme. Creo que es la única madre japonesa que achucha. Además, juega muy bien al béisbol, pero tampoco se lo digo», confesó aquella tarde cuando volvíamos del lago. Recuerdo sus palabras cada vez que paso por

delante de la pastelería o cuando alguien la nombra. También, cuando pienso en mi propia infancia y adolescencia, tan distintas a la suya.

Al principio, pensé que la señora Matsuda y mi madre eran como dos gotas de agua: un par de mujeres que han tenido que sacrificarse por sus hijos y protegerlos solas de todo mal. Sin embargo, con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que mi relación con mi madre no se puede comparar a la que comparten Natsuo y Tsubaki. Quizá es por todos los recuerdos que he ido reviviendo poco a poco, pero cada vez me siento más lejos de esa idealización que tenía de la figura de mi madre y más cerca de convertirme en el hombre que habría sido si no me hubiese ido a Tokio a pesar de que Hotaru ya no estuviera: alguien libre, de fuertes convicciones y feliz, con la capacidad de replantearse la vida más allá de las paredes de una consulta médica y pensando más en los de mi alrededor que en mí mismo; alguien como mi padre, por mucho que a ella le pese. Me alegro de haber comenzado a visitarlo de nuevo y de compartir alguna que otra charla con él, aunque más bien sean monólogos.

El agua y los insectos son los únicos sonidos que nos rodean. Natsuo continúa observando en silencio las luciérnagas sin apagar esa expresión risueña. De repente, suspira y comienza a cantar:

Ho-ho-hotaru koi,
atchi no mizu wa nigai zo.
Kotchi no mizu wa amai zo…[63]

Súbitamente, se me va cerrando el estómago con cada acorde de esa cancioncilla infantil. La cabeza comienza a darme vueltas. El corazón me late muy deprisa. Noto una fuerte presión en el pecho que provoca que me siente en el suelo sin tan siquiera importarme la humedad de la tierra. Cierro los ojos mientras viajo en el tiempo sin moverme de mi posición. Una voz aniñada me llama. Me dice que me acerque. Noto con las manos el tacto de una piel suave y fina. Unos dedos regordetes y cortos se entrelazan con los míos. Todo es tan real que incluso entro en pánico. Mi respiración se acelera.

—Esa canción… —alcanzo a decir con un hilo de voz.

—Me la solía cantar mi madre cuando nos sentábamos a mirar las luciérnagas o cuando me acostaba. —Se ríe—. Ella la canta mucho mejor, lo reconozco.

Natsuo se gira hacia mí tras percatarse de mi silencio.

—Doctor Hayashi, ¿se encuentra bien? —pregunta mientras frunce el ceño con preocupación.

Estoy sudando y, seguramente, habré palidecido. No puedo contenerme más. Comienzo a hiperventilar sin control. En ese instante, el chico se abalanza sobre mí a socorrerme. Busca el inhalador en mi bolsillo mientras me mantiene la cabeza recta con la mano que le queda libre.

—¡Doctor Hayashi, míreme! —insiste con voz firme tratando de no perder la calma ni ser presa del pánico—. ¡Doctor Hayashi, míreme!

Lo miro. Lo llevo haciendo desde ese día en el patio de su instituto, desde ese día en el que nuestras vidas se cruzaron. Lo miro. Observo sus ojos grandes y alargados como los de su madre. Lo miro. Reparo en su pelo, su nariz, sus facciones, sus hoyuelos, la longitud de su cuello, la anchura de sus hombros, la cual es igual a

la mía. Lo miro y lo único que veo es un reflejo exacto de mí mismo con dieciséis años, como si estuviera ante un espejo que conecta el pasado con el presente. Se me inundan los ojos de lágrimas que no puedo controlar y la garganta se me anuda con firmeza hasta no dejar pasar ni un hilo de aire ni una gota de saliva.

—Ho… Hota…

Alcanzo a verbalizar con dificultad mientras clavo las turbias pupilas en las de Natsuo hasta que, finalmente, caigo en sus brazos.

11

Es verano, julio. A pesar de las horas que son, el sol todavía brilla con fuerza mientras que el sofocante chirrío de las chicharras se entremezcla con el canto de los pájaros, y consiguen una sinfonía que alegra y llena el paisaje. La brisa susurra al río una canción y este le sigue el ritmo con su rumor. El agua corre mientras el bosque, inmóvil, espera al otoño sin quejas.

Es verano, julio. Dos criaturas están sentadas en la orilla del río. Un niño mira a una niña y espera a que esta se recomponga de la llantina. Se tapa la cara con las manos diminutas. Se esconde entre las rodillas, dándole la espalda a su compañero con vergüenza. No quiere que la vea así; ni él ni nadie. El niño se acerca más a ella intentando descubrirle el rostro, pero le es imposible.

—¿Por qué lloras? ¿Tienes hambre? Yo suelo llorar cuando tengo hambre.

Como si fuese un gato intentando cazar una langosta, él se emboba irremediablemente en la tela de la camiseta amarillo limón de ella, que contrasta con el peto vaquero que le cubre el torso y las piernas hasta las rodillas. Los colores de su vestimenta vibran todavía más entre el verdor de la vegetación y la oscuridad de la tierra y las rocas que los rodean.

—Ten. Me las ha hecho mi mamá.

Alarga el brazo sosteniendo una galleta. La niña, finalmente, se gira para comprobar qué es eso que le está ofreciendo y, además, descubrir quién es esa persona que tiene tantas ganas de hablar con ella.

—Gracias —musita con un hilo de voz casi inaudible.

Tiene los ojos hinchados de tanto llorar y las mejillas rojas; sin embargo, se puede apreciar que es una niña preciosa. Tiene el pelo negro, de un tono tan sumamente oscuro que no parece natural. La piel es muy blanca, aunque rosada, como los pétalos de la flor de un cerezo. Por su forma de comer y de sentarse, se adivina que es tímida. Encoge las piernas ocupando el menor espacio posible mientras mastica sin querer hacer ruido. Se le ha perdido la mirada en la corriente del agua.

—¿A que están buenas? —pregunta él, aunque solo obtiene un ligero movimiento de cabeza como respuesta—. Me llamo Seiya ¿y tú?

—No te lo digo, porque te vas a reír como todos los demás —contesta entre balbuceos. Está a punto de llorar de nuevo.

—No me voy a reír. El nombre es algo que eligen nuestros padres y otōsan *dice que siempre tenemos que respetarlos, tanto los nuestros como los de los demás.*

—Me da igual. No te lo digo. Lo odio.

—Vale.

Continúan comiendo en silencio. Ella se sorprende al ver la comprensión y la poca insistencia de su acompañante por saber su nombre. Entonces, esgrime una pequeña sonrisa mientras observa cómo el niño mastica ajeno a todos sus pensamientos.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta la cría cohibida y tartamudeando. Sigue con las mejillas coloradas, pero ya no es por el disgusto.

—Cinco para seis. ¿Y tú?

—Cuatro para cinco.

—¡Qué pequeña eres! —Él ríe con cierta superioridad infantil, aunque sin maldad—. ¿Y qué haces aquí?

—Huyo. —Agacha la cabeza—. Hay unos niños que me persiguen y se ríen de mí. Aquí no pueden encontrarme porque les da miedo el bosque.

—¿Y a ti no? —El niño arquea las cejas sorprendido. Ella lo niega sin necesidad de hablar—. A mí tampoco. Suelo venir mucho con mi papá a recolectar plantas. Él está enfermo, pero no lo parece porque es muy fuerte. A veces tose mucho y se tiene que preparar algunos remedios con las plantas que cogemos.

—¿Como si fuese un hechicero? ¡Qué guay! ¡Tu papá es guay!

De repente, una voz masculina llama al niño. Es grave y profunda. Rebota en todos los troncos del lugar hasta que consigue llegar al río y ser percibida por su destinatario. Este grita para que lo oiga y pueda averiguar dónde está.

Un hombre alto y joven se presenta ante ellos. Jadea ligeramente del cansancio y la desesperación por pensar que había perdido al crío. Al igual que Seiya, tiene el pelo y los ojos oscuros y una amplia sonrisa de jovialidad. Lleva una mochila parecida a la del niño, pero de mayor tamaño. De ella, cuelga una cantimplora y una chaqueta verde manzana que claramente no es de su talla. «Te dije que no te alejaras del camino», regaña al pequeño sin mostrar ningún tipo de

enfado a la vez que lo levanta por los aires para hacerle cosquillas. Él ríe con vivacidad mientras intenta presentarle a su nueva amiga.

—Mira… —El niño piensa unos segundos en cómo dirigirse a ella— … Tú.

—¿Cómo que tú? —lo interrumpe el adulto—. Seiya, ¿qué te he dicho siempre sobre cómo tratar a las personas con respeto?

—¡Pero es que no sé su nombre, otōsan*! No me lo quiere decir.*

Ella aparta la mirada con vergüenza y vuelve a enroscarse en sí misma. El hombre se sienta a su lado y sonríe con ternura.

—Tienes todo el derecho a no decirlo. En realidad, soy yo quien debería sentirse avergonzado. He sido muy descortés. Te pregunto por tu nombre sin ni siquiera haberme presentado —dice con los ojos puestos en la nada.

La niña lo mira de reojo. Le recuerda al niño que le ha dado galletas, por lo que decide fiarse.

—Me llamo Hiro Hayashi. Soy el papá de Seiya. —Se inclina levemente hacia ella. La cría le responde con el mismo gesto.

—Otōsan*, por mucho que lo intentes, no te lo va a decir. Dice que se ríen de ella por su nombre.*

—¿Es eso cierto? —pregunta Hiro. Ella asiente en silencio—. Y por eso estás aquí sola, ¿verdad?

La criatura vuelve a asentir intentando reprimir los pucheros que se le intuyen en los labios.

—¿Sabes? La crueldad nace de la ignorancia y del miedo. Si alguien se burla de ti o es cruel contigo es porque se siente amenazado o porque es estúpido.

La niña se levanta del suelo y se acerca al oído de Hiro. Le susurra algo que ni siquiera el niño puede captar, a pesar de que está a

escasos centímetros de ambos. Entonces, el hombre sonríe y le promete que jamás se lo confesará a nadie. A continuación, se coloca a la pequeña en los hombros y comienzan a bajar la colina los tres.

—Seiya, tendremos que buscar un nombre para nuestra nueva amiga, ¿no crees?

—¿Cuándo naciste? —pregunta el hijo, alzando la mirada.

—En verano.

—Podríamos llamarte Natsumi o Himawari[64] *—propone pensando en las típicas flores del verano.*

—No, un nombre de flor mejor que no —responde su padre rápidamente—. A ver, pequeña, ¿qué cosas te gustan?

—No sé, los dulces, el takoyaki*, las luciérnagas…*

—¿Te gustan las luciérnagas? —repite Hiro. Ella lo afirma moviendo la cabeza de arriba abajo con insistencia—. Pues te llamaremos Hotaru, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

—¡Sí! —exclama derrochando felicidad.

—¿Y a ti, Seiya?

—Me encanta, así te podré llamar Ho-chan —sonríe.

—¡Y podremos cantar! —añade, alzando los brazos emocionada—. Ho-ho-hotaru koi, atchi no mizu…

Comienza a canturrear las primeras sílabas sola hasta que el hombre y el niño reconocen la canción y se unen a ella.

De pronto, me despierto en mi cama de forma súbita, empapado en sudor.

12

El sol cae despacio mientras las calles se llenan de luz y de algarabía. Los farolillos de colores van encendiéndose sobre las decenas de cabezas que inundan poco a poco las aceras. Las telas estampadas de los *yukata* y los *jinbei* femeninos se mezclan con la sobriedad de los trajes masculinos, lo que crea una armonía visual que se convierte en un ornamento más de la fiesta. El gentío enmudece el silencio de las noches de verano que hemos tenido hasta ahora. Desde mi habitación, oigo las risas de las mujeres, los gritos de los niños y de los vendedores ambulantes, el estallido de algún que otro petardo… Ruido. Todo es ruido. Un ruido que me encierra todavía más en mis propios pensamientos y pesares.

Hace más calor que de costumbre. Los olores a *okonomiyaki*,[65] *takoyaki* y otras comidas rápidas se cuelan por las ventanas y se propagan a toda velocidad por mi casa como si se tratara de una invitación más para salir a disfrutar con los vecinos y turistas que vienen de otras partes de la prefectura. Los urbanitas prefieren celebrar este día entre calles ancladas en eras pasadas que entre sus edificios grises con carteles de neones. No los culpo. Escapar de ello, aunque sea solo por una noche, es un sueño que muchos ambicionan, pero que pocos son los afortunados de poder cumplirlo.

Dejo de mirar por la ventana de mi habitación y bajo a la sala de estar. La luz de la estancia me molesta al impactarme en los ojos, acostumbrados a la penumbra en la que me encontraba hace unos instantes. Luego, me siento y hago lo mismo que he estado haciendo hasta ahora: nada. No enciendo el televisor ni la radio. No me pongo a leer un libro. Me quedo en mi cojín sin más, callado, contemplando el centro de la mesa.

—Seiya, hijo, ¿ya estás listo? Me cambio y nos vamos.

Mi madre entra por la puerta principal. Se había ido a primera hora de la tarde a ayudar a varias vecinas con la caseta que han montado las amas de casa de nuestra calle. No le respondo, aunque no me hace falta. Ella sigue la luz que entra por las puertas, que están abiertas para que corra un poco de aire.

—Seiya, tengo unas ganas de que veas cómo ha quedado el puesto…

Habla mientras se acerca por el pasillo hasta a mí. Continúo sin inmutarme.

—¿No me escuchas o qué? Sabes que odio que no me contestes. Es de mala educación.

De golpe, enmudece. Levanto la mirada para encontrarme con su rostro desencajado y pálido. Una gota de sudor le cae por la sien desde el nacimiento del pelo. Se desliza lenta por los pómulos hasta perderse en la parte final de la redondeada mandíbula. Entonces, se precipita impregnando una pequeña parte del cuello del *yukata* azul marino. Sus ojos permanecen clavados en la madera de la mesa mientras yo espero alguna palabra de sus labios, pero lo único que hace es tragar saliva.

—¿Lo reconoces? —pregunto.

Acto seguido, le acerco el sobre manido y lleno de dinero que guardaba en su joyero. Sí, he vuelto a por él.

La última noche que soñé con Hotaru me desperté con un fuerte dolor en el pecho. Era como una punzada, algo que me presionaba hasta tal punto que me costaba respirar con normalidad. Pensé que todavía eran vestigios de la fuerte crisis que había sufrido en el bosque horas antes. Natsuo incluso tuvo que llamar al señor Takahashi para que me ayudara a llegar a casa porque los músculos tardaron en responderme, aunque lo que más me costó fue recobrar el sentido de la realidad tras la canción de las luciérnagas. ¿Me estaba volviendo loco?

Bajé a la cocina tambaleándome a por un poco de agua y, después, salí al jardín para que me diese el aire, un deseo casi imposible, ya que apenas había diferencia entre el bochorno que hacía dentro de las casas con el del exterior. Luego, comencé a mirar las hojas de los árboles. Se mecían ligeramente, aunque ese movimiento fue suficiente para tenerme cautivado durante un rato. Entonces, sin ni siquiera esperarlo, las neuronas, en pleno apogeo, me llevaron a un recuerdo que cobró todo su sentido.
A continuación, me miré los dedos como aquel día, cuando ignoré lo que me intentaban decir con su perfume.

—¿Has entrado en mi habitación? ¿Con qué permiso? —pregunta intentando mantener su autoridad maternal sobre mí. Tarde. Demasiado tarde

—Repito, ¿lo reconoces, *okāsan*?

Sigo sin una respuesta clara. De nuevo, traga saliva y se sienta frente a mí. Yo, en cambio, decido proseguir.

—Sinceramente, no me extraña que tengas dinero guardado, sino todo lo contrario. En cierto modo, me alivia. Sin embargo, el aroma que desprende es lo que no acabo de entender muy bien.

—Así es como huele el papel, hijo.

—¡*Okāsan*, basta ya!

Alzo la voz, aunque intento controlar la desesperación que me corroe al ver que me está mintiendo sin ningún tipo de reparo. En ese instante, observo cómo sus ojos comienzan a humedecerse. Presiona los labios con fuerza, uno contra el otro.

—Sé que es de Tsubaki y se lo voy a devolver. Ella lo necesita más que nosotros.

Cojo el sobre y me levanto con la intención de ir a la pastelería y hablar con ella. Todavía busco una explicación que satisfaga la zozobra corrosiva que lleva calando en cada uno de mis órganos desde el amanecer, pero sé que es muy posible que jamás vaya a obtenerla. Ni mi madre ni Tsubaki son mujeres que cedan con facilidad.

—No, no es suyo —protesta. Me detengo al escucharla—. No cumplió su palabra. No es suyo.

—¿Qué palabra?

Mi madre me pide que le sirva un vaso de agua y que vuelva a mi sitio. La obedezco. Le da un trago para calmar la sequedad de la boca e intentar deshacer el nudo que le constriñe las cuerdas vocales y que no la deja expresarse con claridad. Seguidamente, cierra los ojos y da una gran bocanada de aire que retiene durante unos segundos. No habla. Tiene la mirada perdida. El único signo vital que obtengo de ella es el movimiento del pecho. Entonces, resopla con hastío.

—Hace unos diecisiete años más o menos, cuando estabas a punto de acabar el último año de instituto, cogí tu uniforme para arreglarte los puños de las mangas. Habías crecido mucho en cuestión de un mes y no quería que fueses a tu graduación con una chaqueta que pareciese de un niño pequeño. Ahí, me di cuenta de que le faltaba el segundo botón. Al principio, pensé que se me había caído cosiendo, porque ¿a quién se lo ibas a dar en un instituto solo de chicos? Aun así, me tomé la libertad de registrar tu cuarto y, cuando encontré ese *omamori*, até cabos.

La escucho con atención. En todo lo que lleva de relato no me ha mirado a los ojos ni una sola vez. No se atreve. No obstante, sigue con el cuello estirado y la cabeza erguida. A pesar de todo, es incapaz de perder el orgullo, algo que no me sorprende conociéndola, aunque me hace sentir náuseas. Continúa.

—Intenté averiguar de quién se trataba; sin embargo, cuando te fuiste a Tokio, dejé de buscar y de preocuparme. Bueno, solo hasta que volviste en verano. —Su expresión se paraliza en una sonrisilla siniestra—. Me decías que te ibas al río o a buscar plantas al bosque, pero yo sabía que no era cierto, que quedabas con ella, con esa con la que te escribías cartas.

Las cartas… Ni siquiera me acordaba de ellas. Hotaru y yo solíamos escribirnos pequeños mensajes y nos los dejábamos en un sitio del bosque a modo de buzón secreto. Cuando me mudé a Tokio, le escribí un montón de notas en un bloc negro y se lo di cuando volví de vacaciones. Ella, a cambio, me entregó una libreta rosa que jamás he vuelto a ver ni a recordar hasta ahora.

—¿Qué hiciste con su libreta? —la interrumpo conmocionado.

—La quemé —responde vacía de remordimientos.

—No tenías ningún derecho…

—¿Quieres que siga o prefieres que hablemos de una simple libreta de niños? —interviene de forma fría sin dejarme acabar. Yo me humedezco los labios mientras reprimo la rabia que va apoderándose de mí—. Un día te seguí y la vi. Vi con mis propios ojos cómo la mirabas, cómo la besabas, cómo la tocabas, cómo la deseabas. Eras una bestia, un animal que solo podía hacer caso a sus instintos más bajos. Estabas enloquecido por una niñata que iba a echar a perder todo por lo que había luchado.

—¿Todo por lo que habías luchado? —pregunto retóricamente sin salir de mi desconcierto.

—Sí —contesta con severidad mientras golpea su vaso de agua contra la mesa—. Desde que eras pequeño me he matado para darte todas las facilidades del mundo y para que te convirtieras en alguien importante y admirable, no para que acabases con la hija de un hortelano de tres al cuarto. —Da un bufido para calmarse.

—¡Pero era mi vida, *okāsan*! —replico alzando la voz con enfado.

—¡Te equivocas! Era nuestra vida y nuestro futuro —responde aludiendo de nuevo a su egoísmo—. En fin, a lo que iba. Una mañana la cité en el bosque haciéndome pasar por ti con una de vuestras notas. Acudió y le dije que se alejara de nosotros, pero la muy tonta seguía resistiéndose. No tuve más remedio que inventarme que estabas saliendo con una chica de Nagoya y de buena familia que habías conocido en la universidad. No dijo nada. Se sentó en el suelo y comenzó a llorar en silencio mientras se acariciaba el vientre temblando. No me hizo falta ni una palabra para saber que había llegado tarde. Las mujeres notamos esas cosas, ¿sabes? En cuanto volví a casa, llamé a unos conocidos míos para

conseguir que le dieran un trabajo a su padre en Osaka y reuní el dinero suficiente para que se deshiciera del bebé. —Sonríe con un airecillo burlón y de superioridad humillante—. Cuando volvimos al pueblo hace unos meses, descubrí que ella también había regresado. Y no solo eso, descubrí que nunca se deshizo del niño. Así que una mañana, cuando sabía que estaba sola en la pastelería, me acerqué a hablar con ella. Le dije que no se acercase a ti, que tú ya no eras aquel adolescente, que ahora eras un médico de renombre y que eras muy feliz en tu compromiso con Aiko. Tras ese día, pensé que jamás tendría la osadía de volver a enfrentarse a mí, pero una tarde, cuando tú te fuiste de excursión, aprovechó para traerme ese dichoso sobre y tirármelo a la cara. En diecisiete años no tocó ni un billete. Al menos, en eso sí que ha sido honrada.

Me quedo callado. Durante unos instantes, me siento incapaz de articular palabra alguna. No logro comprender aquello que estoy experimentando. Estoy confuso, desorientado, enfadado, apenado, asqueado… La ira y la culpa se mezclan hasta crear una masa compacta que me cierra el estómago. No soy dueño de mis actos. No sé tan siquiera cuál debería ser mi reacción, ya que, al parecer, no hay una sola respuesta y ninguna de ellas es correcta ni incorrecta. No puedo pensar con claridad.

Mi madre, por fin, me mira. Espera a que le diga algo, pero, al ver mi rostro impasible, se desmorona de forma dramática sobre mi regazo. Me pide perdón. Me lo implora. Me repite una y otra vez que lo hizo por mi bien, que me ponga en su lugar, que yo solo era un niño de dieciocho años, que únicamente quería protegerme, que todo lo que soy ahora es gracias a lo que hizo, que no la abandone, sobre todo eso, que no la repudie.

Agacho la cabeza, fijándome en su nuca; entonces, consigo descifrar con claridad el verdadero sentimiento que me invade: lástima.

—*Okāsan* —la llamo. Ella levanta la mirada hacia mí—, lo más grave de todo esto no es que me hayas ocultado durante todo este tiempo que tú fuiste la que me separaste de la persona de la que estaba enamorado ni que tenía un hijo, sino que condenases a una chiquilla de diecisiete años a que tomase la decisión de renunciar a su hijo o criarlo en soledad. Privaste a ese bebé del derecho a tener el amor de su propio padre; le hiciste creer a su madre que yo había renunciado a ellos, y lo peor es que no te arrepientes ni lo más mínimo.

—Seiya…

—Durante todos estos años, he vivido siendo una persona sin pasado y casi sin identidad por tu culpa. Le arrebataste la felicidad a tu propio hijo. ¿Por qué? ¿Envidia? ¿Celos? No encuentro ninguna explicación, porque ni la peor de las bestias habría hecho algo así con uno de sus cachorros. —Prosigo mientras una lágrima comienza a rodarme por la mejilla—. *Okāsan*, no tienes que pedirme perdón a mí. La redención que necesitas se escapa del poder humano.

Se aparta de mí estupefacta. Observo el terror en el temblor de sus pupilas; aun así, se me hace imposible desdecirme de mis palabras. «Seiya, ¿a dónde vas?», pregunta. Respiro profundamente. «¡Seiya, no te vayas!», me suplica. No puedo deshacerme de ese rictus seco, serio y dolorido que me controla los músculos faciales. «¡Seiya, no me abandones por ella!», chilla desesperada, hundiendo su llanto en el tatami de la sala de estar. Me despido por pura inercia y salgo a la calle.

13

Mis pies resbalan sobre las suelas de madera y estas, a su vez, sobre los guijarros que pavimentan las calles del pueblo. Las cuerdas negras de los *geta*[66] me rozan el empeine y me quitan cierta libertad en mis movimientos, ya empobrecidos por la poca gracia con la que llevo el *yukata*. Creo que no me ponía uno desde antes de mudarme a Tokio, cuando tenía todavía diecisiete años. Una vez allí, adopté las modernidades más occidentales que me ofrecía esa nueva vida en la capital. Me siento como un salmón nadando a contracorriente. Me abro paso entre la gente como puedo. Intento esquivar a todo aquel que veo con intenciones de detenerme para saludarme y charlar conmigo un rato, pero me es imposible. «¿Qué tal, doctor Hayashi? ¿Le gusta nuestro puesto, doctor Hayashi? ¿No cree que hace una noche estupenda, doctor Hayashi?». En una distancia de tres metros escasos he escuchado mi apellido más veces que en un mes trabajando en el hospital.

Me escabullo rápidamente entre la multitud en cuanto se oye el silbido de un cohete. Los asistentes levantan la cabeza hacia el cielo para ver el espectáculo de colores que se entremezcla con las estrellas de una cúpula cada vez más negra. Por un segundo, yo también caigo en la tentación y contemplo las esquirlas de luz que parecen descender sobre nosotros. Su titileo me recuerda al

revoloteo de las luciérnagas del río. «Espérame…», murmuro antes de volver a mi camino.

Cojo un atajo que me permite desviarme de la calle principal y, de esta forma, pasar desapercibido. Apenas hay transeúntes, solo alguna que otra pareja de adolescentes que buscan una mínima intimidad lejos de sus padres y de las habladurías del pueblo. Acelero el paso, parece que me voy recuperando. La brisa de esas callejuelas oscuras renueva mis fuerzas y me acerca más a mi meta. Me impulso hacia delante con todo el cuerpo. El sonido del cedro contra la piedra adorna el silencio entrecomillado de ese paisaje nocturno. Corro lo más deprisa que puedo, como si no quisiera que me alcanzara mi propio eco.

De forma súbita, la imagen de Tsubaki viene a mi mente. Estoy tan concentrado en llegar a su casa lo antes posible que no me he parado a pensar en lo que voy a decirle. Lo normal sería preguntarle por qué no me contó nada en cuanto nos vimos a pesar de las advertencias de mi madre, pues ella ya no tenía ningún poder sobre su vida. ¿Por qué no me buscó? Pero creo que sé la respuesta: Natsuo. La conozco lo suficiente como para saber que no haría nada que pudiera perjudicar el bienestar de su hijo.

Todavía recuerdo el miedo que vi en sus ojos aquella tarde delante de mi puerta. En ese entonces, me pregunté cómo una mujer con un carácter tan fuerte podía tenerle tanto pavor a una bata blanca. Sin embargo, lo que presencié no era una simple fobia, sino los vestigios de una pesadilla que había marcado su vida; rescoldos que, de la noche a la mañana, se habían convertido en lumbre.

Sería muy egoísta por mi parte reclamar una explicación o reprocharle algo a alguien que ha sido otra víctima más de esta

solitaria y cruel mentira que hemos vivido durante casi diecisiete años. Aun así, no puedo parar de darle vueltas a esa duda que me revuelve el estómago y me retiene la lengua. A pesar de que lo único que quiero en este momento es verla, una ínfima parte de mí me repite una y otra vez que dé la vuelta.

Entre jadeos, llego a la pastelería. No hay ninguna luz, ya está cerrada. ¿Qué hora será? Me acerco a la puerta lateral y llamo. Luego, pronuncio su nombre alzando la voz. No obtengo respuesta. Me lleno los pulmones de nuevo y repito el proceso un par de veces más, pero todo es en vano. «Quizá se haya ido al festival», me digo a mí mismo sin quitar la vista de las ventanas del segundo piso.

Vuelvo a zambullirme en ese río de gente que inunda las calles. Creo que incluso están más concurridas que antes. El humo de las parrillas y las planchas se eleva hasta el cielo difuminando las luces de los farolillos. El aroma a comida recién hecha se pega a mí obnubilando tres de mis sentidos: la vista, el olor e, incluso, el gusto aun no habiendo probado nada. De pronto, en contra de mi voluntad, soy absorbido por un grupo de vecinas solteras un poco más jóvenes que yo.

—¡Vaya, doctor Hayashi! —exclama una de ellas—. Nos tenía acostumbradas a la bata, pero el *yukata* le sienta mejor.

Sonrío con una amabilidad incómoda que me tensa las facciones y me hace sudar todavía más. Sus agudas risas juguetonas me chirrían en los tímpanos mermando mi capacidad auditiva momentáneamente.

—Debo irme. —Insisto sin querer ser descortés, aunque, al final, me veo obligado a engañarlas de forma infantil para escapar y continuar mi búsqueda desesperada.

Recorro un par de metros más hasta que choco con algo o alguien, no estoy seguro. Al dispersar mi atención por todas las direcciones posibles, me he olvidado de mis propios pasos. Me disculpo de forma automática sin establecer contacto visual hasta que reconozco una voz que me es muy familiar.

Levanto la mirada y me encuentro con la sonrisa de Natsuo. El corazón me late más deprisa que nunca. Se me encharcan los ojos admirando su rostro, su anatomía y esa aura de alegría que desprende sin esfuerzo alguno. Trago saliva mientras trato de ocultar mis ganas de abrazarlo y eximirme de este sentimiento de culpa que cargo sobre los hombros y me constriñe la garganta.

—¿Está usted bien, doctor? Le encuentro un poco pálido.

La señora Ikeda se interesa por mi estado. Va agarrada de su brazo. Yo asiento levemente a la vez que sonrío intentando aliviar la extraña mezcla de dolor y felicidad que estoy experimentando.

—¿Y tu madre? —lo interrogo entre susurros y cortas exhalaciones.

Él abre los ojos mostrando cierta sorpresa al escuchar esa pregunta de forma tan abrupta.

—*Okāsan* se ha quedado en casa —responde—. No lleva bien las aglomeraciones. Y es una pena, porque hace una noche preciosa para el reencuentro de los amantes.

—¿Eh?

—Orihime y Hikoboshi.[67] ¿No recuerda la leyenda? —Natsuo se ríe de mi falta de reflejos, aunque enseguida frunce el ceño—. ¿Sucede algo?

Niego fingiendo despreocupación. Ella no está en casa, pero no puedo decírselo ni a él ni a su abuela, así que me despido de ellos

sin querer retrasar su paseo por mucho más tiempo. No obstante, antes de dejarlos marchar, un impulso que me nace de los más profundo y que no puedo controlar me hace llamar al chico una última vez.

—¡Natsuo! —Él se detiene al tiempo que le apoyo una mano sobre la cabeza—. Ve con cuidado, ¿de acuerdo?

Añado un consejo, bastante simplón, lo admito, fruto de un acto reflejo paternal primerizo. Luego, retomo la marcha.

Sinceramente, no sé qué hacer. Todos mis esfuerzos por hablar con Tsubaki se ven frustrados por fuerzas que se escapan de mi entendimiento y mi poder. Es como si algo superior a mí me estuviera diciendo que ya es demasiado tarde para intentar recuperar aquello que en realidad nunca llegó a ser mío. «Un padre es aquel que te enseña a ser una buena persona». Las palabras de Natsuo perforan la poca esperanza que queda dentro de mí. Tiene razón. Quizá lo mejor para el bien común es que todo siga como si nada, pero ya no puedo apartar la vista de la verdad. No puedo continuar viviendo como si lo que me rodea me fuese ajeno.

Camino hacia el único sitio que verdaderamente he sentido como un refugio desde que era un crío. Necesito aislarme una vez más de este mundo. Quiero pensar, reflexionar, aclarar mis ideas y apaciguar mi alma. Busco una redención que solo la naturaleza es capaz de proporcionarme.

La oscuridad del bosque me va tragando poco a poco hasta llegar a sus entrañas y fundirme en ella. No veo nada ni puedo ser visto. Soy otro espíritu errante más. Paulatinamente, la vista se me va

adecuando a la falta de luz y comienzo a distinguir formas y sombras en la oscuridad. Las voces de la gente del pueblo quedan ya muy lejos. Ni siquiera puedo percibir su eco. Me siento como si estuviera en el abismo más absoluto; no obstante, nunca me he encontrado más protegido. ¡Qué paradoja!, ¿no?

Perdido en mis pensamientos, oigo un ruido. Procede del claro. Me paro a escuchar con atención, pero, de nuevo, todo está en silencio. Empiezo a creer que ha sido producto de mi imaginación, aunque la curiosidad o la fe infantil en las criaturas sagradas que moran allí hace que continúe mi camino.

Avanzo con cautela sorteando los troncos de bambú hasta que una melodía conocida vuelve a alcanzar mis oídos con dulzura. Al igual que mis pasos, los latidos de mi corazón aumentan el ritmo. Siento un cosquilleo que me recorre cada uno de los recovecos del cuerpo y me proporciona una sensación cálida y reconfortante. De pronto, avisto un punto de luz muy tenue en el horizonte.

—¡Hotaru!

Grito sin poder remediarlo al ver su perfil iluminado por un farolillo y las luciérnagas que guarda en un tarro de cristal que sostiene entre las manos. Me flaquean las piernas. Los músculos comienzan a temblarme mientras me acerco a ella. Lo único que quiero es llorar; desprenderme de todo lo que he guardado durante estos años con cada lágrima hasta que no haya ningún recuerdo del dolor que sentí al perderla.

—Seiya… —pronuncia con la voz ahogada—. Al final, yo también he vuelto.

Corre a abrazarme, dejando escapar sin querer una decena de lucecillas que comienzan a revolotear por todas partes hasta

perderse entre las constelaciones del cielo. Jamás pensé que volvería a encontrarme con su cuerpo entre mis brazos. Mi *yukata* se humedece con sus lágrimas de felicidad y las mías me inundan las mejillas. Balbucea una disculpa que silencio, hundiendo la cabeza en mi pecho. No hay lugar para palabras de arrepentimiento ni reproches. No hay lugar para preguntas ni escenarios hipotéticos.

El aroma a dulces recién hechos, flores frescas y bambú nos envuelve creando una atmósfera que nos separa del resto de la civilización. Oímos las explosiones de los fuegos artificiales a lo lejos, pero su fuerza no es suficiente como para romper la calma de nuestro mundo. Le tomo las mejillas con cuidado y la miro. Las heridas de mi memoria se van sanando con cada segundo que mis pupilas permanecen sobre las suyas hasta que todo retoma una cronología perfecta. Todavía no me lo creo. La suavidad de su rostro y el brillo de sus ojos siguen siendo los mismos que antes. Le acaricio los labios con los pulgares sin dejar de admirar la belleza de sus rasgos. Incluso a oscuras, es preciosa.

—Esto no es un sueño, ¿verdad? —pregunto en voz alta, casi con inseguridad adolescente. Ella se ríe.

—No, no lo es.

Nos besamos mientras la noche se escapa entre los dedos, aunque para nosotros es como si el mundo se hubiese detenido y el tiempo no hubiera corrido jamás en contra. A pesar de lo que puedan decir las arrugas de mi frente, nada parece haber cambiado. El mismo lugar. La misma estación. La misma quietud. Las mismas personas. La vida nos brinda una segunda oportunidad para enmendar aquella jugarreta del destino que nos separó.

Enredo una de mis manos en su melena mientras ella descansa la cabeza en mi muñeca. A continuación, me mira y me dedica una sonrisa que hacía años que no veía.

Hotaru, *mi Hotaru*.

Tsubaki, *mi Tsubaki*.



AKI[68]

Querida Tsubaki:

Te escribo estas líneas porque no me atrevo a decírtelas en voz alta a pesar de la confianza que ya hay entre nosotros dos. Pensé que, tras todas las felices veladas que he pasado con tu familia, se me iba a hacer más fácil expresar aquello que lleva gestándose en mí desde el día en que te conocí. No obstante, jamás imaginé que iba a convertirse en un sentimiento tan intenso como para paralizarme en tu presencia, pero que se me hace imposible seguir escondiendo.

Tsubaki, en ti he encontrado a la amiga con la que compartir mis pesares y logros, a la mujer que me inspira a ser alguien mejor, a la compañera con la que quiero andar el resto del camino. Nunca he sido una persona de pararme a pensar en cómo me veía en el futuro, ya que no me importaba. Desde que salí de la universidad, he vivido centrado en el trabajo para llegar a lo más alto. Esa era la única definición de éxito que me

habían enseñado y por eso huía de conocer a alguien que me alejara de ese camino. Sin embargo, vosotros habéis cambiado mi mundo. Ahora, cuando cierro los ojos, la única imagen que se me viene a la mente somos Natsuo, tú y yo.

Dame la oportunidad de hacernos felices a los tres. Nos lo merecemos.

Siempre tuyo,

KENJI MATSUDA

Epílogo

Mi mirada lleva fija desde hace un rato en un monolito rectangular de piedra gris que se alza desde la tierra hasta la altura de mi barbilla. Sus aristas son prácticamente perfectas, al igual que el grabado de los *kanji* que aparecen en su parte delantera. «Hisashi Ikeda», leo en una voz que apenas me sale del cuerpo.

Hoy es el aniversario del fallecimiento del padre de Tsubaki. Por lo que me contó la señora Ikeda, no fue algo que se pudiera considerar como una muerte al uso, sino que fue una despedida silenciosa.

«Esa mañana se despertó bien, como siempre. Nadie hubiese dicho jamás que iba a ser su último día a nuestro lado. Bueno, él sí que lo sabía, aunque, en lugar de lamentarse, quiso dedicar sus últimas horas a intentar dejar un buen sabor de boca a los suyos. Luego, cuando cayó la noche, nos fuimos a la cama. Él me agarró la mano bien fuerte y me hizo prometerle que, cuando cayera el otoño, jamás le faltarían crisantemos porque sería una forma de estar junto a mí. Es mi flor favorita, ¿sabes? Siempre he cumplido mi promesa y lo seguiré haciendo hasta que me reúna con él», me explicó la viuda una tarde, cuando preparaba el ramo de crisantemos que ahora descansa a los pies de su tumba.

El humo del incienso sube sinuosamente hasta perderse entre los rayos dorados del sol. Sigo ensimismado en la roca, escrutando

hasta el más mínimo detalle. Él era la única persona que conocía mi identidad aparte de su propia hija. Sabía que yo era el verdadero padre de su nieto y, a pesar de ello, jamás tuvo el arrebato de buscarme para pedirme explicaciones. La verdad, no sé si es apropiado que yo esté aquí, frente a él como si nada. ¿Qué estará pensando ahora mismo? Agacho la cabeza con arrepentimiento y vergüenza, y trago saliva para calmar la sequedad de garganta que me provocan mis pensamientos.

Apenas guardo recuerdos del señor Ikeda, aunque, paradójicamente, sí mantengo en la memoria su rostro. Sé que mi padre y él se llevaban bien hasta el punto de venir a casa en más de una ocasión. Creo que incluso llegué a acompañarlos al lago a pescar, pero no estoy seguro de si esa escena realmente sucedió o solo es una confusión creada a partir de otros eventos perdidos en las esquinas más remotas de mi mente. Lo que sí que es cierto es que jamás lo relacioné con Hotaru. Tenía dos hijas, lo oí un par de veces hablar de ellas, pero ni se me ocurrió establecer ese tipo de conexión entre la realidad pública y mi realidad secreta.

La esposa del difunto camina despacio hacia la salida del cementerio mientras sus dos hijas, Ayame, quien llegó anoche para la ocasión, y Tsubaki, la siguen. Sus atuendos negros las hacen parecer sombras que renacen con cada puesta de sol, aunque todavía faltan un par de horas para ello. Voy tras ellas, en una segunda fila junto con el marido de Ayame y su hija Momo. Ninguno de los tres nos atrevemos a decir nada para no interrumpir la conversación que las hermanas mantienen con su madre, aunque tampoco es que tenga algo interesante que aportar. De repente, una de ellas, la mayor, me mira con descaro y le susurra algo a la

pequeña. Ambas comienzan a reírse como dos adolescentes. Las mejillas ruborizadas de Tsubaki me hacen sonreír con vergüenza, enamorándome un poco más de ella de lo que ya estoy.

Por el rabillo del ojo, una figura oscura y alargada llama mi atención. Me giro y redirijo mis pasos hasta ella. Después, me detengo frente a otra de las docenas de tumbas.

El nombre de mi padre se graba en mis retinas con la misma profundidad que en su lápida. Hiro Hayashi. Los *kanji* parecen bailar tras el humo de un par de varillas de incienso que yo no he encendido. A sus pies, hay un precioso ramo de crisantemos, muy parecido al del señor Ikeda, un par de pastelillos de chocolate y un libro de historia japonesa. Siempre que lo he visitado, me enternecía ver los agasajos que lo rodeaban. Me venía a la mente su imagen leyendo en el jardín y con una mancha de chocolate en la mejilla. «*Otōsan…*», solía susurrarle frotando mi propia mejilla para indicarle que se limpiase antes de que pudiera verlo alguien. Hubo un momento en que pensé que era mi madre la que se encargaba de mantener su tumba y honrar su recuerdo, pero ella se marchó tras aquella noche y él siguió recibiendo regalos y pastelillos anónimos.

—Desde que llegamos al pueblo, *okāsan* siempre ha venido a visitarlo. Decía que era un muy buen amigo al que le hubiera encantado probar todos y cada uno de sus pasteles en vida —comenta Natsuo sin quitar la vista de su nombre.

—Sí —sonrío—, era tan goloso como un niño pequeño.

—¿Crees que *ojīchan* me habría aceptado o…? —pregunta mirándome a los ojos.

Descubro un halo de tristeza y miedo en sus pupilas. A pesar de que jamás llegó a decirme nada por respeto, él era consciente del

desprecio con el que lo trataba mi madre; sin embargo, nunca entendió por qué hasta que todo el mundo supo la verdad. No hubo preguntas dolorosas. No hubo reproches ni rechazos, una prueba más de que la bondad de ese chico lo eleva de entre todos los humanos.

—Te habría querido con toda su alma como también quería a tu madre —respondo mientras esgrimo una sonrisa de orgullo para reconfortarlo.

Nuestra conversación se ve interrumpida de forma repentina por el grito de Momo reclamando a su primo. La niña corre hacia él haciendo botar sus dos coletas negras con cada zancada. Me recuerda mucho a su tía cuando tenía su edad. Natsuo la agarra como si fuese una pluma y se la carga en la cadera de forma fraternal y cariñosa. Seguidamente, le peina el flequillo antes de comenzar a andar.

Camino tranquilamente por la calle. Guardo las manos en los bolsillos para protegerlas de la corriente que se ha levantado de golpe mientras encojo los hombros para preservar mi propio calor corporal. El aroma a castañas asadas me acaricia las fosas nasales embriagándome del espíritu de la estación. Las hojas de los árboles cubren el pavimento coloreándolo con tonos marrones, ocres y rojizos. Mis pasos crujen al pisarlas creando una banda sonora que me ameniza el paseo. Saludo a un par de vecinos que me encuentro por la calle. Uno de ellos me dice, incluso, que se pasará a llevarme unos boniatos de su huerta para que los pruebe la próxima semana. «*¡Otōsan!*», Natsuo me llama a lo lejos para que no me distraiga.

Otōsan… Él parece haberse acostumbrado antes a dirigirse a mí de esa forma que yo a escucharla de sus labios, aunque no puedo negar que el pecho se me hincha de la más absoluta felicidad al oírlo.

Entramos en casa de los Ikeda. El olor a castañas vuelve a pasearse por mi cuerpo despertando mis sentidos.

—Así que de aquí venía—pienso en voz alta sin que nadie me preste atención.

Pese a que hoy la tienda permanecerá cerrada, Tsubaki ya se ha deshecho de su vestido negro y se ha enfundado su delantal de flores. Luego, comienza a sacar platos repletos de comida de la cocina con ayuda de su hermana y su madre. Me encanta verla así, tan fuerte, tan decidida. Cada uno de sus movimientos me retrotrae a nuestra juventud, borrando de mi mente por completo los estragos de un abismo de diecisiete años.

El ruido del gas escapándose de una lata de cerveza me devuelve a la realidad. El marido de Ayame me invita a que me siente con él a la vez que me ofrece otra lata. No me apetece demasiado, aunque acepto para no hacerle un feo. Comienza a hablarme de temas triviales para romper el hielo antes de tratar asuntos más personales como nuestro trabajo o aficiones. Se le ve un hombre amable y cercano. Por lo que percibo, le gusta mucho conversar con la gente de lo que sea. Según Natsuo, cuando su tío coge carrerilla, solo hay una persona capaz de hacerlo callar: su tía Ayame.

Tras media hora, interrumpo nuestra charla para ir al lavabo, una excusa que me sirve para que mis oídos y mi cabeza descansen durante unos instantes antes de volver a la sala de estar a hablar de

cualquier cosa que se le ocurra. No obstante, desvío mi camino tras alejarme un par de pasos.

El altar de la sala contigua hoy está más repleto que nunca. La señora Ikeda ha preparado un gran plato de arroz con curry para su marido y otro más pequeño para su yerno. Me resulta inevitable no reírme ante ese detalle. Me acerco un poco más a sus fotografías. Luego, me arrodillo ante ellas sin dejar de admirarlas.

El señor Matsuda sigue mirándome con su sonrisa natural, aquella que Natsuo aprendió de él y que se ha convertido en una de sus señas de identidad más bonitas. Se la devuelvo antes de hundir la cabeza en el hueco que hay entre mis manos y el suelo.

—Prometo que haré todo lo que esté en mi mano para estar a su altura —le digo en voz alta desde lo más profundo de mi corazón.

Los ojos se me van encharcando poco a poco hasta dejar caer pequeñas lágrimas que se intercalan entre las fibras del tatami. De pronto, un brazo se enhebra al mío haciéndome mirar hacia la izquierda. Tsubaki, también llorando, reza junto a mí apoyada en sus manos.

—Muchas gracias por todo, Kenji —susurro bajo la atenta mirada de Tsubaki.

Ella me sonríe con dulzura. Acto seguido, le aparto el pelo de la cara para besarle la frente con delicadeza y hago una nueva reverencia más ante el altar.

Algunos dicen que el otoño es la estación de la tristeza porque es cuando la vida comienza a marchitarse de forma irremediable hasta que llega el invierno, la muerte. Sin embargo, mi suegra afirma que un caqui solo es dulce en octubre, y tiene razón. Yo también debo de ser una fruta de otoño. En invierno, me despojé reacio de las

hojas pasadas para dar paso a aquello que estuviera por venir. Con la primavera comencé a renacer poco a poco, cauteloso, intentando comprender lo que estaba pasando a mi alrededor. En verano, de mí brotaron cientos de hojas verdes y flores que me hicieron un árbol robusto y sano, ansioso por seguir creciendo. Ahora, solo quiero disfrutar de la cosecha que tanto he anhelado.

Echo un vistazo a mi alrededor. No puedo parar de reír ante una estampa familiar tan natural y que hacía mucho tiempo que no veía: Ayame discute con su marido porque ya lleva una cerveza de más y el hombre la ignora mientras juguetea con una de las latas; Momo tiene acorralado a Natsuo porque quiere que la suba a caballito, y la señora Ikeda regaña a Tsubaki por haber hecho el estofado salado. La contemplo ensimismado. Pone los ojos en blanco mientras se tapa una parte de la cara para no escuchar a su madre. Entonces, me busca y sonríe de forma pícara. «Te quiero», leo en sus labios. Finalmente, siento que por fin he encontrado mi lugar en el mundo.

Nota de la autora

La vida es un camino misterioso que nos hace perdernos en una vorágine de días monótonos que llamamos rutina. Esta nos aleja de aquellos niños que un día fuimos, de la naturalidad, la pureza y la inocencia que lleva consigo la infancia. Perdemos el rumbo hasta el punto, incluso, de perdernos a nosotros mismos. Cuando esto sucede, somos susceptibles de caer en abismos de los que nos es muy difícil salir. Nos volvemos esclavos de nuestra propia oscuridad.

Hotaru, el secreto de las luciérnagas es la regresión al lugar feliz de una persona que padece los daños colaterales de una enfermedad mental que ni siquiera reconoce. La pérdida de memoria o, mejor dicho, el bloqueo de recuerdos se produce con más asiduidad de lo que realmente nos imaginamos. Según los psicólogos y psiquiatras entrevistados para la documentación de la novela, esto se puede deber a un trauma de cualquier dimensión o a un estado de depresión y ansiedad. No obstante, la mayor fuente consultada he sido yo misma.

Durante una época, vagabundeé por la vida como una sombra que sobrevivía en piloto automático hasta que un día las lágrimas brotaron sin más y me di cuenta de que debía parar. Mi memoria de elefante se convirtió en la de un pez, me costaba, incluso, recordar palabras de mi vocabulario diario, nombres de amigos… Tuve que

dejar de escribir porque ¿qué es una escritora sin memoria, ni imaginación, ni sentimientos? Y finalmente, como Seiya, decidí irme al lugar donde siempre he sido feliz y he estado tranquila, y comencé a ser de nuevo la niña que iba a buscar flores al campo.

Esta novela es muchas cosas. Es un homenaje a la cicatriz del primer amor, a la importancia de llevar siempre de la mano a nuestro niño interno y su magia. Es una catarsis.

Recordad que el camino de la vida no es recto y que el silencio solo alimenta nuestros fantasmas.

Agradecimientos

Dicen que la única forma de apreciar la belleza que nos envuelve es mirando cara a cara a la más absoluta fealdad; que reconocemos la felicidad una vez que hemos pisado el infierno y que nos damos cuenta de qué es en realidad el amor tras abrazar treinta veces la mentira. Es posible que solo sea una teoría, algo maniquea, para justificar por qué suceden cosas que no nos gustan o nos superan emocional y físicamente; no obstante, en estos últimos años, he aprendido que las estrellas brillan con más fuerza en las noches más oscuras. Por eso, a quien debo dar las gracias primero es a la vida por ser tan contradictoria, por haberme hecho caer en piedra y haberme proporcionado la fuerza para levantarme de nuevo para sacar este proyecto adelante.

Gracias a mi familia: a mi hermano Pedro por ser siempre mi lector Beta a pesar de saber que no habría ningún capítulo de playa, a mi padre por ser mi fan número uno, a mi madre por leerse mis libros en un solo día y ser la crítica más sincera, y a mi primo Andrés Miguel, mi segundo hermano mayor y la personificación de la palabra «resiliencia».

Siguiendo con la familia, pero la que se elige, gracias a Marta, Mada y Gisela por seguirme en este camino, aunque no pare de quejarme de todo con *stickers* de Belén Esteban y Paquita Salas; a

Luis por bailar a mi ritmo, en sentido literal y figurado; y a Daniela y Fran por hacerme creer en el amor sincero cada vez que os miráis.

Hotaru, el secreto de las luciérnagas no habría sido posible sin la ayuda de mi agente y hada madrina Isabel Martí ni de mi editor Alberto Marcos y su equipo. Gracias a los dos por ser mis guías y, especialmente, por todas vuestras enseñanzas y consejos.

Por último, y pese a que dudo que llegue a enterarse algún día, esta novela es fruto de la admiración por un hombre pesimista y con un sentido del humor bastante peculiar que un día dijo que «le gustaría hacer películas que les enseñaran a los niños lo bueno que es estar vivo». Le quiero dar las gracias a Hayao Miyazaki y al Studio Ghibli por dejarnos volver a la libertad de la infancia cuando la vida adulta nos convierte en bichos bola.

Glosario

Aki: otoño.

Anko: pasta dulce hecha de judías rojas *azuki.*

Ashitaba: planta medicinal japonesa.

Bentō: fiambrera, que puede tener uno o varios pisos, en la que se disponen diferentes platos.

-chan: honorífico japonés empleado para denominar a un niño pequeño, a las chicas jóvenes o a las personas de sexo femenino con las que se mantiene una relación muy estrecha.

Daifuku: dulce japonés que consiste en pastel de arroz relleno de cremas dulces, fruta o *anko*, el sabor más común.

Dango: pequeños buñuelos dulces, cuyo ingrediente principal es la harina de arroz, que se sirven tradicionalmente en grupos de tres o cuatro y colocados en un pincho.

Dokudami: flor típica del este asiático con múltiples propiedades medicinales.

Dorayaki: postre japonés que consiste en dos bizcochos redondos planos unidos por una capa de pasta de judías dulces.

Engawa: plataforma elevada de madera, similar a un pasillo o porche, que une varias estancias de la casa por el exterior.

Fukubukuro: bolsa sorpresa de Fin de Año. Tienen un precio fijo y están llenas de diferentes artículos que no se han vendido durante

el año, cuyo precio por separado sería superior.

Fūrin: campanilla de cristal que se coloca en las ventanas y puertas de las casas a la llegada del verano. Antiguamente, se creía que ahuyentaba a los malos espíritus.

Fuyu: invierno.

Gakuran: uniforme escolar masculino de color oscuro compuesto por unos pantalones rectos y una chaqueta de cuello mandarín con botones de metal.

Genkan: entrada, normalmente situada a una altura inferior que el resto de la casa, donde se dejan los zapatos, paraguas, etcétera.

Geta: calzado tradicional japonés hecho de madera similar a una chancla. A diferencia de los *zori*, su suela es dentada y se utiliza para ocasiones más informales.

Hanami: admiración del florecimiento del cerezo.

Haru: primavera.

Himawari: girasol.

Hiragana: uno de los alfabetos japoneses.

Ikebana: arte del arreglo floral.

Jinbei: traje tradicional japonés de dos piezas que se utiliza en verano.

Jizō: pequeña estatua de piedra que representa a la deidad budista protectora de los viajeros y de los niños.

Kakemono: pieza de decoración, parecida a un pergamino o un tapiz, que cuelga de forma vertical en la pared, que puede enmarcar tanto una obra pictórica como una inscripción en *kanji*.

Kakigōri: dulce japonés muy típico del verano que consiste en hielo picado y sirope de distintos sabores.

Kana: silabarios japoneses.

Kanji: caracteres chinos empleados en la escritura del idioma japonés.

Kasa: sombrero en forma de cuenco, hecho de bambú o paja, que antiguamente se empleaba para protegerse de fenómenos meteorológicos como la lluvia o la nieve.

Kasutera: bizcocho dulce, muy popular en la gastronomía nipona.

Kimchi: plato coreano tradicional de sabor picante que consiste, principalmente, en col china fermentada.

Kitsune: zorro. También hace referencia a uno de los personajes más típicos del folclore japonés, el cual era conocido por embaucar a las personas haciendo uso de su gran astucia.

Konbini: tiendas de comestibles, bebidas y otros productos de primera necesidad, que permanecen abiertas las veinticuatro horas del día.

Kotatsu: mesa baja con un calefactor acoplado y un futón o un cobertor que sirve para que no se salga el calor.

-kun: honorífico japonés empleado para denominar a los chicos jóvenes y, en algunas ocasiones, a las chicas adolescentes.

Melonpan: bollo redondo, esponjoso y dulce. Su aspecto recuerda a un melón.

Mendori: gallina.

Momiji: época del año en la que enrojece el arce japonés. Varía según el clima y el lugar.

Natsu: verano.

Nikujaga: estofado de ternera, zanahoria, cebolla y patatas.

Noren: cortinas rectangulares que se cuelgan en las paredes, ventanas y habitaciones para separar una estancia de otra.

Obi: cinturón de tela ancho para atar y adornar los kimonos y los *yukata*.

Okaeri: bienvenida que se da a alguien al llegar a casa.

Okāsan: mamá.

Okonomiyaki: plato muy popular en Osaka. Es una especie de tortilla hecha a la plancha cuyo ingrediente principal es la col y a la que se le añaden todo tipo de guarniciones y salsas.

Omamori: amuleto de tela de forma rectangular que se adquiere en los santuarios o templos.

Onigiri: bola de arroz.

Onsen: baño de agua termal, normalmente de origen volcánico.

Otōsan: papá.

Saisen: en un santuario sintoísta, caja con rejilla, normalmente de madera, en la que la gente lanza las monedas como donativo antes de rezar.

Shōgi: juego japonés parecido al ajedrez.

Tadaima: expresión que se emplea al llegar a casa.

Taiyaki: bollo relleno, normalmente de *anko*, en forma de pez.

Takoyaki: bolas de harina de trigo y pulpo.

Tanuki: criatura mágica del folclore japonés. Se trata de un perro mapache barrigudo y de aspecto simpático con unos testículos gigantes. Estos animales son vistos como símbolo de fortuna, por eso muchos comerciantes tienen una escultura suya en la entrada de sus tiendas.

Tsuyu: época de tifones.

Washitsu: habitación tradicional japonesa.

Yukata: prenda de vestir similar a un kimono, pero mucho más económica. Se usa en ocasiones informales.

Zaisu: tipo de asiento compuesto de un cojín y un respaldo.

Luciérnagas, venid.
Allí el agua es más amarga.
Aquí el agua es más dulce…



Seiya Hayashi es un reconocido neumólogo que padece una extraña enfermedad respiratoria de la que no se conoce cura y que acabó con la vida de su padre cuando era niño. Por prescripción médica, regresa al pueblo en el que nació y, con la ayuda de su madre, monta una clínica de medicina de familia. Adaptándose poco a poco a su nueva rutina, Seiya reconectará con personas de su juventud, conocerá a los nuevos habitantes, recuperará recuerdos perdidos y volverá a encontrarse con su primer amor, Hotaru, de la que no ha sabido nada desde que se marchó repentinamente del pueblo sin despedirse. ¿Podrá esta nueva vida sanar a Seiya y ayudarle a resolver las incógnitas de su pasado?

Bárbara Marui ha construido una preciosa y delicada historia de amor familiar y romántico, una novela intimista y de sentimientos sobre cómo sanar nuestro pasado y vivir con esperanza el presente.

Bárbara Marui (Hospitalet de Llobregat, 1994) es licenciada en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de Barcelona. Actualmente es profesora de Educación Secundaria y ELE.

Comenzó a escribir desde bien pequeña, impulsada por los múltiples profesores de Lengua Castellana que han pasado por su vida y por sus padres, quienes siempre la han alentado a explorar su vena artística. Le gusta dibujar, pintar, cantar, bailar y la jardinería. En 2024 publicó *Gaijin* bajo el pseudónimo de Baru Marui. *Hotaru. El secreto de las luciérnagas* es su segunda novela.



Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Bárbara Marui
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Bárbara Marui, por las ilustraciones

Diseño de portada: XXXXXX
Ilustración de portada: XXXXX

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03719-1

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Notas

[1] *Fuyu*: invierno.

[2] *-chan*: honorífico japonés empleado para denominar a un niño pequeño, a las chicas jóvenes o a las personas de sexo femenino con las que se mantiene una relación muy estrecha.

[3] *-kun*: honorífico japonés empleado para denominar a los chicos jóvenes y, en algunas ocasiones, a las chicas adolescentes.

[4] *Yukata*: prenda de vestir similar a un kimono, pero mucho más económica. Se usa en ocasiones informales.

[5] *EEG:* electroencefalografía. Prueba médica que mide las ondas cerebrales para comprobar el funcionamiento neuronal.

[6] *Genkan*: entrada, normalmente situada a una altura inferior que el resto de la casa, donde se dejan los zapatos, paraguas, etcétera.

[7] *Kamisama*: Dios.

[8] *Okāsan*: mamá.

[9] *Otōsan*: papá.

[10] *Fukubukuro*: bolsa sorpresa de Fin de Año. Tiene un precio fijo y está llena de diferentes artículos que no se han vendido durante el año y cuyo precio por separado sería superior.

[11] *Konbini*: tiendas de comestibles, bebidas y otros productos de primera necesidad, que permanecen abiertas las veinticuatro horas del día.

[12] *Bentō*: fiambrera, que puede tener uno o varios pisos, en la que se disponen diferentes platos.

[13] *Kimchi*: plato coreano tradicional de sabor picante que consiste, principalmente, en col china fermentada.

[14] Se refiere al protagonista de la saga japonesa Saint Seiya, muy popular durante la segunda parte de los años ochenta del siglo pasado y principios de los noventa.

[15] *Omamori*: amuleto de tela de forma rectangular que se adquiere en los santuarios o templos.

[16] *Nikujaga*: estofado de ternera, zanahoria, cebolla y patatas.

[17] *Kotatsu*: mesa baja con un calefactor acoplado y un futón o un cobertor que sirve para que no se salga el calor.

[18] Acrónimo de la Universidad de Nagoya.

[19] *Kana*: silabarios japoneses.

[20] *Kanji*: caracteres chinos empleados en la escritura del idioma japonés.

[21] Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi fueron dos de los unificadores más importantes de Japón durante el periodo Sengoku (1467-1568).

[22] *Kasa*: sombrero en forma de cuenco, hecho de bambú o paja, que antiguamente se empleaba para protegerse de fenómenos meteorológicos como la lluvia o la nieve.

[23] *Takoyaki*: bolas de harina de trigo y pulpo.

[24] *Engawa*: plataforma elevada de madera, similar a un pasillo o porche, que une varias estancias de la casa por el exterior.

[25] *Haru*: primavera.

[26] *Mendori*: gallina.

[27] Durante las Navidades, en Japón se vende un pastel llamado Pastel de Navidad. Después del día 25, nadie lo compra. Hay un viejo dicho que compara a las mujeres solteras con esa tradición y que durante mucho tiempo las presionaba para a que se casaran antes de cumplir los veinticinco.

[28] *Gakuran*: uniforme escolar masculino de color oscuro compuesto por unos pantalones rectos y una chaqueta de cuello mandarín con botones de metal.

[29] Acrónimo de la Universidad de Tokio.

[30] *Dango*: pequeños buñuelos dulces, cuyo ingrediente principal es la harina de arroz, que se sirven tradicionalmente en grupos de tres o cuatro y colocados en un pincho.

[31] *Hanami*: admiración del florecimiento del cerezo.

[32] *Onigiri*: bola de arroz.

[33] *Anko*: pasta dulce hecha de judías rojas *azuki*.

[34] *Tadaima*: expresión que se emplea al llegar a casa.

[35] *Ikebana*: arte del arreglo floral.

[36] *Kakemono*: pieza de decoración, parecida a un pergamino o un tapiz, que cuelga de forma vertical en la pared y puede enmarcar tanto una obra pictórica como una inscripción en *kanji*.

[37] *Daifuku*: dulce japonés que consiste en un pastel de arroz relleno de cremas dulces, fruta o *anko*, el sabor más común.

[38] *Hiragana*: uno de los alfabetos japoneses.

[39] *Dokudami*: flor típica del este asiático con múltiples propiedades medicinales.

[40] *Ashitaba*: planta medicinal japonesa.

[41] *Kitsune*: zorro. También hace referencia a uno de los personajes más típicos del folclore japonés, el cual era conocido por

embaucar a las personas haciendo uso de su gran astucia.

[42] *Okaeri*: bienvenida que se da a alguien al llegar a casa.

[43] *Obi*: cinturón de tela ancho para atar y adornar los kimonos y los *yukata*.

[44] *Taiyaki*: bollo relleno, normalmente de anko, en forma de pez.

[45] *Washitsu*: habitación tradicional japonesa.

[46] *Tsuyu*: época de tifones.

[47] *Noren*: cortinas rectangulares que se cuelgan en las paredes, ventanas y habitaciones para separar una estancia de otra.

[48] *Natsu*: verano.

[49] *Onsen*: baño de agua termal, normalmente de origen volcánico.

[50] *Jizō*: pequeña estatua de piedra que representa a la deidad budista protectora de los viajeros y de los niños.

[51] *Jinbei*: traje tradicional japonés de dos piezas que se utiliza en verano.

[52] *Momiji*: época del año en la que enrojece el arce japonés. Varía según el clima y el lugar.

[53] *Kakigōri*: dulce japonés muy típico del verano que consiste en hielo picado y sirope de distintos sabores.

[54] *Shōgi*: juego japonés parecido al ajedrez.

[55] *Melonpan*: bollo redondo, esponjoso y dulce. Su aspecto recuerda a un melón.

[56] *Zaisu*: tipo de asiento compuesto de un cojín y un respaldo.

[57] Distrito de Kioto famoso por mantener la arquitectura más tradicional y las atracciones turísticas más antiguas.

[58] *Saisen*: en un santuario sintoísta, caja con rejilla, normalmente de madera, en la que la gente lanza las monedas como donativo antes de rezar.

[59] *Dorayaki*: postre japonés que consiste en dos bizcochos redondos planos unidos por una capa de pasta de judías dulces.

[60] *Tanuki*: criatura mágica del folclore japonés. Se trata de un perro mapache barrigudo y de aspecto simpático con unos testículos gigantes. Estos animales son vistos como símbolo de fortuna, por eso muchos comerciantes tienen una escultura suya en la entrada de sus tiendas.

[61] *Kasutera*: bizcocho dulce, muy popular en la gastronomía nipona.

[62] *Fūrin*: campanilla de cristal que se coloca en las ventanas y puertas de las casas a la llegada del verano. Antiguamente, se creía que ahuyentaba a los malos espíritus.

[63] *Hotaru koi* es el nombre de una canción infantil tradicional japonesa. Este fragmento dice: «Luciérnagas, venid. / Allí el agua es más amarga. / Aquí el agua es más dulce…».

[64] *Himawari*: girasol.

[65] *Okonomiyaki*: plato muy popular en Osaka. Es una especie de tortilla hecha a la plancha cuyo ingrediente principal es la col y a la que se le añaden todo tipo de guarniciones y salsas.

[66] *Geta*: calzado tradicional japonés hecho de madera similar a una chancla. A diferencia de los *zori*, su suela es dentada y se utiliza para ocasiones más informales.

[67] Orihime y Hikoboshi son los amantes protagonistas de la leyenda de Tanabata. Según esta, solo pueden reencontrarse durante esa noche.

[68] *Aki*: otoño.

Índice

Hotaru. El secreto de las luciérnagas
Fuyu
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Haru
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Natsu
Capítulo 1
Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Aki
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Glosario
Sobre este libro
Sobre Bárbara Marui
Créditos
Notas